

CHILE

CARTAS

CON

HISTORIA

FUNDACIÓN
FUTURO



**CHILE:
CARTAS CON HISTORIA**

Dirección de la edición: Magdalena Piñera E.
Coordinación general: Alejandrina Carey C.
Compilación: Alejandrina Carey C., Guadalupe Irrarrázaval P., Magdalena Piñera M.
Corrección de textos: Carlos Decap
Diseño de interior y portada: Fernando Pizarro

© Editorial Los Andes
Apoquindo 3000 - Piso 19
Teléfono 2463494 - Fax 2325985
Inscripción N°104.233
I.S.B.N. 956-7014-08-6

Derechos reservados para todos los países.
Primera edición: junio de 1998.
Segunda edición: octubre de 1998.
Tercera edición: marzo de 1999.

<p>Edición digital: Enero 2022. Esta edición digital la realizó Fundación Futuro.</p>

Santiago de Chile

Impreso en Productora Gráfica Andros

Impreso en Chile/Printed in Chile

CHILE

CARTAS

CON

HISTORIA

Compilación:
Alejandrina Carey C.
Guadalupe Irrarrázaval P.
Magdalena Piñera M.

**FUNDACIÓN
FUTURO** 

CARTAS CON HISTORIA ¡AL 2022!

En 2021 las cartas (con sobres y estampillas de por medio) son una extrañeza máxima. Más sorprendente aún, la “atmósfera” que se creaba entre el escribiente y el destinatario. El primero expresaba sus sentimientos por escrito (generalmente de puño y letra), luego iba al correo y esperaba una, dos y hasta tres semanas a que el destinatario recibiera la carta, la abriera y la leyera... Entonces, venía toda la diligencia en sentido contrario y así, podían pasar los meses.

Hoy -con tanta aplicación de comunicación inmediata por escrito- ¿logramos comunicarnos mejor? Los mensajes de 140 caracteres (muchas veces anónimos) que circulan instantáneamente en medio de la acelerada sociedad actual, ¿serán testimonios fidedignos de los avatares de nuestros tiempos para los habitantes del siglo XXII o más bien constituirán pura chatarra?

Muchos historiadores creen que -por el solo hecho de que las cartas eran privadas entre dos personas, sin la oreja de terceros ni la presión externa, ni el fulgor de la inmediatez- son fuentes más auténticas del sentir de quienes las escribieron. Asimismo, los intercambios epistolares (más allá de la copucha), nos permiten entrar en silencio en ese insospechado mundo privado de todo ser humano. ¡Mucho que aprender!

Magdalena Piñera Echenique

Directora

Fundación Futuro

PRESENTACIÓN

¿Cómo rastrear el alma de Chile? Hurgar en las cartas, en ese sencillo acto de sentarse, tomar un papel y un lápiz y escribir unas líneas para que éstas sean posteriormente leídas por un destinatario, resultó un muy buen camino.

Hemos dejado para otra ocasión el intercambio epistolar en torno al amor y la vida privada. Por ello, encontrarán en estas páginas una selección que recoge mayoritariamente cartas políticas y públicas que, como tal, marcaron época.

Desde las parsimoniosas palabras de Pedro de Valdivia a Carlos V a la arrogancia con que Ibáñez rechaza la renuncia que le pide el entonces presidente Alessandri, hay un abismo. Impresiona el coraje de cartas como la de José Miguel Carrera a su señora poco antes de morir o aquella en la cual Carmela Carvajal de Prat acusa recibo a Grau de la muerte de su marido, o las entrecortadas frases con que Balmaceda se despide de su familia. Con el desesperado fin de buscar una salida pacífica a la crisis institucional, los años de la Unidad Popular fueron fecundos en intercambios epistolares. En su corolario, impacta la convicción del almirante Merino al determinar que el 11 sería el día del Golpe y conmueve la profundidad de los que escriben desde el destierro, la prisión o el exilio. Lamentablemente, nos fue difícil dar con cartas de los últimos años. Creemos que ello se explica tanto con la aceleración de los tiempos modernos como con la verdadera invasión de los nuevos medios de comunicación.

En síntesis, he aquí una mirada íntima y contundente de lo que hemos sido y somos. De ella debiéramos tomar algunas lecciones.

Los Editores

DE PEDRO DE VALDIVIA (1502-1553)

A CARLOS V (1500-1558)

Santiago, 9 de julio de 1549

«...teniendo delante de los ojos la obligación con que nací de cumplir primero con mi Rey...».

El 12 de febrero de 1541, Pedro de Valdivia fundó la ciudad de Santiago del Nuevo Extremo y con ello echaba las bases de una nueva nacionalidad. Amó la tierra de Chile y sintió el golpe emocional de su paisaje, cuya belleza supo proclamar en sus vigorosas cartas al emperador. Debido a la presión de los indígenas que desbarataban a las tropas españolas y destruían las ciudades recién fundadas, entre ellas la Imperial, Valdivia, Villarrica, Concepción y Arauco, Valdivia en persona salió a combatirlos. El 26 de diciembre de 1553, en Tucapel, fue víctima de un ataque al mando de Lautaro que le costó su vida. El proyecto español en América perduró hasta principios del siglo XIX.

Sacratísimo e invictísimo César. Habiendo, a imitación de mis pasados, servido a vuestra majestad donde me he hallado y en estas partes de Indias y provincias desta Nueva Estremadura, dicha antes Chili, y últimamente en la restauración de las del Perú a su cesáreo servicio en la rebelión de Gonzalo Pizarro, baxo la comisión del licenciado de la Gasca, presidente en la Real Abdiencia de los Reyes, que por el poder que de vuestra majestad traxo me dio la abtoridad de su gobernador y capitán general en este Nuevo Extremo, que sólo la deseaba para mejor y más servir. En prosecución de mi deseo, di la vuelta dél, habiendo gastado lo que de acá llevé y adeudándome para traer gente y otras cosas necesarias para su perpetuación, y para ello me avió y favoreció el presidente, como habrá hecho relación de todo, y yo asimismo la di por mis cartas a vuestra majestad desde la cibdad de los Reyes.

Llegado aquí, hallé que los indios del valle de Copiapó, que es la

primera población pasado el grand despoblado de Atacama, que de allí comienzan los límites desta gobernación, y los de los valles comarcanos, estaban rebelados, y en aquel valle y en un pueblo que se decía La Serena, que tenía poblado cuarenta leguas más acá, a la costa, en un muy buen puerto, que era la mitad del camino entre aquel valle y esta cibdad, habían muerto 44 cristianos y destruido el pueblo y quemado, y los indios en extremo desvergonzados.

Y como traya prosupuesto, llegado a esta tierra, con tener el valle de Copiapó y los comarcanos de paz y que servían en aquel pueblo, que era seguridad del paso y distancia para que pudiese venir segura la gente, que hay demasiada en el Perú, a servir aquí a vuestra majestad, y la llave desta cibdad de Sanctiago, que es la puerta para entrar en la tierra, y porque ésta no se me cerrase para el efecto de mi deseo, han sido en demasía los trabajos que he tenido hasta aquí y gastos que he hecho en la sustentación de todo, sin haber habido ningún provecho particular; y ha sido Dios servido que torne a los ya pasados de nuevo, y para no perder tiempo en lo de adelante y que la gente que ahora traxe conmigo no destruya en cibdad, que tanto importa, y quede segura con mi salida y el camino abierto, como llegué a ella, día de Corpus Chriпти, presentadas las proviçiones reales en cabildo, las recibieron, y a mí por virtud dellas por gobernador y capitán general de vuestra majestad, y se pregonaron con el regocijo, solecñidad y abtoridad que se acostumbra y ellos y todo el pueblo pudieron. Proveí a la hora de capitán y gente que conquiste y castigue los indios y pueble; y a mi teniente general envió al Perú a que traiga gente y con ella vaya a poblar este verano otro pueblo tras de la cordillera de la nieve, en el paraje del de La Serena, que hay disposición y naturales para que el uno al otro se favorezcan; y yo en el entretanto emprenderé lo de adelante y poblaré una cibdad donde comienza la grosedad de la gente y tierra, que ya la tengo bien vista, y en demanda desta mesma noticia, oscuras y a la ventura, han andado todos los españoles del Río de la Plata y los que han salido al Perú ahora de aquellas partes. Y yo espero en la buena [ventura] de vuestra majestad y con lumbré ir a cosa sabida, y a la causa, confiado de que Nuestro Señor quiere de vuestra majestad, por manos de un su más humillde vasallo, recibir grand servicio, perseverando en trabajar y empeñarme de nuevo, me disporné a ello para sustentar esto y lo demás durante la vida que Dios fuere servido de me dar.

Invictísimo César, bien me persuado que para ser tenido de los caballeros que siguen su Real Corte y Casa por varón de presunción y honra, por tocar a la mía y a mi interese particular, me convenía de presente posponer todos los gastos que se me ofreciesen y sólo atender a despachar a vuestra majestad persona propia a representar servicios y pedir mercedes y enviar por mi mujer y casa; y pensábalo hacer con el oro que tenían sacado mis cuadrillas en tanto que fui al Perú a servir, porque no fuera necesario, a no se haber ofrecido este frangente; pero por la rebelión de los indios y pérdida del pueblo, me ha convenido, con ello y con lo demás que he podido hallar prestado entre amigos, enviar ahora al Perú a mi teniente para traer más gente y proveer a esta necesidad, por convenir así a la honra de vuestra majestad y conservación de su real hacienda, que por estas dos cosas tengo de posponer las propias toda la vida, teniendo delante los ojos la obligación con que nací de cumplir primero con mi Rey; y como haya dado vado a esto, que es lo principal, atenderé a lo que me tocara como acesorio: a vuestra majestad suplico sean en este caso aceptas mis excusas, pues van fundadas sólo en hacer lo que soy obligado en el servicio de vuestra majestad; porque aquello en que más pudiere servir estimo ser mi mayor prosperidad y camino de salvación, pues está en la mano el poderse convertir grandes provincias populatísimas, de que Nuestro Señor será tan servido y el Real patrimonio de vuestra majestad ampliado.

Sacratísimo César, Nuestro Señor por largos tiempos guarde la sacratísima persona de vuestra majestad con aumento de la cristiandad y monarchía del universo. Desta cibdad de Sanctiago del Nuevo Estremo, IX de julio, 1549. El más humilde súbdito y vasallo de vuestra majestad que sus sacratísimas manos besa.

Pedro de Valdivia

DE BARTOLOMÉ PÉREZ MERINO AL CORREGIDOR Y VECINOS DE ANGOL

Lumaco, 25 de diciembre de 1598

«Bailaron con la cabeza del gobernador...».

La siguiente carta del clérigo Bartolomé Pérez Merino reviste una gran importancia porque, como miembro del grupo que acompañaba al gobernador Martín Óñez de Loyola, fue testigo presencial del ataque de los indios que causaron la muerte del gobernador. Herido allí, se convirtió en prisionero y dos días más tarde escribió contando al corregidor el episodio más recordado en la historia chilena de fines del siglo XVI: el desastre de Curalaba. En él se evidenció el triunfo araucano. La dominación de los españoles al sur del Biobío desapareció, las ciudades fueron destruidas o abandonadas y los araucanos recuperaron su territorio. En los albores del siglo XVII, la guerra de Arauco estaba sólo comenzando. El panorama no era alentador.

Señores míos de mi vida:

Quiero en ésta contar a la letra el principio de mi desdicha. Y la causa fue que llegando a la de Valdivia el señor provincial, que sea en gloria, de la de Osorno, víspera de la Expectación de Nuestra Señora de la Virgen María, le besé las manos y como de su fama y obligación, su principal persona y muchas partes me aficionaron a venirle sirviendo por gozar de su buena compañía y ver a vuestras mercedes.

Señores míos, salimos el día de la Expectación de la de Valdivia. Después que hizo un famoso y muy cristiano sermón, llegamos a la Imperial domingo a la tarde, porque picamos por alcanzar al señor gobernador, que sea en gloria, por pasar seguros, que se partió martes siguiente y vinimos a dormir a Curalaba que por la hierba escogimos el sitio de nuestra perdición. Como veníamos de la Imperial a mano izquierda de esta parte, como veníamos sin pasar el río. Y al amanecer o ya de día, antes que el sol saliese, bajaron por la ladera abajo de improviso tres-

cientos indios de a caballo como unos leones, que no dieron lugar a que hombres subiese a caballo, sino fue fray Melchor y yo, que lo estábamos porque habíamos ido a juntar nuestros caballos, el cual se llegó al lado de Su Señoría, que cuando el arma estaba en la cama y se echó la cota sobre el jubón y con zaragüelles de tafetán, como valeroso caballero y valentísimo, se puso el primero a los enemigos. Mas sus soldados no le acudieron y dentro de un credo fue muerto junto a su toldo; que si no fueron más de otros cuatro que allí y dentro del real murieron, los demás huyendo a la barranca se despeñaban unos a otros y se ahogaron los más y los mataban como a puercos, que es vergüenza contarlo. Y otros después que salieron del río hubo gran descuido, que algunos se dejaron los arcabuces y espadas en los toldos. No se disparó otro arcabuz sino fue el del padre fray Melchor, el cual murió allí. Luego a mí me dieron una lanzada por el lado derecho, que me metieron un palmo de lanza. Fue Dios servido fuese al soslayo y así me apeé del caballo y le rogué al que me hirió me diesen la vida. Al fin le dije, entre otras buenas razones, que no era soldado, que era Padre, y así no me mató. Desnudóme y atóme las manos atrás y estando así en el propio real, mirando el suceso en medio de él, llegaron dos indios medio ladinos de la Imperial y el uno como me conocía y era cuñado del que me tenía preso, fue parte para que me dejasen y me cubrió con una manta y me apretó la herida poniéndome una poca de lana sobre las heridas. Y queriéndome matar otros indios, rogué a éste no me dejase, que yo le daría más que lo que podía hurtar. Y así lo hizo, que no quiso más que liberarme (*ilegible*). Y luego, dentro de dos horas, marcharon todos a sus tierras y allegué a este Lumaco, a casa de Güenomilla, que así se dice mi amo vio en medio del fuerte que fue de los nuestros, de donde ayer jueves me llevaron a verle y el valle de Rangelco, donde se juntó mucha gente a holgarse y beber con las cabezas. Y así estuvimos vivos Escalante y un Guzmán de ese pueblo, donde trataron de matarnos a todos. A Escalante le libró Guarapacho, un cacique muy principal, que no muriese y le llevaron a Purén. Decían que me matasen los caciques viejos y este buen Güenomilla me defendió casi con las armas, porque diciendo los apoés que me llevasen al matadero, dijo éste: «Mi padre –después de haberle rogado que no me matasen– no vayas, estáte aquí junto a mí. Yo veré quien te mata». Y luego todo Lumaco se levantaron con sus lanzas y se pusieron a su lado. Cosa milagrosa. Diome la vida por esto

y el buen tratamiento que me ha hecho. Y me ha honrado que para ir a la borrachera me dio mis valones y sotanilla y botas y borceguíes. Y pidió prestado de otro indio uno de mis sombreros para que fuese como Padre y en un buen caballo. Y me respeta, y los de su casa como si fuera cristiano. Y me buscó escribanías y cuatro libros y papeles para que escribiese: entre ellos, un breviario del provincial, que me ha dado gran consuelo, que rezo las horas con el favor de Dios Nuestro Señor.

Bailaron con la cabeza del gobernador y con la del pobre de Guzmán, que delante de mí le mataron. Habiéndome hecho merced Nuestro Señor, este mi amigo, de que luego que hicimos alto detrás del cerro, me los trajo que los viese; donde con infinitas lágrimas nuestras regamos el suelo y confesáronse cosa de que se consolaron mucho como católicos cristianos. Y ayer se fue a despedir de mí Escalante y me le dejaron reconciliar, que para dar licencia pasaron grandes cosas.

Señores míos, este indio pide por mi rescate un cacique llamado Millacalquín que está preso en esa ciudad que es pariente de este buen Millagüeno (*sic*). Y venga con la respuesta la mujer de Millacalquín. Regalen a Millacalquín, por amor de Dios, porque acá diga que por mi respeto le regalan. Luego se despache ese mensajero con lo que pido, señor y padre mío de mis ojos, Antonio Fernández, que tiempo es éste donde se me puede pagar la voluntad que siempre he tenido. Quedo esperando con aquellas ansias en este corazón que cada cual puede juzgar. Y lo que me ha dado la vida fue decir un anacona, que era de Diego Rodríguez, que me conocía que soy sobrino del señor capitán mi tío; y así se aseguró mi rescate y con esto estoy algo aliviado de mis trabajos. Podrá V. M. con mucha seguridad, después que se despache este mensajero, ir por los cuerpos del señor gobernador que está en medio del real; pocos hay allí de su estatura. El de nuestro padre provincial está de la otra parte del río que lo había pasado a nado.

Los que murieron, sin los que yo no conozco, son los que se siguen:

El gobernador, su sobrino Martín García de Yangurí, el capitán Juan Guirao, el capitán Alonso Martín de Belmar, Juan de Gamboa, Hernando Rodríguez de Gallegos, su hijo, Obando, Mendiola, Luçon, Montalvo, Bartolomé Gómez, Alonso Martín de Ribera, Francisco del Cabo, su sobrino, Francisco Martín, de la Imperial, Arango, León, Diego de Lossa, otro su criado Camacho, un hijo de Burgos, Pereda, casado en la Imperial, Medina, Lope de Arnedo, Gamarra, el provincial de San Francisco,

fray Melchor de Arteaga, fray Miguel Rosillo, Alonso Meco, Marcos de Ortega, el capitán Pedro Escalante.

Y otros muchos que yo no conozco. Y están vivos dos mulatos de Su Señoría y muchos yanaconas indios. Aquí ha habido del desbarato algunos papeles y entre ellos cuatro cédulas del Príncipe nuestro señor, las cuales si Dios me llevare a tierra de cristianos las entregaré a la Señora Coya.

Guarde Nuestro Señor a vuestras mercedes. De este Lumaco, día de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, a 25 de diciembre de 1598,

Bartolomé Pérez Merino

DE MANUEL LACUNZA (1731-1801)

A SU ABUELA

Imola, 9 de octubre de 1788

«... me siento tan robusto, que me hallo capaz de hacer un viaje a Chile por el Cabo de Hornos».

La expulsión de la Compañía de Jesús de todos los dominios de la Corona, por decreto de Carlos III en 1767, no fue una medida popular. Trajo perjuicios económicos, religiosos, educacionales y culturales. América quedó desprovista de su clero más ilustrado y competente. Salieron de Chile unos 350 jesuitas, entre ellos Manuel Lacunza. Éste, al igual que los cronistas de la época como Alonso de Ovalle, nos da amplio testimonio del sentimiento regional criollo, del amor a la patria en su sentido de tierra natal que se desarrolló durante la Colonia. Desde Imola, Italia, Lacunza escribe a su abuela una carta llena de nostalgia sobre su país, del cual sólo conservará recuerdos, porque nunca más regresará.

Mi señora madre y abuela:

Dos cartas he recibido de usted casi a un mismo tiempo, con diferencia de sólo cuatro días, y celebro infinito de saber que vive y que goza de salud.

Nuestro Señor le ha dado tan larga vida, no solamente para que vea una numerosísima descendencia, sino para que tenga el mérito de llorar a muchos de sus hijos, nietos y bisnietos; y también a todos sus yernos desde mi padre hasta Azúa, cuya muerte sólo ahora he sabido después de más de un año que sucedió.

Estos dos pedazos suyos que tiene en Italia, todavía viven gracias a Dios y gozan por lo presente de mediana salud. Yo, que todos los años pasados he padecido varias enfermedades, este año de 1788 y casi la mitad del pasado no he padecido cosa alguna de consideración. Mientras más me voy envejeciendo me voy sintiendo con mejor salud.

Actualmente me siento tan robusto, que me hallo capaz de hacer un viaje a Chile por el Cabo de Hornos. Y pues nadie me lo impide, ni me cuesta nada, quiero hacerlo con toda mi comodidad. En cinco meses de un viaje felicísimo llego a Valparaíso, y habiéndome hartado de pejerreyes y jaivas, de erizos y de locos, doy un galope a Santiago: hallo viva a mi venerable abuela: le beso la mano, la abrazo; lloro con ella, abrazo a todos los míos, entre los cuales veo muchos y muchas que no conocía, busco entre tanta muchedumbre a mi madre y no la hallo, busco a Madalena y no la hallo, busco a Diego, a Domingo, a Solarcasas, a Varela, a mi compadre don Nicolás, a Azúa, a Pedrito y a mi ahijada la Pilar, etcétera, y no los hallo. Entro a la cocina y registro toda la casa buscando a los criados y criadas antiguas, y no hallo sino a la Paula y a la Mercedes. Pregúntole a ésta dónde está su señora y a la Paula dónde está su amo Manuel Díaz, y dónde está mi mulato Pancho; y no responde sino con sus lágrimas, y yo las acompaño llorando a gritos sin poder ya contenerme más.

No obstante, por no perderlo todo, vuelvo a la cuadra que hallo llena de gente, procuro divertirme y alegrarme con todos; les cuento mil cosas de por acá, téngolos embobados con mis cuentos; cuando no hallo más que contar miento a mi gusto; entre tanto les como sus pollos, su charquicán y sus cajitas de dulce y también los bizcochuelos y ollitas de Claras y de Rositas. Y habiendo llenado bien mi barriga para otros veinte años, me vuelvo a mi destierro por el mismo camino y con la misma facilidad. Mas antes de embarcarme en Valparaíso, despierto y me hallo en mi cama.

Con este viaje alegre y triste correspondo fielmente a los sueños que usted me dice que tiene muchas veces buscando a sus nietos allí enfrente, hablando con ellos, regalándoles con todo cuanto halla en casa, etcétera, y también correspondo a los sueños de la Rosita y a sus pinturas y a sus buenos deseos. Espero en la bondad de Nuestro Señor que todos nos veremos algún día, y nos alegraremos en verdad y nos reiremos a nuestro gusto de todo cuanto hemos visto y sufrido en este valle de lágrimas, y también nos reiremos de nosotros mismos y de nuestro modo de pensar. Dios es muy grande, y nosotros la misma pequeñez.

Por acá todo está quieto respecto de nosotros. Todos nos miran como un árbol perfectamente seco e incapaz de revivir o como un cuerpo muerto y sepultado en el olvido; casi todas las Cortes nos son contrarias, unas por un motivo, otras por otro y otras por ninguno. Entre tanto, nos

vamos acabando. De 352 que salimos de Chile, apenas queda la mitad, y de éstos los más están enfermos, o mancones que apenas pueden servir para caballos yerbateros.

Las noticias favorables que llegan por allá también llegan por acá continuamente, y siempre hallan algunos soñadores que las reciben y tragan, aun sabiendo por experiencia que luego las han de vomitar con mayor disgusto que el gusto que tuvieron en tragarlas.

Nos ha sido infinitamente sensible la muerte de nuestro señor obispo Alday, como que era nuestro verdadero padre que nos amaba con verdad. Todos lo hemos llorado y hemos ofrecido por su alma nuestros sacrificios, oraciones y sufragios con el mayor fervor y empeño posible, pidiendo al mismo tiempo a Nuestro Señor que le dé a nuestra amada patria un sucesor digno del grande Manuel de Alday. Si la elección de éste se hiciera entre nosotros, todos los votos los tenía seguros con aclamación universal José Antonio Aldunate. Todos los chilenos, y yo el primero, pedimos este bien para nuestra patria y deseamos ser oídos del que todo lo puede. Yo le estimaré a usted, lo mande saludar de mi parte y de parte de todos sus paisanos, que muchísimo me lo han encargado. Aunque no merezcamos tenerlo por obispo, sabemos bien que es digno de serlo.

Acaba de morir Ignacio Ossa, hermano de doña María; el otro hermano, Martín, ya murió cerca de tres años ha. Antomás, aunque siempre fue loco tolerado, ahora está del todo rematado; ha estado en la loquería pública, mas como no es loco furioso lo tenemos ahora entre nosotros, aunque encerrado con llave, porque ya se ha huido.

Yo saludo de nuevo a toda la familia uno por uno; y digo de nuevo porque los acabo de saludar a todos y todas en mi viaje imaginario. Especialmente me encomiendo a mi santo tío fray Manuel; a mi venerable tía doña Manuela con toda su numerosísima familia; a mi tía y comadre doña María (cuyos trabajos los siento en el alma y ruego a Nuestro Señor que la consuele como sabe y puede); a mi tía y comadre Francisca de Regis, a la Antuca, a Clara, a Rosita (a mi sacristana la Mercedes no, porque le escribo cuatro letras); a Puente, a Piache, a Ignacio, a Gregorio Varela, etcétera.

Nuestro Señor le guarde algunos años más. Su hijo y nieto que la ama,

Manuel Lacunza

DE BERNARDO O'HIGGINS (1778-1842)

A AMBROSIO O'HIGGINS (1720-1801)

Cádiz, 8 de enero de 1801

«¡Una puñalada no me fuera tan dolorosa!».

Bernardo O'Higgins, hijo del maduro teniente general y maestro de campo Ambrosio O'Higgins, irlandés avecindado en Chile, entonces de 55 años, y de la joven Isabel Riquelme Meza, de 18, sufriría el dolor más profundo de su vida al enterarse por su apoderado Nicolás Cruz, que su padre ya no lo reconocía como hijo y que le echaba de su casa, ordenando a don Nicolás que, por su parte, también lo despidiera de la suya. En ese momento, Bernardo no entendió las razones de su padre, quien por entonces era virrey del Perú. Más tarde se enteró de que a causa de los rumores de que él frecuentaba círculos independentistas en el Viejo Mundo, su padre se vio expuesto a fuertes críticas por parte de la Corona. En todo caso, Ambrosio O'Higgins no llegó a leer la dolida carta de su hijo. Murió a los pocos días que éste la enviara.

Aorado padre mío y mi solo protector:

Incluyo a vuestra excelencia esas dos cartas que he recibido de Ayamonte del capitán Tomás O'Higgins. Acabo de saber por el señor don Nicolás que vuestra excelencia seguía en buena salud, de lo que he dado gracias a Dios. Al mismo tiempo me leyó una carta de vuestra excelencia (cuya data ignoro) que decía: «En atención a que yo era incapaz de seguir carrera alguna e ingrato a los favores que se me hacían, que desde luego me despidiese y echase de su casa...». Yo, señor, no sé qué delito haya cometido para semejante castigo, ni sé en qué haya sido ingrato (uno de los delitos que más aborrezco), pues en toda mi vida he procurado con todo ahínco el dar gusto a vuestra excelencia, y al ver ahora frustrada esta mi sola pretensión, irritado mi padre y protector, confuso he quedado. ¡Una puñalada no me fuera tan dolorosa! ¡No sé cómo no me caí muerto de vergüenza al oír semejantes razones! Jamás

he temido a la muerte ni a la pobreza; pero en este instante he quedado acobardado, considerándome el último de los hombres y el más desgraciado. No sé quién haya sido el que tuvo tan mal corazón para tirar a arruinarme en la opinión de vuestra excelencia, mi padre y protector. Lo cito para ante la presencia de Dios, ya que en este mundo no le conozco para pedirle la satisfacción requerida.

El señor don Nicolás me dice que no sabe de qué haya resultado tanto enojo en vuestra excelencia, pues él siempre ha escrito en mi favor, hablando con justicia de mi proceder y de haberme portado con honor y conducta en su casa. Si en tiempos pasados, mal informado por los correspondientes (corresponsales) de Londres, dos judíos relojeros, quienes corrían conmigo, había escrito que me había excedido en dichos mis gastos, pero que después enterado quiénes eran dichos correspondientes, ha variado, pues todavía no han dado cuenta de cómo se ha gastado el dinero que han recibido, y de los últimos tres mil pesos, no han dado ni aun recibo, ni se han dado por entendidos, pues ya va para dos años que estoy aquí y no quieren responder a las cartas que se les escriben. Yo de mi parte no he recibido más que una guinea mensualmente para pagar mis gastos menudos, para lo cual tuve orden del señor don Nicolás, y ha habido tiempos que no me han dado ni aun para comer. Valiéndome del señor Diego Duff y de Bernabé Murphy para este efecto, el primero me ha ofrecido colocarme en su escritorio. Yo, con motivo de las órdenes de don Nicolás que me llamaba a España para colocarme en el Ejército, no lo hice.

En atención a todo esto, había dicho don Nicolás, últimamente informado a vuestra excelencia en mi favor, por lo que confío quedará vuestra excelencia desengañado de mi modo de proceder, como también lo probarán cerca de dos años que estoy aquí, en cuyo tiempo no he molestado ni pedido al señor don Nicolás dinero alguno, ni se ha gastado en mí no más que lo que es lavado y zapatos, pues desde que dicho señor me dijo que tenía órdenes de vuestra excelencia para no avanzar dinero alguno, que fue a mi llegada aquí, he procurado pasar sin él. Yo soy mi mismo barbero, peluquero, me coso y remiendo, y en fin, en todo el año no he gastado un ochavo, no siendo por falta de que no haya quién me lo dé, pues me lo han ofrecido varias casas irlandesas de aquí, pero no he querido que se diga que ha habido una sola fea acción en mí; pues sé que el menor descuido mío llegaría inmediatamente a

los oídos de vuestra excelencia y por esta misma razón he sufrido y sufro en esta casa más que un santo mártir, humillado y abatido al más ínfimo criado de la casa, sin más ropa que un simple vestido que cuatro años ha que le tengo, sin tener siquiera un capotón para estos tiempos de invierno, después de haber pasado la enfermedad tan severa de la epidemia, de la que estuve a la muerte.

Ya verá vuestra excelencia que he tenido motivo bastante para procurar salir de este país, aun cuando no fuera más que para mirar por el mismo honor de vuestra excelencia, pues aquí nadie ignora muchos de sus secretos, y no por mi boca, que a persona viviente aún no he abierto mi pecho, sino a mi mismo padre, pero suele suceder que los mayores amigos abusan de la amistad. Bastante me parece lo que he dicho sobre el asunto: sólo esperaré a que llegue el tiempo en que vuestra excelencia quede desengañado, así de mi modo de proceder humilde, desinteresado y muy agradecido a los favores que se me hacen, como de la conducta de quien haya dado los informes contrarios.

Demasiado claro, señor, me he atrevido a escribir a vuestra excelencia; pero como lo conjeturo de una alma noble, muy capaz de perdonar y proteger al abatido, confío que vuestra excelencia olvidará todas las faltas que haya habido y haya en su pobre Bernardo, quien, aunque no tenga nada que ofrecer ni en qué poder mostrar mi amor, constantemente pido a Dios premie a mi señor padre y benefactor por el corazón liberal que ha tenido en alimentarme y educarme hasta la edad de poder ganar mi vida; es acción de un gran corazón que merece todo el aplauso de los hombres en esta vida y premio en la otra.

Señor: no quiero ser más molesto, quedo rogando a Dios guarde su preciosa vida muchos años. De vuestra excelencia, su más humilde y agradecido hijo,

Bernardo Riquelme

DE JUAN MARTÍNEZ DE ROZAS (1759-1813) A JOSÉ ANTONIO ROJAS (1732-1816)

Concepción, 3 de septiembre de 1809

«Aquí nada podemos hacer para socorrer a nuestra madre patria...».

A comienzos del siglo XIX, en las casas de los vecinos más ilustres de Chile, se estaba activando un espíritu revolucionario. La influencia del liberalismo filosófico y político, principalmente francés, como también la propaganda independentista estadounidense, estaban calando hondo en el pensamiento de estos criollos de ideas liberales. En Concepción, el hogar de Martínez de Rozas fue el punto de reunión de quienes abogaban por una junta de Gobierno. De ahí que se transformara en el caudillo de la revolución y fuera nombrado tercer vocal en la Junta de Gobierno del 18 de septiembre de 1810. Esta carta muestra el ambiente vivido un año antes de la Independencia nacional.

Estimado amigo:

Usted me hace una preciosa y prolija relación del estado de las cosas de Europa; y la agradezco sobremanera porque yo deseo saber la verdad y no quiero mentir a mi razón ni engañarla. Hagan los demás lo que quieran: desde que yo vi en las gacetas y papeles públicos que se perdió Zaragoza y Aragón, que los franceses ocuparon a Galicia después de haber batido a los ingleses, que Cuesta fue batido en Medellín y los enemigos ocupan a Extremadura, y, en fin, que el duque del Infantado fue también batido en La Mancha, perdiendo toda su artillería, desde que yo vi todo esto, digo, ya no dudé, ni dudo un momento, que todo está perdido y que la enfermedad no tiene cura. Por noviembre espero los avisos decisivos, si no llegan antes.

Aquí nada podemos hacer para socorrer a nuestra madre patria, a menos de que sea con dinero como lo hemos hecho; pero podemos hacer

mucho para socorrernos a nosotros mismos. Podríamos prepararnos para defendernos de todos los extranjeros que nos quieren atacar y conquistar, y nada, nada hacemos, porque reservamos los remedios para cuando ya estemos moribundos. ¡Qué funesto delirio! Y éstas son las resultas de la vil y dañosa hipocresía con que se pretende correr un velo que oculte nuestras enfermedades y nuestras llagas. Hay gentes infames que más temen a los americanos que a los enemigos, aunque siempre han dado prueba de la más acreditada fidelidad; y éste es el fundamento de una conducta tan extraordinaria y opuesta a la moral, que prohíbe la mentira en todos casos.

Y el doctor Matorras, ¿qué dice de todo esto? Él habla mucho, pero huiría como el rayo desde el momento en que se acerque el peligro.

Las velas de Valdivia han desaparecido, aunque todos los que de allí escriben las tienen por efectivas. Anoche llegó un extraordinario de aquella plaza. El gobernador escribe de oficio y no habla una palabra de ellas; sólo dice que el 12 de agosto se avistó una embarcación en aquel puerto, y que pocos días antes se dieron dos cañonazos en la boca del Toltén; los oyó un soldado que lo jura.

El proyecto de mandar a Carlos IV a las Américas es digno de poleón. Si sale bien, él ha excluido para siempre a los ingleses de estas costas y les embaraza su comercio. Si sale mal, él se ha deshecho de un huésped molesto en cuya suerte no se interesa, porque los grandes emperadores miran a los demás hombres como nosotros miramos a las moscas: digo que con igual aprecio.

Todas las noticias son grandes y los sucesos posteriores deben ser mayores. Dios nos conserve para verlos, y a usted le guarde los muchos años que le desea su afectísimo amigo,

Juan Martínez de Rozas

DE FRANCISCO DE LA LASTRA (1777-1852) A BERNARDO O'HIGGINS (1778-1842)

Santiago, 22 de junio de 1814

«Por todas partes no se oyen más que chismes, cuentos y mentiras...».

En 1814, Chile estaba todavía lejos de encontrar la estabilidad política. Francisco de la Lastra, director supremo desde marzo a julio de 1814, lo experimentará en carne propia al ser derrocado por el patriota José Miguel Carrera. Por su parte, O'Higgins, indignado con el nuevo golpe de Carrera, se dispuso a marchar hacia Santiago para desconocer el nuevo gobierno. En los llanos del Maipo se batieron las fuerzas de Carrera y O'Higgins hasta que se enteraron del desembarco de una nueva expedición española para imponer el completo sometimiento de Chile. Ante tal amenaza, ambos líderes se reconciliaron en aras de la defensa del país. Unidos sufrieron, en el combate de Rancagua, una derrota abrumadora.

Mi estimado amigo:

No puedo menos que reírme a carcajadas cada vez que me pongo a meditar sobre mi pomposo título de director supremo, pues sólo por mal hombre me podían haber señalado semejante epíteto. Cada día experimento más y más los efectos de esta verdad, y conozco que la insubordinación y el desorden son en la actualidad los principales corifeos que se presentan al frente de nuestra revolución, pues cuando la autoridad debía complacerse en presentar los medios que deben conducirnos al goce de nuestra libertad, parece que es cuando algunos genios díscolos, que no viven más que en la revolución, se esmeran en destruir lo que con tanto trabajo se ha granjeado en beneficio de aquel don inapreciable.

Por todas partes no se oyen más que chismes, cuentos y mentiras con las perversas miras de indisponer los ánimos en descrédito del Go-

bierno, y de trastornar éste, valiéndose de la seducción, de la fuerza y de las armas. Los clamores de la parte sana del pueblo y de los hombres de bien, en la crisis actual, son infinitos, porque miran con asombro los fatales resultados de este tropel de maquinaciones, y se recelan, con fundamento, que estamos no sólo expuestos a perder las grandes ventajas que hemos adquirido, sino que probablemente nos veremos sepultados en mayores males que los que nos han precedido. Hemos triunfado de aquellos hombres que verdaderamente no respetaban más ley que la de su capricho; pero, amigo mío, ¡cuánto conozco con el mismo espíritu y que intenta seguir sus propias huellas! La autoridad en el día no es más que el ludibrio y juguete de la insubordinación, que en cada momento se debe descaradamente amagada por el insulto de un cadete o de un alférez. Mucha parte del tiempo la emplea el Gobierno en remover oficiales que acechaban su seguridad y sus primeras atenciones se invierten en precaver trastornos que nos ocasionarían indecibles amarguras. ¿Hasta cuándo nos podremos persuadir que el militar es el ciudadano que menos derecho tiene a mezclarse en materias políticas de Gobierno, y que en los países verdaderamente libres, no se les permite ni aun votar en las elecciones? Yo no sé cuándo nos veremos penetrados en estas justas ideas, sin embargo de que declaramos tanto en favor de la libertad.

Aseguro a usted que me hallo aburrido con este empleo que aborrezco y detesto. Mañana mismo pienso citar a las corporaciones para que procedan a la elección de diputados y aun para que traten de nombrar otro en mi lugar. Esto no es para hombres de bien y de honor, sino para granjearse el descrédito y perder su reputación.

Ambicionen enhorabuena este lugar de disgustos y sinsabores, que yo lastimaré siempre al infeliz que por comprometimiento ocupe su asiento.

Me he extendido más de lo que quisiera, a fin de que usted se persuada de que las mentiras y seducciones tienen igual cabida en este ejército que en esta capital.

Mande usted a su amigo y servidor,

Francisco de la Lastra

DE BERNARDO O'HIGGINS (1778-1842) AL PRÍNCIPE REGENTE DE INGLATERRA

Concepción, 20 de noviembre de 1817

«...la injusticia de sus agresores ha inflamado el espíritu de libertad en los americanos».

Después del triunfo de los patriotas en Chacabuco, el 12 de febrero de 1817, Chile se constituía, de hecho y por derecho, en un Estado libre, independiente y soberano, quedando para siempre separado de la monarquía española y con plena libertad de adoptar la forma de gobierno que más le conviniera a sus intereses. El período llamado la Reconquista llegaba de este modo a su fin, terminando con trescientos años de sumisión a la Corona. Bernardo O'Higgins, más conocido como el padre de la patria, fue proclamado director supremo. Poco tiempo después le escribió una carta al príncipe regente de Inglaterra, relatando la cruel e injusta contienda librada entre españoles y americanos. Entendemos que este documento, proporcionado por el ex embajador José Miguel Barros, se ha mantenido inédito hasta ahora.

Señor:

Apenas fueron vencidos los opresores de este hermoso país por el Ejército de las Provincias Unidas de Sud América en la memorable acción de Chacabuco, uno de mis primeros actos ciudadanos al recibirme de la Suprema Dirección de Chile fue tributar a vuestra alteza real el homenaje de mi respeto como es debido a quien tiene la gloria de presidir al pueblo más libre y poderoso del globo.

Si la sabiduría no dirigiera al consejo de vuestra alteza real y los derechos del hombre no existieran bajo la tutela de todas las sociedades cultas, sería necesario redirigir las causas impulsivas de la revolución de América contra España, el origen de sus progresos y el objeto de sus aspiraciones para elucidar la justicia; pero establecida en la historia de la guerra desde 1810 la diferencia de los hechos públicos de los españoles y americanos; equilibrada la conducta de unos y otros; y calculado

el interés relativo a las naciones europeas, que pueda derivarse del triunfo de cualquiera de los Estados beligerantes, descubrirá vuestra alteza real fácilmente el contraste de la crueldad y moderación, del egoísmo y la liberalidad.

Esta tierra empapada en sangre por el desenfreno de los peores agentes de Madrid ofrece al genio magnánimo de vuestra alteza real un campo inmenso en qué examinar los horrores cometidos por los españoles contra la humanidad. Sin otro crimen que reclamar los americanos la aplicación a las diferencias que les arman a los unos contra los otros, España intenta desbaratar nuestros campos ensordecido a la razón y a su propio interés. Como si la naturaleza hubiese adjudicado los ricos frutos del Nuevo Mundo exclusivamente a la Península, la política del Sr. D. Fernando VII se empeña en alejar de estas costas la industria, las luces y la comunicación del resto de nuestros semejantes y estrechar el sistema colonial hasta esclavizar el pensamiento en las cárceles de la Inquisición.

Si el derecho de la conservación individual no fuera la primera ley a que se inclina el hombre, y extrema necesidad a que ha conducido la ferocidad de España a los naturales de este hemisferio; si el espíritu público por la independencia absoluta de la metrópoli no fuera un sentimiento común entre los súbditos de mi dependencia; y si los prósperos sucesos no hubieran multiplicado nuestros recursos para seguir ventajosamente la guerra, podría tal vez esperarse que, al espectáculo de los horrores que afligen a América, renunciasen a su emancipación; pero la injusticia de sus agresores ha inflamado el espíritu de libertad en los americanos hasta hacerlos fríos espectadores de la ruina de sus hogares y del aniquilamiento de sus fortunas, en cambio de triunfar sobre las pretensiones de sus enemigos, y de conservar su libertad política y civil.

Después de siete años de la contienda más empeñada no puede ocultarse a la viva penetración de vuestra alteza real hasta qué punto debe subir el encono de los combatientes; las quejas amargas de América contra España; y cuál será el trágico desenlace de esta escena si vuestra alteza real no opone a nombre de la humanidad su augusta mediación a la inundación de tantos males.

El feliz éxito que ha coronado los esfuerzos de vuestra alteza real por la pacificación de Europa correspondería sin duda a su intervención poderosa por la felicidad del Nuevo Mundo. Y cuando al alto influjo de

vuestra alteza real debiese Chile la recuperación de sus derechos; cuando los buques de los súbditos de Inglaterra visiten libremente nuestros puertos; y cuando al abrigo de una Constitución liberal pueda ofrecer el oro desentrañado de las montañas de este país en cambio de la industria de sus laboriosos vasallos, me lisonjeo se abrirían canales que indemnizasen en parte las quiebras de Europa; los conocimientos útiles se propagarían en estas deliciosas comarcas, y los pueblos de Chile cederían en sus transacciones políticas y comerciales lo que debiese la gratitud a los mediadores por la Independencia de América.

Yo no dudo que vuestra alteza real sentirá un placer en el alivio de la humanidad oprimida y que, tomando bajo su protección la justicia de nuestras pretensiones, propenderá a que se suspendan las desgracias que asolan este país y se dignará tocar los resortes más eficaces para la prosperidad e inmunidad de Chile.

Dios guarde a vuestra alteza real muchos años,

Bernardo O'Higgins

DE JOSÉ MIGUEL CARRERA (1785-1821)

A JAVIERA CARRERA (1781-1862)

Rosario, 26 de octubre de 1820

«Mis activos pasos se dirigen... a destronar al vil Riquelme, opresor y tirano de nuestra patria».

Prócer independentista, José Miguel Carrera se alza como una de las primeras figuras que grita por la libertad de Chile. En 1811 asume el Gobierno por un breve aunque fecundo período, dentro del cual fue creada la primera imprenta, el primer periódico, la primera bandera y la primera Constitución del país. Odiosas y permanentes rencillas con los demás caudillos de la independencia —en especial con Bernardo O’Higgins— lo hacen emigrar hacia Argentina. Esperando volver en gloria y majestad a Chile para derrotar a su enemigo, escribe a su adorada hermana, con la cual se mantuvo siempre en contacto a través del género epistolar. Nunca volvió.

Mi Javiera amada:

Te escribo por mi paisano Francisco Uriondo y también Mercedes; muy pocos días antes había sabido que estabas en Buenos Aires. Supongo estarás intruida del pormenor de nuestra feliz campaña, desgraciada al fin por los desaciertos de Carlos Alvear. El mortal golpe que dimos a Dorrego en el Gamonal nos repuso un tanto de los pasados reveses y habríamos llenado nuestras miras si López hubiera consentido en seguir los tristes restos de aquellos desgraciados hasta Areco; pero fue imposible arrancarlo más allá de Tala y del Arroyo Dulce: «No es hecha la miel para la boca del asno».

Después de mil reflexiones me he resuelto a mandar a uno de mis ordenanzas para que conduzca ésta y otras que me interesan lleguen pronto y con seguridad a sus títulos. Mi situación no es lisonjera, si como me recelo, no puedo inclinar a Rodríguez a mi favor, a pesar que

un amigo me ha protestado que está resuelto a servirme y que me entregará los chilenos. Pero si su servicio no pasa de entregarme los hombres desnudos, sin armas y sin monturas, será bien terrible para mí el salir de semejante apuro.

Aquí tengo 250 y para mantenerlos y socorrerlos no me falta sacrificio que hacer. Doña Mercedes corre con el vestuario. Ya tiene las chaquetas y gorras casi concluidas, pero ni el género para pantalón y camisa sabemos de dónde sacarlo. Al efecto, ha escrito Martínez Nieto desde la Bajada a Ambrosio Lesica y me dice que yo lo haga desde aquí, como lo verifico, suplicándote que se la mandes o que lo llames para entregársela influyendo cuanto puedas para que despache luego la respuesta y con ella cuanto le pido; los compromisos de este hombre con nosotros y su generosidad para auxiliarnos hasta hoy, debe darte toda confianza para tratarlo. La otra carta es para Cullero, que me dicen está en Montevideo, adonde se la dirigirás en la primera oportunidad y con toda seguridad, cuidando de no retenerme la respuesta que debe venir a todo trance. Mis activos pasos se dirigen a reunir la división, vestirla, armarla, socorrerla, montarla y marchar para Chile a destronar al vil Riquelme, opresor y tirano de nuestra patria. Los indios ranguelos, los guilliches y los araucanos, me esperan con mucha amistad y me franquean paso. El número 1 de Chile, que estaba en San Juan, aunque ha sufrido alguna dispersión por su importuna e innecesaria invasión a Mendoza; aunque Corro dicen se ha separado y retirado a Salta y aunque Morillo está preso en San Juan, ¡no por eso Aldao ha desmayado! Hace 14 días que estaba a 40 leguas de San Luis; lo cierto es que puede hacer cualquiera de estas tres cosas sin que nadie se oponga o pueda oponerse. Si recibo sus avisos ocuparé una posición donde podamos reunirnos, y si lo consigo, di que el resto es un juego: entraré sin un tiro por el norte, y de no reunirme y poder organizar cosa alguna con los partidos opuestos a San Martín que están al chocarse en Mendoza, seré araucano, y cuando menos no vivirán tranquilos los tiranos. El capitán Cabrera de Artillería llegó antenoche de San Luis y me informa de muchos particulares que no me atrevo a comunicarte por si algún accidente hace caer ésta en manos de la inquisición; el infeliz ha escapado de buena, pero está más decidido y animoso, te saluda. La diputación mediadora de Córdoba ha estado aquí cuatro días: se compone de los doctores Sa-

turnino Allendes y Lorenzo Villegas; les he tratado, parecen bellos sujetos, dicen son mis amigos y aseguran que en los tratados se conciliarán mis intereses con los de Buenos Aires; veremos este pastel. Uriondo, coronel de Granaderos a caballo, hijo de la fiscala, viene en comisión de Guemes; parece muy honorable y buen paisano. Ramírez ha acabado completamente a Artigas, quien, aseguran todos, está preso en Paraguay; se halla el Tape en Corriente organizando 3.000 hombres, construyendo lanchas y haciendo cuanto puede; sabré pronto el verdadero objeto de ese armamento. Verá está muy amigo de Ramírez y sin duda López caerá porque tiene poco partido y pocos conocimientos para revolución. Ya sabrás que la expedición chilena dio la vela el 20 de agosto; el 31 publicó el cochino O'Higgins un manifiesto terrible contra mí, que hago contestar en publicarlos igualmente con algunas proclamas para que circulen luego que pasemos la cordillera. El asesinato de San Martín se ha llevado o mandado para la Costa-fina, es decir, a los puertos de Bogotá, a disposición de Bolívar, más de cien individuos de las principales familias de los que no les dan adictos, entre ellos van Vigil, Novoa, los Uretas, Díaz Muñoz, Quezada, Allende, Cuadra, Molina... Han fugado, Muñoz..., Rodríguez, Jordán, Padilla y unos seis u ocho mas cuyos nombres ignoramos. O'Higgins no tiene tropa: es imposible pueda resistirme cuando todo Chile lo detesta.

Por mis antecedentes noticias, por los informes que tendrás de los paisanos prisioneros, de los amigos proscriptos por los que ves en esa ciudad y sabes de los demás pueblos, puedes calcular muy bien mi verdadero estado. Venciendo el principal obstáculo de la falta de recursos y saliendo en marcha de esta provincia, debemos expresar que este verano limpiaremos a nuestro Chile de polilla.

Encargarte el empeño que quiero tomes en agitar a los amigos para que me protejan en esta ocasión, sería ofenderte; no dejes piedra por mover, mis necesidades son las que verás en la adjunta nota, sácalos de donde te sugiera tu imaginación si es que se niegan las personas a quienes me dirijo, que no lo creo; pero te advierto que la brevedad es tan necesaria como el mismo auxilio para evitar o para burlar las combinaciones que ciertamente se fraguan contra una empresa que, lograda, sepulta hasta la esperanza de nuestros feroces enemigos. A la obra, mi Javiera, y me verás restaurar nuestro hermoso Chile o morir con gloria.

Los chilenos se van escapando, y a pie se arrastran los infelices hasta

este cuartel; por allá me dicen hay algunos desertores: que se vengan luego pero con cuidado.

Vaya de bromas; el saqueo que me hicieron en San Nicolás me fundió, y estoy sin estuche para afeitarme, sin botines, sin una gorrita que reemplace el pesado sombrero que me arruina la cabeza, sin una faja para las carreras, sin valija, sin polvorín, sin desatornillador para desarmar pistolas, sin guantes y sin poderme hacer aquí de estos artículos.

Yo dejé en casa unos pañuelitos que no puedo reemplazar, y a mi barbero, y, para que mandase lavar, un ponchito blanco cuya falta siento ya. También dejé frente a la puerta falsa de la Catedral tres clarines de caballería y tres cornetas que no sé si recogió Martínez; ojalá las reclamases si aún los tiene. De unos peines que me compró el barbero necesito, e igual número de pares de zapatos de tafilete para Mercedes ya con barriga de cinco meses, estoy empeñado en que siga nuestro apellido.

— No dejes de hablar con el coronel Pedriel, Rosas y otros amigos, para darme una idea cierta de las ocurrencias de esa ciudad y de todo aquello que pueda interesarme.

— El conductor es joven de toda mi confianza, pero como ha servido en las tropas de ese pueblo, le encargo vaya a verte en derecho y no salga a la calle, principalmente de noche: su pronta vuelta, si te suplico, es el que medio suple al buen Conde. La que te acompaño para Diego Benavente es igualmente interesante que vaya junta con la de Cullero a Montevideo, o sola, si éste estuviese en Buenos Aires.

Antes de mi marcha te escribiré, mi amada Javiera, te avisaré el resultado de los tratados y demás ocurrencias interesantes.

Saluda a los amigos todos y recibe el corazón de tu invariable,

José Miguel

DE JOSÉ MIGUEL CARRERA (1785-1821) A MERCEDES FONTECILLA DE CARRERA

Mendoza, 4 de septiembre de 1821

«Ten resignación para escuchar que moriré...».

El 4 de septiembre de 1821, José Miguel Carrera fue ejecutado en una plaza pública de Mendoza ante un numeroso público que le escuchó atónito exclamar: «¡Muero por la libertad de América!» y que le vio hacerse sacar la venda de los ojos para poder mirar por última vez la cordillera de los Andes que lo conducía a su amada patria. Momentos antes de su muerte, Carrera tomaba su pluma y dejaba respirar su último aliento de ternura en las siguientes palabras a su mujer que no alcanzaría tampoco a terminar. A su muerte, Mercedes Fontecilla contrajo matrimonio con Diego José Benavente, gran amigo de Carrera al cual éste le había confiado su cuidado.

Mi adorada, pero muy desgraciada Mercedes; un accidente inesperado y un conjunto de desgraciadas circunstancias me han traído a esta situación triste. Ten resignación para escuchar que moriré hoy a las once. Sí, mi querida, moriré con el solo pesar de dejarte abandonada con nuestros tiernos cinco hijos en país extraño, sin amigos, sin relaciones, sin recursos. Más puede la Providencia que los hombres.

DE DIEGO PORTALES (1793-1837)

A JOSÉ MANUEL CEA

Lima, marzo de 1822

«La democracia que tanto pregonan los ilusos, es un absurdo en los países como los americanos, llenos de vicios...».

Tras su independencia, los países americanos se vieron abocados al tremendo problema de su organización política. Algunos cayeron en el caos de la anarquía. Otros probaron diversos regímenes: dictadura, confederación, República unitaria, federal... En Chile, tras un corto trastabilleo, se impuso la República unitaria, con un régimen presidencial autoritario. Ésta fue la obra del ministro Portales y de un grupo de continuadores suyos, que no sólo aprobaron la Constitución de 1833, sino que, a lo largo de varias décadas, supieron hacer de ella el alma mater de la vida política chilena. En esta carta, Portales sintetiza el «ideal de Gobierno» para los países iberoamericanos de ese entonces.

Mi querido Cea:

Los periódicos traen agradables noticias para la marcha de la revolución de toda América. Parece algo confirmado que Estados Unidos reconoce la independencia americana. Aunque no he hablado con nadie sobre este particular, voy a darle mi opinión. El presidente de la Federación de Norte América, Mr. Monroe, ha dicho: «Se reconoce que la América es para éstos». ¡Cuidado con salir de una dominación para caer en otra! Hay que desconfiar de estos señores que muy bien aprueban la obra de nuestros campeones de liberación, sin habernos ayudado en nada: he aquí la causa de mi temor. ¿Por qué ese afán de Estados Unidos en acreditar ministros, delegados y en reconocer la independencia de América, sin molestarse ellos en nada? ¡Vaya un sistema curioso, mi amigo! Yo creo que todo esto obedece a un plan combinado de antemano; y ése sería así: hacer la conquista de América, no por las

armas, sino por la influencia en toda esfera. Esto sucederá tal vez hoy no; pero mañana sí. No conviene dejarse halagar por estos dulces que los niños suelen comer con gusto, sin cuidarse de un envenenamiento. A mí las cosas políticas no me interesan, pero como buen ciudadano puedo opinar con toda libertad y aun censurar los actos del Gobierno. La democracia, que tanto pregonan los ilusos, es un absurdo en los países como los americanos, llenos de vicios y donde los ciudadanos carecen de toda virtud, como es necesario para establecer una verdadera República. La monarquía no es tampoco el ideal americano: salimos de una terrible para volver a otra, y ¿qué ganamos? La República es el sistema que hay que adoptar; ¿pero sabe cómo yo la entiendo para estos países? Un Gobierno fuerte, centralizador, cuyos hombres sean verdaderos modelos de virtud y patriotismo, y así enderezar a los ciudadanos por el camino del orden y de virtudes. Cuando se hayan moralizado, venga el Gobierno completamente liberal, libre y lleno de ideales, donde tengan parte todos los ciudadanos. Esto es lo que yo pienso y todo hombre de mediano criterio pensará igual.

¿Qué hay sobre las mercaderías de que me habló en su última? Yo creo que conviene comprarlas, porque se hacen aquí constantes pedidos. Incluyo en ésta una carta para mi padre, que mandará en el primer barco que vaya a Valparaíso.

Diego Portales

DE ROSA RODRÍGUEZ A BERNARDO O'HIGGINS (1778-1842)

Santiago, 2 de marzo de 1823

«La tierra de Lautaro reconquistada y libre el 12 de febrero no olvidará a su libertador...».

El 28 de enero de 1823, O'Higgins, demostrando un alto espíritu cívico, alabado y ensalzado en esta carta por su hermana Rosa, abdicó ante los vecinos respetables de Santiago, para con ello evitar una guerra civil. No obstante los éxitos exteriores y los progresos internos de su gobierno, la precaria situación económica que lo había llevado a recurrir reiteradamente a préstamos forzosos, las noticias del asesinato de Manuel Rodríguez y de la ejecución de José Miguel Carrera —imputadas a su gobierno— habían generado un progresivo descontento. Éste se vio agudizado cuando, en 1822, hizo aprobar una Constitución que prolongaba su mandato. Debido a lo anterior, se vio en la necesidad de retirarse del Gobierno y al poco tiempo abandonar Chile, rumbo a Perú, país donde vivió sus últimos años.

Mi querido hermano:

Tu apreciable de 26 derramó en el todo nuestras congojas e inquietudes; conocimos muy de cerca tu justicia y todo paso que hubieses dado, era tan conforme a los sentimientos del que exponiendo su vida y abandonando sus intereses; sólo se ha consagrado a salvar la patria, y que con dificultad podría haber filosofía cristiana; ¡que sufra ingratitudes y agravios en Dios que nunca más presentes se deberían tener los importantes servicios! Pero, ¡ay mi amado hermano!, no será la patria la ingrata, ella compensará siempre tus sacrificios, y aquel Dios que desde su firmamento está mirando el corazón de los hombres, recompensará al que lleno de honor y virtudes, sabe desempeñar el cargo que se le confiere y estaba escrito en el Libro de los Destinos.

La tierra de Lautaro reconquistada y libre el 12 de febrero no olvidará a su libertador y si los que la habitan son insensibles a los méritos de

aquél, otra generación hará revivir el nombre del que la merece. Sí, hermano mío, Perú ya nos ha dado esta prueba señalando terrenos que su cultivo nos proporcionará el descanso y quietud, como la satisfacción que existen americanos que no olvidan el mérito de quien justamente se lo gana, allí te acompañaremos, teniendo el placer de asistir y cuidar al báculo de nuestra existencia: tú sabes muy bien que el interés de servir a nuestra madre y cuidar tu persona, es el objeto de mis cuidados. Mi mejoría camina a pasos ligeros, muy pronto me veré restablecida para tener el mayor consuelo en verte.

Cuídate mucho, pues sabes que la existencia y aún la misma vida de madre y ésta tu hermana pende de la tuya y que es lo que pido al Señor te conserve. Por aquí no hay novedad, sólo nos han dicho que han mandado buscar a la Javiera Carrera aunque de cierto no lo sabemos. El intendente Ramón Freire nos ha visitado y a ti te encargo me hagas una visita a nuestro amigo Alzaga.

Como me voy alentando así también repetiré mis cartas para más pronto tener el placer de ver letra tuya que te pido no omitas, y en el entretanto recibe las mayores finezas de nuestra madre, del que escribe y el corazón de tu invariable hermana,

Rosa Rodríguez

DE DIEGO PORTALES (1793-1837)

A MANUEL BLANCO ENCALADA (1790-1876)

Santiago, 10 de septiembre de 1836

«La Confederación debe desaparecer para siempre jamás del escenario de América».

Esta carta dirigida a Blanco Encalada como jefe de la expedición bélica contra la Confederación Perú-Boliviana, estaba basada en el convencimiento de que había en el continente americano del sur un equilibrio de potencias, derivado de los límites geográfico-políticos que heredó cada nación americana de la antigua jurisdicción administrativa española. La gran censura de Portales al general Santa Cruz, artífice de la Confederación, fue el haber pretendido romper el equilibrio de potencias, formando una nación demasiado grande y poderosa, junto a la cual Chile no habría podido subsistir como entidad independiente. Portales no vivió para celebrar el triunfo de Chile en la guerra, ni tampoco para ver desechada la idea de Santa Cruz. El 3 de junio de 1837 fue brutalmente asesinado.

Apreciado amigo:

Es necesario que imponga a usted con la mayor franqueza de la situación internacional de la República, para que usted pueda pesar el carácter decisivo de la empresa que el Gobierno va a confiar a usted dentro de poco, designándolo comandante en jefe de las fuerzas navales y militares del Estado en la campaña contra la Confederación Perú-Boliviana. Va usted, en realidad, a conseguir con el triunfo de sus armas, la segunda independencia de Chile. Afortunadamente, el camino que debe recorrer no le es desconocido: lo ha seguido en otra época en cumplimiento de su deber y de patriota, y de esas dos virtudes supo extraer glorias y dignidades para la patria.

La posición de Chile frente a la Confederación Perú-Boliviana es insostenible. No puede ser tolerada por el pueblo ni por el Gobierno, porque ello equivaldría al suicidio. No podemos mirar sin inquietud y la

mayor alarma la existencia de dos pueblos confederados, y que, a la larga, por la comunidad de origen, lengua, hábitos, religión, ideas, costumbres, formarán, como es natural, un solo núcleo. Unidos estos dos Estados, aun cuando no más sea que momentáneamente, serán siempre más que Chile en todo orden de cuestiones y circunstancias. En el supuesto que prevaleciera la Confederación a su actual organizador, y ella fuera dirigido por un hombre menos capaz que Santa Cruz, la existencia de Chile se vería comprometida. Si por acaso, a la falta de una autoridad fuerte en la Confederación, se siguiera en ella un período de guerras intestinas que fuese obra de caudillaje no tuviese por fin la disolución de la Confederación, todavía ésta, en plena anarquía, sería más poderosa que la República. Santa Cruz está persuadido de esta verdad; conoce perfectamente que por ahora, cuando no ha cimentado su poder, ofrece flancos sumamente débiles, y esos flancos son los puntos de Chile y Ecuador. Ve otro punto, pero otro punto más lejano e inaccesible que lo amenaza, y es la Confederación de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Por las regiones que fueron el Alto Perú es difícil amargar a Lima y a la capital boliviana en un sentido militar, pero el cierre de las fronteras platenses no dejará de dañarle por una parte, y no le permitirá concentrar su ejército en un punto, sino repartirlo en dos o tres frentes: en el que prepare Chile, en el que oponga Ecuador o en el que le presente Rosas.

El éxito de Santa Cruz consiste en no dar ocasión a una guerra antes que su poder se haya afirmado; entrará en las más humillantes transacciones para evitar los efectos de una campaña, porque sabe que ella despertará los sentimientos nacionalistas que ha dominado, haciéndolos perder en la opinión. Por todos los medios que están a su alcance ha prolongado una polémica diplomática que el Gobierno ha aceptado únicamente para ganar tiempo y para armarnos, pero que no debemos prolongar por más tiempo, porque sirve igualmente a Santa Cruz para prepararse a una guerra exterior. Está, pues, en nuestro interés terminar con esta ventaja que damos al enemigo.

La Confederación debe desaparecer para siempre jamás del escenario de América. Por su extensión geográfica; por su mayor población blanca; por las riquezas conjuntas de Perú y Bolivia, apenas explotadas ahora; por el dominio que la nueva organización trataría de ejercer en el Pacífico, arrebatándonoslo; por el mayor número también de gente

ilustrada de la raza blanca, muy vinculada a las familias de influjo de España que se encuentran en Lima; por la mayor inteligencia de sus hombres públicos, si bien de menos carácter que los chilenos; por todas estas razones, la Confederación ahogaría a Chile antes de muy poco. Cree el Gobierno, y éste es un juicio también personal mío, que Chile sería o una dependencia de la Confederación como lo es hoy Perú, o bien la repulsa a la obra ideada con tanta inteligencia por Santa Cruz, debe ser absoluta. La conquista de Chile por Santa Cruz no se hará por las armas en caso de ser Chile vencido en la campaña que usted mandará. Todavía le conservará su independencia política. Pero intrigará en los partidos, avivando los odios de los parciales de los O'Higgins y Freire, echándolos unos contra otros; indisponiéndonos a nosotros con nuestro partido, haciéndonos víctimas de miles de odiosas intrigas. Cuando la descomposición social haya llegado a su grado más culminante, Santa Cruz se hará sentir. Seremos entonces suyos. Las cosas caminan a ese estado. Los chilenos que residen en Lima están siendo víctimas de los influjos de Santa Cruz. Pocos caudillos en América pueden compararse a éste en la virtud suprema de la intriga, en el arte de desavenir los ánimos, en la manera de insinuarse sin hacerse sentir para ir al propósito que persigue. He debido armarme de una entereza y de una tranquilidad muy superior, para no caer agotado en la lucha que he debido sostener con este hombre verdaderamente superior, a fin de conseguir una victoria diplomática a medias, que las armas que la República confía a su inteligencia, discreción y patriotismo, deberá completar.

Las fuerzas navales deben operar antes que las militares, dando golpes decisivos. Debemos dominar para siempre en el Pacífico: ésta debe ser su máxima ahora, y ojalá fuera la de Chile para siempre. Las fuerzas militares chilenas vencerán por su espíritu nacional, y si no vencen contribuirán a formar la impresión que es difícil dominar a los pueblos de carácter. Por de contado que ni siquiera admito la posibilidad de una operación que no tenga el carácter de terminante, porque es esto lo que...*

Diego Portales

* El original está incompleto.

DE JOSÉ ANTONIO ÁLVAREZ (1808-1881) A MANUEL MONTT (1809-1880)

Valparaíso, 12 de junio de 1837

«... como chileno, bendigo la mano de la Providencia que nos libró... de un ministro que amenazaba nuestras libertades».

Por su claridad y crudeza, la carta de José Antonio Álvarez a su amigo Manuel Montt, por entonces oficial mayor del Ministerio del Interior, puede considerarse como el mejor retrato psicológico de Diego Portales. En ella, el comúnmente conocido como «juez Álvarez» por su notable actuación en el proceso contra los asesinos del ministro Portales, enjuicia la excesiva influencia en asuntos de Gobierno del desaparecido ministro. A pesar de la crítica a su labor, Portales supo aprovechar las circunstancias para concebir un proyecto institucional sólido y con proyecciones. Su creación política –un gobierno democrático, no personalista y con un ejecutivo fuerte, eficiente y de una alta moralidad– será la base de la estabilidad y el progreso de Chile, en plenitud hasta 1861 y en decadencia hasta 1891, año que cambió todo.

Muy apreciado amigo:

He dormido irregularmente como solía en ésa, y quiero emplear una parte de la noche en contestar su larga y apreciable carta.

Siento muchísimo no estar acorde con las ideas que usted vierte. Yo, por mi parte, si he de decir la verdad y expresar mis sentimientos sin doblez, soy de opinión que aun cuando fuéramos más estúpidos que los hotentotes, más herejes que los ateístas y gobernados por las leyes de Dracón, con tal que gozáramos de la libertad de nuestros antiguos progenitores, Chile sería veinte mil veces más feliz que si estuviera poblado de hombres eruditos, santos y cuanto usted quiera, pero serviles y degradados; y a esta objeción abominable marchábamos con pasos agigantados en vida del ministro Portales. Él era, no se puede negar, un hombre extraordinario, de gran talento, y la patria fue su ídolo, a quien con una heroicidad que honra al país, sacrificó su fortuna, su reposo y

todo cuanto valía, con admirable constancia; pero, amigo, se iba ya corrompiendo poco a poco, y a mi ver, sin advertirlo él mismo. Colocado a principios de la revolución de 1829 en una posición violenta, se vio en la necesidad, por el bien de la República, de tomar medidas fuertes y se le había hecho la mano a dar esos golpes de autoridad por quitame allá esas pajas. Lo que más contribuía a que el mal se fuera haciendo incurable, era la multitud de adoradores que le rodeaban. No se encontraba un hombre, entre los de gabinete (a excepción de usted, hablo francamente), que se atreviese a contradecirle y decirle la verdad. Yo he tenido ocasión de conocer esto, porque he leído toda su correspondencia privada cuando formé el inventario. Al pobre Cavareda (hombre bueno y fuera muy útil al país si tuviera bastante energía para obedecer a sus inclinaciones), me dicen que le trataba a la baqueta, y así a todos los demás, sin respetar al más condecorado. De donde resultaba que no tenía más amigos que hombres oscuros, sin ningún mérito, sus protegidos, que estaban todo el día con la boca abierta, adivinándole el pensamiento para ejecutarlo al momento; fuese lícito o ilícito, lo mandado. ¿Le parece a usted buen presagio este imperio absoluto en el gobernante y esa obediencia ciega en los súbditos, inclusive los intendentes y gobernadores de toda la República?

Mire usted esta unidad bajo el punto de vista que le parezca, pero no podrá negarme este hecho. Portales tenía en su mano la suerte o desgracia de toda la República, podía disponer de ella a su antojo, sin la menor contradicción. Por lo menos contaba con los medios y todo se lo podía prometer de su gran influencia, de su talento y coraje; y ¿no le parece a usted muy triste, muy precaria, muy miserable la felicidad de un Estado que penda sólo de la voluntad de un hombre? Y de qué hombre: de quien teníamos presunciones muy vehementes para creer que se había de convertir en tirano detestable. Aun cuando no hubiera sido un seductor inmoral, como es público, sino un santo, el más virtuoso, todos debíamos temerlo. Salomón, iluminado por Dios y al principio de su reinado, de mayor rectitud que Portales, fue al fin un déspota cruel. Nerón mismo inspiró en su juventud grandes esperanzas y se presumía el padre de la patria. Es necesario no conocer al hombre para creer siempre invariable su conducta. No; no pienso del mismo modo que usted. Como hombre, se me partió el alma al ver el cadáver de Portales; derramé sobre él lágrimas muy sinceras, hubiera dado mi vida

por resucitar a este hombre tan grande, que nos prestó servicios eminentes, dignos de mejor suerte; pero como chileno, bendigo la mano de la Providencia que nos libró en un solo día de traidores infames y de un ministro que amenazaba nuestras libertades.

Ahora ya el Presidente tomará más respetabilidad; porque, a la verdad, antes no era sino como un tronco de roble, de quien nadie hacía caso. Las Cámaras cobrarán también más energía y popularidad, sabrán que han sido creadas para defender los derechos de sus comitentes y oponer algún dique ejecutivo, equilibrando los poderes. Todo, en fin, cambiará de aspecto, y yo solamente hago votos para que no haya derramamiento de sangre y para que cualquiera innovación se haga observando las leyes y para el bien de la patria.

La guerra con Perú no me parece tan necesaria. Podemos hacer alguna transacción honrosa y ventajosa para Chile, y en caso de que el Gobierno determine llevarla adelante, poco se ha perdido. El costo principal está hecho, sólo faltan hombres, y ociosos sobran en Chile. Si a usted le parece, proponga que me manden a mí de cualquier cosa. Yo moriré con gusto con tal que no abandonen después a mi mujer y a usted a mi Virginia.

No sé cómo diga usted que entraba en los planes del ministro mejorar la educación. Yo convengo en que éstos serían sus deseos, más no en que los medios que había adoptado fuesen los más a propósito. A usted mismo le he oído mil veces que se llevó luchando a fin de impedir la abolición del Instituto. ¡Quién sabe si Meneses y Bello se hubiesen salido al cabo con la suya!

Ya quiere amanecer y cuando duerma otra vez irregularmente continuaré sobre este asunto.

No crea usted que aquí hablo con alma nacida sobre cosas políticas. Domingo Espiñeira, de quien tendrá usted noticias, y un primo de él, son los únicos amigos que veo y trato y quisiera que no se fastidiaran de mí y estrecháramos cada día más nuestras relaciones. Exceptuando esto, a los demás los miro como mis mayores enemigos, ando huyendo de ellos y estoy violento el rato que paso fuera de casa. Se hila aquí muy delgado, cada uno tiene las de Quico y Caco. Cosa que se va haciendo para mí insoportable. He aprendido más a vivir en un mes de Valparaíso, que si hubiera estado 10 años en Santiago, y el que me ha enseñado a quien lo debo todo es a Domingo Espiñeira. Tanto por estas razones

que son muy poderosas, por mi carácter franco y confiado como por otras muchas que escribiré después, deseo ardientemente que usted me haga el mayor servicio que también lo será para usted mismo, porque estará usted libre de mis majaderanzas. Este servicio que si usted puede sin perjuicio del prójimo es que se me traslade a Chiloé.

Lo he meditado mucho y veo que es lo más conveniente. Preferiría dos mil pesos en Chiloé a cinco mil en Valparaíso. Le hablo a usted lo que siento.

Sobre la batalla del Barón y los demás accesorios, quisiera escribir a usted largamente, pero temo que no se me crea. Yo lo he visto casi todo; si usted pues me tiene por testigo imparcial y verídico, avísemelo y cuando tenga lugar le referiré lo más mínimo.

Dispéñeme los borriones, no puedo escribir sin ellos al primer golpe y ésta se ha alargado tanto que tendrá a bien de dispensarme que ésta se la haya mandado así.

Mande usted a su amigo,

J. A. Álvarez

DE MANUEL BULNES (1799-1866) A RAMÓN LUIS IRARRÁZAVAL (1809-1856)

Perú, Campo de Yungay, 20 de enero de 1839

«La Confederación ha quedado disuelta de hecho en cinco horas».

El joven general Manuel Bulnes fue designado para comandar el Ejército chileno en la segunda expedición a Perú en la guerra contra la Confederación Perú-Boliviana. Triunfó en la batalla de Portada de Guías y luego venció en Matucana. Pero la gloria y su futura ascensión a la Presidencia le llegó gracias a su heroica actuación en la batalla de Yungay, el 20 de enero de 1839. Allí, a pesar de estar en una posición geográfica desfavorable y contar con un contingente inferior, venció al ejército del mariscal Santa Cruz. Ese día de gloria, Bulnes escribió al ministro de Estado Ramón Luis Irarrázaval la siguiente carta, conocida como el histórico parte de la victoria de Yungay. Llegó a nosotros desde el velador de su bisnieto Francisco Bulnes Sanfuentes.

Señor ministro de Estado y del despacho de la Guerra de la República de Chile:

Sobre el campo de batalla en que he vencido completamente al enemigo en fuerza de seis mil hombres mandados por el mismo Santa Cruz, sólo tengo tiempo para decir a vuestra señoría que la Confederación ha quedado disuelta de hecho en cinco horas de un combate reñidísimo y sangriento, y que los valientes que tengo el honor de mandar y cuyo heroísmo no tiene ejemplo, han arrancado al enemigo, de posiciones casi inaccesibles, su artillería, parques y todo.

A esta hora, que son las cuatro de la tarde, continúa la persecución de los poquísimos que alrededor de sus generales huyen en varias direcciones.

El coronel Urriola, cuyo jefe encomiendo a la consideración del Gobierno, instruirá a vuestra señoría de los pormenores de esta gloriosa jornada. Interín tengo el tiempo de dar a vuestra señoría el parte circunstanciado.

Manuel Bulnes

DE MANUEL RENGIFO (1793-1845) A MANUEL BULNES (1799-1866)

Vichiculén, 14 de septiembre de 1841

«... jamás ha habido un período de orden, de calma y de esperanzas como el que actualmente disfrutamos».

Al ser invitado a participar en el gobierno de Manuel Bulnes, nuevamente en calidad de ministro de Hacienda, Manuel Rengifo le escribió una carta al Presidente en donde expone sus principios políticos y sus condiciones para formar parte del gabinete. Una vez en él, se preocupó no sólo de establecer las bases de la correcta administración de los caudales públicos, sino también de lograr una política de unidad y olvido de viejos resentimientos y rencores. De esta manera, el hombre que le cambió la cara al Fisco chileno, planteó una doctrina de gobierno que hizo que aquella administración fuese considerada, con perfecta unanimidad por los historiadores, como la más feliz que tuvo la República bajo la Constitución de 1833. No en vano durante ella se logró un avance notable en educación con la creación de la Universidad de Chile.

Estimado general y amigo:

Tal vez le habré parecido remiso en contestar su apreciable carta fechada el 7 del corriente que sólo recibí el 10; pero si usted considera que esta contestación va a decidir de mi inmediato destino y de la suerte futura de mis hijos, espero mirará con indulgencia la perplejidad en que me han puesto, por una parte su honrosa confianza, a que siempre he deseado corresponder, y por otra los obstáculos que mi posición particular oponía a este deseo. En fin, determinado ya a incorporarme en la administración que usted va a presidir, es inútil hablar sobre los esfuerzos que me cuesta este sacrificio.

Hay, sin embargo, un punto de grave importancia en que debemos ponernos ambos de acuerdo antes de contraer recíprocos compromisos. Yo no he tenido hasta hoy ocasión ni necesidad de manifestar a usted mis principios políticos; pero ahora que soy llamado a tomar par-

te en la dirección de los negocios públicos, juzgo un deber de conciencia descubrirle francamente mi opinión sobre este particular, para que después no se extrañe verme obrar en todo con arreglo a ella.

Dirigiendo la vista hacia el aspecto político que presenta la República en su interior, puede decirse que desde el principio de la revolución hasta nuestros días, jamás ha habido un período de orden, de calma y de esperanzas como el que actualmente disfrutamos. Por una feliz combinación de circunstancias, los partidos en que antes se dividía el país han depuesto su animosidad recíproca, y todos esperan de usted seguridad y protección; más, a pesar de esto, se alucinaría el que creyese consolidada la obra de la unión, y extinguidas de raíz las viejas antipatías; sólo al nuevo Gobierno está reservada la misión de realizar esta halagüeña perspectiva, y desempeñando tan noble destino cumplirá una de sus primeras obligaciones. Atraer a los que fueron enemigos de la administración que expira; emplear, según sus aptitudes, a los hombres de mérito que entre ellos haya; conceder una general amnistía a los que por delitos políticos viven en destierro; rehabilitar al corto número de oficiales que aún queda fuera del servicio militar de los que se dieron de baja en 1830, son medidas que sin trepidación deben adoptarse por un acto espontáneo del Gobierno para que produzcan pleno efecto; porque si después las arranca el influjo o la importunidad; si se dictan con repugancia, cediendo al ruego o bajo condiciones que humillen a los agraciados, mejor estaría negarlo todo y preferir un sistema de persecución contra el Partido Liberal, pues así conservará a lo menos algunos amigos la nueva administración, y obrando a medias seguramente los perdería todos.

No entienda usted por esto que pretendo convertirme en abogado zeloso de los intereses de un partido, para sobreponerlo al otro que ha sido su rival. Lo que yo quiero es que se refundan ambos, que no haya predilección y que la justicia y gracias del Gobierno recaigan indistintamente sobre todos los ciudadanos, para que todos se empeñen en sostenerlo. Los grandes propietarios, los hombres amantes del orden y de la tranquilidad pública, son quienes más ganan con los efectos naturales de esta política; y aunque por lo pronto se muestren algunos displicentes, exagerando los riesgos de una confianza que a sus ojos parecerá peligrosa, luego después, cuando vean convertidos en apoyos del régimen constitucional a los objetos de su infundado temor, y que después

el Gobierno adopta una marcha firme, recta e imparcial, estoy cierto se apresurarán a sostener la administración que les ofrece medios y voluntad de conservar a toda costa la paz interna de la República.

El sistema conciliatorio que recomiendo, contrapuesto al que ha prevalecido en el régimen precedente, parece a primera vista que hace la tácita condenación de los actos gubernativos de un poder acreedor ciertamente, bajo muchos títulos, a nuestra gratitud y respeto; pero quien así juzgase, acreditaría bien poco discernimiento de la esencial diferencia que hay entre la época pasada y la venidera; entre el Gobierno que acaba y el que va a principiar. Aquél se elevó hollando en el campo de batalla a un partido numeroso y enérgico, y tuvo que luchar desde su origen con una resistencia tenaz e infatigable; éste cuenta con el prestigio de la legalidad que nadie contesta y carece de enemigos que le combatan. Aquél se vio forzado a sofocar con medidas de rigor las conspiraciones que aparecían unas en pos de otras y que hallaban simpatías en el pueblo acostumbrado de antemano a tomar parte de ellas, porque aún quedaba multitud de aventureros que habían pertenecido a la generación revolucionaria; éste entra bajo el palio de la paz a regir un país que ya ha adquirido hábitos de orden, y buscar su bienestar por las vías legales. El primero, en fin, tuvo que limitar su benevolencia a ingerir el menos mal posible y el segundo se halla en el caso de practicar todo el bien que esté a sus alcances. Quien no perciba, vuelvo a repetir, la diferencia que hay entre 1830 y 1841, y crea que lo que fue entonces necesario es ahora conveniente, da en esto una prueba de obstinada ceguedad o de que consulta más bien a sus pasiones que a su juicio.

Después de explicarme así, me queda el temor de que se entienda aconsejo a usted la adquisición de nuevos amigos, usando de condescendencias que degeneren en debilidad. No es éste, por cierto, mi ánimo; antes bien, vivo íntimamente persuadido de que el gobierno que incurra en tal error, sólo conseguirá aumentar los embarazos de su posición, desde que alienta a los aspirantes de todos los partidos para que lo abrumen con sus inmoderadas pretensiones. Recomensar los servicios y dar empleo al verdadero mérito con arreglo a la ley, sin negar a nadie la opción a estos beneficios, que son el patrimonio del pueblo en una República regida con equidad, he aquí el fondo de mi pensamiento y la regla que quisiera adoptarse debidamente la nueva administración.

Me extendería demasiado si diese mayor latitud a estas considera-

ciones, mucho más cuando creo haber dicho lo bastante para que usted conciba mi modo de ver la cuestión en su presente estado. Si mis ideas no concuerdan con las de usted ni están en armonía con los principios de los demás individuos que deben ocupar los bancos ministeriales, no sólo sin agravio, sino como un favor especial recibiré el aviso de que no se cuenta conmigo.

Entonces tal vez serviría mejor al Gobierno, porque quedaría en aptitud de hacerlo libre y desapasionadamente, y usted puede contar con mi voluntad desde que es testimonio de confianza que acaba de dispensarme me ha hecho su amigo para siempre.

Cualquiera que fuere la resolución que usted tome, es preciso me la participe sin demora, porque yo necesito un mes de término para salvar siquiera una parte de mi pequeña fortuna, en el caso que usted decida llamarme a su lado. No puedo, pues, estar presente al tiempo que se nombren los ministros, mas confío que usted y nuestros amigos sabrán elegir a los que la opinión pública designe, y sobre todo que se consultará en los individuos nombrados la unidad de principios, para contar con aquella unidad de acción, sin la cual puede haber ministros pero de ningún modo Ministerio.

Ha salido esta carta tan extensa, que me veo en el caso de suplicarle disimule el abuso que hago de su paciencia.

Soy de usted, coronel.

Manuel Rengifo

DE MANUEL BULNES (1799-1866) A EUGENIO NECOCHEA

Santiago, 8 de febrero de 1861

«... **no hay otro candidato posible...**».

Al acercarse el final del decenio de Bulnes, se rompió la estabilidad que lo había caracterizado. Había un creciente deseo de la aristocracia por recuperar la cuota de poder político que había cedido al Ejecutivo. Además, empezaba a criticarse la forma de sucesión presidencial, y sobre todo la excesiva influencia en ella del mandatario saliente. Bulnes, al tanto de lo anterior y en aras de conservar y mantener el régimen portaliano, le cuenta en esta carta a su amigo Eugenio Necochea que Montt debía ser el próximo presidente. Pero no se imaginó que dicha elección tendría consecuencias. Al ser elegido Montt presidente, las provincias de Santiago, Aconcagua, Coquimbo y Concepción se levantaron en armas. La revolución fue aplastada por el propio Bulnes. Allí, el ex presidente finalizó su carrera profesional, sepultando por un buen tiempo el caudillismo militar.

Mi apreciado coronel:

Las recientes ocurrencias de la ciudad de Concepción, de que supongo a usted instruido, me deciden a comunicarle a usted mis ideas fijas sobre la candidatura para la Presidencia de la República; que si antes no lo había hecho, era porque debía examinar previamente el estado de la opinión pública a este respecto, es decir, de la verdadera opinión de los hombres de juicio y séquito en todo el país. El resultado de esta investigación, a que me había entregado con espíritu de imparcialidad, ha sido que no hay otro candidato posible para los conservadores y cuantos aman la paz y los sólidos adelantamientos, más que el señor Manuel Montt. Es el único que ofrece garantías positivas de orden y estabilidad en las circunstancias en que se halla el país, y el único a quien decididamente acepta el Partido Conservador. Sería dividirnos y dar el triunfo a los enemigos del orden, pensar en otro cualquiera, por digno y meritorio que fuera.

Con tales antecedentes me ha sido sensible ver aparecer el respetable nombre del general Cruz, en quien nunca dejaré de reconocer las relevantes calidades que le adornan unido a una candidatura ofrecida por algunos vecinos de Concepción, que están lejos de representar la opinión de aquella ciudad, desde que se echan de menos entre sus firmas los nombres de las personas notables que siempre han figurado o atraído el respeto público. Considero, pues, tal proclamación como un hecho completamente aislado que no puede hacer cambiar la verdadera opinión del país, y que sólo contribuiría a dar alas al partido revolucionario, que se consideraba él mismo perdido antes de la proclamación de la candidatura Cruz, y que ahora la aplaude, sin duda con ánimo de levantarse en medio de nuestra supuesta división. Más, puedo asegurar a usted que no lo conseguirá si esas provincias del sur marchan unidas, y con el mismo buen sentido que manifiestan espontánea y unánimamente las del norte.

Espero que por su parte usted contribuirá a este importante objeto, con su influencia, actividad y su decidido empeño por la causa del orden y por la estabilidad de nuestras instituciones. El Gobierno, apoyado como está por el Partido Conservador, tiene todos los medios de hacer triunfar esta doble causa; pero no desea emplear otros más que los de la persuasión y la buena armonía entre los amigos del orden, y que su candidatura sea llevada a cabo por la buena voluntad general.

Después de las consideraciones anteriores en favor de la candidatura de Manuel Montt, consideraciones de carácter político, no puedo menos de manifestar en el seno de nuestra amistad otras enteramente privadas. Este sujeto antes de conocerme, ya me había prestado servicios importantes; y poco después promovió y sostuvo mi candidatura del modo entusiasta y eficaz que todos saben; me sirvió con lealtad y decisión cinco años consecutivos en el Ministerio, y entonces y después no ha cesado de darme pruebas de amistad e interés, siendo mi principal recurso, mi consejero y mi más activo cooperador en todas las crisis o dificultades de gravedad sobrevenidas durante mi administración. Estoy ligado a él por los más estrechos vínculos de amistad y reconocimiento.

En cuanto al general Cruz, las mismas relaciones de parentesco que nos unen, son un poderoso obstáculo para su candidatura. Con razón o sin ella, ha sido éste el tema más anticipado que se nos ha opuesto,

mirando los partidos en mi sucesión al general Prieto, después de 10 años de gobierno de uno y otro, como una especie de monopolio hereditario del Gobierno, que se perpetuaría por decirlo así, si continuara el general Cruz en el mando de la República. Esto repugna decididamente el orgullo de la mayoría del país o sus celos republicanos: y no creo que podamos chocar directamente con una prevención general de esta naturaleza.

Soy de usted, coronel. Como siempre, su afectísimo seguro servidor,

Manuel Bulnes

DE MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI A. (1828-1888) A ALBERTO BLEST GANA (1830-1920)

Santiago, 10 de junio de 1878

«**Toda su esperanza de que la corte de Roma no lo acepte se funda en que el señor Taforó es hijo natural o ilegítimo**».

El 8 de junio de 1878 el país recibió la noticia de la muerte del arzobispo Valdivieso. Luego de 33 años a la cabeza de la Iglesia chilena, las tensiones en dar con su sucesor eran un secreto a voces. El Gobierno propuso a Roma la designación de Francisco de Paula Taforó, quien de ideas liberales prometía establecer relaciones tolerantes entre la Iglesia y el Estado. Esto causó la furia inmediata y visible de los sectores más conservadores de la Iglesia que rechazaron a Taforó por ser hijo natural. En medio de esta verdadera lucha religiosa, Miguel Luis Amunátegui, ministro de culto del presidente Pinto, escribe estas elocuentes líneas a su amigo el escritor Alberto Blest Gana, enviado especial del Gobierno para conseguir de la Santa Sede la aprobación de Taforó. Pese a las claras instrucciones y a las reconocidas habilidades diplomáticas de Blest Gana, su gestión fracasó. El sucesor de monseñor Valdivieso fue Mariano Casanova. El Vaticano optó por dar con fuerza la batalla contra la laicización de la sociedad chilena.

Mi estimado amigo:

Tú sabes también como yo que, desde hace algunos años atrás, un grupo de eclesiásticos regulares ha concebido el plan de constituir al clero en un partido político, que busque el punto de apoyo en los ultraconservadores, o pelucones, y que se haga fuerte con la cooperación de éstos. La pretensión mencionada ha sido pésimamente acogida por la gran mayoría de la nación chilena, que, siendo por lo general muy sensata, no gusta de que se mezcle la religión con la política. Por desgracia, los caudillos o promotores del movimiento a que aludo, entre los que puede enumerarse a los obispos Salas, Orrego y Larraín Gandarillas, a los canónigos Astorga y Montes, y al presbítero Fernández Concha (es-

tos tres últimos han sido por muchos años vicarios del arzobispado y lo son todavía), han logrado hacerse temibles al clero por los puestos que ocupan e imponerle sus voluntades.

Aunque el finado arzobispo Valdivieso fue uno de los principales causantes de tan deplorable situación, su fallecimiento ha venido a empeorar las cosas; pues, a pesar de tener un carácter imperioso, poseía prudencia y conocimiento del mundo, y esto le hacía reprimir el ardor demasiado belicoso de sus amigos y discípulos. Las provocaciones des-acordadas que después de su muerte están haciendo estos últimos revelan la ausencia del moderador.

Con este motivo, el mayor número de nuestros estadistas y de los hombres respetables mira con grande y justificada alarma las tendencias cada día más hostiles contra la autoridad civil que ostentan los sacerdotes referidos, y anhelan por que se ponga pronto y eficaz remedio a un mal que puede dar origen a las consecuencias más deplorables.

Apenas muerto el arzobispo Valdivieso, los directores de la porción del clero que llamaremos batalladora, formaron el propósito de obligar al Consejo de Estado, al Presidente de la República y al Senado a que se fijaran para arzobispo en el obispo *in partibus* de Martyropolis, Joaquín Larraín Gandarillas, que es también *chantre* de la Catedral de Santiago.

Como tú interviniste en la negociación que se entabló para que la Santa Sede diera a este señor el simple título de obispo *in partibus*, y no el de obispo auxiliar de la arquidiócesis de Santiago, debes recordar que el Papa ordenó al arzobispo Valdivieso que se pusiera de acuerdo con el Gobierno antes de continuar en las gestiones favorables a Larraín Gandarillas que el dicho arzobispo había entablado en Roma, sin comunicarlo siquiera a los gobernantes del país.

Reconocidos el presidente Pinto y sus ministros a la buena voluntad que el Papa manifestaba con esta determinación, no opusimos ningún género de inconvenientes a que el Pontífice resolviera lo que estimara oportuno, y nos limitamos únicamente a dejar en salvo las prerrogativas del patronato nacional y las disposiciones constitucionales y legales que rigen en la materia.

Parecería que el señor Larraín habría debido sujetarse al deseo muy claro que había manifestado la Santa Sede de que cuidara de proceder de

acuerdo con el Gobierno. Sin embargo, estuvo muy lejos de suceder así.

Habiéndole llegado las bulas de obispo *in partibus* de Martyropolis, se consagró tal sin presentar dichas bulas al Consejo de Estado, y sin dar siquiera un aviso oficial de cortesía.

Y esto lo hizo no obstante que, según me consta, el finado arzobispo Valdivieso fue de opinión que debía presentar las bulas al Consejo de Estado.

Llegada la ocasión de que el cabildo elesiástico practicara la elección de vicario capitular, el señor Larraín Gandarillas y los canónigos Astorga y Montes y sus amigos, que formaban la mayoría del cabildo, hicieron la elección sin haber dado ningún paso para ponerse de acuerdo con el Gobierno, como siempre se ha acostumbrado hacerlo en estos casos.

Como era de esperarse, el señor Larraín Gandarillas resultó electo vicario capitular por siete votos contra cuatro.

Conforme a la ley y a la práctica, el cabildo comunicó este nombramiento al Ministerio del Culto.

Tú sabes que según la ley y según la costumbre siempre observada, los nombramientos de vicarios capitulares en sede vacante necesitan la aprobación del Gobierno. En Chile rige acerca de este punto la misma legislación que en España y que en Francia, y entiendo que en todos los países católicos. No ha habido ejemplo en Chile de que estos nombramientos no hayan sido sometidos a la aprobación del Gobierno, y aun hay un caso no remoto de no haber el Gobierno aprobado el nombramiento de un vicario capitular elegido por el cabildo elesiástico de Concepción en la vacante del señor Elizondo, y de haberse hecho cargo de la administración de la diócesis como obispo electo el actual prelado de Concepción, José Hipólito Salas, sin que el vicario capitular hubiera sido reconocido, y por lo tanto, sin que se diera fuerza civil a sus determinaciones.

Pues bien, ¿sabes lo que hizo el señor Larraín Gandarillas?

Sin aguardar la aprobación del Gobierno, y cuando no había tiempo de haberla dado (el oficio del cabildo fue entregado al cerrarse la oficina del Ministerio el 10 de junio, y el oficio del señor Larraín Gandarillas del cual voy a hablarte fue entregado en las primeras horas del 11 de junio) dirigió un oficio que empieza textualmente así: «Supongo que usía habrá recibido la comunicación en que el venerable deán y cabildo de la iglesia metropolitana anuncia al supremo gobierno que en sesión

de ayer me transfirió la jurisdicción eclesiástica que había recaído en esa corporación por el fallecimiento del Ilmo. y Revdmo., señor arzobispo de esta arquidiócesis doctor Rafael Valentín Valdivieso, acaecido el 8 de los corrientes».

Después de este preámbulo, destinado a hacer comprender que procedía sin aguardar la aprobación del Gobierno, el señor Larraín Gandarillas entraba a comunicar que había nombrado vicarios del Arzobispado, gobernador eclesiástico de la ciudad de Valparaíso y vicario foráneo de la provincia de este nombre, y secretario del Arzobispado.

A pesar de la resolución que tiene el Gobierno de evitar todos los conflictos que pueda sin mengua de la dignidad y sin violación de la ley, ha tenido dificultad para aprobar nombramiento hechos con una irregularidad notoria, a menos de que ésta se remedie.

El conocimiento que se tiene de las tendencias del señor Larraín Gandarillas, comprobadas recientemente con la resistencia para presentar al Consejo las bulas que le instituían obispo *in partibus*, y con el nombramiento extemporáneo de vicario y secretario, que hizo publicar por los diarios, hacía imposible su designación de arzobispo.

El Consejo de Estado que, según el artículo 52 de la Constitución, debe formar la terna para la provisión del Arzobispado, se compone al presente de personajes muy respetables y pertenecientes a distintos bandos políticos, siendo elegidos unos por las cámaras y otros por el Presidente.

El día que debía formarse la terna, asistieron 10 que fueron Melchor de Santiago Concha, el general Pedro Godoy, José Victorino Lastarria, José Santos Lira, Manuel Antonio Matta, Antonio Varas, Domingo Santa María, José Antonio Gandarillas, Joaquín Blest Gana y José Salamanca. El único de los miembros del Consejo que faltó fué el señor Taforó.

En votación secreta, el señor Taforó fue colocado en el primer lugar por ocho votos contra dos, ninguno de los cuales recayó en el señor Larraín.

El Presidente, con la aprobación unánime de sus cinco ministros, dio la deferencia al señor Taforó. Esta designación fue aprobada unánimemente por el Senado, a que acudieron 17 miembros de diversos partidos, a saber: Alejandro Reyes, Manuel Montt, Belisario Prats, Joaquín Blest Gana, Adolfo Ibáñez, Javier Luis de Zañartu, Pedro N. Marcoleta,

Máximo Valenzuela Castillo, Jerónimo Urmeneta, Miguel Elizalde, Rafael Sotomayor, Ramón Guerrero, Vicente Pérez Rosales, Miguel Guzmán, José Miguel Ureta, José Victorino Lastarria y José Agustín Salas.

Los señores Reyes y Montt habían querido que se aplazara el asunto para la próxima sesión, expresando que lo proponían así porque sabían que para entonces podrían venir otros senadores que deseaban dar su voto al señor Taforó.

La votación del Senado fue unánime, y además secreta, como la del Consejo de Estado.

Tú sabes como yo que el señor Taforó es un hombre bastante ilustrado, sumamente dulce y bondadoso, y muy ejemplar en sus costumbres.

El clero batallador y politiquero no encuentra nada que decir contra él. Toda su esperanza de que la corte de Roma no lo acepte se funda en que el señor Taforó es hijo natural o ilegítimo.

Sin embargo, nadie ignora que el Papa puede dispensar y en efecto ha dispensado a muchos esta irregularidad. Se me asegura que en la América española hay varios obispos a quienes se ha dispensado esta irregularidad. Se me cita, entre otros, aunque no me consta la verdad del hecho, a un obispo Torres de Colombia, y a un obispo Bosque de Bolivia.

La Santa Sede ha dispensado ya dos veces al señor Taforó esta irregularidad para que obtenga dignidades en la catedral de Santiago.

Es preciso tener presente que la circunstancia de esta irregularidad de nacimiento es muy poco conocida en Chile. Son raros los que antes de ahora la sabían, y muchos los que aseguran que el señor Taforó es hijo legítimo. La emulación que ha suscitado entre los que aspiraban a la misma elevación, su designación para el Arzobispado, es la que en estos días ha echado a correr una especie antes generalmente ignorada, y que ahora mismo muchos niegan.

Los padres del señor Taforó pertenecían a familias que en la época colonial y aristocrática se habrían reputado nobles. Su padre, Rafael Márquez de la Plata y Huidobro, pertenecía a una de las familias más ilustres de nuestro país. Era sobrino de uno de los miembros del Consejo de Indias, que fue proclamado vocal de la junta gubernativa instalada en Santiago, el memorable 18 de septiembre de 1810, Fernando Márquez de la Plata. El referido Rafael Márquez de la Plata y Huidobro estaba dispuesto a casarse con la señora en quien tuvo al señor Taforó; pero se lo impidieron, primero, una ausencia del país, a que le obligaron las vicisitudes

de la revolución de la independencia, y después la muerte.

Además tu sabes que en Chile la calidad de hijo natural está muy lejos de ser reputada un desdoro personal. Varios de los hombres que han figurado aquí en primera línea eran hijos naturales. Recuerda al Presidente que tuvo la gloria de firmar el acta de la Independencia, el ilustre Bernardo O'Higgins.

Vista la excitación de los ánimos, sería difícil calcular lo que podría suceder si la Santa Sede no accediera a esta petición. Sólo los muy obcecados juzgarían justificable no se dispensara al señor Taforó una irregularidad a que no se da en Chile ninguna importancia, como lo prueba demasiado el ser este digno eclesiástico uno de los treinta miembros de la facultad de teología, maestre escuela de la Catedral y consejero de Estado.

Puede temerse que el mal efecto que la negativa de la dispensa produciría podría ser funesto para los intereses de la Iglesia. Es preciso no olvidar que el año próximo va a reformarse nuestra Constitución. ¿Qué sucederá si la Santa Sede no accede a una solicitud tan justificada, si fomenta las tendencias subversivas y hostiles a la autoridad civil de un clero batallador, y, lo que debe tenerse presente, muy admirador en la generalidad del Pontífice actual?

Conviene no olvidar que, si la presentación del señor Taforó fuera confirmada, éste seguiría en pequeño en Chile la elevada y conciliadora política que León XIII practica en grande en el mundo católico.

Los adversarios del señor Taforó van a escribir a Roma algo en contra suya, pues algunos de ellos son tan apasionados que no retroceden delante de nada.

¿Qué será lo que digan?

Es imposible adivinarlo.

Pero los inventarán.

La conducta verdaderamente incalificable que están observando lo hace temer todo.

El señor Taforó ha sido en el Seminario condiscípulo del señor Larraín, y es su colega de coro.

Sin embargo, han sido émulos. Cuando ocurrió hace poco tiempo el negocio que tú conoces del obispado *in partibus* del señor Larraín, me consta que el señor Taforó dio pasos ante el Gobierno para allanar las dificultades; y, cuando tuvo lugar la consagración del señor Larraín, el señor Taforó se mostró muy contento con la elevación de su condiscípulo

y colega, y asistió a la mesa de once que el señor Larraín dio en su casa.

Habría sido de aguardarse que el señor Larraín hubiera correspondido estos actos de benevolencia. Pues has de saber que, no sólo no ha ido a ver al señor Taforó, sino que, habiéndose corrido en el público que había ido, lo hizo desmentir en el *Estandarte Católico*, diario oficial del Arzobispado. Te remito el número de este periódico en que apareció esa curiosa rectificación, pues es muy significativa. Creo excusado detenerme en comentarios que son demasiado obvios y que cualquiera puede hacer.

A pesar de tanta y tan desautorizada irritación, yo no acierto a colegir qué podrán escribir contra un hombre tan bueno y virtuoso como el señor Taforó. Tú, creo, ignoras lo excesivamente severo que era el finado arzobispo Valdivieso, y recordarás quizás que por un chisme ridículo suspendió la licencia de confesar monjas a un hombre tan encumbrado como Ignacio Víctor Eyzaguirre. Sin embargo, aun que no se manifestó propicio al señor Taforó, jamás se atrevió a decretar contra él ninguna suspensión. Ahora bien, ¿no lo habría hecho si hubiera habido el menor motivo?

Lejos de esto, en los últimos tiempos le confirió más de una comisión honorífica, como, por ejemplo, la de procurar con otros eclesiásticos respetables la solemnidad de la inauguración de la estatua del arzobispo Vicuña.

Aunque con espíritu liberal y templado, el señor Taforó ha defendido siempre la causa y los intereses de la Iglesia, como lo comprueba, entre otros muchos documentos, un discurso pronunciado hace años en la Cámara y reproducido en estos días por el Ferrocarril. Te remito el correspondiente número de este diario para lo que pueda servirte.

He oficiado al delegado apostólico acreditado en Perú y Chile, y residente ahora en Lima, para que, ya sea por sí mismo, ya por un delegado, tenga a bien levantar la información canónica acerca de la doctrina, costumbres y demás antecedentes del señor Taforó. Sin embargo, tenemos sumo interés en que el asunto sea despachado en Roma sin tardanza, y sin aguardar el envío de esta información, que se ha mandado hacer sólo para que esté pronta, si la exigen. Nos parece que la dignidad a que el señor Taforó ha llegado en el coro de la Catedral de Santiago, y los documentos cuyas copias autorizadas te envío, son suficientes

para que la Santa Sede forme su juicio acerca de las condiciones personales del presentado. Se nos asegura que el Papa ha procedido con esta prontitud en casos ocurridos en América. Se me habla aún de la confirmación por telégrafo practicada con un sacerdote propuesto por el presidente Blanco de Venezuela. Averigua lo que haya en esto.

Sólo en último extremo, si contra nuestros deseos y esperanzas, el Papa se negase a confirmar la presentación del señor Taforó antes de que llegue la información canónica que va a levantar el delegado apostólico, monseñor Mocenni, trata de conseguir siquiera que la Santa Sede nombre desde luego al señor Taforó vicario apostólico, y le encargue provisionalmente el gobierno de la arquidiócesis de Santiago. Esto es urgente e indispensable.

Según la legislación civil que rige en esta materia, y según la práctica seguida hasta ahora en la Iglesia hispanoamericana, los obispos electos entran a gobernar las diócesis en reemplazo de los vicarios capitulares y haciendo sus veces, tan luego como son designados y antes de que obtengan la confirmación pontificia. La justificación de esta práctica secular está en que como, a causa de la distancia, la Santa Sede tardaba en proveer lo conveniente, los reyes de España, primero, y los presidentes de las Repúblicas hispanoamericanas, después, no podían tolerar que la jurisdicción eclesiástica estuviese encomendada por largo tiempo a vicarios capitulares en cuyo nombramiento tienen sólo una participación muy indirecta. Tal ha sido el origen de las cédulas o decretos de ruego y encargo, en que los reyes y los presidentes pedían a los cabildos eclesiásticos el que delegasen sus facultades en los prelados electos.

La Santa Sede ha reprobado esta práctica. A causa de esta reprobación, el señor Taforó se ha negado a hacerse cargo de la administración de la diócesis en su calidad de arzobispo electo.

El señor Taforó ha tenido además de la expuesta otra razón para proceder de este modo, a saber: la de que, según las disposiciones canónicas, no puede aceptar la designación hasta que la Santa Sede le dispense la irregularidad de nacimiento a que antes me he referido.

Desde que existe la República, y, aun puede decirse, desde la Conquista, el señor Taforó será el primer obispo electo residente en la diócesis que no se haya hecho inmediatamente cargo de su administración. Esto es mirado con marcado disgusto por gran número de personas, que siempre han visto hacer otra cosa.

El mejor arbitrio de zanjar esta dificultad sería el de que la Santa Sede preconizara pronto al nuevo arzobispo, o de que, por lo menos, le nombrara desde luego vicario apostólico.

Conviene tener en la memoria que años atrás, poco después de la revolución de la independencia, la Santa Sede a fin de salvar ciertos conflictos que habían ocurrido en la Iglesia chilena, recurrió a este mismo arbitrio de nombrar vicario apostólico encargado del gobierno de la diócesis al señor Manuel Vicuña, de grato recuerdo, para todos los chilenos.

Si el Sumo Pontífice no adopta, por lo menos, esta medida, tememos que las imprudencias del señor Larraín Gandarillas y de los clérigos de combate que le rodean, provoquen conflictos desagradables.

Atiende a lo que acaba de suceder en estos días.

Cuando murió el primer arzobispo de Santiago, señor Vicuña, el cabildo metropolitano expidió la circular que aparece en el número de la República que te envió. En esa circular, el cabildo pedía oraciones para que la elección del nuevo arzobispo fuese acertada; pero naturalmente pedía esas oraciones cuando la autoridad civil aun no se había pronunciado sobre la persona que propondría a la Santa Sede, y las mandaba cesar tan luego como se hiciera esa designación.

¿Qué ha hecho el señor Larraín Gandarillas?

Ha expedido la circular que puedes leer en uno de los números del *Estandarte Católico*, que te acompaño. En esa circular, expedida muchos días después de la elección del señor Taforó, pide oraciones para que Dios alumbré a la Santa Sede en la designación de un buen arzobispo.

Esto ha causado un verdadero escándalo. Ha parecido muy poco edificante que el vicario se exponga a que los fieles maliciosos se imaginen que el vicario capitular pide oraciones para que el Papa no ratifique la elección de su competidor.

Nos parece que la Santa Sede debe mostrarse tan empeñada como nosotros para poner cuanto antes término a una situación tan tirante; pues, si así no se hiciera, es de temerse que resulten muchos males para la Iglesia chilena.

El Gobierno se ha esforzado por volver la tranquilidad a las conciencias, colocando a la cabeza del Arzobispado a un sacerdote de sesenta años; pero que conserva perfectamente el vigor de su espíritu, que es ajeno a las pasiones políticas, y que ha sobresalido por la templanza y mansedumbre del carácter. Ahora toca a la Santa Sede cumplir con su

deber. Nosotros tenemos la más plena confianza de que León XIII lo hará así, justificando el entusiasmo con que ha sido aplaudida en Chile la política de moderación y de conciliación que ha inaugurado.

Dispón de tu afamadísimo amigo,

Miguel Luis Amunátegui

DE MIGUEL GRAU (1834-1879)
A CARMELA CARVAJAL DE PRAT (1850-1931)

Monitor Huáscar, Pisagua, junio de 1879

«... su digno y valeroso esposo... fue víctima de su temerario arrojo en defensa y gloria de la bandera de su patria».

En la mañana del 21 de mayo de 1879, los buques chilenos la Esmeralda y la Covadonga se trabaron en combate con los blindados peruanos Huáscar e Independencia. Después de su famoso grito «¡Al abordaje, muchachos!», y con espada en mano, el comandante Arturo Prat abordó el buque enemigo, muriendo en su cubierta. Días después, desde el lugar de los hechos, el oficial peruano Miguel Grau le envía una carta a la viuda de Prat y las prendas de su marido que se encontraban en su poder: una espada, el anillo de matrimonio, tres fotos familiares, una reliquia del Corazón de Jesús, un escapulario y una medalla, entre otros. Grau también fue víctima fatal de esta lucha fratricida entre naciones hermanas. Su hora le llegó en octubre de 1879.

Dignísima señora:

Un sagrado deber me autoriza a dirigirme a usted, y siento profundamente que esta carta, por las luchas que va a rememorar, contribuya a aumentar el dolor que hoy justamente debe dominarla. En el combate naval del 21 próximo pasado que tuvo lugar en las aguas de Iquique, entre las naves peruanas y chilenas, su digno y valeroso esposo, capitán de fragata Arturo Prat, comandante de la *Esmeralda*, fue como usted no lo ignorará ya, víctima de su temerario arrojo en defensa y gloria de la bandera de su patria. Deplorando sinceramente tan infausto acontecimiento y acompañándola en su duelo, cumplo con el penoso y triste deber de enviarle las, para usted inestimables, prendas que se encontraron en su poder, y que son las que figuran en la lista adjunta. Ellas le servirán indudablemente de algún pequeño consuelo en medio de su

desgracia, y por eso me he anticipado a remitírselas.

Reiterándole mis sentimientos de condolencias, logro, señora, la oportunidad para ofrecerle mis servicios, consideraciones y respetos con que me suscribo de usted, señora, muy afectísimo seguro servidor.

Miguel Grau

DE CARMELA CARVAJAL DE PRAT (1850-1931) A MIGUEL GRAU (1834-1879)

Valparaíso, 1° de agosto de 1879

«... no crea usted, señor, que sea mi intento inculpar al jefe del *Huáscar* la muerte de mi esposo».

La guerra del Pacífico convirtió a Arturo Prat, marino y abogado, en el héroe máximo de la historia de Chile y su sacrificio en el combate de Iquique señaló una conducta moral que se transformó en consigna obligatoria para quienes pelearon en la guerra: la de no rendirse ante el enemigo, cualquiera sea su superioridad. Por su parte, Carmela Carvajal después de recibir la carta de Miguel Grau notificándole la muerte de su marido, le responde con la dignidad que debió tener la señora de tan valiente y heroico caballero. Sólo seis años duró el matrimonio Prat-Carvajal. Carmela vivió el resto de su vida dedicada a sus dos hijos y recibió continuos homenajes en memoria de su valiente esposo.

Distinguido señor:

Recibí su fina y estimada carta fechada a bordo del *Huáscar* en 2 de junio del corriente año. En ella, con la hidalguía del caballero antiguo, se digna usted acompañarme en mi dolor, deplorando sinceramente la muerte de mi esposo, y tiene la generosidad de enviarme las queridas prendas que se encontraron sobre la persona de mi Arturo, prendas para mí de un valor inestimable, por ser, o consagradas por su afecto, como los retratos, o consagradas por su martirio, como la espada que lleva su adorado nombre.

Al proferir la palabra martirio no crea usted, señor, que sea mi intento inculpar al jefe del *Huáscar* la muerte de mi esposo. Por el contrario, tengo la conciencia de que el distinguido jefe que, arrostrando el furor de innobles pasiones sobreexcitadas por la guerra, tiene hoy el valor, cuando aún palpitan los recuerdos de Iquique, de asociarse a mi duelo

y de poner muy alto el nombre y la conducta de mi esposo en esa jornada, y que tiene aún el más raro valor de desprenderse de un valioso trofeo, poniendo en mis manos una espada que ha cobrado un precio extraordinario por el hecho mismo de no haber sido jamás rendida; un jefe semejante, un corazón tan noble, se habría, estoy cierta, interpuesto, a haberlo podido, entre el matador y su víctima, y habría ahorrado un sacrificio tan estéril para su patria como desastroso para mi corazón.

A este propósito, no puedo menos de expresar a usted que es altamente consolador, en medio de las calamidades que origina la guerra, presenciar el grandioso despliegue de sentimientos magnánimos y luchas inmortales que hacen revivir en esta América las escenas y los hombres de la epopeya antigua.

Profundamente reconocida por la caballerosidad de su procedimiento hacia mi persona y por las nobles palabras con que se digna honrar la memoria de mi esposo, me ofrezco muy respetuosamente de usted, atenta y afectísima segura servidora,

Carmela Carvajal de Prat

DE JOSÉ MANUEL BALMACEDA (1840-1891) A CORNELIO SAAVEDRA (1821-1891)

Santiago, 31 de enero de 1881

« ... este pueblo mastodonte para expresar con calor el entusiasmo, se volvió loco...».

En enero de 1881, Santiago celebró con gran alegría y júbilo la ocupación de Lima y Callao. Cornelio Saavedra, militar ejemplar que un año más tarde incorporó a la vida nacional el importante territorio de la Araucanía, tuvo un rol protagónico. José Manuel Balmaceda, por entonces diputado, le escribió una carta al «virrey» Saavedra, como lo llamaba, para contarle las noticias en Santiago después de su exitoso y valeroso triunfo. Resulta interesante constatar que los militares durante esta época estuvieron estrechamente ligados al mundo político. Sus éxitos en el campo de batalla eran sinónimos de respeto y admiración, y en muchos casos fue el trampolín para llegar a La Moneda.

Querido «virrey»:

No sabría cómo tratar al dueño del palacio de los Pizarros, si hubiera de dar expresión al placer de verlo de señor del centro de acción más populoso de nuestros enemigos. Habré, pues, de ser siempre demócrata y siempre el mismo y decidido amigo, en términos íntimos y leales.

La batalla se ha peleado y se ha ganado. Ningún hecho de armas, en mar o en tierra, tiene en esta guerra la importancia práctica y la trascendencia moral de la ocupación de Lima y Callao. La noticia dio vuelta al mundo en dos días. De Australia, por la vía de Asia y Europa, recibió el Gobierno felicitaciones el 24 de enero. ¡Qué poder el del telégrafo! ¡Qué irradiación la de la gloria!

Los chilenos, estos apáticos chilenos, este pueblo mastodonte para expresar con calor el entusiasmo, se volvió loco, y entre lágrimas y vivas, no cesaba de aclamar a sus triunfadores.

No pudo menos de llamar la atención en casa, la noticia de la carga que el ministro Vergara y el general Saavedra dieron el 15 en la persecución hacia Lima. El ministro abandonó el Olimpo y corrió sable en mano, como un diablo, y el amigo Saavedra, el hombre que apenas puede andar y tenerse derecho, sacó el alfanje del apóstol Santiago y corrió como un general en la plenitud de la salud y de los bríos. ¡Bien! ¡Valientes amigos, así se inmortaliza a la patria!

Los argentinos han quedado estupefactos. Reconocen a boca llena nuestra virilidad y sacrificios. No he podido apartar de mi imaginación el placer de que estará lleno don Mariano al saber que el sobrino general, digno del ilustre vástago argentino del mismo nombre, gobierna la ciudad de los virreyes.

Y a propósito de Argentina, nuestro amigo Obligado ha publicado comunicaciones de Demetrio Lastarria que nos comprometen a fondo. Si Lastarria no rectifica o desmiente a Obligado, no puede quedar de ministro. Creo que Obligado habrá exagerado, pero no lo creo capaz de mentir. ¡Qué desgraciados somos en estos negocios argentinos!

Pertenezco a la escuela romana, a la vieja escuela de Roma que aplaudía a sus triunfadores y los coronaba de laurel, pero que no cesaba de criticar y mover la opinión en el Senado siempre que emprendía la guerra.

La felonía de Miraflores mereció un castigo ejemplar y tremendo, pero instantáneo, en todos los prisioneros habidos en ambas batallas. Así se habría hecho justicia de fuego y la clemencia que desplegaron después habría brillado más y con más fruto.

Aquí las gentes claman por Arequipa. Ya usted conoce mis ideas; he sido inexorable desde el principio de la campaña, pero ahora es preciso obrar como hombres de Estado más que como guerreros.

Si la ocupación de Arequipa nos da la paz, debemos ir allá. Si eso no fuera más que un episodio de armas, no debemos ir. Temo sí que Piérola levante allí la cabeza y que al fin si tenemos a la serpiente por la cabeza, concluyamos por asirla de la cola.

Arequipa es el único centro populoso que aún le queda a Perú; si estuviera en nuestro poder, Perú estaría estrangulado. No obstante hay medios de pesar sobre Perú. Que pague 3.000.000 al mes; lo que no cubra la renta pública, lo paga la fortuna particular. Traslade a Lynch y veremos qué hacen al cabo de dos meses. Pero nada de clemencia en este orden: es menester mano de hierro.

¡Cuidado con las buenas mozas! Lo que no obsta para que cumpla su oferta y traiga las muchachas ofrecidas, y con repuesto si quiere. Mi madre, cuando yo refiero la promesa a los amigos, se encarga con afán de decir que ésas son bromas de la confianza. Ya le parece cierto que vamos a ser felices a nuestra manera. Ella, Trinidad y Emilia me encargan un millón de cosas para usted.

El jefe del Melipilla se ha portado bien y ha sido feliz. No hemos alegrado por ello. Como no se había fogueado, teníamos miedo, como el héroe de Cervantes, de probar al filo de la espada, la celada de cartón que el ilustre hidalgo se fabricó. Pero probada, ha resultado de metal y bien templada. Felicitémonos por lo que al apellido pudiera tocar.

Vamos a la política, pues la guerra tiene en ello gran parte. La convención de enero, pobre y raquítica, trabaja por Amunátegui. Los amigos de Santa María esperaban la batalla de Lima para lanzarse al público. El acontecimiento ha dejado pequeños a los hombres de acá y nada se ha hecho aún. Entretanto, la multitud habla de Baquedano, que acogen los conservadores y muchos liberales y dispersos.

Si las fuerzas de Amunátegui y Santa María no se unen, se debilitarán y facilitarán la candidatura de Baquedano. Si Santa María se adhiriera con todas sus fuerzas a la candidatura Vergara, éste sería el candidato más serio. Pero Santa María espera que Vergara le ayude de todas maneras y yo creo que Santa María puede mucho en favor de Vergara, porque éste tendría adhesiones espontáneas y numerosas; al par que Vergara, a la grupa de Santa María, no llevaría fuerzas suficientes para eclipsar a Baquedano.

Para su gobierno, amigo mío. No tenga falsas ideas ni preocupaciones. Las candidaturas militares no son temibles en Chile. La presidencia más constitucional, la que mejor penetró la estructura del régimen parlamentario fue la de Bulnes. No combata candidaturas militares por el solo hecho de ser militares. Absténgase por el momento y espere.

Yo desearía la candidatura Vergara. No la creo probable sin embarco, porque éste es precipitado y con poco tacto político, y Santa María es un osado de palabra que en los hechos sólo prueba vacilaciones y timidez. Entre todos, Vergara reúne simpatías militares, representa el elemento civil y encarna el patriotismo nacional. Tiene mejores condiciones para la lucha, pero Santa María querrá muy probablemente exhibirlo como acólito más bien que como enseña. Ya veremos pronto lo

que suceda, porque el tiempo urge. Me ha parecido que no estaba de más que conozca lo que pasa.

Adiós, querido amigo, que todo vaya bien. ¿Todavía protesta por más batallas por la expedición a Lima?

Que la salud no falte, ya que el espíritu sobra y el corazón alcanza hasta para los placeres de capitanes a lo César.

Suyo de corazón,

J.M. Balmaceda

DE DOMINGO SANTA MARÍA (1825-1889) A PEDRO PABLO FIGUEROA (1857-1909)

Septiembre de 1885

«... he sido uno de los hombres que ha levantado en Chile más admiradores incondicionales y los más fervorosos contradictores».

A raíz de la petición de Pedro Pablo Figueroa, abogado a la realización de un diccionario biográfico de los personajes importantes de Chile, el presidente Domingo Santa María le escribió su autobiografía con la condición de que la publicara sin hacerle cambios. A través de esas líneas, de las cuales se desprende la imagen de un hombre que quiso realizarlo todo de un golpe y que manejó al país asentado en el autoritarismo portaliano, el Presidente más odiado por la Iglesia y sus fieles nos deja su visión de los hechos. No en vano durante su gobierno (1881-1886) se aprobaron las llamadas leyes laicas: ley de cementerios, leyes de matrimonio civil y de registro civil, las que desataron la más estéril de las polémicas que haya conocido nuestra historia.

*H*e leído los apuntes que dicté a usted, sobre mi biografía para su Diccionario, y le devuelvo esos apuntes y le envío la biografía que yo he redactado, a base de ellos. De publicarse esa biografía, quisiera que usted la dejase en la misma forma en que la he escrito. Ella se ajusta en todo a la verdad y no contiene nada que no sea exacto. Una vida como la mía, que ha tenido en la política chilena tantas vicisitudes, tantos triunfos y quebrantos, tantas glorias y amarguras, debe ser expuesta con claridad para evitar así los juicios favorables como aquellos en contrario a mi persona. Junto con Vicuña Mackenna, he sido uno de los hombres que ha levantado en Chile más admiradores incondicionales y los más fervorosos contradictores. Se me ha acusado de falta de línea, de doctrina, de versatilidad, de incoherencia en mis actos. Es cierto; he sido eso porque soy un hombre moderno y de sensibilidad, capaz de elevarme sobre las miserias del ambiente y sobreponerme a la política de círculo y de intrigas. Pero nadie, ni el más enconado de mis enemigos, puede acusarme con sinceridad de que no he trabajado, como el

que más, por mi Chile, por elevarlo, por magnificarlo y colocarlo a la altura de gran nación que le reserva el destino y un porvenir cercano. Tampoco mis enemigos pueden decir de mí que no haya dejado un momento de servir, con el mismo cariño con que he trabajado por mi patria, la causa liberal hasta convertirla en una escuela de doctrina.

El haber laicizado las instituciones de mi país, algún día lo agradecerá mi patria. En esto no he procedido con el odio del fanático ni con el estrecho criterio de un anticlerical; he visto más alto y con mayor amplitud de miras. El grado de ilustración y de cultura a que ha llegado Chile, merecía que las conciencias de mis conciudadanos fueran libertadas de prejuicios medievales. He combatido a la Iglesia, y más que a la Iglesia a la secta conservadora, porque ella representa en Chile, lo mismo que el partido de los beatos y pechoños, la rémora más considerable para el progreso moral del país. Ellos tienen la riqueza, la jerarquía social y son enemigos de la cultura. La reclaman, pero la dan orientando las conciencias en el sentido de la servidumbre espiritual y de las almas. Sin escrúpulos de ninguna clase, han lanzado a la Iglesia a la batalla para convertir una cuestión moral, una cuestión de orden administrativo, una cuestión de orden político, en una cuestión de orden religioso, en un combate religioso, de lesión a las creencias, de vulneración a la dignidad de la Iglesia. Esto no es exacto, y los resultados están a la vista. La Iglesia ha perdido feligreses, ha visto marchitarse la fe de sus devotos y el que ha ganado ha sido el Partido Conservador al aumentar sus filas. El daño que la Iglesia se ha hecho es ya irreparable, porque ha dividido la conciencia nacional y el Partido Conservador ha quedado manifiestamente como un grupo de hombres en los cuales falta hasta el patriotismo por obedecer a la curia romana. Estaba dispuesto a aceptar que un vil italiano, el delegado apostólico tomase la dirección de la Iglesia chilena. Frailes y beatos obraron de consumo para conseguir semejante monstruosidad que yo paralicé indignado. Así es la conciencia de los conservadores. Hablan en un lenguaje sutil de patriotismo y de la conciencia, y son capaces de las mayores traiciones.

Es claro; los pecados les duran cuanto el fraile se demora en absolverlos para dejarlos otra vez en actitud de pecar, de escamotear al pobre su trabajo, de mentir con elegancia, de sobornar, etcétera. Se ha dicho que soy sectario y que me guía un odio ciego a la Iglesia. No es

cierto. Soy bastante inteligente para saber distinguir entre los ritos ridículos que la Iglesia ha creado para dominar las conciencias de los hombres por esa terrible palabra que llaman fe, y lo que es un pensamiento razonado y lógico de un hombre capaz de comprender que rige al mundo algo superior, y que la Iglesia embarulla para ejercer un dominio universal en nombre de Cristo, que si se levantara de su tumba los arrojaría nuevamente en azotes del templo. Éstos han hecho de la doctrina de Cristo el más grande peculado y negociado que haya visto jamás la cristiandad. Y a pesar de tener estas ideas, aunque soy libre pensador en materias religiosas y de creer en un Cristo humano y piadoso, la Iglesia no se ha separado del Estado, porque no he querido y he luchado por mantener la unión. Aquí he visto como estadista y no como político; he visto con la conciencia, la razón, y no con el sentimiento y el corazón. Hoy por hoy, la separación de la Iglesia del Estado importaría la revolución. El país no está preparado para ello. La separación no puede ser despojo ni una confiscación.

El problema de orden jurídico que él entraña, no lo ven ni comprenden en toda su extensión ni Augusto Orrego Luco, ni Balmaceda ni MacIver y apenas si lo vislumbra Isidoro Errázuriz. Para Amunátegui es una cuestión de ley; para Barros Arana, comerse a los frailes asados en el fuego de una inquisición liberal en una parrilla. Es más hondo el asunto. Las leyes laicas dejan preparado el terreno para que algún día en conveniencia de la propia Iglesia se produzca la separación por su pedido o tácita aceptación. Esto lo querrá en el tiempo el resultado de las actuales agitaciones al perder con ellas la Iglesia su respetabilidad moral y cuando mire serenamente al Partido Conservador como su peor verdugo, porque ni siquiera es su enemigo. Hay que dejar las cosas tal como están hasta que se forme en la Iglesia la conveniencia de la separación. Apurarla es un error, es un crimen político y social. Yo no quise hacer la separación y preferí detenerla y entenderme con el Papa para encontrar la paz de las conciencias.

Se me ha llamado autoritario. Entiendo el ejercicio del poder como una voluntad fuerte, directora, creadora del orden y de los deberes de la ciudadanía. Esta ciudadanía tiene mucho de inconsciente todavía y es necesario dirigirla a palos. Y esto que reconozco que en este asunto hemos avanzado más que cualquier país de América. Entregar las urnas al rotaje y a la canalla, a las pasiones insanas de los partidos, con el

sufragio universal encima, es el suicidio del gobernante, y yo no me suicidaré por una quimera. Veo bien y me impondré para gobernar con lo mejor y apoyaré cuanta ley liberal se presente para preparar el terreno de una futura democracia. Oiga bien: futura democracia.

Se me ha llamado interventor. Lo soy. Pertenezco a la vieja escuela y si participo de la intervención es porque quiero un parlamento eficiente, disciplinado, que colabore en los afanes de bien público del Gobierno. Tengo experiencia y sé a dónde voy. No puedo dejar a los teorizantes deshacer lo que hicieron Portales, Bulnes, Montt y Errázuriz. No quiero ser Pinto, a quién faltó carácter para imponerse a las barbaridades de un parlamento que yo sufrí en carne propia en las dos veces que fui ministro, en los días trágicos a veces, gloriosos otros de la guerra con Perú y Bolivia. Ésa fue una etapa de experiencia para mí en la que aprendí a mandar sin dilaciones, a ser obedecido sin réplica, a imponerme sin contradicciones y a hacer sentir la autoridad, porque ella era de derecho, de ley y, por lo tanto, superior a cualquier sentimiento humano. Si así no me hubiese sobrepuesto a Pinto durante la guerra, tenga usted por seguro que habríamos ido a la derrota.

Dejo ya estos apuntes. La biografía que le acompaño pasa por alto los últimos acontecimientos. Están muy cercanos para pronunciar juicio. Quiero que publique esta biografía tal como se la envió. No le agregue ni quite nada. Deje al tiempo lo que corresponde obrar al tiempo. Yo sé que he cometido errores porque soy vehemente y apasionado, porque amo demasiado a mi patria y porque soy hombre de acción impetuosa en lo que estimo grande para mis conciudadanos y para esta preciosa tierra mía. He sufrido por esta tierra, han sufrido los míos, pero, ¿qué importa? Ya Chile es la potencia de Chile en América. Esto es lo que vale. Mis defectos no significan nada, mi pobreza tampoco, la pérdida de amigos queridos en las batallas de contradicción y de odios no pesan ante esta sola palabra: hemos labrado la grandeza de Chile y podemos medirnos con los hombres que nos dieron patria, casi de igual a igual, porque hemos seguido su herencia imitándolos con la reverencia que nos merecen esos patriotas.

Cuente con su amigo que lo recuerda y le tiene muy presente en la petición que le ha hecho y que cumplirá debidamente,

Domingo Santa María

DE JOSÉ MANUEL BALMACEDA (1840-1891) A EMILIA TORO DE BALMACEDA

Santiago 18 de septiembre de 1891

«Antes de mucho nos reuniremos todos en un mundo mejor».

El 19 de septiembre de 1891 por la mañana, cuando terminaba su período presidencial, José Manuel Balmaceda puso fin a su vida. El día antes escribió a su mujer, a su madre, a sus hermanos y a sus más cercanos colaboradores y amigos, Claudio Vicuña y Julio Bañados, explicándole sus razones para seguir ese camino. Siendo la más famosa esta última, debido a que se constituyó como su testamento político, hemos decidido dar a conocer una mirada más personal e íntima de los últimos momentos de Balmaceda, publicando la carta a su señora, Emilia de Toro, y a su queridísima madre, Encarnación Fernández.

Mi querida Emilia:

Hoy ha expirado el mandato constitucional que recibí de mis ciudadanos en 1886.

He debido meditar lo que haría en adelante.

No puedo permanecer más tiempo en este asilo, sin comprometer a los dueños de casa que tan bondadosos han sido conmigo. Si llegara a saberse, lo que no es improbable, podrían mis distinguidos amparadores ser objeto de vejaciones y desgracias que debo absolutamente evitar.

No impera la Constitución ni las leyes.

Se han apoderado del Gobierno, todo está en paz, hablan de que han apelado por el régimen constitucional, y sólo impera la arbitrariedad.

Tenía dos caminos que tocar: o la evasión, o presentarme a la Junta, para ser juzgado constitucionalmente. Lo primero repugna a mi dignidad y antecedentes, y puedo exponerme al ridículo y al fracaso con las vejaciones que necesito a todo trance evitar. Lo segundo lo he tenido

acordado; pero cuando he visto la persecución universal, y que a mí me pretende llevar a la justicia común cuando sólo puedo ser juzgado por el Senado, he desistido de exponerme a humillaciones de parte de los que han triunfado por la fuerza y la violencia.

Tengo el convencimiento de que se persigue a los senadores, diputados, Poder Judicial, municipios, Ejército, amigos, etcétera, por lo que mis enemigos me odian o me temen.

No pudiendo hacer nada por ellos en este desquiciamiento general, quiero ofrecerles lo único que puedo ya darles, y que los librára en parte de las persecuciones de que son víctimas: el sacrificio de mi persona.

Mi consagración a la vida pública me ha hecho sacrificar en gran parte mis intereses. Necesito ahora ofrecerles a ustedes el sacrificio de mi persona porque así no podrán arrebatarnos la fortuna que nos resta y que ustedes tanto necesitan.

El desenlace que doy a la situación suspende todo derecho de acusación -ya no puedo ser acusado ante ningún Tribunal. No pudiendo ser acusado no puedo ser condenado. No pudiendo ser condenado no se puede, dentro de la Constitución y el Código Penal, deducir acciones contra mis bienes, que tanto codician para dejar a mis hijos inocentes en la miseria.

Evito así acusaciones malignas, vejaciones que pueden llegar a mi familia. Estos mis enemigos están ebrios de venganza.

Si se deducen acciones civiles contra la sucesión, eso no es legal. Todos mis actos han sido ejecutados como Presidente, y sólo podrá ser justiciable ante el Senado. No hay acción civil posible.

Si lo que he hecho no es legal o constitucional, no hay más que recurrir al Senado, y como allí no se puede acusar a un fenecido, todo habrá concluido con mi sacrificio.

Procedo tranquilamente y con la satisfacción de que mi sacrificio salvará el bienestar futuro de mis hijos.

Sobre esto habla en algunos días más con Marcial Martínez. Consúltarlo sin decirle lo que yo sólo confío a ti, y él te amparará eficazmente. Guarda reserva sobre esta explicación que te hago. Pero conócela bien, impónete de ella con Martínez y Manuel Ejidio Ballesteros, a quien puedes hacer consultas reservadamente, y defiende los intereses que te dejo para que no sufran en el futuro. Recompensa en alguna forma sus servicios al señor Egan.

La banda que me obsequió mi madre con la estrella de brillantes, dála a mi hija Elisa. La que tiene Silva a mi hijo Enrique. Paga la que mande hacer a Silva, y guárdala para obsequiarla a algún futuro presidente, si es un amigo el que fuere elegido. La banda con escudo de oro al pecho consévala tú. Envía a Jorge Montt la estrella de oro esmaltada que los presidentes conservan desde O'Higgins. Recoge de La Moneda todos los objetos de arte y cosas que te pertenecen.

Obsequia siempre al señor Uriburu y su señora, aunque estén ausentes. No olvides esto. Quiero que mientras tú vivas ellos reciban mi reconocimiento. Si la sirvienta Rufina Lagos que me ha servido en estos días singulares no se va a Argentina con el señor Uriburu, tómala tú. Es discreta, muy capaz e inteligente, y puedes confiarle tu casa. Págala debidamente. Si se fuere con el señor Uriburu obséquiala todos los años, porque me ha servido y se ha interesado por mí de modo que ha empeñado todo mi reconocimiento. Sirve siempre y acompaña a mi madre. A tu mamá dile que llevo en el corazón el recuerdo de los servicios que les ha hecho en estos días.

Dios los protegerá. El tiempo pasa veloz... Antes de mucho nos reuniremos todos en un mundo mejor que el que dejo en horas de odios y de venganzas que cubro con el olvido y mi «sacrificio».

J. M. Balmaceda

DE JOSÉ MANUEL BALMACEDA (1840-1891) A ENCARNACIÓN FERNÁNDEZ DE BALMACEDA

Santiago, 18 de septiembre de 1891

«Desearía estar cerca de usted para darle la fuerza de ánimo que jamás me abandona».

Mi querida mamá:

La recuerdo a cada momento. No puedo separarla de mi corazón.

Desearía estar cerca de usted para darle la fuerza de ánimo que jamás me abandona. Tiene usted a Dios y santa fe, que la conforta y la levante.

He querido el bien, la paz y la concordia entre todos los liberales y sólo he cogido injusticias, ingraticudes y la revolución. Han triunfado los revoltosos y se han entregado a una persecución horrible.

No pudiendo prolongar mi asilo, porque no quiero exponer a mi distinguido y generoso amparador a los peligros trágicos de una asonada lanzada por mis enemigos, si saben donde me encuentro, debía tomar algún partido. La evasión toca y repugna a la dignidad de mis antecedentes. Quise ponerme a disposición de la Junta, pero he visto que eso sería entregarme brutalmente, para que ofendan mi nombre y me infieran todo género de humillaciones

He tenido que detenerme. Tengo la idea de que a todos los persiguen por mí, y que a mi familia la persiguen también por mí. Me odian, y me temen, y quieren desde hoy y para siempre arruinar con sus bienes y personas a todos los que fueron mis amigos, para aniquilarme a mí.

Esto me desespera. La persecución entablada contra todos los servidores de la administración es mala y atroz. Ojalá mi sacrificio aliviane las desgracias de los miembros de mi familia y de mis amigos, sacrificados gratuitamente e injustamente.

Dios se apiadará de nosotros. Cúidese, consérvese para sus hijos y nietos, y crea que le he consagrado mis más vivos y sinceros afectos.

La abraza su

Manuel Balmaceda

DE IGNACIO SANTA MARÍA (1859-1922) A ELISA SANTA MARÍA (1886-1941)

Santiago, 20 de mayo de 1919

«Doblo mi cabeza, aunque no me resigne».

Ignacio Santa María, cuarto hijo del presidente Domingo Santa María, tuvo una educación laica y fue parte de una generación que se enfrentó directamente con la tradición católica. Paradojalmente, su hija preferida, Elisa, de 32 años, decidió ingresar al convento de las Carmelitas Descalzas de la Santísima Trinidad del cerro Larraín de Valparaíso. En un mundo donde la mujer comenzaba a jugar tenis y andar en bicicleta y a opinar sobre asuntos que antes no le competían, esta decisión fue dolorosa para el padre. La carta nos permite aquilatar lo que significó para él. Por una parte, el alejamiento de su hija y, por otra, finalmente aceptar una opción distinta y casi incomprensible para un hombre imbuido en los principios racionalistas y laicos.

Querida Elisa:

Mañana das paso grave en tu vida. Si subsistirán siempre los sentimientos del corazón, los lazos familiares quedarán rotos. Es su felicidad la que buscas, dentro de tu criterio y de tu más libre resolución.

Tengo la conciencia de que tu hogar, donde siempre hubo cariño, y muy profundo para ti, en nada ha influido en el paso que das.

Hay una ley de la vida ante la cual me inclino, si bien mi corazón se rebela dolorosamente. Los padres aunque queramos con locura, nos debemos a la felicidad de nuestros hijos, a quienes llamamos a la vida.

Doblo mi cabeza, aunque no me resigne.

Habría querido estar presente en el día de mañana, que va a ser tu día, pero habré de confesarte que no me siento dueño de mi corazón ni con fuerzas para dominarlo.

¡Qué hacer!

Pero en mi profundo anhelo por tu felicidad, juzgo que si mi bendición en el día de mañana contribuye a la alegría de tu corazón, te la debo. Ésta te la lleva desde lo más profundo y santo de mi corazón. Dios te bendiga y colme de felicidades a mi Elisa.

Tu viejo papá

DE MANUEL MAGALLANES MOURE (1878-1924) A INÉS ECHEVERRÍA (1868-1949)

San Bernardo, 12 de junio de 1921

«¿La mujer, propiedad del marido?».

Nunca imaginó Inés Echeverría, que la lucha que desató por la injusticia del crimen acaecido en Lo Vicuña, en donde un hombre adinerado, bajo pretexto de adulterio, no recibió castigo por el asesinato de su mujer, años más tarde la viviría en carne propia. La ferviente defensora de las mujeres, más conocida bajo el seudónimo de Iris, logró, contra viento y marea, que se le aplicara la pena de muerte, inexistente en aquella época para las personas ricas y poderosas, a su yerno Roberto Barceló, responsable de la muerte de su hija. La carta del poeta Manuel Magallanes Moure a esta mujer que rompió el velo de prejuicios coloniales es representativa para mostrar la realidad existente en la década del veinte en donde la mujer se encontraba absolutamente desprotegida.

Muy admirada y distinguida amiga:

Como usted, he leído las inserciones anónimas que pretenden hacer la defensa del asesino, echando todo sobre la sangre de la víctima; como usted, señora, he sentido una indignación tanto más grande cuanto más sereno ante esa manera de defender a un hombre que no tiene defensa posible. Un hombre que mata, un ser que mata, aun cuando sea por impulso incontenible, demuestra del modo más evidente que es un peligro para la sociedad. La defensa social exige que un ser de esa especie –hombre o animal– sea excluido de toda relación con los demás, sea apartado de la comunidad humana, pues siempre habrá probabilidad de que ese ser que ha demostrado en forma tan positiva su fuerza destructora, obre, si las circunstancias lo determinan, como ya lo hizo.

Pero no es esto lo que más importa en la tragedia que nos conmueve. Por sobre la voz airada que condena; por sobre la voz insegura que

difama, se alzan, señora, dos gritos. ¿Los oye usted? El uno clama el divorcio; el otro, la abolición de ese artículo de la ley que da al hombre el derecho de matar a la mujer. ¡El derecho de matar! ¿Pero es que alguien puede tenerlo? ¿Es admisible que un juez de hoy se vea obligado a reconocer tal derecho por imposición del código?

Es sugestivo que el hecho no aconteciera en veinte años que él y ella vivieron unidos libremente. Es más sugestivo que el hecho se produjera antes de que fuera cumplido un año desde que el hombre adquirió la propiedad legal de la mujer. El sentimiento de la propiedad, señora Inés... ¡qué horrible fuente de males! ¡Cómo acrece la ferocidad humana, ese sentimiento cuya falsedad es absoluta cuando se trata de seres humanos! ¿La mujer, propiedad del marido? Sí, puede ser, a la manera medieval... Pero hoy, hoy, después de la gran guerra...

Verdaderamente, mi admirada amiga, no comprendo el silencio de las mujeres que aquí escriben, ante lo que acaba de acontecer. ¿Es que todavía se resignan a hacer oración mental y a llorar tácitamente? ¿Es que para ellas no ha pasado aún la edad lejana en que la hija preguntaba a la madre

—Madre: di, ¿qué cosa es casar?

Y la madre respondía

—Hija: hilar, parir y llorar...?

Acaso. O acaso todas ellas han callado con la esperanza de que usted dijera lo que ellas piensan y no saben o no pueden decir.

Créame siempre, señora Inés, su admirador y amigo afectísimo,

Manuel Magallanes Moure

DE CARLOS IBÁÑEZ DEL CAMPO (1877-1960) A ARTURO ALESSANDRI PALMA (1868-1950)

Santiago, 1º de octubre de 1925

«... no abandonaré por ahora el puesto...».

Casi al final de su primer período como presidente, Arturo Alessandri pidió a Carlos Ibáñez, a la sazón ministro de Guerra, que le presentara su renuncia, pues había aceptado ser candidato presidencial y ambos cargos simultáneos eran incompatibles. Ibáñez, militar de ideas avanzadas propias y audaces, insistió en permanecer en el cargo. Este ultimátum equivalía a su autoproclamación de dueño absoluto de poder, por lo que Alessandri firmó su segunda y definitiva renuncia. A los pocos meses, después del breve lapso presidencial de Emiliano Figueroa, el coronel Ibáñez fue elegido presidente con un 73,5% de los votos. La historia no termina aquí. En 1932, Alessandri, tras su destierro por cargo de Ibáñez, alcanza la Presidencia de la República con el 54,6% de los votos.

Ha reconocido vuestra excelencia incompatibilidad entre mi cargo de ministro de Guerra y mi calidad de candidato a la Presidencia de la República, y por ello exige mi renuncia.

No fundándose dicha incompatibilidad en preceptos constitucionales ni legales, ella no puede ni podrá fundarse jamás en reparos de índole moral, por cuanto mi tradición de hombre honrado y la pureza cívica con que he creído revestir todos mis actos, me capacitan para mantener simultáneamente, en plena paz con mi conciencia, mi condición de ministro de la cartera de Guerra y de candidato, por más que esta dualidad no tenga cabida en las mentalidades propias del profesionalismo político.

Con todo, siempre habría sido grato para mí complacer a vuestra excelencia. Pero hay razones superiores que me lo impiden: sobre mi calidad de jefe de la revolución recayó el cargo de ministro de Guerra,

con que me invistieron mis mandantes, para que desde él luchara por salvar nuestro programa contra los recios vientos que lo han amenazado y siguen amenazándolo; para que realizara la regeneración que el país espera y que no ha podido lograrse por falta de una cooperación debida. Finalmente subraya este mandato la necesidad de que responda personalmente, desde mi puesto de ministro, de la cohesión y disciplina del Ejército y del mantenimiento del orden frente al caos político en que nos encontramos, y que tiene amenazada la paz social por obra de esa «política gangrenada» de que habla nuestro manifiesto del 11 de septiembre, y que continúa reinando a pesar de mi incansable esfuerzo por abolirla; esa misma política de la cual es prueba elocuente la tendenciosa información que aparece en esta misma edición sobre lo ocurrido en el Consejo de Gabinete de ayer, como lo demuestra la carta en que doy a conocer las verdaderas razones del señor Jaramillo del Ministerio del Interior.

Por razones expuestas debo expresar a vuestra excelencia que no abandonaré por ahora el puesto, ante la necesidad de defender el orden público, la unidad entre las filas y la pureza de la revolución, para poder cumplir así hasta el fin el programa que tiene comprometido el honor de las Fuerzas Armadas.

Tengo el gusto de repetirme a las órdenes de vuestra excelencia como afectísimo y seguro servidor,

Carlos Ibáñez

En vista de la situación producida y de ser el infrascrito el único ministro en ejercicio, me permito rogar a su excelencia, en nombre de la patria y de la paz social que, careciendo de valor, según los preceptos de la antigua y nueva Constitución, todo comunicado sin la firma del ministro respectivo, se sirva no dirigirse a ninguna autoridad u organismo nacional o particular, sin el requisito de mi firma, como único ministro en funciones. Vale.

DE LADISLAO ERRÁZURIZ LAZCANO (1882-1941) A ENRIQUE OYARZÚN

Viña del Mar, 19 de febrero de 1927

«No acepto que el Senado delibere bajo la imposición de la fuerza...».

Nieto y sobrino de presidentes de la República, Ladislao Errázuriz Lazcano también perteneció al mundo de la política. Fue senador, ministro y candidato a la Presidencia de la República. Su carácter quedó demostrado tras su decisión de renunciar, indeclinablemente, a la senaduría por incompatibilidad con la situación en que se encontraban las instituciones fundamentales de la República. No estaba de acuerdo con los abusos del ministro de Guerra del entonces presidente Emiliano Figueroa, el coronel Carlos Ibáñez del Campo. Errázuriz no imaginó nunca las consecuencias de su renuncia al presidente del senado, Enrique Oyarzún. Ésta provocó la ira gubernativa, por lo que debió ocultarse en el país por varios meses. Garantizada su libertad, salió de la clandestinidad, pero no gozó de ella mucho tiempo. Fue apresado y nuevamente deportado del país.

Desterrado del país, y a pesar de mi reiterada negativa para aceptar la candidatura, fui elegido senador. No podía, producido ya el hecho, desdeñar la honrosa investidura, ni contrariar, aunque pensara de diverso modo, el optimismo de los que creyeron llevarme al Congreso de un pueblo libre; y acepté el cargo. Los hechos posteriores se han encargado de demostrar que eran vanas aquellas halagüeñas esperanzas.

Con el pretexto de no haber reedificado en un día al país, que dejara en ruinas, el militarismo, no el Ejército, con el cual trata inútilmente de confundirse, ha derribado ya dos ministerios, presididos por hombres que indicaron sus dirigentes, que representaban las tradiciones de régimen civil y que se contaban entre los más idóneos de la política nacional.

En pleno régimen presidencial, instaurado como programa suyo, ha hecho del Presidente de la República una simple pantalla y exhibido

como un peligro nacional al Congreso, que mansamente le despacha leyes de excepción, y al cual ha injuriado en forma sistemática.

Ante la mudez expectante o interesada de la prensa y la curiosa prudencia de los debates parlamentarios, se está infiltrando en el país la idea de que los políticos y los anarquistas tramen su ruina en el silencio. Convertidos, así, en fieras de apariencia, se dice que conspiran, que se agitan, que se levantan, y tras cada uno de esos rugidos de opereta que provoca a voluntad el verdadero tirano, se da una vuelta más al dogal que ahoga lo que aún queda de libertades públicas.

El país está, pues, sometido a un régimen de fuerza, con apariencias constitucionales que a nadie engañan. Su justificación, que no puede estar en el derecho, lo está aun menos en la conveniencia pública, después que ese mismo régimen creó el caos en que la nación se debate. Tampoco lo está en las necesidades de la defensa social, cuyas fuerzas han ido destruyendo con encono.

Dio sus primeros pasos de la mano con la anarquía, amenazando a la Marina, con el saqueo e incendio de Santiago si no se plegaba al movimiento de enero; los discursos de sus dirigentes militares fueron la copia de los que inauguraron la tiranía roja de la Rusia; amparó los desmanes de la turba, con la que, confabulado en la sombra, trató de burlar la elección presidencial del señor Figueroa; la revuelta de las salitreras emanó de su prédica contra el capital y las instituciones. La represión sangrienta de aquel hecho y distanciamientos posteriores, más aparentes que verdaderos, no han disuelto la alianza que radica en razones fundamentales. Sólo cabe discrepancia en la celeridad del ritmo destructor: militarismo y bolchevismo con síntomas de una sola y misma enfermedad: la descomposición social; son hermanas gemelas que sólo la miopía o el miedo pueden querer que se contrapongan.

La gravitación de las fuerzas morales permiten elevar cada día más el nivel del progreso de los países bien organizados. El peso de la fuerza bruta impondrá a las sociedades en disolución un día el Gobierno de los jefes militares, al siguiente el de los oficiales y subalternos, para llegar como evolución necesaria al comité de soldados y obreros. En uno y otro caso, el equilibrio hará que sea la mayor fuerza la que se imponga y domine.

Consciente del peligro que se acentúa cada día, he requerido ya dos veces a mis colegas de representación parlamentaria para asumir ante el atropello la actitud de resistencia que compete al Congreso en tales

casos. He dicho, y lo repito ahora, que su disolución brutal dejaría vivas las fuerzas de reacción salvadoras; más aún, que las estimularía como un latigazo; pero que ahogamos por largo tiempo esas fuerzas si con mansa actitud dejamos que lo que el tirano disuelva en definitiva sea sólo la parodia de un Congreso, los solícitos buscadores de tranquilidad con sacrificio de las libertades; los pseudoparlamentarios sin arraigo en la opinión que nos eligiera para defender su dignidad y sus derechos.

Pisamos el último escalón de la apatía ciudadana: para llegar al mando supremo no necesita la fuerza derribar al Presidente de la República; para obtener que se sancionen sus designios, no necesita destruir el Parlamento: va éste a consagrar en leyes, a pretexto de colaboración patriótica, sus omnipotentes designios.

Al frente de las Fuerzas Armadas, con poder de generalísimo que nadie discute, un hombre toma la representación de esas fuerzas, para cambiar ministerios, para exigir reformas, para anunciar que asumirá la plenitud del poder público.

Es el caso que contempla el artículo 23 de la Constitución Política vigente, copia del 149 de la antigua, como lo contemplan las legislaciones fundamentales de todos los países cultos del orbe, y que sanciona con nulidad los actos que ante tal presión se lleven a cabo.

Así se expresa el legislador: «Toda resolución que acordare el Presidente de la República, la Cámara de Diputados, el Senado o los Tribunales de Justicia, a presencia o requisición de un ejército, de un jefe al frente de fuerza armada o de alguna reunión del pueblo, que, ya sea con armas o sin ellas, desobedeciere a las autoridades, es nula de derecho y no puede producir efecto alguno».

Es todavía el caso que, llegando más allá de la nuestra la Constitución argentina sanciona en un arranque de viril energía, no ya sólo en el acto mismo, sino en los legisladores que lo ejecutan, disponiendo en su artículo 29: «El Congreso no puede conceder al Ejecutivo Nacional, ni las legislaturas provinciales y a los gobernadores de provincia facultades extraordinarias, ni la suma del poder político, ni otorgarles sumisiones o supremacías, por las que la vida, el honor o las fortunas de los argentinos queden a merced de gobierno o de persona alguna. Actos de esta naturaleza llevan consigo una nulidad insanable, y sujetarán a los que los formulen, consientan o firmen a la responsabilidad y pena de los infames traidores de la patria».

Dígase si no importa ya el otorgamiento de tales sumisiones o supremacías la actitud de un Congreso que colabora con el jefe de la fuerza armada que acaba de declarar que no vacilará «en asumir el máximo de las responsabilidades y atribuciones que crea necesarias...».

Búsquese argumentos para sostener que no es «someter» la legislatura a la «supremacía» de un hombre, reconocerle la facultad de clausurar sus sesiones como acaba de ocurrir, sin que pueda alegar como título de tal atropello, otro que el de haber atropellado antes por dos veces las facultades del Presidente de la República y asumido de hecho las funciones del Gobierno.

No se trata siquiera del Ejecutivo invasor a que la legislación argentina se refiere: es al jefe de los facciosos que tramaban ayer no más en Concón la captura a mano armada del puerto de Valparaíso y la prisión del alto personal de la escuadra, a quien se somete y rinde acatamiento.

La «sumisión» ha llegado a tal extremo que se gastó la más solícita prisa en cerrar la tribuna parlamentaria, desde la cual debió el Congreso defenderse de los cargos que se le dirigían, y anunciar a la opinión que una nueva era revolucionaria ponía término a sus funciones legislativas.

Ni la Cámara de Diputados, ni el Senado, celebraron sesión después de organizarse el nuevo gabinete. En la primera se amordazó a los que quisieron campar por los fueros del Parlamento. Fue peor en el Senado: se mandó buscar a La Moneda con su propio personal el mensaje de clausura: el Presidente requerido con porfía para que abriera la sesión se negó a hacerlo, y sólo se presentó en la sala cuando pudo llevar por sí mismo el documento, fresca aún la tinta de la firma del coronel, y para declarar que deseaba evitar así a la corporación el bochorno de suspender sus tareas en pleno funcionamiento.

No he sido oído una vez más cuando en la reunión celebrada en comité por la mayoría de mis honorables colegas, les he propuesto resistir a la imposición de la fuerza, hablar al país para que se dé cuenta de que la misma mano que hoy pretende la dictadura para reconstruir el edificio nacional no es otra que la que con ensañamiento no dejó de él piedra sobre piedra cuando dominó sin contrapeso.

Lejos de ello, los acuerdos de dos partidos políticos poderosos, y la opinión de otros senadores que aunque no militan en sus filas, se inclinan a seguir su ejemplo, ponen de manifiesto que estábamos distantes

de obtener una mayoría que permita al Senado asumir la actitud corporativa de defensa única compatible con las altas funciones públicas que desempeña.

Rindo, sí, homenaje a la patriótica comprensión del momento que he encontrado en alguno de mis honorables colegas y de quienes sólo pequeñas discrepancias de detalle han podido separarme.

Comprendo que no puedo anteponer mi criterio al de la mayoría del Senado, ni menos imponer mi concepto del honor parlamentario a quienes tienen tanto deber como yo de salvaguardarlo; pero siento muy clara la voz de mi conciencia para no declarar que en la preparación del sudario del país, yo no colaboro.

No acepto que el Senado delibere bajo la imposición de la fuerza para otra cosa que no sea pedir el restablecimiento del régimen constitucional, y antes de someterme a ello siquiera sea por el hecho de ser miembro de la corporación que la tolera, prefiero resignar mi investidura.

Consecuente con las razones expuestas, ruego al Honorable Senado se sirva admitir la dimisión que formulo del cargo de senador por las provincias de Curicó, Colchagua y O'Higgins.

Ladislao Errázuriz

DE ARTURO ALESSANDRI PALMA (1868-1950) A SÓCRATES AGUIRRE

París, 10 de octubre de 1929

«...no existe sobre la tierra un monstruo que supere en perfidia, maldad y en deslealtad a Ibáñez».

Desde su destierro en París, causado por el entonces presidente de la República Carlos Ibáñez del Campo, el ex presidente Arturo Alessandri escribe a su amigo Sócrates Aguirre para contarle sus pensamientos más íntimos. Entre ellos, queda de manifiesto el odio enconado que le tiene a su adversario y sus aspiraciones para derrocarlo. Sin lograrlo, sólo pudo retornar a Chile en 1931 luego de la caída del coronel. Un año después, el León de Tarapacá fue elegido Presidente de Chile por segunda vez. Provenientes ambos de la provincia de Linares y destacados caudillos políticos del siglo XX, sus vidas estarán estrechamente ligadas, porque la presencia de uno afectará de manera recurrente al otro.

Mi querido y leal amigo:

Gratísima impresión me produjo encontrarme en París con su cariñosa carta del 3 de agosto al regresar de un largo viaje por la mayoría de los países de Europa. Me he dedicado a viajar para distraer un poco al pobre Fernando y para sacudirlo de la pena inmensa que lo martiriza. Le leí el párrafo de su carta en que usted manifiesta haberlo recordado y haberle también escrito cuando tuvo el dolor inmenso de perder a su hijito. Se sorprendió mucho porque no ha recibido la carta a que usted se refiere, la extrañaba, se ha perdido seguramente y me encarga hacer llegar hasta ustedes la expresión más cariñosa de su gratitud. Quiere también que a su nombre le dé un beso a su hijita Margot cuyo recuerdo, asociado al de Fernandito cuando jugaron en el hotel Magestic, lo hizo llorar. No se imagina usted cuánto he sufrido y cómo sufro con las desgracias tan inmerecidas que se han vaciado sobre los hombros de

ese pobre niño tan bueno, tan bondadoso y tan digno de ser feliz.

Me dice usted que algunas de sus cartas han quedado sin contestación y eso me sorprende mucho porque tengo la conciencia de habérselas contestado todas. Y, si no nos hemos comunicado últimamente, tenga la seguridad de que, en mi silencio, a través de la distancia, en el curso de mi vida entera, usted vive asociado en forma muy intensa en el fondo de mi corazón y adherido por un cariño sincero que sólo la muerte podrá arrancar. Usted es para mí una persona íntima de mi familia que representa el símbolo de la lealtad en medio de la montaña de ingratitudes e injusticias que he visto surgir por todas partes a mi alrededor.

Hoy como ayer, mi querido amigo, hablándole con toda la sinceridad que usted me pide y como siempre se lo hablo a usted, creo que, cualquier medio, cualquier procedimiento eficaz para derribar la tiranía, es lícito y conveniente. Estimo que, todos dentro de la órbita de nuestra acción y de nuestros esfuerzos, debemos aportar el modesto grano de arena que nos sea posible a la obra de la redención y de la salvación de la patria. Muchas gotas de agua forman el mar y los granos de arena que se juntan hacen crecer las montañas. No me puedo resignar a esperar pacientemente a que se produzca la evolución salvadora sin que hagamos nada para precipitarla. No pienso tampoco como algunos de los compatriotas que comparten conmigo los dolores del ostracismo que no sería conveniente precipitar un nuevo movimiento militar porque dicen que no vale la pena cambiar unos militares por otros. Eso es simplemente absurdo porque no existe sobre la tierra un monstruo que supere en perfidia, en maldad y en deslealtad a Ibáñez. Cada uno de sus actos lo revela. Su reemplazo por cualquier otro hombre sería una grande e inmensa ventaja para el país. Además, después de la existencia del aeroplano, de la ametralladora, del cañón de tiro rápido, de los gases asfixiantes y del rifle de repetición, no sirve para nada el coraje y el arrojo individual. Si queremos derribar a la tiranía en forma violenta, como ya lo he dicho a alguno de los otros amigos, sería absolutamente indispensable y necesario contar con una base eficiente en el Ejército y la Marina. Sin eso todo intento es estéril y temerario, y serviría sólo para robustecer la dictadura con el prestigio del éxito. Naturalmente que yo considero, como tiene que considerarlo usted aun cuando sea de la profesión, que el militarismo entronizado en un país como casta gobernante o privilegiada es un desastre. Debemos propen-

der por todos los medios a nuestro alcance a restablecer en nuestro país el régimen y el imperio de los gobiernos civiles como ocurre en todo el mundo; pero, de ahí a sostener que no debe aceptarse que transitoriamente otro militar digno, honorable e inteligente reemplace transitoriamente a Ibáñez mientras se llega al régimen normal, hay una enorme distancia. Se me vienen a la memoria cuatro o cinco nombres de militares dignísimos que podrían reemplazar al actual dictador para preparar lealmente la vuelta definitiva a la normalidad y al régimen civil. Desgraciadamente, mi amigo, de todos los datos recogidos y de mis informaciones, resulta que no es tarea fácil conseguirse en el Ejército o en la Marina los elementos necesarios para alcanzar la gran obra de la salvación nacional; pero, las dificultades inmensas que surgen en el camino, a mi juicio, no es motivo para desalentarse y para contribuir en forma directa o indirecta a afianzar a la dictadura. Si no podemos derribarla, si nuestros esfuerzos son impotentes, demos siquiera satisfacción a nuestra conciencia, protestando contra ella con el máximo de nuestra energía y con todo el esfuerzo de la dignidad ofendida. Tiene usted mucha razón, muchísima razón cuando protesta contra las dudas y las recriminaciones entre todos los que estamos obligados a luchar en estos momentos por ideales comunes. Ésa es la mayor cooperación que puede prestársele a la tiranía porque, ayer como hoy, continúa siendo cierto que la unión es la fuerza y que quienes dividen a sus adversarios son los que se facilitan el camino para reinar.

Yo noto en el país muchos signos de reacción. Tengo el convencimiento profundo en orden a que, el sentimiento y las ansias de libertad y de justicia en el alma humana, no mueren jamás. Hay un proceso silencioso de germinación que no se ve ni se oye ni con los ojos ni con los oídos del cuerpo; pero ese proceso existe y, en el momento menos pensado, cuando el ambiente está preparado viene el estallido y se produce el derrumbe. La historia en cada una de sus páginas comprueba mi afirmación y, agobiado por tantas penas, sintiendo a diario la nostalgia profunda de la patria y de la familia que cada día se quieren más, espero resignado y convencido de que aparecerá la aurora de un nuevo día en el horizonte de la pobre tierra tan ultrajada y tan injustamente vejada por una horda de malhechores.

Pienso hoy, mi querido amigo, lo mismo que pensaba cuando le apreté la mano de despedida al tomar el barco que me trajo a estas tierras y me

encontrará hasta el último día de mi existencia protestando como siempre dispuesto a cualquier sacrificio eficaz.

Ni los dolores ni las amarguras han logrado ni lograrán quebrantar mi moral. Tampoco conseguirán ese resultado las ingraticudes, las deslealtades ni las injusticias.

Las apreciaciones injustas e inexactas de Carlos Vicuña en una conferencia pública me hirieron mucho por la injusticia que ellas contenían para el país y también para mi pobre persona. Ojalá consiguiera con el querido amigo Galvarino Gallardo que le mostrara y le diera a leer una carta en la cual analizo las afirmaciones de Vicuña. Como si esto no fuera bastante, otro compatriota de ahí que dice quererme, me manifiesta que por allá se corre entre los amigos que yo estoy muy conforme con la situación actual porque mi hijo Arturo se encuentra en muy buena armonía con el Gobierno. No se imagina usted como me hieren y destrozan estas injusticias.

Parece que esa gente ignora que Arturo y Fernando mi hijo, renunciaron a sus puestos de profesores universitarios con una dignidad y altivez que hace honor al país en el momento mismo en que la universidad fue atropellada en sus fueros y derechos. Arturo rechazó la rectoría de la universidad que se le ofreció para atraerlo al lado del Gobierno; no ha querido siquiera ser director del Colegio de Abogados, no obstante de haber sido elegido por unanimidad. A Fernando no pudieron obligarlo a aceptar un puesto para la propaganda del salitre en Europa con el sueldo que quisiera porque se resistía a cooperar en ninguna forma con un gobierno cuyos procedimientos repudiaba. Jorge se ausentó deliberadamente todo el tiempo necesario para perder su puesto de diputado porque no quería seguir formando parte de una Cámara envilecida. A mí se me ofrecieron por diversos conductos las legaciones o embajadas que yo hubiera deseado y siempre las rechacé porque no quería embadurnarme con el fango inmundo de la dictadura. Mis hijos han tenido que volver al país porque necesitaban comer; yo no tenía medios de alimentarlos en Europa y, la partida de cada uno de ellos, ha sido para mí un verdadero desgarramiento al cual me someten las durezas de la vida superiores a mi voluntad.

¿Cuál de los desterrados ha visto su hogar ultrajado a las dos de la mañana por una turba ebria de carabineros y de sayones inmundos? ¿Cuál de ellos ha visto sacar de la cama por esos viles a su mujer y a sus

hijas, dignas del mayor respeto por mil consideraciones? ¿Quién ha soportado la injuria atroz de que todos sus hijos hayan sido arrastrados como delincuentes al depósito inmundo de los reos comunes? ¿Cuál otro de los desterrados que piensan mal de mí ha soportado la angustia inmensa de ver sacar a uno de sus hijos con esposas y grillos para arrojarlos a una leprosería inmunda y sin amparo?

Y, en medio de esa danza macabra de infamias y atrocidades se me hicieron proposiciones, se me formularon ofrecimientos en cambio de la libertad de mis hijos. Me resistí a todo, dejé que continuaran su obra de vándalos y salvé sólo mi dignidad y mi conciencia. Ahí están los telegramas publicados en *La Nación* del 27 de marzo de 1928 que dejan constancia de cuanto dije y habría motivo para no dudar de mí, para no ofenderme, para saber que mi moral no se quebranta con infamias, ni con ataques ni con promesas ¿Pero qué quiere usted mi amigo? La copa de la injusticia y de la amargura hay que empinarla hasta el fondo y, por eso, cuando se encuentran amigos y almas como la suya se siente uno unido como si encontrara un refugio que no debe jamás abandonarse.

Me da una gran alegría haciéndome saber que el amigo Menéndez me ha cumplido tratándolo como usted lo merece habida consideración a su inteligencia y a sus excepcionales condiciones de hombre de bien.

Salude con todo mi afecto a su distinguida señora, bese a los niños, y le abraza fuertemente su amigo que tanto lo quiere,

Arturo Alessandri

DE GABRIELA MISTRAL (1889-1957)

A PEDRO PRADO (1886-1952)

Arles, 1939

«Viví alejada de una patria que nunca me quiso...».

He aquí una gran escritora de cartas que como ninguna otra comprendió que el género epistolar consiste en un supuesto diálogo donde dos personas se turnan para monologar. Al momento de escribir esta carta a su amigo el poeta Pedro Prado, Gabriela Mistral llevaba 17 años fuera de Chile. La oposición chilena contra una mujer, que de maestra rural saltara a poeta, hizo que la Mistral quedara resentida para siempre con sus compatriotas y no quisiera vivir entre ellos. Éstos llegaron a acusarla de antichilena y de apátrida. Pero el mundo la esperaba y le reconoció el valor y la trascendencia de su obra al otorgarle el máximo galardón de las letras universales, el Premio Nobel de Literatura, en 1945.

Estimado y lejano amigo:

Nunca nos escribimos con la asiduidad que debiéramos. Pero ya es tarde para anular tanto tiempo y tanto vagabundeaje. Esta carta, acaso esta conversa, restañe algo.

Usted tiene razón en que mi amargura rebosa. Y razón tiene ella de rebosar, amigo mío. ¡Y cuánta! Hemos vivido en atmósferas o en napas diferentes. Usted no ha crecido cicatrizando hasta llegar a tener un corazón que parece un grumo costrudo. El suyo ha de ser fresco y liso, ágil y feliz, como el de cualquier ciervo. Dios se los conserve.

Mis años de aprendizaje, del aprenderlo todo, desde escuelería a oficio de escribir, fueron de lidia diaria, y me gastaron las fuerzas antes de tiempo. Debí trabajar para sostener una casa sin hombre, con tres mujeres que en todo se auxiliaron. Pero a mi madre había que cuidar con mimo, no podía ya faenar, y su régimen de clima era tan estricto como el de mesa. En fin, esas etapas de pelea por el pan nuestro de cada día, usted me las ha oído contar, precisamente una tarde que yo comía del pan de su mesa.

Viví alejada de una patria que nunca me quiso o que llegó a tolerarme una vez que el coro latinoamericano me alababa... Me he hecho mi nombre a puro pulso de escritor. Ni título de maestra tuve durante años, y así me negaron la sal aquellos colegas que sólo consideran válida a la criatura que ostenta cartón –el odioso diploma, que a veces se me ocurre gemelo a la marca quemada sobre una grupa... De Madrid tuve que salir por fina amistad de compadres míos –más el azuzamiento de chilenos– sumados a españoles: toda una jauría desatada contra una pobre cónsul de última clase. Hay veces en que todo se cierra, oscurece y hunde –así habrá sido el trance del *Titanic*. Yo viví eso, no en segundos de terror y de asfixia, en los que se sabe que pronto vendrá la liberación divina. Lo viví en días y días, que acabaron por moler todo aprecio hacia un país que se me erizaba entero. Es cierto que hubo voces excepcionales: Préndez, Alessandri. Pero los culpables jamás reconocieron la canallada que me habían hecho.

Déjeme medrar al solcito de Arles. No mueva un hilillo por regresarme a las víboras y a los chacales. Sería criminal.

Ayer salí a caminar a la buena de Dios. Una pareja de campesinos me llevó hasta el sanatorio donde Van Gogh trataba de sanarse con soledad y con pinceles. Estuve caminando entre los lirios que él retrató con llamadas de lapislázuli y turquesa. Sigue todo igual a como lo dejara, es decir, absolutamente cambiado para siempre: los pinos se retuercen como las lamentaciones de Isaías, el sol es de una gloria mayúscula y los cipreses cantan de pie como legiones arcangélicas. Me mostraron a lo lejos, el trigal donde se disparó el pecho. Y sentí de nuevo la vieja emoción ante los desesperados de la vida, terriblemente valientes, capaces de esa violencia contra sí mismos, de la que yo nunca pude, ni en esas horas o días en que mi vida fuera también un vórtice. ¡Qué extraño agonizar en medio de un trigo glorioso, bajo la luz potente que dobla los tallos! Menos raro fuera ir muriendo entre los sudarios de una niebla nórdica.

No se preocupe, amigo mío, me volví a casa comiendo como una salvaje, buen pan con ajo y dentelladas a un queso que me compartían mis provenzales. No estoy para seguir suicidas.

Tampoco para irme a Chile...

Un asoleado abrazo de su paisana,

Gabriela Mistral

DE RAFAEL LUIS GUMUCIO VERGARA (1828-1888)

A SUS HIJOS

Santiago, 18 de junio de 1943

«Mis ideas jamás han sido las pequeñas y metálicas del derechismo...».

Durante el gobierno de Pedro Aguirre Cerda, el temido y respetado político Rafael Luis Gumucio fue blanco de duras críticas por parte de sus «correligionarios» conservadores, los cuales objetaron su colaboración en aquel gobierno. Dolido ante las injustas apreciaciones, decidió escribir a sus hijos, uno de ellos, Rafael Agustín, más tarde destacado político chileno. Como entendió que su actitud no sería comprendida mientras él estuviese con vida, pero conforme con aclarar la situación frente a sus seres más queridos, les pidió a éstos que publicaran la carta después de su muerte. En ella relata su visión de los hechos: había trabajado para proteger a la Iglesia, y luchado por ser un hombre íntegro de acuerdo a sus ideales y valores.

Queridos hijos:

Ustedes conocen perfectamente cómo se ha murmurado de mí por mi actitud ante el gobierno del excelentísimo señor Pedro Aguirre Cerda.

La explicación de esa actitud se encuentra en la carta a mi amigo Leonardo Guzmán y su respuesta, que protocolizo junto con ésta, para evitar que se extravíen.

Durante la campaña presidencial de 1938 se creyó que si triunfaba el Frente Popular, vendrían para Chile, días como los que había sufrido España. Se esparció el temor, especialmente en círculos religiosos; para poderse salvar disfrazados, padres y monjas tenían en los conventos trajes de seglares. En la expansión del miedo, mucha parte hubo de propaganda política derechista; pero también hubo parte de previsión razonable. El triunfo del Frente Popular importaba el cambio de clase dirigente, lo que generalmente engendra trastornos. La campaña había sido violentamente apasionada, con sucesos sangrientos como la horrosa matanza del Seguro Obrero y podía esperarse una revancha tam-

bién sangrienta. En todo caso, se abría la interrogación de cuál sería la situación religiosa en el nuevo régimen.

Circunstancias fortuitas me dieron, entonces, ocasión para prestar un servicio a la Iglesia, a la paz religiosa y a la tranquilidad nacional. A veces, la Providencia se vale de cualquiera para grandes cosas.

Las cartas que como ésta protocolizo dan testimonio de cómo obtuve del nuevo Presidente de la República el compromiso de que respetaría a la Iglesia del modo más amplio y completo y respetaría los derechos de los católicos.

Mis gestiones con la derecha encontraron rechazo, lo cual fue harto explicable por el enardecimiento de los ánimos.

El excelentísimo señor Aguirre Cerda, en cambio, tuvo siempre presente el compromiso; como lo dice su entonces ministro de Lo Interior, señor Guzmán, recordó ese compromiso hasta pocos días antes de su muerte, al celebrarse el Congreso Eucarístico.

Lo cumplió con la más noble lealtad y los más generosos sentimientos.

Su conducta con la Iglesia fue solemnemente reconocida por el santo arzobispo de Santiago excelentísimo señor Caro, que en su oración fúnebre, dijo:

«En esta hora en que todo halago vano sería una profanación de la santidad del Templo del Señor y de la majestad misma de la muerte, sin provecho alguno, yo puedo expresar delante de Aquel que es Rey de Reyes y Señor de los Señores... por qué la Iglesia hace suyo el tributo de universal dolor por el inesperado y prematuro fallecimiento del excelentísimo señor Pedro Aguirre... Y todo lo dicho nos muestra que el excelentísimo señor Aguirre estaba haciendo por Cristo, tanto en los pobres y pequeños y en la Iglesia que lo representan, como en la glorificación del Congreso Eucarístico, tal vez sin pensarlo él mismo, lo que pocos gobernantes han realizado en estos tiempos».

Ahora bien, mientras el excelentísimo señor Aguirre cumplía así el compromiso que personalmente había contraído conmigo, yo, como católico y como caballero, estaba obligado a ser consecuente y corresponderle.

En el Senado, cumplí con los deberes de mi cargo, conforme a mi conciencia. Voté la acusación de varios de sus ministros. Protesté por las irregularidades de la elección complementaria de Valparaíso. Pero no seguí a la derecha en su oposición sistemática y cerrada. No la acompañé en sus rencorosas pasiones contra el que la había derrotado. Hice

esfuerzos por apaciguar los ánimos. Voté a favor del Gobierno cada vez que así estimé consultar al bien público. En varias ocasiones hablé, haciéndole justicia al Presidente. Mientras el excelentísimo señor Aguirre cumplía noblemente su compromiso, yo no podía hacer otra cosa como católico ni como caballero.

Además, mi actitud se conformó con los ideales de mi vida. Mis ideas jamás han sido las pequeñas y metálicas del derechismo, que se ha convertido en defensor de los intereses del capitalismo materialista, oportunista, opresor y despiadado. Mis doctrinas han sido siempre de defensa al derecho y la libertad, a la justicia, las instituciones democráticas y, sobre todo, a que no se estorbe, sino que se facilite la obra divina que hace la Iglesia para la salvación de las almas.

Tengo la convicción, y lo digo con orgullo, de que, desde el 26 de octubre de 1938, he prestado servicios más positivos y eficaces que en los 35 años restantes de mi vida pública.

Sin embargo, precisamente por mi actuación posterior a esa fecha se ha querido desconocer y como borrar todo mi pasado, y he sido objeto de la murmuración más malévola.

Ante tal injusticia, innumerables veces, he sentido violentas irritaciones, pero, pasados los arrebatos, he permanecido en serenidad.

Esto me ha hecho un bien: para el mérito, debe haber sacrificio. En la acción política hay siempre instintivamente, mucho de ostentación y de vanagloria. Lejos de haber buscado y recibido halagos y honores, ha sido conveniente que, al declinar de mi vida, haya sufrido la humillación del vituperio.

Me doy perfecta cuenta de que la inmensa mayoría de los que han hablado mal de mí lo han hecho por desconocimiento de los hechos.

Durante el Gobierno del excelentísimo señor Aguirre no pude publicarlos; si los hubiera lanzado la prensa, tal vez le habría producido graves perturbaciones políticas que, por lealtad, debía evitarle.

Después, me ha parecido inoportuno y demasiado tarde.

Espero que resistiré a la tentación de hacerlo mientras viva.

Pero, al fin y al cabo, como ustedes que son mis hijos, los afecta lo que me afecta a mí, les pido que, después de mi muerte, publiquen las cartas que hoy protocolizo.

Rafael L. Gumucio V.

DE MONSEÑOR LARRAÍN (1900-1966) A EUGENIO CRUZ

22 de noviembre de 1947

«Puedes sostener la no disolución de la Falange...».

La figura de Manuel Larraín fue, junto con el padre Hurtado, clave en la renovación experimentada por la Iglesia Católica en torno a la doctrina social. Como todo innovador de personalidad fuerte, encontró opositores y debió superar pruebas difíciles. Una de éstas fue su intervención en la pugna entre la Falange Nacional y los grupos más conservadores de la jerarquía católica, en torno al problema del anticomunismo y la posición política a adoptar por los católicos. Después de la condena que realizara el obispo Augusto Salinas a la Falange, el partido tuvo la intención de disolverse. Al dar respuesta a las preguntas que le hiciera Eugenio Cruz, presidente provincial de Talca de la Falange Nacional, y después de varias cartas con jóvenes falangistas, entre ellos Eduardo Frei y Patricio Aylwin, monseñor Larraín evitó la disolución del joven partido.

He recibido tu carta con las preguntas que en ella me formulas. Colocado sobre las divisiones políticas que separan a los hombres y buscando sólo la unión en la verdad y en el amor, he creído un deber de mi cargo pastoral el dar respuesta a ellas.

1. Puedes sostener la no disolución de la Falange, porque la jerarquía ni directa ni indirectamente ha dicho algo al respecto; porque además permanece íntegra y en todo su vigor la carta del cardenal Pacelli sobre la libertad de los católicos en política y porque la censura de un acto determinado, no incluye la condenación del partido al que se ha censurado dicho acto.

2. La carta de la Comisión Episcopal a monseñor Salinas tiene dos partes; en la primera condena la «protesta» hecha por la directiva de la Falange por estimarla ofensiva a la dignidad episcopal. La Falange en su manifiesto da por retirada cualquiera expresión ofensiva, con lo cual este punto queda solucionado.

En la misma carta, en su segunda parte, la Comisión Episcopal recuerda y afirma la doctrina tradicional de la Iglesia frente al comunismo y a su no colaboración con él. Esta doctrina alcanza no sólo a los falangistas, sino a todos los católicos.

He querido responderte a estas dos preguntas previa consulta al excelentísimo cardenal Caro, quien ha manifestado su acuerdo con las respuestas más arriba dadas.

Por lo que respecta a la pregunta que me haces referente, a si los falangistas de esta diócesis pueden seguir contando o no con la confianza de su obispo, debo decirte que en mi misión de pastor jamás se las he retirado a ningún sector católico; que siempre he apreciado en ustedes su hondo sentido cristiano, su adhesión a la Iglesia y su sincero anhelo de luchar por la implantación de un verdadero orden social cristiano.

He alentado y seguiré alentando sin aceptación de partidos políticos, a todos los que trabajan en estos ideales sociales que constituyen un imperioso deber del católico y mientras ustedes continúen manteniéndose en la línea de fiel cumplimiento de la doctrina social cristiana seguirán contando con mi plena confianza.

Respecto a sus actividades meramente políticas o técnicas no tengo para qué pronunciarme, ya que escapan a mi competencia. Como lo recordaba su eminencia el cardenal Ratti, más tarde S. S. Pío XI a los fieles de Lombardía: «El catolicismo da luces superiores del más alto precio para la organización de la vida económica y política. Forma las conciencias y cultiva las virtudes necesarias a la vida pública y a la vida individual. Pero deja a los hombres el cuidado, la noble tarea de encontrar las aplicaciones, las determinaciones en medio de las condiciones contingentes. Y ahí, en esas determinaciones donde intervienen apreciaciones de hechos y juicios técnicos, nadie puede pretender ser infalible».

Trabajemos, estimado Eugenio, para que reine la concordia, los agravios se olviden y todos nos esforcemos unidos en dar a este mundo actual ese poco más de justicia y de amor que tanto necesita. Así conocerá el mundo que somos discípulos de Cristo.

No tengo inconveniente, como me lo solicitas, en que hagas pública esta carta.

Te saluda con todo afecto tu amigo y capellán,

Manuel Larraín E.

DE MÁXIMO PACHECO GÓMEZ (1924) A EDUARDO FREI MONTALVA (1911-1982)

Santiago, 17 de junio de 1948

«...vuestro planteamiento era también el mío, y por lo tanto, debía estar con vosotros».

Hoy pocos jóvenes escriben cartas. Menos aún si éstas son de carácter político. No fue el caso de Máximo Pacheco, quien con sólo 24 años le escribió a Eduardo Frei Montalva para solicitar su ingreso a la Falange, partido que en ese entonces estaba siendo sumamente criticado por grupos más conservadores de la jerarquía católica. De entre estas profundas y sentidas líneas se desprende la motivación que llevó a este joven a afiliarse a un ideario político y a luchar por sus convicciones. Sólo se equivocó cuando le dijo a Frei que su contribución sería modesta. Después sería embajador de Chile en Rusia, ministro de Educación y senador de la República. Como dato anecdótico, el mismo día que escribió esta carta, Máximo Pacheco se recibió de abogado y se comprometió con Adriana Matte, sobrina de Jorge Alessandri Rodríguez.

Muy apreciado Eduardo:

Llega un momento en la existencia del hombre en que colocado frente a su destino, se ve precisado a escoger la senda por la cual debe marchar. Y ello ocurre no sólo en el campo de la vocación individual, sino también en el del servicio social. Porque no podemos, como cristianos y como miembros de una comunidad, prescindir del imperativo de buscar el reino de Dios y su justicia, en el doble plano: de nuestra propia vocación y de su proyección en lo social.

Precisada que hube mi natural inclinación y elegida la profesión de abogado como la que mejor coincidía con mis aptitudes, dediqué mi esfuerzo a su aprendizaje, pero sin olvidar de vincularla a las otras actividades humanas. Exponente de ello fue mi paso por la presidencia de la Asociación de Universitario Católicos, por la dirección de la revista «Mástil», de la Escuela de Derecho, y del periódico «Claridad», de la

Federación de Estudiantes, y mi tesis de licenciado, que posteriormente publicara como libro la Editorial del Pacífico, con un magnífico prólogo suyo, del cual estoy tan reconocido.

Pero hoy, en que he concluido mi estudios y me inviste la excelentísima Corte Suprema de la calidad de abogado, y en que me enfrento al camino más duro y áspero, en que el esfuerzo y la responsabilidad exigida son mayores, se me presenta también como imperativo el de decidir, en forma definitiva, el campo en que proyectaré mi trabajo social.

Para ello, comprendo que es absolutamente necesario, en la hora presente, vincularse a otros hombres; pues en la época eminentemente socializada en que vivimos, los esfuerzos individuales pesan muy poco, y sólo son los trabajos comunes los que dejan verdadera y honda huella en el campo social. Por otra parte, la comprensión del ideal cristiano comunitario me lleva también a esta solución. Es preciso que los católicos nos unamos férreamente, y dejando a un lado egoísmos y pequeñas diferencias, trabajemos en común, cada uno a medida de sus posibilidades, por un orden más humano y digno, donde los hombres puedan vivir libres de angustias y miserias.

Desde hace tiempo miraba con simpatía el movimiento de la Falange Nacional. Veía en ella una concreción de mis ideas social cristianas, unida a una lealtad a toda prueba a sus principios. Pero no había ingresado a sus filas porque me merecía críticas su posición política, y también, por qué no decirlo, pesaban sobre mi conciencia los cargos que le formulaban otros sectores a los cuales me encuentro estrechamente vinculado. Se me afirmaba: a) que la Falange era un partido de «jóvenes ingenuos, cuando no ambiciosos», que habían iniciado una aventura guiados exclusivamente por la soberbia y el afán de figurar; b) que su labor era ineficaz y que su esfuerzo habría sido más productivo en la lucha dentro del Partido Conservador; c) que su línea política era vacilante, y me señalaban diversas actitudes que en realidad eran dudosas, cuando no antagónicas; d) que no tenía posibilidades de triunfo, y que «jóvenes como yo no podían arriesgarse en una tan dudosa cuanto estéril aventura»; e) que eran «criptocomunistas», a quienes el resentimiento había llevado a entregarse a esta secta y a seguir sus consignas fielmente; y en fin, f) que «eran enemigos de Cristo» que lo vendían por un vil puñado de monedas, constituidas por las «prebendas electorales».

No niego que estas críticas, apoyadas de fuertes razonamientos, y

unidas a las que yo formulaba al informarme en la prensa de vuestras actividades, me hacía mirar con recelo a este partido.

Pero quise formarme una impresión, y los busqué. Trabe conocimiento con muchos falangistas, y pronto esa fuerza misteriosa que une los corazones afines, me hizo encontrar en cada uno de vosotros un nuevo amigo; nuevo en su proyección en el tiempo, antiguo en afinidades espirituales. Luego tomé conocimiento de vuestra organización interna, y participé en foros y asambleas, y finalmente, en vuestro último congreso, magnífico y ejemplar. Con todos estos antecedentes, comencé a desvirtuar los cargos que les formulaban.

a) Muy pronto me di cuenta de que lo que parecía orgullo no era sino una honradez a toda prueba y un comportarse consecuente con sus principios. Que erais ambiciosos, pero que el objeto de ella era la noble superación, y el buscar un destino mejor para «los humillados y los ofendidos» por un régimen social y económico infame. Que lejos de perseguir posiciones personales, manteníais siempre una actitud que os acarrea dificultades y sinsabores, pérdida de prestigio y combate continuo. Que muchos de vosotros erais heroicos, al soportar una lucha con un enemigo tan poderoso, y que peleaba en dos flancos: el comunista y el capitalista. Que teníais que ser valerosos al no dejaros seducir por el poder y el dinero, que os rodeaban por todas partes, y en un abrazo deseaban extrangularos. Que los predicadores del odio de clases y la burguesía os miraban con lupa, para descubrir todas las pequeñas debilidades que pudieran encontrar en vuestras personalidades, y presentarlas aumentadas, con el objeto de escarneceros;

b) También se me había dicho que vuestra labor era ineficaz, y que vuestra influencia habría sido mayor en otros cuadros. Pero pronto me convencí de que tampoco estaban en la razón. Que era efectivo que esa posibilidad existía, y que algunos la habían preferido, y que estaban dando ese combate, pero su influencia era pequeña. Porque si bien es cierto habían logrado algunos avances, éstos eran muy lentos, y no constituían obra absoluta de ellos, ya que en gran parte se debían a influencias espontáneas de la opinión pública, que plasmada por las ideas falangistas, las imponían en el Partido Conservador. Que las declaraciones que aparecían como novedades, eran las que ya había hecho la Falange cinco o más años antes. Y por último, y esto era lo fundamental, entre su manera de pensar y su actuación práctica, no había ninguna

relación; porque si bien es cierto incluían estas ideas en sus programas, declaraciones públicas o discursos, no los vivían; y llegado el momento, sostenían que estas verdades no eran tales para la hora presente, sino «para cien años más». Y entonces yo, que comprendía la urgencia de estas realizaciones, y que aunque joven, no estaba dispuesto a esperar un siglo, me di cuenta de que, para la mayoría, todo ello no constituía sino carteles o afiches de propaganda, con que cubrían un frasco hermoso, pero vacío de contenido;

c) Me habían sostenido que carecía el partido de una línea definida. Trate de precisar los móviles que los habían llevado a asumir ésta o aquella actitud, y percibí que en iguales condiciones, yo habría actuado de la misma manera. Y que las posiciones parecían de dudosa firmeza porque una prensa interesada y una propaganda adversa desfiguraban premeditadamente los hechos, haciendo de la palabra honrada «trampa de necios en boca de malvados», y que si no obtenían éxitos inmediatos ello se debía a que se negaban a emplear los métodos maquiavélicos puestos en juego por la mayoría de los políticos, y en virtud de los cuales, para adoptar una posición o tomar una determinación, había que estarse más al efecto que ella produciría, que a la honradez y la sinceridad con que pudiera ser enunciada; y que tampoco conocían la hipocresía, y que, por el contrario, les agradaba hablar el lenguaje del evangelio: «sí, sí, no, no», aun cuando esto desagradara a los débiles y los pacatos, a los burgueses y a los hipócritas. Comprendí también que era efectivo que habíais cometido faltas: algunas pequeñas, otras graves, unas sin trascendencia, otras verdaderamente importantes, pero que ellas, lejos de ser las resultantes de malas artes o vedados propósitos, no eran sino equivocaciones propias de vuestra corta experiencia política, y del fuego de vuestra pasión de juventud; perfectamente explicables y justificables, y que tal vez, yo también habría cometido, porque es propio de nuestra edad el ser imprudentes y apasionados, cuando se está cierto de defender una justa causa;

d) Se me había dicho también que yo no podía participar de una tan dudosa aventura, porque «era más aconsejable que no fuera imprudente, ya que la Falange nunca tendría una mejor posición». Ante esta objeción, me hice íntimamente la pregunta de cuál era el objetivo de la vida: si el encumbrarse a alturas considerables, afirmándose en donde se pudiera, y empleando todos los medios; para luego mirar desde la altu-

ra con orgullo y satisfacción el éxito alcanzado, y ello, aventurando de perder su propia alma; o bien, el de dar testimonio de la verdad, siempre y en cualquier lugar, aun a riesgo de sacrificarse personalmente por los ideales que a uno se le presentaban como verdaderos. No vacilé en darme la respuesta, y entonces la elección ya estuvo hecha.

Como dice Leon Bloy, «la única tristeza es la de no ser santos»; y para encontrar el camino de la santidad, lo primero es buscar el reino de Dios y su justicia. Además, sólo tiene derecho a llamarse hombre el que es capaz de vivir conforme a sus ideales, sin claudicar ni vacilar. Y sólo ese vive una vida de plenitud, ya que lo demás es llevar una existencia mediocre, una vida que sólo tiene de tal el aspecto físico, pero que espiritualmente es una agonía. Si nuestra inteligencia nos muestra un camino, como el único verdadero, nuestra voluntad no puede tener otra alternativa que poner toda la potencia de nuestro ser en su consecución, cualquiera que sean las consecuencias, buenas o malas, que nos pudiera acarrear la elección. Sólo así nos haremos dignos de nuestra misión, y podremos dar una cuenta honrada de nuestros actos al Supremo Hacedor, ya que en verdad, podemos decir con el filósofo, que «la peor palabra es la que no se pronuncia, y la peor acción la que no se ejecuta». La moral nos exige tomar este camino, e incluso debemos escogerlo, también, por razones de orden práctico, porque, como dijo Abraham Lincoln, «si los pillos supieran las ventajas de ser honrados, serían honrados de puros pillos».

Pero me daba cuenta, asimismo, que el tomar yo una determinación en este sentido, me sería duro y me acarrearía un sinnúmero de dificultades. Que velando por mi interés personal, sería «más útil» que yo no me definiera, porque de esta manera podría labrarme más fácilmente una buena situación, ya que tal vez no encontraría tantas dificultades ni oposiciones. Que al adoptarla, sería la piedra de escándalo a la que hasta los más imbéciles se sentirían autorizados a criticar. De todo esto me daba cuenta, pero era un problema de elección, y entre el interés personal y la honradez moral e intelectual, no cabía dudar;

e) La otra objeción formulada era la relativa a la posición frente al comunismo. Como yo tenía la misma vuestra, me era fácil replicarlas; y más aún hoy, en que se pretende engañar a la burguesía con la cortina de humo de una lucha anticomunista, que sólo ha sido lanzada para encubrir la ineptitud, la ineficacia de los esfuerzos para construir un

orden más humano y digno, y la lucha brutal en que los elementos de la reacción están empeñados contra la organización social de los trabajadores. Hay que ser anticomunistas, porque esta doctrina atea y materialista, que hoy se ha impuesto a tantos países por la fuerza de un imperialismo brutal y despiadado, tanto o más inhumano que el nazismo o el fascismo, constituye el peligro más grande que se cierne sobre la civilización occidental, como lo ha hecho presente el Sumo Pontífice. Las democracias tienen el derecho de defenderse contra estos enemigos que conspiran contra su existencia. Pero todo ello, no justifica el empleo de medios ilícitos, porque si bien es cierto que debemos percibir el error, debemos estar llenos de consideración hacia los que yerran, y el corazón abierto para comprenderlos; porque «no basta ser anticomunista para ser cristiano». Por otra parte, además de ilícitos los medios que preconizan estos traficantes de guerras han fracasado históricamente, y por lo tanto son, en definitiva, ineficaces;

f) Por último, me habían sostenido que «eran enemigos de Cristo y que cual Judas, lo entregaban a sus crucificadores, por un vil precio».

Cuán injusto y arbitrario me parece este cargo. Yo os conozco, y puedo decir de todos los que he tenido el gusto de tratar (por supuesto, debe haber excepciones), que dentro de las imperfecciones humanas constituía ejemplo en nuestra cristiandad seglar. Dentro de un ambiente tan materializado como el nuestro, en que la figura de Cristo está tan alejada de nuestros corazones; en que no se vacila en abandonarlo por un negocio, una diputación o un amorío; en que los que debieran dar un testimonio de Él se comportan como «los hijos de las tinieblas»; en que ya no se trepida en decir que la ley de la caridad es ingenua y que sólo es eficaz y recomendable la ley del talión; en que se han abandonado las prácticas de la piedad y la frecuencia de los sacramentos, como la fuente más poderosa de vida espiritual; cuando los hombres están solamente dominados por un apetito insaciable de goces y pasiones; constituía centenares los de vosotros que os desayunáis con la Hostia Santa, y que vais a buscar alegría en la soledad de un convento o de una casa de ejercicios; los que agotáis vuestras fuerzas y empalidecéis vuestros rostros en el servicio de los humildes; los que quitándole horas al sueño y al justo descanso enseñáis a los obreros; los que entregáis parte considerable de vuestros ahorros en manos de los necesitados. Cuando esto se ha visto, como yo lo he visto; cuando uno ha tomado conciencia de

que los más de vosotros sois verdaderamente «humildes y caritativos, pacientes y resignados», no comprendo cómo puede llegar la ceguera, porque no quiero creer en la mala fe, que pretenda haceros aparecer como enemigos del Dios a quien amáis y servís noblemente.

Por otra parte, cuando asistí a vuestro último congreso, y vi la magnífica unidad que en él había; y esa cosa extraña en una reunión política, la sinceridad con que cada cual actuaba, y la perfecta comprensión que tenían de los problemas, tanto los intelectuales como los trabajadores, vi que erais fuertes, y que en medio de una aparente debilidad, había en vuestras filas campeones de verdad, como yo entiendo la fuerza y el valor.

Cuando se hubieron desecho en mi mente todos estos argumentos en contrario, percibí claramente una verdad: que erais honrados, que podíais estar equivocados, porque, indudablemente, en estas materias no hay nadie infalible; pero que vuestro planteamiento era también el mío, y que por lo tanto, debía estar con vosotros.

Esta conclusión a que llegué y sus fundamentos son un testimonio de fe absolutamente imparcial, y que he querido exponer públicamente por un imperativo de conciencia: para que él, en toda su pequeña trascendencia, pueda servir de aliciente en vuestra lucha. Es una declaración de quien sin prejuicios ni ideas preconcebidas, ha tratado de conoceros como realmente sois, y no como os hace aparecer la intencionada caricatura de los que os critican.

Comprendo que dada mi situación personal esta decisión me importará, en un comienzo, dificultades, sinsabores y duras críticas, pero estoy dispuesto a sobrellevarlas, para ser honrado con mi conciencia, y para traducir prácticamente los ideales sociales que abrigo. Me guía a esto la fuerza de una pasión y la íntima esperanza que daremos un mentiz a todos aquellos que dudan de nuestras posibilidades, porque al fin triunfaremos, pese a quien pese. La fuerza de nuestra sinceridad, la justicia de nuestra causa y el ejemplo de nuestras vidas, todo lo cual tenemos el imperativo de conservar inmaculado, nos dará la victoria, con la ayuda de Dios.

Sé que mi contribución a esta causa será muy modesta, ya que carezco de esa vocación política integral que hace que los hombres puedan dedicarse a ella por entero; habida consideración que siento un inmenso cariño por la profesión que he elegido, y a cuyo cultivo pienso dedi-

car gran parte de mi tiempo. Pero mis limitaciones creo que pueden verse superadas por la fe y el entusiasmo.

En este día, de tanta trascendencia para mí, quisiera hacerme, mi grande amigo, que con vuestro talento, honradez y buena voluntad, tanto habéis hecho en mi formación intelectual, de presentarme a ese vuestro partido, Falange Nacional, y rogadles tengan a bien aceptarme como uno de sus militantes, para así poder exclamar mañana, junto a todos vosotros con profunda emoción, ese grito de combate, ante el cual mi espíritu se conmueve íntimamente:

«Juventud chilena, adelante».

Suyo afectísimo,

Máximo Pacheco Gómez

DE ELENA CAFFARENA (1903) AL CONSERVADOR DE BIENES RAÍCES

Santiago, enero de 1949

«... merezco un castigo por haber contribuido a la elección de Gabriel González Videla».

Elena Caffarena, abogada y destacada sufragista de la época, fue considerada como una figura central en la conquista del voto político de la mujer en Chile. Pero su ardua lucha no fue compensada. Sólo tres días después que se concedió dicho derecho a la mujer, se le canceló su inscripción en los registros electorales por ser considerada, injustamente según ella, miembro del Partido Comunista. En esta carta al conservador de bienes raíces, esta mujer que en 1935 fundó el Movimiento Pro Emancipación de la Mujer, MEMCH, vierte su inconformismo y apela al restablecimiento de su inscripción. De esta forma, Elena Caffarena se vio envuelta en las dos leyes más debatidas y cuestionadas del gobierno de González Videla: la ley de Defensa contra la Democracia y la ley de sufragio femenino.

Señor conservador de Bienes Raíces:

Elena Caffarena de Jiles, abogada, domiciliada en calle Huérfanos 1001, oficina 321, al conservador de Bienes Raíces para ante el Honorable Tribunal de Elecciones, respetuosamente expone:

Como consta de la publicación aparecida en el diario oficial del día 12 del mes en curso, ha sido cancelada mi inscripción electoral en virtud de las facultades transitorias y excepcionales que la ley N° 8.987 concedió al conservador del Registro Electoral, resolución que de ser mantenida me dejaría en situación de sub-individuo o de apatriada.

Por dolorosa coincidencia para mí, la resolución que me priva de mis derechos ciudadanos ocurre a tres días de la promulgación de la ley de voto femenino a cuya obtención dediqué esfuerzo y sacrificio durante casi 20 años. En el acto que tuvo lugar en el Teatro Municipal, con motivo de la promulgación de dicha ley, no obstante mi ausencia vo-

luntaria y de haber puntualizado enérgicamente dentro de la Federación de Instituciones Femeninas mis discrepancias con su directiva, discrepancias que me movieron a presentar mi renuncia al cargo de vicepresidente para el que había sido elegida por 114 votos en un total de 118 delegadas, no pudo dejarse de mencionar mi nombre entre las personas que habían contribuido de manera destacada en la conquista del sufragio para la mujer.

He luchado por el voto para la mujer, no porque sea una feminista *a outrance*, ni porque crea que las mujeres son mejores que los hombres o que el voto femenino sea en sí panacea para solucionar los problemas nacionales, sino simplemente por convicción democrática. Creo en el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Pienso que todos los habitantes de un país, cualquiera sea su color o su raza, su cultura y su sexo, su credo político o religioso, tienen derecho a influir en los destinos de su patria.

Para una persona que ha tenido una larga actuación cívica, sin obtener jamás un beneficio personal, ni monetario, ni honorífico; para quien se ha preocupado, con sacrificio de sus propios intereses, de la solución de los problemas nacionales, para quien se ha esforzado, dentro de sus posibilidades, de perfeccionar el régimen democrático, ampliándolo en sus bases electorales y aspirando a extenderlo de lo político a lo económico y social, no cabe duda de que la aplicación de la pena de privación de los derechos ciudadanos—la que dentro del régimen de nuestro Código Penal, o sea, la ley penal fundamental, se señala exclusivamente como anexa a la pena del crimen—constituye más que un baldón o un estigma, el fracaso de sus ideales y de su vida toda.

No obstante, por esta misma convicción democrática, no podría encarar este problema sólo como una cuestión personal. En el fondo, una cancelación electoral más o menos no tiene importancia. Y estoy cierta que este Honorable Tribunal no ha dejado de considerar el problema en su aspecto político general y que en la resolución de los distintos casos se partirá de un concepto general que el Tribunal previamente se ha formado del estudio de la ley en su texto y en sus relaciones con la Constitución Política, con los principios jurídicos fundamentales, con las normas compatibles con el grado de civilización que ha alcanzado la humanidad y sus consecuencias en la vida normal del país.

Si en estos juicios se permitiera el alegato oral podría hacerse un

suscinto repaso de la historia de las persecuciones ideológicas, religiosas y raciales, y hasta podría probarse cómo todas han sido de una cruel inutilidad y perjudiciales para los intereses del país o del régimen que las llevó a cabo.

Podría citarse el caso de los hugonotes en Francia, de los católicos en Inglaterra, de los liberales en la Alemania Imperial, de los judíos en el régimen nazi.

Me detendré, pidiéndole excusas al Tribunal, en este último caso. Hitler, persiguiendo a los judíos, no sólo los privó de su ciudadanía, sino también de su nacionalidad. Hombres y mujeres eminentes de raza judía se desparramaron por el mundo con el timbre rojo de APÁTRIDAS. A Estados Unidos le tocó la suerte de recibir a Einstein y a un grupo de matemáticos que colaboraron en la fabricación de la bomba atómica, la misma bomba que iba a dar el golpe de muerte al régimen que los había expulsado del suelo patrio.

Cito este caso, no sólo porque es el más reciente y no se necesita recurrir a textos, sino porque en él se puede sacar una lección. Porque esta persecución que ahora presenciamos en Chile y que nos viene de afuera, que nos trae el cable, la revista, el libro, la radio, el cine; y que no es sólo anticomunista, sino que esencialmente antiobrera y antiliberal, en el sentido noble de la palabra, puede constituir en sí, la bomba que ha de destruir el régimen económico actual.

Peligroso es privar a la clase asalariada de sus instrumentos legales (sindicato, huelga) para obtener el mejoramiento de la situación económica o de trabajo, peligrosísimo también es desprestigiar y destruir los principios básicos de la democracia en lo político.

Difícil me parece encontrar una persona que haya meditado con sinceridad y buena fe sobre los problemas sociales, que crea que el actual régimen asegura el bienestar de la mayoría. Este régimen que constituyó un notable avance frente al sistema feudal, al cual reemplazó, y que en su juventud entonó el glorioso: libertad, igualdad y fraternidad, ha entrado en un período de decadencia y decrepitud. Millones de niños hoy mueren de desnutrición y de abandono; millones de hombres y mujeres viven en las tinieblas del analfabetismo; muchos no tienen trabajo; otros tantos no pueden conservar su salud por falta de recursos; periódicamente se desencadenan guerras por el choque de los intereses imperialistas y crisis económicas; se observa relajación moral, en todas

las capas sociales y hay problemas morales y materiales, como por ejemplo, el de la prostitución, el del alcoholismo, el de la inflación que no tiene ni puede tener solución dentro de este régimen.

Pero mucha de esa gente de buena voluntad que no puede estar conforme con el régimen actual, piensa también que conviene soportarlo a cambio de la libertad política. Pero, si se hace tabla rasa de ella, si con el pretexto de defender la democracia, se la viola y se la mancilla, muchos tendrán que pensar que entre tener libertades políticas para mantener un régimen decadente e injusto, y no tenerla para dar un paso adelante, para ensayar un algo mejor, la elección no es difícil.

No pertenezco ni he pertenecido nunca al Partido Comunista y, a pesar de las sanciones de la ley N° 8.987, declaro enfáticamente que las reflexiones contenidas en el párrafo anterior me las he hecho muchas veces, y que si no me pesaran los años y no estuviera con mi salud seriamente quebrantada, ya habría tomado una decisión.

La Constitución Política del Estado asegura la libertad de conciencia y concede al individuo el derecho a no ser interrogado sobre sus ideas políticas, religiosas o sociales, y menos aún sobre sus procesos mentales. Si he dejado aquí estampada mi reacción frente al atropello sistemático de los principios democráticos, principios que desde hace siglos creíamos incorporados al acervo de la humanidad, es con el propósito de hacer que el Tribunal pese su responsabilidad frente a las consecuencias que en la actitud de millares de individuos tiene que producir esta ola de persecuciones.

Si es importante que la gente no pierda su fe en la democracia política, más importante aún es que no pierdan su confianza en los tribunales, porque cuando el pueblo se convence de que no puede esperar justicia y protección en el mecanismo legal busca otros medios, casi siempre crueles y dolorosos.

De conformidad con la ley N° 8.987 V. SS. deben fallar esta reclamación en conciencia. Como lo dijo la excelentísima Corte de Justicia, en un fallo que reproducen casi todos los tratadistas (Rev. de Derecho, tomo xxx, segunda parte, sección 1, pág. 501): «En manera alguna la ley ha querido, con entregar la apreciación de la prueba en conciencia, dejarlas al azar, al capricho y a la arbitrariedad».

Y yo me pregunto: ¿qué antecedentes existen en autos para que el Tribunal se forme ese juicio?

Estos antecedentes no existen y, lo que es peor, es imposible obtenerlos.

Hay un hermetismo absoluto y total sobre los antecedentes que se han tenido en vista para cancelar las inscripciones. Cabe preguntarse: ¿estamos en Chile en 1949 o estamos en Venecia en los tiempos del DUX o nos encontraremos frente a un proceso de la Inquisición de los tiempos de Felipe II?

Consta del documento, copia autorizada de otros que he hecho protocolizar, que he realizado los mayores esfuerzos para conocer cuál es la presunción legal que específicamente me afecta o los antecedentes de hecho que han determinado la cancelación de mi inscripción.

Solicité en primer lugar al Ministerio del Interior que indicara los cargos que obraban en su poder. Mi solicitud me fue devuelta con la siguiente providencia: «Vuelva a la interesada haciéndole presente que en conformidad con lo establecido en el artículo segundo transitorio de la ley de Defensa de la Democracia, corresponde al director del Registro Electoral cancelar las inscripciones en el Registro Electoral y en consecuencia ante él debe recurrirse para obtener las certificaciones que se piden». Firma Héctor Grez, subsecretario.

Me presenté entonces al señor director del Registro Electoral, quien certificando expresa que mi cancelación se hizo: «en razón de haberse incluido mi nombre en las nóminas respectivas del Ministerio del Interior»

Estas dos certificaciones contradictorias en las que dos altas autoridades o han pretendido burlarse de una persona o descargarse mutuamente la responsabilidad, son a mi juicio lapidarias y servirán cuando pase el momento de ofuscación en que vivimos, para juzgar la forma irresponsable, irrespetuosa, atrabiliaria y abusiva con que se ha procedido al hacer las cancelaciones electorales.

Ni en el Ministerio del Interior, ni en Investigaciones, ni en oficina alguna confidencial o de soplónaje, pueden existir antecedentes de actividades político-partidistas, que jamás he realizado.

Sólo excepcionalmente, y por considerar que dentro de nuestro sistema de gobierno de tipo presidencial, la calidad personal del Presidente de la República influye sustancialmente en los destinos del país, es que he participado en dos campañas presidenciales.

Dediqué esfuerzos extraordinarios durante la campaña electoral de Pedro Aguirre Cerda, desempeñando el cargo de secretaria de Organi-

zación del Comité Nacional Femenino. No participé en la campaña de Juan Antonio Ríos porque no tenía fe—después he comprobado mi error—en sus convicciones democráticas.

Trabajé por último, en la campaña electoral de Gabriel González Videla. Como delegada-observadora de la Federación de Instituciones Femeninas, participé en la convención que lo proclamó candidato y fui nombrada miembro de la comisión redactora del programa de gobierno. Fui además, primera vicepresidenta del Comité Nacional Femenino y ayudante en la recaudación de fondos.

¿Merezco por estos actos políticos la pena de privación de mis derechos cívicos?

Con la sinceridad que he querido volcar en este documento, que no es de una abogada que trata de ganar *el caso* a toda costa, sino de una mujer dolida y herida al ver cómo se están desprestigiando los principios democráticos y llevando el país a situaciones de violencia, declaro que muchas veces me he echo el examen de conciencia y he reconocido que merezco un castigo por haber contribuido a la elección de Gabriel González Videla. Pero como tengo la atenuante de que no me era dable interpretar intenciones, ni podía suponer que el programa que le había visto y oído jurar, no sería cumplido, estimo que la pena anexa a la de crimen que se me ha impuesto es exagerada.

En todo caso, de los autos no resulta cargo alguno en mi contra.

Yo no podría al Honorable Tribunal hacerle la injuria de suponer que para él constituye mérito bastante el que figure en una lista del Ministerio del Interior; porque el Honorable Tribunal no es, ni puede ser, un simple buzón de denuncias. Este Tribunal no tendría razón de ser si se limitara a aceptar lo que el Ministerio o una oficina administrativa le indica, sin especificarse los hechos en los que se funda el juicio de ese Ministerio u oficina. Si tal hubiera sido el espíritu legislador, habría entregado la facultad de cancelar al mismo Ministerio, sin recurrir a un Tribunal que no tendría más objeto que dar una apariencia de justicia.

Ignoro si el Tribunal tendrá los medios para exigir los antecedentes de hecho que han determinado mi inclusión en la lista del Ministerio, si es que es cierto lo que afirma el señor Zañartu, pero en todo caso resultaría verdaderamente inicuo que la parte interesada no pudiera defenderse para tacharlos si son falsos o para interpretarlos debidamente, si han sido tergiversados.

Termino afirmando categóricamente que no pertenezco ni he pertenecido nunca al Partido Comunista y que no me afecta ninguna de las presunciones previstas en el artículo 3 transitorio de la ley N° 8.987 y ni siquiera ninguna de las que además ha inventado el conservador del Registro Electoral en la resolución que encabeza la nómina de las canceladas.

Por tanto, dígnese el señor conservador de Bienes Raíces tener por interpuesta la presente reclamación para ante el Honorable Tribunal Calificador, a fin de que este Tribunal lo acoja y ordene restablecer mi inscripción que se encuentra en la sección 5 de la Séptima Comuna Maestranza, N° 130.

Elena Caffarena

DE WILLIAM THAYER (1918)

A JORGE ALESSANDRI (1896-1986)

Santiago, 22 de noviembre de 1956

«¿Van a seguir los hombres de la producción la línea de confundir la acción política con la acción gremial?».

William Thayer, antiguo miembro del Partido Demócrata Cristiano, ministro del Trabajo y Justicia de Frei Montalva y senador designado de 1990 a 1998, tuvo una clarividencia hacia fines de 1956. Entonces se planteó una de las importantes y reincidentes preguntas de la política chilena del último siglo: ¿Conviene mezclar la actividad empresarial y gremial con la política partidista? ¿Es bueno para el país que destacados empresarios formen parte de la clase política? A juicio de Thayer, abogado, profesor y ligado al campo empresarial y sindical, cada área debía seguir su propio camino.

Muy estimado don Jorge:

Sé que por su arraigada tradición democrática, no va a tomar a mal, estas breves líneas, que nacen de una sincera preocupación patriótica.

He visto en la prensa que se da su nombre como posible candidato a Senador por Santiago. Comprendo que su preparación, experiencia y renombre impulsen legítimamente a muchos sectores políticos y económicos a propiciar su postulación. Nadie podría negar el brillo con que usted actuaría.

Me asiste, sin embargo, una duda: ¿van a seguir los hombres de la producción la línea de confundir, en un momento tan delicado, la acción política con la acción gremial? ¿Hay conveniencia nacional en que la más representativa personalidad de los gremios de la producción, reconozca bandera para postular en sustitución de un distinguido candidato del Partido Liberal, y dentro de una lista política? Sinceramente

me pregunto: ¿se puede reprochar después de ello la intervención política en los sindicatos y que varios dirigentes de la CUT o de otros organismos sindicales postulen a parlamentarios?

Usted sabe que soy hombre de convicciones políticas y tengo un partido, aunque no soy ni he sido jamás dirigente de él. De ahí que no me cause escándalo y tanto como el que más comprenda la vinculación que envuelven los fenómenos políticos partidistas y económicos, sea para el capital o para el trabajo. Comprendo, también, lo que la política significa para usted, que la lleva en la sangre y es heredero de una tradición que sin duda es honra de Chile y de América.

No vea en estas líneas una intención ajena a lo que digo explícitamente. Siempre he soñado el momento en que el capital y el trabajo se integren en las grandes entidades de la producción, llamadas a ser *bastante más* que simples sindicatos patronales. La industria, la minería, la agricultura o el comercio, son mucho más que los intereses o derechos del capital invertidos en ella. Representan hombres, esfuerzos, riesgos, trabajo, técnica y capitales, provenientes de todos los sectores de la ciudadanía. Llevarlos a una definición política, me suena a una especie de contrapartida del entendimiento entre la CUT y el FRAP, para las elecciones futuras.

A través de las distancias, he seguido siempre con sumo afecto e interés su actuación. Además, usted siempre ha sido deferente conmigo. Excúseme, pues, esta intrusión que me sugirió el comentario que trae *Ercilla* de esta semana, página 9.

Lo saluda con toda atención, su S.S.,

William Thayer Arteaga

DE JORGE ALESSANDRI (1896-1986) A WILLIAM THAYER (1918)

Santiago, 23 de noviembre de 1956

«... mi labor en el Senado podría servir para esclarecer problemas...».

Según nos confiesa el propio Jorge Alessandri en estas líneas, fue la carta de William Thayer la que lo convenció a dejar el mundo de la empresa y entrar nuevamente al área política. Anteriormente había sido diputado y ministro. Haciendo eco de su falta de ambición política, en 1956, Alessandri asumió la candidatura de senador por Santiago. En una campaña intensa y reñida, fue elegido con una votación importante, superado sólo por Ángel Faivovich y Eduardo Frei, quien obtuvo la primera mayoría. Dos años después, el destacado miembro del gremio de empresarios fue Presidente de la República. Triunfó con un 31,6% de los votos, superando por menos de un 3% al candidato de izquierda, Salvador Allende.

Mi estimado amigo:

Hasta ayer mantuve firmemente mi resolución de no aceptar la candidatura a senador por Santiago, que se me venía ofreciendo por el Partido Liberal desde hace algunos meses, porque, por razones personales, he tenido constantemente el propósito de no participar en la política activa.

En el último momento su carta ha contribuido poderosamente para convencerme de que quienes conociendo mi falta absoluta de ambiciones, de la cual derivan, tal vez, mi independencia y mi franqueza, están en lo cierto cuando piensan que mi labor en el Senado podría servir para esclarecer problemas fundamentales y, especialmente, para procurar liberar a las actuaciones públicas de la insinceridad consciente, o inconsciente, de que a menudo aparecen revestidas, en las cuales reside buena parte de los tropiezos que encuentra la solución de muchos de nuestros más apremiantes problemas.

Dentro del campo patronal he sido un resuelto propulsor del entendimiento con las directivas gremiales de empleados y obreros, pues estoy convencido de que sus intereses son en todo comunes, cosa que usted no puede o no debía ignorar, por lo cual resulta pueril, hasta extremos que autorizan a pensar en falta de sinceridad, que el entusiasmo que mi nombre pueda despertar entre los elementos patronales llegue a tener el significado que usted le atribuye y traducirse en que se confunda, por los hombres de la producción, la acción política con la gremial. Hernán Videla Lira es senador y presidente de la Sociedad Nacional de Minería desde hace muchos años y ni usted, ni nadie, vio en ello semejante temor. Es, además, público y notorio que ninguna intervención, directa ni indirecta, ha cabido a los gremios patronales en la iniciativa de mi candidatura senatorial. Ella ha nacido en el seno de un partido político y a nadie puede extrañar, de buena fe, que es lógico que para hacerlo se haya pensado, con fundamento, que los productores y comerciantes verían con simpatía que alguien muy vinculado a ellos llegue al Parlamento, porque no sólo es una realidad innegable, y muy antigua, la fuerte vinculación política entre los gremios asalariados y muchos parlamentarios sino que con varios partidos políticos y, entre ellos, el en que usted milita. Los puntos de vista gremiales han obtenido hasta aquí expedito el camino para la exteriorización de sus anhelos en la dictación de las leyes, por lo cual resulta inexplicable que usted se alarme porque puedan los gremios patronales interesarse porque llegue al Senado un hombre eminentemente representativo de los productores y comerciantes, serio y responsable, para que, *libre de todo compromiso*, pueda contribuir a esclarecer la verdad sobre problemas fundamentales que muchos, –interesada y otros desinteresadamente, por falta de conocimientos de situaciones que sólo puede apreciar quien las haya vivido–, contribuyen a oscurecer y embrollar, de lo cual resultan soluciones que por su falta de fundamento en la realidad económica y humana de nuestro país no hacen sino que agravarlos.

Como usted ve, esos temores de alto interés público que despierta en usted mi candidatura, no resisten el menor análisis. En cambio, mi estimado amigo, pese a que usted me dice que no vea en sus líneas ninguna intención ajena a lo que dice explícitamente, me atrevo a sugerirle que ellos puedan venir, tal vez, de su subconsciente y reconocer como causa verdadera la creencia, a mi juicio injustificada, de que ella pueda ami-

norar los brillantes resultados electorales que usted y sus correligionarios esperan, y desean, para el distinguido y prestigioso candidato de sus afecciones. Probablemente temen que mi postulación pueda importar un contratiempo para la continuada labor de ablandamiento y halago que, desde hace ya buen tiempo, se viene realizando en forma un tanto reservada entre los hombres de la producción y del comercio, mientras que en público, ya sea en el Parlamento, en la prensa, o en los conflictos del trabajo, asumen actitudes bien diferentes. Ahí se defiende, *a outrance*, no sólo los legítimos intereses de los empleados y de los obreros, que en mi concepto en nada se oponen a los de los patrones, sino que hasta sus más equivocadas demasías que se vuelven, principalmente, en contra de otros asalariados, precisamente de los menos afortunados, y hasta se ataca con irritante injusticia, en conjunto, a aquellos mimos que se halaga individualmente y en privado. Espero que mi actuación parlamentaria pueda servir para poner en evidencia tales inconsecuencias.

Mucho celebraría que esta carta pudiese contribuir a tranquilizar las inquietudes de alto interés público que usted parece creer que le inspira mi candidatura senatorial, que nadie lamenta más de veras que yo, como lo prueba el hecho de que por todos los medios a mi alcance he procurado evitar su aceptación.

Lo saluda muy atentamente su afectísimo amigo,

Jorge Alessandri R.

DE PABLO NERUDA (1904-1973) A CARLOS IBÁÑEZ DEL CAMPO (1877-1960)

1958

«... tengo serias dudas sobre mi existencia cívica».

Pablo Neruda salió de Chile en febrero de 1949 con su compañera Delia del Carril por la región austral. Desde su destierro y eliminado de los registros electorales por su militancia en el Partido Comunista, declarado fuera de la ley en 1948, el poeta y premio Nobel de Literatura, escribe en 1958 al entonces presidente Ibáñez para reclamar sobre su situación. Diez años antes y en calidad de senador ya había hecho público su desagrado con la ley de Defensa de la Democracia y con el gobierno de González Videla en su famoso discurso «Yo acuso». Esto le causó su desafuero y una orden de detención, que lo llevó a vivir en la clandestinidad. Al finalizar el gobierno de Ibáñez, la llamada "Ley Maldita" fue derogada sin oposición. Entonces, Neruda recupera su ciudadanía.

Señor Presidente de la República:

En mi calidad de presidente de la Sociedad de Escritores de Chile y en defensa de los intereses y derechos de los creadores y continuadores de la cultura chilena, he tenido el mayor agrado de acompañar al directorio de la Sociedad de Escritores de Chile para plantear a su excelencia algunos de nuestros problemas gremiales. He tenido de antemano la seguridad de encontrar acogida a las iniciativas que dignifiquen prácticamente la vida de los escritores en la patria de Gabriela Mistral.

Pero he dejado sin tratar, ante el señor Presidente de la República, un problema político y personal que me ha preocupado gravemente antes de conversar con autoridad de tanta importancia y responsabilidad. Tuve cuidado en no tratar esta materia política para separarla cuidadosamente de mi actividad como presidente de la Sociedad de Escritores de Chile, agrupación exclusivamente cultural.

Sucede, señor Presidente, que no me considero ni soy prácticamente un ciudadano de la República de Chile, y por lo tanto, no habría debido sostener entrevista alguna ni con su excelencia ni con otras autoridades. Debo ser considerado como un hombre invisible. Estoy borrado de las listas electorales. Por lo tanto, tengo serias dudas sobre mi existencia cívica. Si no se me reconoce el derecho que tienen en mi país hasta los viles delincuentes, sin hablar de los más hábiles explotadores, ¿cómo puedo presentarme ante los gobernantes? Y estos gobernantes, ¿pueden considerar las peticiones de un hombre al que se le niega el ejercicio de la ciudadanía, considerado y consagrado aun en las naciones más atrasadas?

Señor Presidente, he sido honrado en todos los países donde he estado, y no quiero recordar estos honores, si no los creyera directamente otorgados a mi pueblo y a mi patria. Cuando María Casares y Jean-Louis Barrault recitaban con emoción mis versos en La Sorbonne de Francia, o cuando las municipalidades de Venecia, de Turín, de Génova, de Nápoles y de Florencia me recibían en pleno, pensé que esos estímulos hacían brillar el nombre lejano de mi país. Cuando el Premio Mundial de la Paz y el Premio Nacional de Literatura de Chile recayeron en mi persona, pensé que estas dignidades pertenecían a mi pueblo. Cuando mis libros se tradujeron a casi todos los idiomas que se hablan y escriben en el mundo, pensé con orgullo que a través de ello serían conocidas la historia, las luchas, el pensamiento y la belleza de nuestra patria.

Pero todo esto, señor Presidente, no me ha servido ni para tener derecho a voto en Chile. Y una delegación de los hombres que en nuestro país representan el atraso colonial y la inicua codicia se ha atrevido a presentarse ante su excelencia a pedirle que yo y algunos miles de ciudadanos sigamos en el limbo, en la oscuridad que ellos propician, en las tinieblas medievales que ellos desean para todos los chilenos. Estos antiguos usurpadores han decidido que no tenemos parte en las próximas elecciones, y pretenden avasallar al Gobierno de la República para recuperar y prolongar de alguna manera su reinado de ignorancia y miseria.

Naturalmente, excelentísimo señor, yo no quiero estar en situación privilegiada y no aceptaré una rehabilitación personal de mis derechos a la ciudadanía. No es éste el tema de mi carta ni la finalidad de mis intenciones.

Me atrevo a pedir a su excelencia que se nos devuelva a todos los

chilenos que fuimos inconstitucionalmente borrados de los Registros Electorales nuestros derechos de ciudadanos y de chilenos. Fuimos separados de este aspecto de la vida patria por un mandatario que contribuimos grandemente a elegir y que traicionó todos sus principios, causando el más grande agravio a la libertad y a la dignidad de Chile en toda su historia.

Me corresponde pedir a un Presidente, a cuya elección no contribuí, que rectifique esos monstruosos errores. Así es de intrincado el proceso de la historia. Pero a pesar de ello no puede haber nada más monstruoso que esta odiosa discriminación en la ciudadanía ejercida en este caso para separar a los chilenos, dividirlos y luego explotar a la nación entera.

No puede haber tampoco nada más reconfortante para la continuidad de la democracia y la libertad de nuestro país que la acción inmediata, hoy en sus manos, para que se restauren los derechos inalienables de miles de patriotas, entre los cuales tengo el honor y el orgullo de contarme.

Reitera sus cordiales saludos al señor Presidente de la República,

Pablo Neruda

DE JORGE ALESSANDRI R. (1896-1986)
A ARTURO ALESSANDRI R. (1895-1975)

Santiago, 20 de septiembre de 1961

«Soy el hombre que combate solo contra la politiquería...».

Hay aquí un hombre que nunca estuvo conforme con el destino que le tocó asumir ante la patria. Hizo lo que no quiso y, al parecer, no hizo lo que quiso. En muchas de sus cartas, entre ellas a su hermano, con el que se carteaba frecuentemente, reiteraba con insistencia y carácter, su desconfianza y desprecio hacia la clase política. Pero su currículum contradice sus afirmaciones. Éste incluye cargos como el de diputado, ministro, senador y presidente. En 1970, porfiando una vez más con sus propios intereses, fue candidato a la presidencia. Llegó en un segundo lugar por una diferencia de sólo 39.000 votos con Salvador Allende. Finalmente, durante el gobierno militar fue presidente del Consejo de Estado.

*M*i querido Arturo:

En este momento recibo tu carta del 16 de los corrientes.

Acaban de terminar las fiestas del 18 y he quedado extraordinariamente cansado. El cariño que me ha demostrado el público, más numeroso que nunca, es realmente conmovedor. Después de tres años de Gobierno, cuando aún no se extingue la ola de huelgas por la que hemos atravesado durante varios meses, y habiendo postergado la discusión de la ley de reajustes para el período extraordinario de sesiones, lo que estos dos días hemos presenciado resulta un hecho casi inverosímil. Por cierto que no creo que es la adhesión a mi persona lo que está en juego, sino que es la exteriorización del sentimiento público en contra de nuestros pésimos hábitos políticos, en gran parte estimulados por un régimen institucional que resulta anacrónico para los problemas del momento actual. Así se lo he hecho presente a los mi-

nistros y a los políticos, que empiezan a considerar seriamente la realidad de lo que vengo afirmando. Yo, ante la inmensa masa de la opinión pública, represento sus anhelos. Soy el hombre que combate solo contra la politiquería que asfixia y que ya comienza a enseñorearse hasta en los partidos, que fueron el más sólido baluarte en contra de ella. Algo también contribuye mi austeridad que, ¡oh signo de la depravación moral de los politiqueros y su prensa!, es objeto de burlas; no se dan cuenta de que con ello me hacen la más beneficiosa de las propagandas.

Constantemente se están dando datos sobre las realizaciones de todo orden del Gobierno. Los ministros personalmente contestan por la prensa y esas respuestas se comentan en los diarios del Gobierno y se repiten a través de la Radio Oficial. El país comprende, pero no así los políticos, porque hasta el señor Frei, que pretende de culto y preparado, vuelve a repetir las mismas ineptias que ya han sido desmentidas con datos irrefutables, exponiéndose a un nuevo revolcón como acaba de hacerlo con él el ministro de Obras Públicas en relación con la Corvi. Están ciegos de pasión y de envidia, proclamando a todos los vientos el fracaso del plan habitacional. La gente modesta no les cree porque los depósitos de ahorro para vivienda aumentan mes a mes, en forma que jamás nadie pudo imaginar. Ésta es la mayor confirmación de que la gente tiene fe en el plan habitacional, pero los politiqueros no desmayan en su obcecación ante ese hecho de evidencia tan tangible.

En relación con los profesores y estudiantes comparto tu opinión y desde el primer momento he señalado esa medida como la única posible. No la puedo adoptar porque los liberales y conservadores comienzan por ser los auspiciadores de soluciones de armonía, con las cuales no hacen sino que hacer abrigar esperanzas a los profesores de algo que no podrán conseguir porque los recursos del Estado no lo permiten. Todo cuanto les digo resulta inútil. El proyecto de reajustes, cuyo costo se calculó en 40 millones de escudos, vale en realidad 66 millones y ha habido que postergar su discusión porque no hay medio de encontrar financiamiento para los 26 millones que faltan. Esto lo ven las mesas de los partidos de Gobierno porque participan de sus estudios; sin embargo, sus diputados, pese a todo cuanto se les dice, siguen en reuniones con los profesores proponiendo fórmulas y más fórmulas en que, por cierto, no consideran para nada el financiamien-

to. Es decir, la necesidad de granjearse simpatías para no perder la pega parlamentaria idiotiza aún a los más vivos.

Mucho te agradezco que te hayas impuesto la molestia de buscar-me los isopos que te encargué.

Celebro que lo estés pasando bien y que te acompañe el tiempo.

Te abraza, con el cariño de siempre, tu hermano que mucho te recuerda,

Jorge Alessandri R.

DE HERNÁN DÍAZ ARRIETA (1891-1984) A LUIS VARGAS SAAVEDRA (1939)

Santiago, 15 de octubre de 1970

«La hora más terrible es la del despertar y volver a convencerse de que somos un país comunista...».

Junto con el triunfo de Salvador Allende a fines de 1970, el crítico literario y premio Nacional de Literatura Hernán Díaz Arrieta, más conocido como Alone, se enmudeció. En esta carta le cuenta a su amigo Luis Vargas Saavedra la razón de su silencio y pesar. La presencia del comunismo en Chile fue para Alone una muerte en vida, porque se sintió extranjero en su patria y sin ganas de participar de sus acontecimientos políticos. Conocido por su pujante, subjetiva y las más de las veces lapidaria crítica literaria en El Mercurio, Alone se destacó con perfiles no igualados en nuestro medio. Terminó sus días ciego, sin habla y solitario en su casa en la calle Beaucheff.

Mi estimado amigo:

Le extraña a usted mi silencio y a mí que todavía pueda hablar. Es que las cosas se ven distintas desde lejos. Hace ya más de un mes que vivimos una novela de suspenso, un día temiendo lo peor, otro día con leves esperanzas, las justas para que al día siguiente se renueve la pesadilla. Siento como si hubiera cambiado todo, hasta la cordillera, me siento en Chile como extranjero de un país hostil, rodeado de acechanzas y peligros. Lo menos es la ruina económica que, a los ochenta años, me obliga a pensar en qué trabajaré para vivir mañana. Ya mis entradas se han reducido a una pura ilusión, a economías de un papel que se llevará el viento. Todos los que podían han escapado ya de la catástrofe y los que permanecen forzados están enfermos y no se oyen sino lamentaciones siniestras. Se ha producido ya la sublevación de los espíritus, si es que el populacho lo tiene, y no se puede confiar en nadie ni en nada.

Yo he perdido completamente la fe en la libertad y, entonces, ¿para qué, por qué combatir? Pensar que con el muro de Berlín a la vista, con el aplastamiento de Checoslovaquia en perspectiva y a pesar del discurso de Fidel Castro, la mayoría haya votado por el comunismo, constituye un tal certificado de estupidez nacional que la palabra patria ya no tiene sentido, es otro mundo, otra atmósfera. La hora más terrible es la del despertar y volver a convencerse de que somos un país comunista, que habrá que someterse, resignarse y adaptarse al más aborrecido de los regímenes, a una especie de cárcel.

Sigo desempeñando mi ocupación literaria como un autómatas, para embriagarme, por inercia, en virtud del movimiento adquirido, porque no se puede hacer otra cosa. Usted comprenderá que no está mi ánimo para leer nada nuevo ni opinar, interesarme en algo. Excúseme, pues, mi buen amigo y crea en la sincera estimación de su afectísimo,

Alone

DE RADOMIRO TOMIC (1914-1992) A SALVADOR ALLENDE (1908-1973)

Santiago, 3 de junio de 1971

«¿Qué hacer? En lo permanente entenderse con la Democracia Cristiana».

El 24 de octubre de 1970, gracias a un acuerdo entre los partidos de la Unidad Popular y la Democracia Cristiana, Salvador Allende fue confirmado presidente de la República. Antes del año, Radomiro Tomic, su antiguo contendor, destacaba que lo esencial para la sobrevivencia del régimen constitucional era llegar a un acuerdo entre la Democracia Cristiana y la Unidad Popular. A pesar de las múltiples tentativas y esfuerzos para lograr un entendimiento entre ambas fuerzas políticas, éste nunca se materializó y la Democracia Cristiana pasó finalmente a ser parte de la oposición. Junto al Partido Nacional formaron una confederación (CODE) para enfrentar unidos las elecciones parlamentarias de marzo de 1973.

Mi estimado Salvador:

Nuestro compromiso es la franqueza. Estoy cada vez más preocupado por el riesgo creciente de que esta excepcional oportunidad de dar forma a un «segundo modelo histórico (democrático-revolucionario-pluralista) hacia el socialismo», tienda más y más al «primer modelo» tradicional: el del «enfrentamiento» y la violencia con su trágico cortejo de «sangre, sudor y lágrimas»... ¡y de riesgos muy serios sobre el desenlace! (España, Grecia).

Para iniciar el asunto en su forma más concreta, te resumo mi opinión. El día en que el antagonismo entre Gobierno y Democracia Cristiana haya llegado «al punto de no retorno», habrá dejado de ser viable en Chile el «segundo modelo». De allí en adelante será solamente cuestión de tiempo el que el doble efecto de los apremiantes problemas del país, más el juego de intereses contradictorios a que está sujeto el des

vencijado aparato institucional, lleven a que el estallido se produzca «desde arriba» (por el Gobierno) o «desde abajo» (contra el Gobierno).

Dicho de otro modo: en esta fase de tu gobierno y dentro del marco constitucional que te sirve simultáneamente de respaldo y de cauce, la cuestión decisiva es dejar de ser minoría institucional y pasar a ser mayoría institucional. Aquí está la «contradicción principal» (para utilizar el lenguaje de algunos de los clásicos del marxismo) que condiciona decisivamente la posibilidad del «segundo modelo». Es ésta la condición indispensable para el éxito de la histórica y excepcional tarea de apoyarse en la vieja institucionalidad minoritaria y capitalista vigente, para crear una nueva institucionalidad socialista, pluralista y de claro predominio popular. Que semejante tentativa no es cuestión de «voluntad» ni puede hacerse en cualquier país, lo sabemos sobradamente; pero que se hizo posible en Chile en el contexto político actual, también lo sabemos. Lo sostuvimos ambos, implícita y explícitamente en nuestros programas; lo aceptaste solemnemente en el «estatuto de garantías constitucionales» que permitió tu elección por el Congreso Pleno; y lo has reiterado públicamente muchas veces en estos siete meses. ¿Por qué entonces, en la práctica, parece que ni la Unidad Popular (UP) ni el Gobierno ven la importancia trascendental que tiene? Y sí lo ven, ¿por qué dejan perderse una y otra vez oportunidades preciosas que no podrán volver a «fabricarse» cuando se quiera? En la guerra y en la política, la oportunidad es decisiva para el éxito. Lo que hay que hacer, o se hace a tiempo o no servirá.

Como te he expuesto largamente mi pensamiento en las dos o tres reuniones que hemos tenido desde que eres Presidente, me limitaré a lo esencial de algunos hechos.

Asegurar al Gobierno la mayoría institucional implica el gobierno conjunto con la Democracia Cristiana. Creo que los tres requisitos señalados en la reunión de abril, con Tohá y Narciso Irureta, en tu casa, proporcionaba la base adecuada para ti, la Unidad Popular y la Democracia Cristiana. Desgraciadamente, algunos días después, Tohá informó a Irureta que no era posible avanzar más antes de nuestro Ampliado Nacional de Cartagena. La reunión de Cartagena, que pudo ser una *tournante* decisiva en las relaciones Gobierno-Democracia Cristiana, mantuvo a pesar de todo, la misma actitud política fundamentalmente de apertura hacia el Gobierno y su programa y de las Juntas Nacionales

de octubre de 1970 y de diciembre de 1970. Pero me temo que en el futuro sea cada vez más difícil atajar lo que De Gaulle llamaba «la naturaleza de las cosas». La naturaleza de las cosas es que en el cuadro político democrático de siempre y de ahora en Chile, quien no está en el Gobierno está en la Oposición. Que la relación específica entre Gobierno y Oposición es de antagonismo y no de colaboración; con el Gobierno tratando de debilitar a la Oposición y la Oposición tratando de debilitar al Gobierno. Que este antagonismo se agudiza y se exagera en países como Chile sujetos a la pobreza, frustraciones y tensiones que acompañan al subdesarrollo y a la explotación; cuadro dentro del cual la participación o la exclusión del poder político pasa a tener consecuencias profundas y hasta drásticas en la orientación y conducta de los partidos y los grupos humanos que ellos representan.

Ésta es la realidad suprema en las relaciones entre el Gobierno y la Oposición en un país como el nuestro y en una etapa como la actual. Es una cuestión sobre la cuál no cabe llamarse a engaños. Si el gobierno de la Unidad Popular prefiere a la Democracia Cristiana en la oposición, la Democracia Cristiana estará en la Oposición. Y dada la base fundamentalmente popular de la Unidad Popular y la Democracia Cristiana, las relaciones entre ambos serán rápidamente de intenso encono, hostilidad y animadversión.

Desgraciadamente no son profecías. Es la lección de estos siete meses. Al antagonismo inevitable de «la naturaleza de las cosas» hay que agregar al sectarismo casi generalizado con que los mandos medios de la Unidad Popular y la administración se han dado a la tarea de hostilizar a los militantes de la Democracia Cristiana, en los servicios fiscales, semifiscales y autónomos; y en las organizaciones campesinas, vecinales y gremialistas; y la agresividad con que son tratados frecuentemente los dirigentes oficiales de la Democracia Cristiana y sus representantes, por los medios de difusión bajo control de la Unidad Popular. Habiendo sido candidato presidencial bajo la consigna de la «Unidad del Pueblo» no te hago esta afirmación a base de la que otros me cuentan, sino de los centenares de cartas, llamados telefónicos, visitas de directivas y grupos, que vienen a verme con antecedentes específicos de lo que les está ocurriendo a ellos —¡no a otros!— en la administración pública, en Indap, en Cora, en Corhabit, en el SNS, en el Sermen, en ferrocarriles, en educación, en la empresa portuaria, en prisiones, en

Corfo, en el cobre, en el Banco del Estado, etcétera, en que los democratacristianos, por más partidarios que hayan sido de la Unidad del Pueblo de la línea de izquierda, son tratados ostensiblemente peor que los «momios» oficiales. A veces –como ocurre en Indap de Magallanes– la Unidad Popular encomienda a funcionarios del Partido Nacional la tarea de «sumariar» y perseguir a los democratacristianos. De todo esto hablamos en abril en tu casa. Más tarde le he escrito a Tohá sobre casos específicos, desgraciadamente sin resultados.

Pero no te menciono esto para «hacerte denuncias», sino para ponderar el contra-efecto político inevitable y hasta irresistible que esta forma sumaria, cruda y «al cuerpo» de tratar a los democratacristianos por parte de la Unidad Popular desencadena en las bases de la Democracia Cristiana y en sus cuadros dirigentes.

Te decía en abril que el plazo útil para actuar «era de semanas, y no de meses». Se han perdido ya demasiadas oportunidades. La de octubre de 1970, cuando la junta decidió por abrumadora mayoría votar por ti en el Congreso Pleno; la de diciembre de 1970 cuando la nueva mesa directiva democratacristiana te visitó para ofrecerte específicamente el apoyo del partido a tu gobierno; («¡Ayúdenos a ayudarlo!»); la del Ampliado de Cartagena posterior a las elecciones municipales y anterior a las designaciones de alcaldes que pudimos haber hecho de común acuerdo en prácticamente todas las comunas del país con un tremendo efecto psicológico de acercamiento. En cambio, el imperativo del antagonismo entre Gobierno-Oposición está aflorando de nuevo con renovada virulencia en el Senado, la Cámara, la prensa diaria, las elecciones sindicales y gremiales, las reuniones internas de la Democracia Cristiana y seguramente también en las de la Unidad Popular. Temo mucho que la elección complementaria por Valparaíso represente el «punto de no retorno». Por ejemplo, si la Unidad Popular rechaza la idea de apoyar a un democratacristiano, creo que será muy difícil impedir que haya mayoría en las bases democratacristianas de Valparaíso y en el Consejo Nacional a favor de la proposición auspiciada públicamente por todos los regidores democratacristianos de Valparaíso y Viña de «buscar un acuerdo que permita el apoyo de todas las fuerzas de la Oposición a un solo candidato, para derrotar la prepotencia de la Unidad Popular y demostrarle al pueblo chileno y a la opinión internacional que el marxismo es en Chile minoría».

A lo mejor hay en la Unidad Popular quienes pretenden hilar tan delgado como para estimar que tal acuerdo le quitaría apoyo popular a la Democracia Cristiana y aceleraría su «división». ¡Están profundamente equivocados! No tienen idea del grado de resistencia que ha provocado en las bases campesinas, sindicales, gremiales y populares en general de la Democracia Cristiana, la política sectaria excluyente y prepotente de la Unidad Popular. La presión por una ruptura abierta con el Gobierno es mucho mayor «abajo» que «arriba» en la Democracia Cristiana, hoy. No se trata de que nuestra gente esté en contra de tu programa de gobierno o en contra de las medidas de gran alcance como la nacionalización del cobre, la estatización de la banca, la política exterior, etcétera. Están a favor. Pero desgraciadamente la imagen de lo que es y cómo actúa la Unidad Popular no la encuentran en las grandes iniciativas del Gobierno, sino que «se les viene encima» con las odiosas experiencias personales o del medio ambiente en que la gente vive, tiene sus familiares y amigos, se mueve, trabaja... y juzga. Por eso pienso que la elección complementaria por Valparaíso probablemente servirá de catalizador, o bien para una rápida convergencia unificadora con la Unidad Popular y el Gobierno, o bien para una ruptura frontal y abierta.

Planteada «a dos bandas» y en desacuerdo UP-DC derivará publicitariamente en un dos por tres al enfrentamiento «marxismo y democracia». Sin el «colchón» de las elecciones municipales se le dará, en Chile y fuera de Chile, una enorme resonancia pre y poselectoral. A «dos bandas» la campaña adquirirá una virulencia propagandística y de hecho que escapará al control de las directivas nacionales. «Palabras sacan palabras; puñetes sacan puñetes...» y será milagro que no salgan a relucir armas y sangre, ya que todos sabemos que en los dos extremos del espectro político chileno hay quienes buscan ansiosamente el «enfrentamiento armado». No dejarán pasar la espléndida coyuntura que para ellos representará una elección política en la más grande provincia de Chile, barómetro incuestionable de opinión pública, y en un clima de beligerancia y de simplificaciones primarias. Será en esta estela de odio recíproco UP-DC que se efectuará en agosto, un mes después de la complementaria, el Congreso Nacional del Partido Demócrata Cristiano.

¿Qué hacer? No olvido que Pitigrilli escribió por ahí: «No me den consejos. Prefiero equivocarme solo». No intento darte consejos, sino sencillamente presentarte una vez más mi manera de ver un momento

histórico tan denso, tan rico en potencialidad y tan sujeto a riesgos, como el que está viviendo Chile. Seré breve, porque ya conoces mi pensamiento.

¿Qué hacer? En lo permanente; entenderse con la Democracia Cristiana no para transar el programa de tu Gobierno sino para facilitar su cumplimiento en términos aceptables para ambos. Hacerlo cuanto antes, ojalá aprovechando la oportunidad que abre la elección de Valparaíso.

En lo inmediato: buscar a la brevedad, utilizando canales adecuados, una fórmula que permita el apoyo de la Unidad Popular a un candidato Demócrata Cristiano que suceda a Chelita Lacoste (Q.E.P.D.) en la diputación, escogido de común acuerdo o mediante procedimientos satisfactorios para ambas fuerzas. Sería necesario concertar este acuerdo en cuestión de días y no de semanas.

Aunque hay otros puntos de interés fundamental, no alargo más esta carta. En todo caso, aquí va lo más urgente.

Tu amigo,

Radomiro Tomic

DE JAIME GUZMÁN (1946-1991) A CARMEN ERRÁZURIZ (1924)

Santiago, 15 de mayo de 1973

«... el volcán en que vivimos... ha empezado a entrar definitivamente en erupción».

Quizás porque su madre, Carmen Errázuriz, con la cual tenía una estrecha relación, viajaba frecuentemente alrededor del mundo, fue que Jaime Guzmán se convirtió en un talentoso propagador del género epistolar. En esta carta a ella nos da cuenta, con gran detalle y pasión, de su mirada al gobierno de la Unidad Popular. Para él, este Gobierno sólo conduciría a Chile al abismo. Sin describir el cómo ni el cuándo, el fundador del Gremialismo –movimiento que sostenía la independencia de los cuerpos intermedios de la sociedad, como sindicatos, gremios y universidades, frente a la injerencia de los partidos– creía que los militares iban a tener que intervenir en medio de este desastre. A estas alturas, Jaime Guzmán había adquirido notoriedad pública como agudo polemista y férreo opositor a Salvador Allende, en el programa del canal de televisión de la Universidad Católica. A esta hora se improvisa.

Querida mamá:

Esperando que se haya arreglado la huelga de correos en Italia, te escribo aprovechando uno de los escasos momentos de tranquilidad de que se puede disponer en este agitado país. Tu carta de 24 de abril la recibí sólo el 6 del presente, pero ya había podido apreciar lo contenta que estás con tu viaje, a través de la carta anterior que le mandaste al tío Rafa y a la tía M. Elvira. Realmente resulta extraordinario tener la posibilidad de disfrutar a la vez de la maravilla de las ciudades más hermosas de Italia, que mucho se parece a decir las más bonitas del mundo, y de los espectáculos artísticos que es posible ver allá. Por eso mismo, me resulta casi de mal gusto empañar o interferir ese agrado espiritual con noticias de nuestro pobre y querido Chile, pero ya que me lo pides, cumplo con hacerlo.

La situación del país se vuelve por minutos crecientemente delicada.

Tengo la impresión de que el volcán en que vivimos desde la ascensión de la Unidad Popular al Gobierno, ha empezado a entrar definitivamente en erupción.

En el trasfondo de la lucha política, está la existencia de una situación económica gravísima, reflejada en una caída vertical de la producción en todos los rubros (los últimos índices son alarmantes y sin precedentes en nuestra historia), en una carencia cada vez más dramática de divisas para importar incluso lo más indispensable, y en una inflación que ya marca más del 30% sólo para los primeros cuatro meses del año, en términos que muchos temen una hiperinflación *ad portas*, semejante a la de algunos países europeos de la posguerra. Como todos los fenómenos económicos de este tipo, se trata de un cuadro que tiene tendencia hacia la espiral, porque una crisis trae la otra, y así sucesivamente. De este modo, la falta de divisas, por ejemplo, acarrea la necesidad de destinar la parte fundamental de ellas a importar alimentos, con lo cual no sólo deben restringirse o prácticamente eliminarse muchas importaciones de bienes de capital y maquinarias (hipotecando nuestro futuro productivo hasta extremos muy serios), sino que incluso deben correr parecida suerte los repuestos, con lo cual ya es la marcha actual del país la que sufre un diario deterioro, que se observa en ramos tan variados como el de la industria y el de la movilización colectiva, convertida ya esta última en un verdadero peligro público.

La gravedad de esta crisis económica, que se agudiza en los momentos en que Chile debe emprender la nada fácil tarea de renegociar su deuda externa con Estados Unidos y los países de Europa occidental, se refleja para el hombre corriente en todos los fenómenos de escasez, colas, mercado negro y otros que bien conoces. Tal vez el elemento doméstico nuevo más relevante sea el de una peligrosa escasez de combustibles que, aparte de un posible racionamiento de bencina, se dice que generaría una próxima falta absoluta de gas licuado, con lo cual entraremos a un invierno sin posibilidades estables de calefacción. En lo personal, esto representaría para mí sin duda lo más serio de todos los problemas materiales, por mi tremenda sensibilidad hacia las temperaturas no templadas, debido a lo cual estoy haciendo gestiones para tratar de paliar lo más posible el inconveniente.

No resulta sencillo apreciar en qué medida la profundización de la crisis económica pueda haber empezado a golpear en forma más dura a

los sectores más modestos del país, efímeros beneficiarios de la farra populista y demagógica con cargo a la cual el Gobierno ha destruido la economía nacional, pero de lo cual ha obtenido –al menos transitoriamente– el apoyo político que le permite mantenerse, radicalizando de paso el conflicto de clases que tanto le interesa promover al marxismo. Lo que sí es claro, en cambio, es que la reacción que se está produciendo en los sectores medios del país, arrecia cada vez con mayor fuerza, comprendiendo preponderantemente ahora no sólo a los gremios de octubre, sino a otros de extracción laboral (aunque de remuneraciones medias), respecto de los cuales el Gobierno cada vez ofrece fórmulas de reajustes más insatisfactorias. La oposición de los empleados fiscales sigue fuerte y se presagian posibles paros en CAP y ENAP. Pero sin duda lo más importante de todo en este campo, es la huelga total en El Teniente, desde hace más de 20 días, y que cuesta al país más de un millón de dólares diarios. La referida huelga es tanto más grave para el Gobierno cuanto que se da en la mina tradicionalmente más marxista del país, y que ha sido reprimida ferozmente por el Gobierno, habiéndose registrado incluso enfrentamientos entre los mineros y la fuerza pública, sin víctimas fatales, pero con una secuela de animosidad entre ambos bandos que resulta fácil comprender. Entre tanto, Chuqui ya ha realizado paros parciales de solidaridad, y en estos días podría ir a la huelga indefinida. De más está subrayar lo explosivo que podría ser un paro total en el cobre. Aunque, como enseguida te explicaré, la estrategia del Gobierno parece dirigida a acelerar el desenlace, no veo sin embargo en qué pueda beneficiarlo una pugna con los trabajadores del cobre. Y digo esto, porque para mí sigue siendo una incógnita la razón por la cual el Gobierno no soluciona el conflicto del Teniente, concediendo los beneficios que los trabajadores solicitan, ya que su monto significa una cifra muchísimo menor que las pérdidas que produce el paro. En un régimen que, por otro lado, no ha vacilado en emitir billetes sin tasa ni medida, resulta curioso suponer una súbita responsabilidad financiera o una preocupación por el «precedente» para otras demandas laborales, a menos que la situación económica interna o externa hubiera realmente alcanzado un punto que no permite al Gobierno continuar con la política –o antipolítica– monetaria seguida hasta ahora.

Por su parte, los gremios de octubre se han vuelto a endurecer frente a la asfixia a la cual se encuentran sometidos, en términos que la Uni-

dad Popular insiste en que se prepare un nuevo paro. El viernes me tocó asistir y hablar en una gran concentración gremialista en Chillán, y en verdad pude palpar que el clima en provincias, al menos hacia el sur, es todavía mucho más beligerante que en Santiago.

Ante la situación descrita, la Unidad Popular parece haber resuelto lanzar el asalto final. Los sectores marxistas repiten que la crisis económica «no tiene salida técnica, sino política» y que ésta no es otra que la conquista de todo el poder. Como tantas veces antes, el marxismo intenta justificar en la tierra arrasada que él mismo ha provocado, la necesidad de controlar un mayor poder, con caracteres absolutos. Lo cierto es que el Partido Comunista, que hasta ahora había actuado con mayor «prudencia táctica», aparece plegado ahora a las tesis más extremas del Partido Socialista. De ser efectiva la hipótesis de que el marxismo ha decidido lanzarse el salto final, el giro comunista tendría la lógica explicación de que frente a la crisis económica, la Unidad Popular no tiene otra alternativa que lanzarse a la dictadura, aun a costa de arriesgar su propia estabilidad en el «endurecerse» en su estrategia, debido a que la posición más combativa del Partido Socialista con apoyo mirista, mapucista, etcétera, le estaba alejando gruesos sectores populares, hasta el punto de poder hacerle perder su conducción del proceso revolucionario. En tal caso, los comunistas querrían volver a controlar el carro desde dentro, para luego frenarlo un poco, precisamente en la convicción de que del «doble o nada», hoy podrían quedarse con el «nada», y que les conviene más asegurar la continuidad democrática hasta 1976. El Partido Comunista piensa que con el control político que ya tendrían entonces, podrían ganar las elecciones presidenciales o, en su defecto, al menos el país quedaría fundamentalmente socializado y ellos pasarían a una cómoda oposición democrática a un gobierno presuntamente democratacristiano, que tendría tremendas dificultades para gobernar. Personalmente, pienso que a los comunistas les atrae mucho más esta última fórmula, porque el peligro de un eventual régimen militar los retrae y aterra mucho. Pero temo que la situación económica los haya podido convencer de que el país no resiste en democracia hasta 1976, y que hayan resuelto en consecuencia arriesgar el todo por el todo. Probablemente, las próximas semanas clarificarán el panorama en este punto.

En todo caso, la embestida actual del Gobierno tiene varias expresiones concretas:

a) Se anuncia una posible «racionalización» en la distribución de los alimentos más esenciales y algunos otros productos domésticos, cuya escasez es particularmente notoria. «Racionalización» es el nombre discusido por el liviano, incompetente y marxista general Bachelet, para designar eufemísticamente el racionamiento. Simultáneamente, éste respalda a las JAPS y desautoriza a las Juntas de Vecinos para regular el abastecimiento, no obstante que es a éstas a quienes la ley confiere tales facultades. Esto ha motivado una fuerte resistencia de parte de los sectores democráticos, acompañada de una violenta campaña contra Bachelet (llamado por *Tribuna* Hambrelet), a la cual yo me sumé con particular energía y virulencia en el programa de televisión de anteaer.

b) Se dictó un decreto de insistencia para dar curso a la requisición de más de 40 empresas rechazadas todas por la Contraloría. La medida no tiene mayor significación práctica, porque aunque el Gobierno tenía la obligación de levantar las requisiciones rechazadas por la Contraloría, en el hecho no lo hacía, por lo cual la insistencia sólo consolida jurídicamente una situación que en el hecho el Gobierno mantenía a firme. Pero aparte de revelar la abierta intención de pasar a llevar a la Contraloría sin tapujos, el decreto de insistencia en cuestión constituye una burla para las Fuerzas Armadas, ya que no bien se retiraron éstas del gabinete, han adoptado una de las medidas a las cuales aquéllas más se resistieron, y que por eso mismo no pudo adoptarse en los meses en que integraron el Ministerio.

c) Se ha presentado un proyecto de ley que, junto con decretar la expropiación de todas las empresas grandes del país, pretende facultar al Presidente de la República para expropiar, por una u otra causal, prácticamente todas las empresas del país, sean pequeñas, medianas o grandes. El proyecto lógicamente no va a ser aprobado por el Congreso, pero denota la intención gubernativa de embestir a toda la industria nacional, y ya sabemos que cuando el actual régimen no encuentra caminos legales para alcanzar sus objetivos, lisa y llanamente, recurre a «resquicios legales» o procedimientos abiertamente ilegales. Especial énfasis reviste la reanudación de la campaña para estatizar la Papelera, cuya expropiación está obviamente entre aquellas que el proyecto del Gobierno solicita de inmediato. Una vez más, hemos tenido que comenzar a organizar la contracampaña para defenderla.

d) El ataque contra los medios de comunicación no adictos al mar-

xismo, ha recrudescido. *El Mercurio* y el Canal 13 llevan siempre la peor parte. No me extrañaría que el estallido final pudiera venir por la «toma» del primero. En cuanto al Canal 13, felizmente el proceso por los sucesos de Talcahuano ha quedado en nada, no resultando implicado en definitiva ningún personero del canal. El padre Hasbún sigue fuerte en la dirección ejecutiva, y no obstante los esfuerzos personales de Allende ante el Cardenal, y la actitud de F. Castillo que conoces, continúa convertido en el símbolo eclesiástico de oposición al régimen y al marxismo.

e) En una relación de hechos, habría que incluir el intento por imponer el control de las conciencias, a través de la Educación Nacional Unificada (ENU). La enérgica reacción habida en todos los sectores, incluidos Iglesia y Fuerzas Armadas, obligó al Gobierno a suspender su aplicación por este año y a anunciar que en todo caso se hará por ley. Si bien esto equivale a la sepultación del proyecto, subsiste el peligro de que se trate de ir introduciendo a través de unos llamados «Consejos de Educación» con mayoría gobiernista que funcionaría en todos los niveles educacionales, según un «Decreto de Democratización de la enseñanza» dictado recientemente. Si bien en la letra estos consejos no tendrán facultades resolutorias sino sólo asesoras, en la práctica serán usados sin duda como instrumentos de presión, por lo cual han sido llamados «los JAPS de la educación». De ahí que sólo la derogación del mencionado decreto que ahora ha empezado a exigirse, sería garantía suficiente para la vigencia de la libertad educacional.

f) Finalmente, en este somero enunciado, habría que consignar la progresiva organización del «poder popular» a través de los «cordones industriales» y «comandos comunales», llamados en definitiva a sustituir a lo que los marxistas denominan la «institucionalidad burguesa», que no es otra cosa que nuestro Parlamento, nuestro Poder Judicial y nuestra Contraloría. Después de haberlos injuriado e ignorado jurídicamente durante más de dos años, ahora se prepara abiertamente su reemplazo. El poder nominal permanecería en los órganos oficiales del Estado, pero el poder real sería el otro: el «popular» de las masas que maneja el marxismo.

El cuadro descrito se da en medio de un lento pero perceptible distanciamiento entre el Gobierno y la Iglesia, iniciado con motivo de la ENU. Pese a la postura personalmente blanda del cardenal, éste no concurrió este año al acto del 1º de mayo de la CUT, señalando que hacerlo

significaría abanderizarse con un sector de trabajadores y en contra de otros, en los momentos en que «trabajadores son lanzados a combatir contra trabajadores».

En el campo político, se prevé también un endurecimiento de la Oposición, motivado principalmente por el acuerdo adoptado anteayer por la Democracia Cristiana, en el sentido de «pasar a la ofensiva» contra el Gobierno, y que se tradujo en el reemplazo de Fuentealba por Aylwin en la presidencia del partido. Frei, quien a su vez aparece como el gran triunfador en este cambio de línea, asumirá la semana entrante la Presidencia del Senado. Se espera que la próxima medida de la Oposición podría ser la acusación constitucional en contra de todo el gabinete, a raíz del decreto de insistencia que ya te mencioné. Se trataría ciertamente de una medida bastante explosiva.

Por otro lado, siempre si las cosas van por el lado político, se ha producido ya el comienzo del enfrentamiento de poderes entre el Ejecutivo y el Congreso, a raíz del despacho definitivo de la reforma constitucional que exige al Gobierno someterse a la ley para la estructuración de las áreas de la economía, impidiéndole que continúe operando a través de las requisiciones, intervenciones y compras de acciones como lo ha hecho hasta ahora. El Gobierno insiste en que al no haber tenido el Congreso los dos tercios para insistir en su criterio, en contra de los vetos del Ejecutivo, la reforma constitucional debe entenderse no aprobada en los puntos discrepantes. En la correcta interpretación jurídica, el Congreso sostiene en cambio que en las reformas constitucionales no necesita insistir por dos tercios, sino que basta el quórum de la mayoría para rechazar los vetos del Ejecutivo, producido lo cual –si éste no quiere promulgar la reforma en los términos aprobados por el Congreso– tiene todavía el camino abierto para recurrir al pueblo para que en un plebiscito zanje la controversia. Para definir el conflicto que ahora está planteado, Allende ha recurrido al Tribunal Constitucional, pero el Congreso ni siquiera admite esto, ya que considera incompetente al tribunal en materia de reformas constitucionales, insistiendo en que el Gobierno sólo tiene dos caminos: o promulgar la reforma tal como la aprobó el Congreso, o ir a plebiscito. En el Tribunal Constitucional el Gobierno tiene mayoría de tres a dos, pero para complicar aun más el mapa, es posible que el Senado destituya a Silva Cimma, uno de los miembros UP, por haber incurrido en causal constitucional de inhabilidad al per-

cibir honorarios del Estado por una gestión profesional que realizó. Dentro de los numerosos flancos de combate, esta confrontación entre Ejecutivo y Congreso podría convertirse en la mecha que provoca el incendio.

Subsiste sin embargo la impresión de que los acontecimientos políticos pueden verse desbordados en cualquier momento, con motivo de la violencia reinante. Hace 20 días, a raíz de las manifestaciones estudiantiles contra la ENU, los marxistas dieron orden a sus trabajadores de salir a «repeler el fascismo». La primera consecuencia grave fue una agresión al local del Partido Demócrata Cristiano en la Alameda, donde quedó muerto un obrero comunista, de quien se dice que fue asesinado por disparos salidos desde la Democracia Cristiana.

La semana antepasada, la violencia cobró otra víctima en circunstancias todavía mucho más grave: un grupo de Patria y Libertad que desfilaba por el centro sufrió una emboscada de un comando armado, hasta ahora no identificado con precisión, pero sin duda ligado a esferas de Gobierno, todo ello en pleno Ahumada con Huérfanos a las cinco de la tarde. Irrumpió allí un auto del cual se bajaron unas personas que ametrallaron a los de Patria y Libertad, dejando un muerto y varios heridos, y huyendo de inmediato. El hecho ha producido conmoción pública por lo insólito, y además se teme que haya sido ejecutado como una operación-comando piloto, destinada eventualmente a ser repetida con otras personalidades de la oposición. Concretamente, Frei trabaja en el edificio en cuya puerta se produjo el baleo.

En parte para tapar la situación del país, o acaso para facilitar algún audaz salto hacia la dictadura, el comunismo ha lanzado entretanto una gigantesca campaña, acusando a la oposición de estar preparando la guerra civil. La hipocresía comunista llega al extremo de llamar a sus bases a movilizarse «contra la guerra civil». Contribuye a alentar su show, la circunstancia de que el secretario general de Patria y Libertad, Roberto Thieme, a quien se tenía por muerto desde que en febrero anunció desde un avión que se estaba incendiando y que se iba a estrellar al mar, apareció flamante en Argentina. Quedó en claro así que la «muerte» había sido una simple estratagema para robarse el avión, y operar más fácilmente con nombre supuesto, al parecer para contrabandear armas y/o para entrenar guerrilleros antimarxistas. El saliente gobierno de Lanusse le ha concedido asilo político, pero el hecho ha servido

de todas maneras para que, pese a que tanto Thieme como Pablo Rodríguez se han desligado recíprocamente de todo contacto y responsabilidad en lo obrado por aquél desde febrero, el marxismo afirme que Patria y Libertad, en connivencia con la CIA y otros sectores de la oposición chilena, prepara una «invasión armada contra Chile».

La última pieza del puzzle, aunque sin duda la más importante, son las Fuerzas Armadas. Personalmente, soy un convencido de que más tarde o más temprano tendrán que jugar su papel de árbitros en este partido. No es fácil saber de qué modo lo harán.

El Gobierno tiene el deseo de volver a llamar a Prats y a otros generales al Ministerio, pero creo que la situación dentro de las Fuerzas Armadas es cada día más reticente y hasta adversa a la política del actual régimen, especialmente en la Marina y la Fuerza Aérea, por lo cual me parece difícil que pueda repetirse la experiencia del gabinete de octubre. Más aún, se dice que la molestia por la forma en que el Gobierno los utiliza, con detrimento de su prestigio, es tan fuerte, que en los próximos días podría concretarse la decisión de que todos los militares que acompañan a Allende en cargos administrativos, incluido Bachelet, se retiren de sus cargos. La determinación aparecería naturalmente adoptada por el Presidente en uso de sus atribuciones soberanas, para evitar que «la oposición siga perjudicando a las Fuerzas Armadas con sus ataques», pero la realidad es la otra. No faltan los rumores que aseguran que en los mandos medios hay creciente animosidad en contra del Gobierno, que incluso se extiende en contra de los altos mandos, a quienes estiman comprometidos e indebidamente favorecidos por el Gobierno. En todo caso, las Fuerzas Armadas no dan la impresión de estar quietas.

Como tú ves, el panorama nacional es complejo y explosivo. Nadie sabe cuándo ni por dónde estallará, pero es previsible que se produzcan acontecimientos delicados e importantes en poco tiempo más.

En cuanto a mis actividades, todo sigue normal. Sólo he agregado a los comentarios radiales y al programa de televisión, un artículo semanal en el diario *La Tercera*, de vasta penetración popular. En cuanto a *A esta hora se improvisa*, la Unidad Popular se retiró de él con el burdo pretexto de declararse agredidos y ofendidos por una dura intervención del padre Hasbún en contra del marxismo y de los periodistas de izquierda en general, en un noticiario del canal que nada tenía que ver con el programa nuestro. Es decir, un simple pretexto para tratar de

liquidar el programa. No obstante seguimos solos varios programas, sin que se perdiera audiencia ni interés, y ahora se ha incorporado un participante habitual maoísta, que es de los marxistas que no están en la Unidad Popular (ultra-izquierda), con lo cual ha vuelto la polémica. No será raro que si el programa logra sobrevivir, como parece estarlo consiguiendo, la Unidad Popular se sienta forzada a volver, sobre todo, si con motivo de la reforma constitucional de las áreas de la economía de la cual ya te hablé, el Gobierno se sintiera forzado en definitiva a recurrir al plebiscito. Por parte nuestra lo único importantemente negativo es la ausencia de invitados militantes de la Unidad Popular (ministros de Estado, etcétera) que tampoco asisten al programa. Veremos qué destino corre éste en definitiva.

Mis demás actividades (universidad, gremialismo, instituto...) continúan sin mayores variaciones.

Con mis hermanas estuve el sábado en casa de M. Isabel, donde se llevó a cabo una lucida fiesta de matrimonio de la M. Luz Moreno. Las dos, y sus respectivas familias, están muy bien. Igualmente todos nuestros amigos. Sólo a Blanchette no he podido alcanzar a verla, pero espero hacerlo en los próximos días.

Aprovecho de enviarte los saludos del tío Rafa y la tía M. Elvira, siempre tan cariñosos contigo y conmigo. Te retribuyó asimismo de su parte, los afectuosos saludos a Violeta y Mónica, que se alegran mucho de saber que estás tan contenta y bien.

Al saber que Susana Fernández viaja mañana a Roma (termino esta carta el 16), prefiero acoger su gentil oferta para llevar esta carta por mano, antes que enviarla por correo, más lento e incierto.

Disfruta un poco de Roma a cuenta mía, especialmente si vas en la tarde al Aventino, o en la noche al Capitolio, y dando la vuelta hacia atrás de la estatua a Marco Aurelio, contemplas el Foro iluminado.

Con el mayor cariño, un fuerte abrazo de tu hijo,

Jaime Guzmán E.

DE RADOMIRO TOMIC (1914-1992)

A PATRICIO AYLWIN (1918)

Santiago, 7 de julio de 1973

«Estamos asistiendo a los estertores del régimen constitucional chileno...».

Dos meses antes del golpe militar, y muy preocupado por la conducción política tanto de su partido como de la del Gobierno, Radomiro Tomic escribe al entonces presidente de su partido, Patricio Aylwin. Este visionario político, militante y uno de los fundadores de la Falange, auguraba un final catastrófico. Los hechos lo estaban demostrando. En la Democracia Cristiana había tendencias antagónicas que impedían la unidad de acción.

Posteriormente, esas diferencias harán que el partido tenga distintas visiones del golpe. Radomiro Tomic, tres meses después de éste, partió a Estados Unidos en un autoexilio junto con su señora, Olaya Errázuriz.

Mi estimado Patricio:

Estamos asistiendo a los estertores del régimen constitucional chileno y sólo cabe decidirnos si preferimos que muera o se «remiende», ganando tiempo. Y ACTUAR EN CONSECUENCIA.

No escribo para formularle quejas ni plantearte problemas (¡te agradezco el juicio que diste a Andrés sobre la forma en que he actuado), sino para transmitirte algunas reflexiones y ansiedades.

La primera: en el partido se diseñan tres actitudes genéricas susceptibles de subclasificaciones ajenas al propósito de esta carta: los que quieren la caída del Gobierno; los que están por contribuir lealmente con los medios al alcance de la Democracia Cristiana para que esto no ocurra; y los que reaccionan a los estímulos inmediatos creados por Allende, la Unidad Popular o los militares, eludiendo plantearse el fondo del problema de la crisis institucional inminente y de sus consecuen-

cias; lo cual los lleva, a veces, a compartir parcialmente el criterio de los que creen que un golpe de Estado es inevitable y tal vez deseable, y otras veces, el de aquellos que creen que detrás del golpe de Estado sólo es concebible el establecimiento de una dictadura, en un proceso cuyas exigencias terminarán por triturar la fundamentación moral e ideológica de la Democracia Cristiana y su respaldo popular, sindical y juvenil.

Pienso que este tercer grupo, que prefiere no plantearse el problema de la inminente crisis institucional violenta, constituye la mayoría del partido, sobre todo en sus niveles directivos y parlamentarios, pero también en la base obrera, sindical y juvenil.

Esto me lleva a la segunda reflexión: ¿no hay sustituto para el presidente nacional del partido! Para lo que haga o no haga, lo que diga o silencie; lo que decida por sí mismo o refiera a otros cuerpos colectivos. Como he denunciado siempre, el «caudillismo» es como el peor cáncer para un partido como el nuestro; no te escribo esto porque ignore que es al Consejo Nacional a quien competen las «decisiones finales» legítimas y obligatorias para todos. Lo que deseo subrayar es que el presidente nacional no es «un igual entre sus iguales» (los del Consejo), sino que su cargo tiene la representatividad política y las responsabilidades especiales inherentes a la estructura presidencialista de nuestro partido y a su invariable tradición.

El pensamiento, las decisiones y las actitudes del presidente nacional, orientan al país e influyen importantemente sobre el pensamiento, las decisiones y las actitudes del partido y del propio Consejo Nacional. Todo esto, sin perjuicio de que sea el Consejo el que estatutariamente prevalezca sobre el presidente, ya sea para rectificar o no, los criterios de éste.

La tercera reflexión es una consecuencia: el presidente nacional no es un árbitro entre las varias tendencias que existen o puedan surgir en el partido en relación con la grave crisis institucional que se nos viene encima; ni menos, por supuesto, vocero de ningún grupo o tendencia, porque la Presidencia Nacional lo transforma en representante de todos, y lo liga y obliga con todos. En otras palabras, la singularidad de tus responsabilidades te entrega a ti la iniciativa en la orientación y dirección del partido. ¡Asúmela a fondo! Te ruego no ver en estas palabras la presunción de darte consejos que no necesitas, sino la ansiedad que me produce el ver que la marcha hacia el abismo del golpe de Estado y la dictadura se hace vertiginosa, sin que el Partido Demócrata Cris-

tiano aparezca todavía con una postura nítida, cada día más necesaria, ante sí mismo y ante el juicio de la opinión pública nacional e internacional.

No quiero disimularte los hechos que determinan esta ansiedad. Creo que la declaración circunstanciada de la directiva nacional que aparece en los diarios de hoy sábado («Emplazamiento DC al Gobierno», lo titula *El Mercurio*); más la agresiva «declaración conjunta» de todos los grupos parlamentarios de la Oposición, anunciando una sesión especial el próximo martes «para restablecer la legalidad»; más el silencio desconcertante del Congreso Nacional que controlamos en sus dos ramas frente a la sublevación a cañonazos del viernes pasado; más los titulares de *La Prensa* (particularmente ayer viernes); configuran un cuadro de hechos y decisiones políticas que desbordan, sobrepasan y desfiguran lo que me ha parecido que es tu propia apreciación de la gravedad de las amenazas que penden sobre la constitucionalidad y del país, y sobre la línea de conducta que corresponde a la Democracia Cristiana.

Si así no fuera, lo lamentaría profundamente, porque «la unidad de acción de la Oposición» en estos días y circunstancias, es un error fatal para la Democracia Cristiana y mortal para la democracia en Chile. Las declaraciones parlamentarias en conjunto y la acción parlamentaria en conjunto, llevarán irrevocablemente a la «acción unida de la Oposición», cerrará definitivamente toda posibilidad de diálogo con el Gobierno y sellará el enfrentamiento violento y sangriento como único desenlace, y con ello, el futuro de la Democracia Cristiana.

Tu camarada y amigo,

Radomiro Tomic

DE SALVADOR ALLENDE (1908-1973)

A PATRICIO AYLWIN (1918)

23 de agosto de 1973

«No deseo dramatizar, pero tengo el deber de recordarle las trascendentes responsabilidades que usted y yo tenemos...».

Tanto el presidente Salvador Allende como el demócratacristiano Patricio Aylwin entendían que su rol a esas alturas era fundamental. La carta del primero –una de las tantas enviadas entre ambas fuerzas políticas– venía a reforzar la idea de lograr un entendimiento democrático entre el Gobierno y la Democracia Cristiana para ordenar el proceso de cambios sociales del país. La poca capacidad de transacción y la imposibilidad para llegar a un acuerdo entre dichos partidos se evidenció en una de las más arduas polémicas que abarcó todo el período de la Unidad Popular: el proyecto para delimitar las llamadas tres áreas de la propiedad social.

Señor senador Aylwin:

La trascendencia que para la seguridad y el progreso de los chilenos tiene un urgente entendimiento entre la mayoría democrática del país, que ponga bajo control de la razón las corrientes profundas que de modo cada vez más alarmante amenazan con arrastrar a nuestra comunidad hacia una catástrofe social, interpretando el sentimiento de la gran mayoría de compatriotas, me llevó a convocar pública y solemnemente al Partido Demócrata Cristiano a entablar un diálogo con el Gobierno que permitiera «ordenar el proceso de cambios y continuarlo».

En las circunstancias presentes por las que atraviesa Chile, un diálogo entre el Gobierno y el partido que usted preside, tiene un solo sentido: buscar las coincidencias y convergencias sobre los problemas nacionales más vitales que existen entre la oposición democrática y el Gobierno, con el objeto de encontrar el entendimiento mínimo sobre las materias concretas expresadas en la declaración de la dirección demócratacristiana el

6 de julio pasado, en sus discursos del 11 y del 26 del mismo mes y en el mío ante el Plenario de Federaciones de la CUT, el 25 de julio. Y tanto usted como yo convinimos, en nuestras últimas declaraciones sobre la materia, en que el diálogo quedaba planteado sin imposiciones unilaterales y contemplando los puntos de vista de la otra parte.

Por consiguiente, cuando usted, en la carta que ayer me dirigiera, reafirma su deseo de ver promulgada la reforma constitucional sobre las áreas de la economía, ello no puedo interpretarlo como la manifestación de querer imponer los criterios del Partido Demócrata Cristiano en torno de esta materia por sobre los del Ejecutivo. Por el contrario, usted se muestra sensible a algunos planteamientos que el Gobierno ha formulado al respecto y hace proposiciones complementarias para obviar los problemas que para mí, como Presidente de la República, encierra la promulgación de la mencionada reforma.

Las tesis jurídicas sustentadas por el Ejecutivo acerca del procedimiento seguido por el Congreso para aprobar la reforma constitucional en cuestión, distintas de las defendidas por la mayoría parlamentaria, son ampliamente conocidas. La posición del Gobierno se funda en mi voluntad intransigente de mantener el régimen presidencial. Pero ha estado siempre en mi ánimo que una discrepancia jurídico-constitucional no debía convertirse en obstáculo insalvable para la continuidad institucional del país. Por ello, el Gobierno invocó, en su oportunidad, el arbitraje del Tribunal Constitucional. Hoy, cuando todos nuestros ciudadanos se interrogan por los graves problemas económicos y sociales que enfrentamos, y se angustian e inquietan por el destino que espera a nuestra convivencia cívica, no será el Presidente de la República quien anteponga un problema de interpretación jurídica a la discusión y búsqueda de entendimiento sobre los reales problemas materiales que nos preocupan.

Llevado por este anhelo en bien del país, quiero proponerle una solución concreta que concilie las posiciones jurídico-constitucionales del Partido Demócrata Cristiano y del Gobierno, sin que las de ustedes se impongan sobre las nuestras, ni viceversa.

En caso de acuerdo estaría dispuesto a promulgar la reforma constitucional para que así desaparezca la dificultad formal y entremos a discutir sobre lo sustancial que preocupa a los trabajadores y a todos los chilenos, lo que presupone el siguiente procedimiento de instrumentación, basado en la simultaneidad de sus concreciones:

1. Remitir al poder constituyente –formado por el Congreso Nacional y el Presidente de la República– la solución del conflicto de interpretación jurídica pendiente. En este sentido, se tramitaría un proyecto de reforma constitucional que declare explícitamente, a contar de su vigencia, que el quórum para que el Congreso haga prevalecer su criterio, tratándose de observaciones supresivas o sustitutivas a un proyecto de enmienda a la Constitución, es de dos tercios de los miembros presentes, que representen, a lo menos, la mayoría de los diputados y senadores en ejercicio. A la vez, que declare que, para los efectos de la tramitación de los proyectos de reforma constitucional referente a las áreas de la economía y al régimen de tenencia de la tierra, el Congreso no requirió insistencia para que se entendiera aprobado a su propio texto frente a las observaciones del Presidente de la República.

2. Dicho proyecto de enmienda constitucional contendría, también, disposiciones encaminadas, tal como usted lo señala, a solucionar los problemas prácticos a que daría lugar la entrada en vigencia de las reformas constitucionales sobre las áreas de la economía y sobre el régimen de tenencia de la tierra, en trámite.

3. Se despacharían, simultáneamente, los proyectos de ley sobre empresas de autogestión, participación de los trabajadores en la conducción de la economía, garantías a la pequeña y mediana empresa, actividades económicas reservadas al Estado, estatuto de requisiciones e intervenciones, delimitaciones del área de propiedad social y sanciones contra el delito económico. Estas materias, salvo el estatuto de requisiciones e intervenciones y la persecución del delito económico, están contenidas en los proyectos de ley enviados hace varios meses al Congreso, previo estudio conjunto del Gobierno y del Partido Demócrata Cristiano, los que, sin duda, constituyen una base real de convergencia. Igualmente, se despacharían los proyectos que fueran necesarios derivados de la reforma constitucional sobre el régimen de tenencia de la tierra, ya referido.

4. Los proyectos de reforma constitucional sobre las áreas de la economía y sobre el régimen de tenencia de la tierra, se promulgarían conjuntamente con la enmienda constitucional propuesta en los puntos primero y segundo, y con los proyectos de ley a que se alude en el punto tercero.

Obviado de esta forma el diferendo jurídico, queda abierto el camino para abordar los reales problemas sobre los cuales Chile espera un entendimiento mínimo: los problemas económicos, sociales y políticos

que hoy están amenazando la paz interna y la unidad nacional frente a presiones extranjeras.

Afirma usted en su carta que hay convergencia formal entre el Partido Demócrata Cristiano y el Gobierno en torno a la necesidad de restablecer las bases esenciales de la convivencia democrática. En su discurso del 26 de julio, usted recogió la casi totalidad del plan en ocho puntos que yo propusiera la víspera para centrar el diálogo y que son los siguientes:

1. Afianzamiento del mando y la autoridad de Gobierno.
2. Rechazo de las fuerzas armadas paralelas. Marginación de las Fuerzas Armadas de la pugna política.
3. Desarrollo del poder popular, vinculado al Gobierno y sin producir antagonismos con el régimen institucional.
4. Reafirmación del camino político establecido en el programa de la Unidad Popular que, en ningún caso, es insurreccional.
5. Definición y articulación de las competencias que les corresponden a los poderes del Estado.
6. Plena vigencia del Estado de derecho, para lo cual es imprescindible acabar con el bloqueo legislativo y desarrollar el régimen legal.
7. Definición del régimen de propiedad de las empresas, precisando legalmente el área de propiedad social de la economía y teniendo presente la irreversibilidad de las transformaciones realizadas en ella y la necesidad de la participación de los trabajadores en su dirección.
8. Medidas económicas concretas que detengan la inflación, aseguren la distribución y permitan el desarrollo económico del país.

No es, por consiguiente, en los principios genéricamente formulados donde se han producido las divergencias que tanto preocupan al país, sino en el contenido y concreción de esos principios. Es sobre estos problemas concretos que debemos discutir y buscar el entendimiento mínimo que asegure la paz y el régimen democrático.

Tengo el firme convencimiento de que el vigor y el prestigio de nuestras instituciones políticas se demuestra buscando los puntos mínimos de entendimiento democrático sobre los problemas más imperiosos del momento.

Llevar a cabo un nuevo cambio de gabinete, apenas un mes después que asumiera el actual, no aportaría ninguna solución a lo que el país nos exige en la medida de los problemas materiales y tangibles que hoy enfrentan al Partido Demócrata Cristiano y al Gobierno no hayan sido reemplazados por un acuerdo que, respetando la personalidad propia

de cada una de las partes, preserve el consenso fundamental sobre las condiciones que hacen posible la democracia, las libertades, el Estado de derecho, la participación popular, el desarrollo económico y, como consecuencia de todo ello, la convivencia ciudadana.

Mi gobierno ha sido el único que ha dado pruebas fehacientes y prácticas en múltiples oportunidades y circunstancias, de su voluntad de incorporar a las Fuerzas Armadas como instituciones a las grandes tareas nacionales. En un momento de grave peligro para la paz interna, en octubre de 1972, les asigné altas responsabilidades en el seno del gabinete. Su participación y contribución al desarrollo económico se manifiesta de diversas maneras. Y es mi propósito continuar sumándolas al esfuerzo nacional por avanzar en el camino que democráticamente ha escogido nuestro pueblo. Pero es en la robustez de las instituciones políticas donde reposa la fortaleza de nuestro régimen institucional. Y es obligación de los partidos políticos democráticos esforzarse en evitar el desmoronamiento de las instituciones cívicas, incapacitándolas para atender las necesidades del país.

El estudio detenido de los documentos básicos elaborados por el partido que usted preside y el Gobierno, para orientar el diálogo, me llevó a proponerle el 30 de julio, que ambas partes discutieran y buscaran coincidencias mínimas en breves plazos preestablecidos, en torno de las grandes cuestiones nacionales en ellos mencionados y que usted recoge y enumera en su carta.

La concreción de todas estas medidas que expresan el decidido propósito de mi gobierno de elaborar la nueva juridicidad que el país reclama y que yo estimo indispensable en el ordenamiento del proceso, permitirá el desarrollo normal de nuestra vida institucional, lo que, a su vez, facilita el pleno desarrollo de los cambios sociales dentro de la concepción del Estado de derecho.

No deseo dramatizar, pero tengo el deber de recordarle las trascendentes responsabilidades que usted y yo tenemos en los difíciles instantes que vive el país y las proyecciones históricas de nuestras decisiones. Por ello y por el interés superior de Chile, debemos continuar el diálogo. Lo invito formalmente para que prosigamos nuestras conversaciones.

Cordialmente,

Salvador Allende Gossens

DE SEÑORAS DE OFICIALES A SOFÍA CUTHBERT DE PRATS (1917-1974)

Santiago, 21 de agosto de 1973

«Te rogamos, Sofía, intercedas ante tu esposo...».

Durante la administración de Allende, los militares fueron llamados a ingresar en la arena política, como último recurso para normalizar la situación en el país e imponer orden y respeto. El comandante en jefe del Ejército, Carlos Prats, fue ministro del Interior en 1972 y ministro de Defensa en 1973. Pero su permanencia en el cargo le trajo desagradables incidentes que lo llevaron, finalmente, a renunciar. Entre ellos, una dama de la sociedad, al volante de su renoleta roja, le sacó repetidamente la lengua, causando el absoluto descontrol del general. Además el 21 de agosto, un grupo de mujeres –esta vez, señoras de nueve generales y de otros altos oficiales en actividad– llegó hasta su domicilio a rogarle, a través de una carta a su señora, que dejara el cargo. Dos días después, el general Prats renunció al gabinete y a la Comandancia en Jefe del Ejército.

Sofía:

Como esposas de oficiales y madres ante todo, nos atrevemos a acercarnos hasta ti para que sirvas de portadora de un angustioso llamado que le hacemos a tu esposo.

Nuestros maridos ya no pueden usar el uniforme que con tanto orgullo siempre lo hicieron para evitar ser insultados.

Nuestros hogares han visto llegar armas que se mantienen alertas ante un peligro y eso lo lloran nuestros hijos.

Nuestros hombres salen a su trabajo y quedamos en muda plegaria rogando porque vuelvan.

El desconcierto del futuro de un país que progresaba y hoy sufre el descalabro económico más desastroso del mundo no nos permite ofrecer seguridad a nuestros hijos.

La angustia y rebeldía que sufren nuestros hombres al estar sometidos

dos a una disciplina y ver que con ella juegan.

Y por último, en este tráfago de política deben permanecer al margen de ella por su doctrina; sin embargo, ellos son el blanco de los ataques. Esto los ha llevado al límite de la desesperación.

Te rogamos, Sofía, intercedas ante tu esposo y lèves este ruego de tantas mujeres que lloran calladas.

Esposas de oficiales

DE PABLO NERUDA (1904-1973)

A CARLOS PRATS (1915-1974)

Isla Negra, 31 de agosto de 1973

«... seguiré siendo para los chilenos..., el general en jefe y un ciudadano ejemplar».

De entre las muchas cartas de solidaridad que recibió el general Carlos Prats después de presentar su renuncia al cargo de ministro y comandante en jefe, destacamos la de Pablo Neruda para con ello dejar testimonio de que el poeta no sólo brilló por su poesía, sino que también tuvo una fuerte inclinación por el mundo de la política. En 1945, Neruda fue elegido senador por Tarapacá y Antofagasta, y obtenía a la vez, el Premio Nacional de Literatura. En 1969, el Comité Central del Partido Comunista lo designó candidato a la Presidencia de la República, postulación de la que posteriormente se retira para dar lugar a la designación de Salvador Allende como candidato de la Unidad Popular. Cuando Allende asumió el mando lo nombró embajador en París y allí obtuvo el Premio Nobel de Literatura. Poco tiempo después de la renuncia del general Prats y sólo 12 días después del golpe militar, Neruda dejó de existir.

Mi respetado general:

Podrá usted haber renunciado, pero seguiré siendo para los chilenos, para su gran mayoría, el general en jefe y un ciudadano ejemplar.

En verdad, la incitación a la ofensa y a la sedición vienen de muy lejos en la historia de Chile. Cuando la República estaba aún en pañales, el año 1811, el traidor Tomás de Figueroa se levantó en armas contra nuestra República recién nacida. Naturalmente que el mismo grupo de entonces, a través de sus descendientes, cultiva su memoria: una calle de Santiago, en Las Condes, lleva su nombre. Esto lo dice todo.

Es imposible ver sin angustia el empeño ciego de los que quieren conducirnos a la desdicha de una guerra fratricida, sin más ideal que la conservación de antiguos privilegios caducados por la historia, por la marcha irreversible de la sociedad humana. Y esto reza para Chile y para el mundo.

Al enfrentarse usted, con sacrificio de su brillante carrera, a las posibilidades de una contienda civil, ha puesto de relieve no sólo la nobleza de su carácter, sino la profundidad de su patriotismo.

Reciba el saludo, la admiración y la adhesión de

Pablo Neruda

DE AUGUSTO PINOCHET (1915)

A CARLOS PRATS (1915-1974)

Santiago, 7 de septiembre de 1973

«... es mi propósito manifestarle... mis sentimientos de sincera amistad...».

Cuatro días antes del pronunciamiento militar, el general Augusto Pinochet le escribe a Prats en su calidad de sucesor en el mando de la Comandancia en Jefe del Ejército, de compañero de armas y de amigo. Cuatro días después del golpe, Prats le escribía a Pinochet lo siguiente: «El futuro dirá quién estuvo equivocado. Si lo que ustedes hicieron trae el bienestar general del país y el pueblo realmente siente que se impone una verdadera justicia social, me alegraré de haberme equivocado yo, al buscar con tanto afán una salida política que evitara el golpe». Casi cuatrocientos días después, Prats y su señora morirían en un atentado terrorista en Argentina.

Mi querido general y amigo:

Al sucederle en el mando de la institución que usted comandara con tanta dignidad, es mi propósito manifestarle –junto con mi invariable afecto hacia su persona– mis sentimientos de sincera amistad, nacida no sólo a lo largo de nuestra profesión, sino que –muy especialmente– cimentada en las delicadas circunstancias que nos ha correspondido enfrentar.

Al escribirle estas líneas, lo hago con el firme convencimiento de que me dirijo no sólo al amigo, sino que ante todo, al señor general que en todos los cargos que le correspondió desempeñar, lo hizo guiado sólo por un superior sentido de responsabilidad, tanto para el Ejército como para con el país.

Es por lo tanto para mí, profundamente grato, hacerle llegar, junto con mi saludo y mejores deseos para el futuro, en compañía de su dis-

tinguida esposa y familia, la seguridad de que quien lo ha sucedido en el mando del Ejército, queda incondicionalmente a sus gratas órdenes, tanto en lo profesional como en lo privado y personal.

Afectuosamente,

Augusto Pinochet Ugarte

DE JOSÉ TORIBIO MERINO (1915-1996)
A GUSTAVO LEIGH (1920)
Y AUGUSTO PINOCHET (1915)

Valparaíso, 9 de septiembre de 1973

«... el día D será el 11 y la hora H las 06.00...».

El diagnóstico era claro. El gobierno de la Unidad Popular encabezado por Salvador Allende había llegado a su fin. Ahora le correspondía el turno a las Fuerzas Armadas de Chile. Lo que aún estaba en el tintero era el cuándo, decisión que tomó el almirante Merino en Valparaíso y que notifica a sus pares en una misiva corta pero trascendental para la historia nacional reciente. Según nos contaron familiares del autor de la carta que –por cierto– es de puño y letra, ésta la habría traído a Santiago en misión especial y secretísima el almirante Huidobro. Doblada en cuatro y guardada al interior de su zapato, llegó directamente a manos de los generales Pinochet y Leigh, los que firmaron en el acto su conformidad. El resto es historia conocida...

Gustavo y Augusto:

Bajo mi palabra de honor el día D será el 11 y la hora H 06.00.

Si ustedes no pueden cumplir esta fase con el total de las fuerzas que mandan en Santiago explícalo al reverso.

El almirante Huidobro está autorizado para traer y discutir cualquier tema con ustedes. Les saluda con esperanzas de comprensión,

Merino

Gustavo: Es la última oportunidad.

J.T.

Augusto: Si no pones toda la fuerza de Santiago desde el primer momento, no viviremos para ver el futuro.

Pepe

Conforme.

A handwritten signature in black ink, consisting of a vertical line on the left, a large loop in the middle, and a horizontal line at the bottom.

Gustavo Leigh

A handwritten signature in black ink, featuring a large, stylized initial 'A' followed by a series of loops and a horizontal line at the bottom.

Augusto Pinochet

DEL CARDENAL RAÚL SILVA HENRÍQUEZ (1907) A DIOS

Santiago, 11 de septiembre de 1973

«Oye nuestro clamor en esta hora de prueba, de angustia y de dolor...».

El conflictivo gobierno de Salvador Allende hizo que el cardenal Raúl Silva Henríquez actuara de mediador en varias oportunidades. El pueblo vivía escasez de alimentos, colas, huelgas, confusión y violencia. A fines de junio de 1973, estalló el «tanquetazo», y el Comité Permanente del Episcopado llamó al entendimiento. Finalmente, los esfuerzos por mantener la democracia hicieron que Allende pidiera al cardenal una reunión privada el 19 de agosto, en la que participó el entonces presidente del Senado, Patricio Aylwin. Antes del mes, las Fuerzas Armadas y Carabineros dieron el golpe de Estado. Ese día el cardenal Silva Henríquez escribió una plegaria a Dios.

Señor Jesucristo, autor y Amigo de la Paz, a quien conocer es vivir y servir es reinar.

Oye nuestro clamor en esta hora de prueba, de angustia y de dolor que aflige a nuestra patria;

Por tu inmensa misericordia, lava las culpas de tu pueblo, lava del todo los delitos, limpia nuestros pecados;

Cambia los corazones de los hombres ofuscados y perplejos en la búsqueda de los grandes ideales humanos;

Tú eres el camino, la verdad y la vida;

Ilumina el camino de la comprensión y de la Caridad;

Muestra la verdad que a todos nos Salvará;

Danos la vida de Gracia, Amor y Justicia que cambie nuestra tierra en oasis de paz y fraternidad.

Que sea realmente una tierra nueva, en que el gozo y la alegría reemplacen a la ansiedad y al llanto;

En que la comprensión y la unión de todos sus hijos haga nacer y desarrollarse la verdadera grandeza de la patria.

Te lo pedimos a ti, Jesucristo, nuestro Dios y Salvador, para que tu protección, tu amor fiel y tu bondad estén con nosotros y en medio de nosotros, todos los días de nuestra vida.

Amén.

DE JAIME GUZMÁN (1946-1991) A CARMEN ERRÁZURIZ (1924)

Santiago, 15 de octubre de 1973

«El Himno Nacional coronó la liberación de Chile del marxismo».

Satisfecho con el desempeño y el coraje de las Fuerzas Armadas, las cuales se habían alzado para derrocar al gobierno de la Unidad Popular, Jaime Guzmán vuelve a escribir a su madre para narrarle, con éxtasis y júbilo, los últimos acontecimientos de Chile. En los 17 años que duró el régimen militar, Jaime Guzmán tuvo acceso a los hilos del poder y fue uno de los asesores más cercanos del ex presidente Augusto Pinochet. Influyó y colaboró especialmente en aspectos conceptuales del régimen, como en la redacción de una nueva Constitución y en la elaboración de las leyes. El 14 de diciembre de 1989 obtuvo, junto a Andrés Zaldívar –dejando fuera al propio Ricardo Lagos–, la senaduría por Santiago Poniente, con un exitoso resultado. Un año más tarde fue brutalmente asesinado por extremistas del Frente Patriótico Manuel Rodríguez. A través de la Unión Democrática Independiente, su proyecto sigue aún vivo.

Querida mamá:

¡Al fin encuentro un rato libre para escribirte! Siempre el tiempo es escaso y los requerimientos urgentes son muchos, pero creo que nunca había llegado al extremo de estas semanas. Ha sido verdaderamente abrumador.

Sé que estás bien informada de lo sucedido en Chile, y que incluso el tío Rafa te ha enviado recortes de los diarios de acá. Tuve oportunidad de leer anteayer una carta que recientemente le enviaras, y que confirma la indignante maquinaria propagandística montada por el comunismo en el mundo entero para distorsionar nuestra realidad. Lo más grave es comprobar cómo caen en la red comunista, por infiltración o ingenuidad, cientos de diarios no marxistas del mundo entero.

Aun cuando resulte posible transmitirte noticias e incluso impresiones, no es fácil expresarte en palabras la emoción vivida el 11 de

septiembre, reeditada el 11 del presente, al cumplirse un mes del pronunciamiento militar. Los primeros días de septiembre marcaron el clímax de un país decidido a poner término al experimento marxista. Un amplio paro gremial, que te alcancé a reseñar en mi última carta, derivó en un gigantesco movimiento cívico para exigir la renuncia de Allende, cuyo primer llamado fue lanzado por mí, sin suponer el eco automático que iba a alcanzar. El movimiento culminó con una magistral intervención del padre Hasbún en Canal 13, pidiendo la referida renuncia, lo cual fue seguido de una multitudinaria concentración femenina frente a Universidad Católica, convertida en bastión de la resistencia antimarxista. La petición era obviamente una manera indirecta de pedir la intervención de las Fuerzas Armadas, lo que a esa altura ya aparecía como la única solución.

El martes 11 de septiembre fui despertado por la tía M. Elvira, que irrumpió en mi departamento anunciándome la primera proclama de la Junta Militar. Ella se había transmitido minutos después del término de mi comentario en la radio Agricultura, en que finalicé diciendo que «quienes pueden proceder al cambio del gobierno de Allende deben hacerlo de inmediato, porque ni la violencia, ni el hambre, ni la división de nuestras Fuerzas Armadas que el marxismo intenta producir, pueden esperar indefinidamente». (Debo confesarte que grabé ese comentario el día antes sin saber nada concreto, aparte de los rumores de tantas veces, algo aumentados. Te mando, entre otras cosas, la reseña del último acto gremialista antes del levantamiento y en que, mirándolo hacia atrás, fue bastante profético). Poco después empezaron a llegar muchos amigos hasta el departamento desde donde seguimos, momento a momento las alternativas. De especial impacto fueron los últimos mensajes de Allende, que lo mostraban en esa mezcla de soberbia y valentía que caracterizara su contradictoria personalidad, y que tan nefasta resultara para la difícil misión de gobernar. El suspenso alcanzó su punto culminante cuando la Junta Militar conminó a Allende a rendirse antes de las once de la mañana (faltaban alrededor de 20 minutos), señalando que en ese caso contrario bombardearían La Moneda. Lo que sucedió después lo conoces de sobra. Sin embargo, la mañana concluyó sin que se supieran noticias de lo sucedido, aunque todo indicaba que la cohesión con que habían actuado las Fuerzas Armadas, en contra de los temores de tantos escépticos,

aseguraba el éxito del pronunciamiento. Después de almorzar solo, me acosté a dormir mi siesta diaria, despertando exactamente a las 14.40, instante en que la radio difundía un vibrante comunicado de la Junta Militar, donde luego de anunciar que, rendida La Moneda, había afianzado su control del Gobierno, llamaba a la ciudadanía a respaldar al nuevo régimen embanderando sus casas. El Himno Nacional coronó la liberación de Chile del marxismo. Jamás olvidaré ese instante. Desde todas partes se oyeron gritos de ¡Viva Chile! y desde las ventanas empezaron a desplegarse las banderas. Yo saqué una que me había regalado en agosto de 1970 una yugoslava, para que la pusiera el día del triunfo de Alessandri, y que las circunstancias me obligaron a mantener guardada, sin abrir, en el mismo paquete en que me fuera obsequiada. Acudieron a mi mente miles de recuerdos e imágenes de estos duros años de lucha, mantenida en tantos momentos contra la desesperanzas de algunos, el escepticismo de muchos y la tentación al desaliento que todos tuvimos que superar. Pensé también en lo efímero que es el poder, al oír cómo se llamaba a presentarse, en calidad de detenidos, a los jefes del régimen depuesto, que horas antes disponían del país a su caprichoso antojo. Recé para dar gracias a Dios y a la Virgen del Carmen que, una vez más, se habían acordado de nuestra Patria y para pedirle por el alma de los caídos y por todos aquellos que, con o sin culpa de su parte, pudieran estar sufriendo. Te llamé de inmediato por teléfono, pero equivocadamente lo hice a Roma, desde donde me dijeron que ya habías partido; después fue imposible lograr comunicación.

La emoción de ese día culminó esa noche cuando la Junta Militar apareció en la televisión, anunciando el claro carácter antimarxista del movimiento, pero tuvo una expresión aun más culminante e intensa el pasado 11 de octubre, cuando se celebró el primer aniversario de levantamiento. Éste se realizó con un acto solemne en el salón de actos del Edificio Unctad (hoy Diego Portales y sede del Gobierno), colmado por 1.500 personas invitadas, particularmente diplomáticos, autoridades religiosas y judiciales, dirigentes gremiales y uniformados. Te mando el discurso pronunciado por Pinochet, pero desgraciadamente no puedo traspasarte el clima sobrecogedor que se produjo cuando a los acordes de la Canción Nacional, ejecutada por la Sinfónica con el coro de la Universidad de Chile, entraron marchando desde

atrás los cuatro miembros de la Junta. Creo que todos los presentes tuvimos que hacer un esfuerzo para no llorar de emoción. La majestuosa solemnidad del acto nos hizo vivir experimentalmente ese Chile que nos enseñara a amar y admirar Jaime Eyzaguirre, lleno de reservas morales, de sentido de autoridad y dignidad, en una modestia no exenta de glorias. Cuando Pinochet se refirió al «espíritu portaliano que hoy alumbra esta sala», sentimos que aludía a una realidad viva y verdadera, y cuando juró ante la misma bandera en que O'Higgins había sellado la independencia, percibimos que Chile había reencontrado su verdadero destino. No hubo una sola concesión a la demagogia, el populismo o la chabacanería. La prestancia y reciedumbre del mando emergió como en los mejores tiempos de nuestra República.

En cuanto a la acción misma del Gobierno, ella tiene la dificultad tremenda de enfrentar un país en bancarota, debiendo planificarse y ejecutarse al mismo tiempo, debido a la falta de ese lapso de preparación y adecuación que para todo Gobierno significa la campaña electoral previa y los dos meses que median entre el triunfo electoral y la asunción del poder. Las primeras medidas han significado decretar alzas brutales de precios para poder echar a andar la producción. Lo importante es hacer comprender al país que ello es sólo la secuela del régimen marxista. En todo caso, se avecinan duros sacrificios materiales por un plazo no inferior a dos años, mientras un toque de queda que permanece a las diez de la noche, da cuenta de los resguardos políticos que también exige la situación.

Personalmente estoy cooperando *fulltime* con el Gobierno, manteniendo aparte únicamente mis clases de la universidad. Colaboro en una comisión destinada a redactar una nueva Constitución, y también en la organización de la propaganda y de la juventud, en la Secretaría General de Gobierno. Es posible que el domingo se reanude además *A esta hora se improvisa*. Aparte de lo señalado, debo ayudar algo en las universidades, que han sido intervenidas –sin mayor reacción ni escándalo hasta ahora– nombrándose rectores-delegados por la Junta (Boeninger fue reemplazado por el general Ruiz y Fernando Castillo por el almirante Jorge Swett). A lo señalado agrego un permanente contacto con el general Leigh. Como vez lo único que no falta es trabajo...

En cuanto a la Charito, su enorme éxito en la televisión se ha visto reforzado por una serie de entrevistas por cadena nacional de televisión a todos los miembros de la Junta, en las cuales se ha desempeñado con un acierto y encanto admirables.

Espero que pronto podamos conversar personalmente, porque el temario es demasiado vasto como para hacerlo por carta. Te abraza cariñosamente,

Jaime Guzmán

EDUARDO FREI (1911-1982) A MARIANO RUMOR (1915-1990)

Santiago, 8 de noviembre de 1973

«... es necesario que el país salga del caos y, en consecuencia, que el gobierno actual tenga éxito».

Aunque es quizás la más conocida de las cartas que forman parte de esta antología, tres son los motivos que nos llevan a incorporarla de todas formas. Primero por el prestigio del que la escribe como del que la recibe. Eduardo Frei fue sin duda la figura máxima de la Democracia Cristiana chilena y Mariano Rumor, descolló como máximo exponente de la DC mundial. Segundo, por el tema que ella trata: el juicio de la Democracia Cristiana chilena frente al golpe de Estado. Y, finalmente, por sus consecuencias. La visión de Frei de los hechos ocurridos en Chile en 1973 –cuestionadas por otros «camaradas cabecillas»–, estuvo a punto de poner en jaque a uno de los partidos más importante del concierto político chileno. Primó la cordura y el partido se mantuvo incólume.

Muy estimado presidente y amigo:

He creído de mi deber dirigirme a usted, y por su intermedio a la directiva de la Unión Mundial de la Democracia Cristiana, para que conozcan nuestro pensamiento frente a los hechos ocurridos en Chile y su repercusión exterior.

Tiene también por objeto señalar cómo una propaganda muy concertada y dirigida pretende ensombrecer el nombre de la Democracia Cristiana chilena y en especial el de algunos de sus personeros, sin que hayan faltado quienes le han dado acogida, ignorantes de la verdadera realidad.

La Democracia Cristiana nació en Chile justamente para defender la libertad, el derecho y la democracia. En 40 años de existencia este partido nunca ha tenido una vacilación en la defensa de estos principios y en su combate, especialmente contra todas las fuerzas fascistas que en

la década del treinta al cuarenta gozaban de tanto prestigio y se extendían en nuestro hemisferio. Combatimos así a la Falange española, al rexismo belga, al fascismo italiano, y al nazismo alemán.

Personalmente di testimonio de ello, al igual que todo nuestro partido, en libros, artículos y acciones correspondientes.

Fue este partido el que, en 1957, contribuyó a la derogación de la ley de Defensa de la Democracia que existía en Chile y que colocaba fuera de la ley al Partido Comunista.

Por último, llegado este partido al Gobierno que tuve el honor de presidir, dirigió al país dentro del más pleno respeto a las normas democráticas. Ningún partido político sufrió, no digamos persecución, sino ni la más leve molestia, al igual que en cualquier democracia europea. Y fue nuestro gobierno el que arrojando en esos años muchos ataques reanudó relaciones con Rusia y los demás países socialistas.

Los partidos que se han conducido de esa manera no pueden aceptar de nadie, ni de adversarios ni mucho menos de quienes se dicen amigos, la menor tacha a su limpia trayectoria democrática. Y digo esto porque para asombro nuestro estamos recibiendo ahora lecciones de democracia de los partidos comunistas y aun de quienes en su país ocuparon en el pasado cargos de ministros en gobiernos dictatoriales.

Esta campaña de desprestigio de la Democracia Cristiana chilena ha sido acompañada por una incesante propaganda nacida en los medios de izquierda marxista y acogida por insignificantes grupos demócrata-cristianos, en el sentido de que la Democracia Cristiana chilena está dividida o a punto de hacerlo, calificando a unos de «derechistas» y a otros de «izquierdistas». Si con ese criterio se juzgara a cualquiera de los Partidos Demócrata Cristianos de Europa y América Latina, seguramente éstos aparecerían con mucho mayores señales de división que las que se puedan suponer en Chile, donde el partido ha dado ejemplo de solidez y unidad en situaciones extremadamente difíciles. Que existan en algunos puntos diferencias de opinión es natural en partidos democráticos, pero eso no hiere su unidad fundamental.

Esta maniobra de descalificación progresiva a unos o a otros manejada por la prensa marxista o de extrema derecha, consideramos que constituye uno de los mayores peligros para el futuro de la Democracia Cristiana en cada país, si no existe un mínimo de solidaridad y respeto entre los distintos partidos y no caen en la trampa de hacerse eco de tales maniobras.

¿Qué ocurrió en Chile?

Este país ha vivido más de 160 años de democracia prácticamente ininterrumpida. Es de preguntarse entonces cuál es la causa y quiénes son los responsables de su quiebre.

A nuestro juicio, la responsabilidad íntegra de esta situación –y lo decimos sin eufemismo alguno– corresponde al régimen de la Unidad Popular instaurado en el país.

¿En qué basamos esta afirmación?

a) Este régimen fue siempre minoría y nunca quiso reconocerlo. Obtuvo en la elección presidencial el 36% de los votos. Subió al 50% a los cuatro meses de elegido, en elecciones municipales, siguiendo una vieja tradición chilena en que el pueblo da su apoyo al gobierno recién elegido. En los comicios parlamentarios de 1973 bajó al 43%, a pesar de haber ejercido una intervención no conocida en la historia de Chile y haber utilizado toda la maquinaria del Estado, enormes recursos financieros y presión sobre las personas y organizaciones, que llegó hasta una violencia desatada que causó varios muertos y numerosos heridos a bala. Por último, quedó comprobado con posterioridad un fraude de por lo menos un 4 a 5% de los votos, pues los servicios públicos, entre otras cosas, falsificaron miles de carnets de identidad.

b) Pero no sólo fueron minoría en el Parlamento. Fueron minoría en los municipios; lo fueron en las organizaciones vecinales, profesionales y campesinas, y progresivamente estaban llegando a ser minoría en los principales sindicatos industriales y mineros, como el caso del acero, petróleo, cobre, etcétera. Igualmente, salvo en un solo caso, fueron derrotados en todas las organizaciones universitarias en que votaban los académicos y los estudiantes, y para qué decir en las organizaciones específicamente estudiantiles.

En vez de reconocer este hecho y buscar el consenso, trataron de manera implacable de imponer un modelo de sociedad inspirado claramente en el marxismo-leninismo. Para lograrlo aplicaron torcidamente las leyes o las atropellaron abiertamente, desconociendo a los Tribunales de Justicia. Cada vez que perdían una elección en las organizaciones sindicales y campesinas o estudiantiles, desconocían el hecho y creaban una organización paralela afecta al Gobierno, la cual recibía la protección oficial mientras eran perseguidos los organismos que respondían a una elección legítima. Así se trató de dividir a los estudiantes, a la

clase obrera y a los campesinos.

En esta tentativa de dominación llegaron a plantear la sustitución del Congreso por una Asamblea Popular y la creación de Tribunales Populares, algunos de los cuales llegaron a funcionar, como fue denunciado públicamente. Pretendieron asimismo transformar todo el sistema educacional, basado en un proceso de concientización marxista. Estas tentativas fueron vigorosamente rechazadas no sólo por los partidos políticos democráticos, sino por sindicatos y organizaciones de base de toda índole, y en cuanto a la educación ella significó la protesta de la Iglesia Católica y de todas las confesiones protestantes que hicieron públicamente su oposición.

Frente a estos hechos naturalmente la Democracia Cristiana no podía permanecer en silencio. Era su deber –y lo cumplió– denunciar esta tentativa totalitaria que se presentó siempre con una máscara democrática para ganar tiempo y encubrir sus verdaderos objetivos. Eso fue lo que el país resistió.

Fueron éstas las razones por las que la Corte Suprema de Justicia, por la unanimidad de sus miembros, denunció ante el país el hecho de que por primera vez en la historia de Chile los Tribunales no eran respetados, se atropellaban las leyes y sus sentencias no se cumplían.

La Contraloría General de la República, órgano que en Chile adquiere un verdadero carácter constitucional y que no sólo tiene funciones contables sino que califica la legalidad de los decretos del Ejecutivo, rechazó innumerables resoluciones del Gobierno por estimarlas ilegales.

El Parlamento continuamente reclamó durante tres años de violación de las leyes y el atropello al derecho, sin ser oído. Esto culminó cuando, aprobadas dos reformas constitucionales, el Presidente de la República se negó a promulgarlas. Buscando un pretexto para no hacerlo, recurrió primero al Tribunal Constitucional, el cual dio la razón al Congreso. Sin embargo, eso fue inútil. Pretendió después promulgar estas reformas de manera trunca, o sea parte del texto, lo que rechazó la Contraloría General de la República. Por último, se negó lisa y llanamente a respetar la decisión del Congreso Nacional.

Esto llevó a la Cámara de Diputados a aprobar un acuerdo destinado a señalar al país que se estaban atropellando abiertamente la Constitución y las leyes, y mostrar una lista abrumadora de casos concretos de cómo así ocurría.

Por haber ejercido estos derechos, la Democracia Cristiana es presentada por la propaganda comunista como fascista o antidemocrática. Esta peregrina teoría parece haber encontrado acogida en algunos. Pero cabe preguntar: ¿qué ocurriría en cualquier país europeo en que la Corte Suprema de Justicia declara que el Gobierno ha atropellado la ley y no ha acatado las sentencias judiciales? ¿Qué ocurriría si el Congreso aprobara reformas constitucionales y el Ejecutivo se negara a promulgarlas y aun a publicarlas?

Lo curioso es que el Partido Comunista y el Partido Socialista durante todos los gobiernos anteriores en que estuvieron en la oposición la ejercieron en forma extrema. Cuando el gobierno de la Democracia Cristiana triunfó con el 57% de los votos del electorado nacional (no con el 36%), el Partido Socialista oficialmente y el señor Allende, líder de ese partido, declararon que no reconocían el triunfo de la Democracia Cristiana. Se negaron a concurrir al Congreso Pleno, que en Chile es el trámite correspondiente para la proclamación del Presidente de la República, y anunciaron textualmente que le negarían al gobierno de la Democracia Cristiana «la sal y el agua». El Partido Comunista estuvo en una oposición constante y total.

Para hacerlo recurrieron a la injuria, a la violencia, y el Partido Socialista una y otra vez manifestó que no respetaba el orden legal y democrático, que no era sino un orden burgués. Cada vez que había una huelga o un conflicto el señor Allende y los partidos Socialista y Comunista lo promovían o acentuaban para llevar al extremo la situación. En su implacable crítica al gobierno de la Democracia Cristiana, todo lo encontraban mal, y cuando la inflación llegaba al 20% llamaban al país a la huelga general para derrocarlo.

¡Qué distinta la actitud del Partido Demócrata Cristiano, que concurrió con sus votos a elegir presidente al señor Allende cuando obtuvo sólo un 36% de la votación nacional y que no pidió en compensación ni un solo cargo o influencia, sino un Estatuto de Garantías Constitucionales que asegurara plenamente la democracia en Chile!

Pues bien, por boca de Renán Fuentealba primero, y de Patricio Aylwin después, como presidentes del Partido Demócrata Cristiano, se denunció que este Estatuto que el Presidente juró respetar fue constantemente atropellado.

¿Cuál era el fondo del problema?

El fondo del problema es que este gobierno minoritario, presentándose como una vía legal y pacífica hacia el socialismo –que fue el eslogan de su propaganda nacional y mundial– estaba absolutamente decidido a instaurar en el país una dictadura totalitaria y se estaban dando los pasos progresivos para llegar a esta situación, de tal manera que ya en 1973 no cabía duda de que estábamos viviendo un régimen absolutamente anormal y que eran pocos los pasos que quedaban por dar para instaurar en plenitud en Chile una dictadura totalitaria.

Así lo señalaron no sólo la Corte Suprema, la Contraloría y el Parlamento. Se agregó la declaración del Colegio de Abogados, que en extenso documento indicó al país que el sistema legal había sido reiterada y manifiestamente atropellado. Por otro lado, el Partido Radical de Izquierda, que apoyó al señor Allende en la elección y que formó parte de su gobierno, se retiró de él denunciando que había llegado a la certeza de que se iba al quiebre de la democracia por la acción del gobierno que integraban. Hombres que habían militado siempre en la izquierda chilena, que dirigían ese partido, señalaron con extrema dureza que el país estaba al borde del caos y que la voluntad del Ejecutivo era instaurar la dictadura totalitaria.

A esto se agregó el Colegio Médico, que tradicionalmente apoyó al señor Allende, pues éste fue presidente de él; el Colegio de Ingenieros y todos los demás colegios profesionales.

Fue asimismo evidente un cambio en diversos sindicatos, que se manifestó en huelgas, de las cuales la más prolongada fue la de los obreros del cobre.

Todo, pues, conducía a una situación crítica.

Los partidos de gobierno ya no ocultaban sus intenciones. El secretario general del Partido Socialista llamaba abiertamente a los soldados y marineros a desobedecer a sus oficiales y los incitaba a la rebelión. En iguales términos se expresaban otros partidos de gobierno en forma de tal manera insensata que hasta el propio Partido Comunista manifestó su desacuerdo con ellos y en especial con el Partido Socialista «que rechazaba todo acuerdo con la Democracia Cristiana y se unía cada vez más al Movimiento de Izquierda Revolucionario en su tesis de la revolución violenta e inmediata».

Así lo han declarado numerosos dirigentes comunistas.

Reveladora es la entrevista publicada en *La Stampa* del 26 de octubre

de 1973, en la cual se afirma por un alto dirigente que el Partido Comunista buscaba una solución política; pero que en los últimos días se encontraron con el discurso del secretario general del Partido Socialista contra las Fuerzas Armadas y «con su obstinado maximalismo al igual que el de Enríquez, jefe del MIR, y por eso nos hemos encontrado sin preparación ante el golpe».

La posición del Partido Comunista, según la misma entrevista, que coincide con innumerables otras declaraciones y documentos, *no difería en cuanto a los objetivos, sino sólo ante la táctica a seguir*.

«Las armas que teníamos –agrega–, de las cuales los generales han descubierto una mínima parte, desgraciadamente eran pocos los que las sabían usar porque no había habido tiempo suficiente para adiestrar a la masa popular».

O sea, vuelve siempre lo mismo: ganar tiempo para obtener el poder total.

El Presidente de la República declaraba respetar la ley, la Constitución y la democracia, pero todas sus declaraciones eran de inmediato contradichas por los hechos, ya que todos los compromisos fueron violados y todas las afirmaciones desmentidas posteriormente por sus actos.

Innumerables documentos de sus asesores y de los dirigentes de los partidos políticos que conformaban la Unidad Popular, han demostrado que todo su objetivo era ganar tiempo para consolidarse en el poder y para afianzar su posición totalitaria, documentos que culminaron con la carta publicada del señor Fidel Castro en la cual le recomendaba al señor Allende tratar con la Democracia Cristiana con el solo objetivo de ganar tiempo.

El Partido Demócrata Cristiano, bajo la presidencia del señor Renán Fuentealba que abarcó parte de 1971, 1972 y hasta después de las elecciones parlamentarias de 1973, constantemente denunció este dualismo. Igual ocurrió con la actual directiva.

Acompañó a este respecto algunos documentos.

A este cuadro político se agregan dos hechos que han sido determinantes en el proceso chileno.

El primero, instaurado el gobierno convergieron hacia Chile varios miles de representantes de la extrema izquierda, de la guerrilla y de los movimientos de extrema izquierda revolucionaria de América. Llegaron elementos tupamaros del Uruguay, miembros de guerrillas o mo-

vimientos extremos de Brasil, de Bolivia, de Venezuela y de todos los países, como hay numerosos casos, por delitos graves inexcusables. La Embajada de Cuba se transformó en un verdadero ministerio, con un personal tan numeroso que era superior, la sola Embajada de Cuba en Chile, a todo el personal que tenía nuestro país en el Ministerio de Relaciones Exteriores en 1970. Esto da la medida. Además de ellos, nos vimos invadidos por norcoreanos y otros representantes del mundo socialista.

Hombres conocidos en el continente por sus actividades guerrilleras eran de inmediato ocupados en Chile con cargos en la administración, pero dedicaban su tiempo muchos de ellos al adiestramiento paramilitar e instalaban escuelas de guerrillas que incluso ocupaban parte del territorio nacional en que no podían penetrar ni siquiera representantes del Cuerpo de Carabineros o de las Fuerzas Armadas.

El segundo, fue la acelerada importación de armas. El Partido Demócrata Cristiano denunció continuamente este hecho. Hay más de cincuenta documentos publicados por el partido y dados a conocer en el Parlamento respecto a la internación ilegal de armas. El Gobierno siempre desmintió esta aseveración. Llevado de su preocupación, el PDC presentó un proyecto de ley para el control de las armas que estaban llegando al país, proyecto de ley que fue aprobado y que sirvió de base para iniciar acciones que revelaron la existencia de fuertes contingentes de armas importadas.

Después del pronunciamiento del 11 de septiembre estas denuncias de la Democracia Cristiana han quedado plenamente confirmadas. Las armas hasta ahora recogidas (y se estima que no son aún el 40%) permitirían dotar a más de 15 regimientos y eso que una abrumadora proporción aún no ha sido descubierta.

Estas armas son todas de procedencia checa o rusa, armas que jamás ha tenido el Ejército chileno. Por lo demás, nadie ignora o descarta en Chile la existencia de estas armas.

Se trata de armas de todo tipo, no sólo automáticas sino que pesadas, ametralladoras, bombas de alto poder explosivo, morteros, cañones anti-tanques de avanzados modelos y todo un aparato logístico de comunicaciones, de telefonía, clínicas médicas, etcétera, para poder concretar esta acción. Se había establecido así un verdadero ejército paralelo.

Nos preguntamos una vez más, y preguntamos a los dirigentes de la

Unión Mundial de la Democracia Cristiana: ¿qué democracia puede resistir esta situación? ¿Acaso la Democracia Cristiana, sin armas y en consecuencia inerte frente a esta embestida, debía quedar silenciosa? ¿Merece el calificativo de fascista o golpista por el hecho de haber denunciado esta realidad? ¿Pretenden acaso que lo democrático era permanecer mudos, amparando la preparación desembozada de una dictadura impuesta por la fuerza de las armas?

Es efectivo que como consecuencia de este extremismo armado de la izquierda y sin duda alguna amparado por el Gobierno, ya que se ha probado que muchos de los bultos que contenían estas armas llegaban consignados a la propia Presidencia de la República, nació inevitablemente un extremismo de derecha también armado. No nos referimos al Partido Nacional, sino a grupos extremistas de derecha, que la Democracia Cristiana nunca dejó de condenar con la misma claridad que a los de extrema izquierda.

El otro elemento digno de considerarse fue la conducción económica. El mundo conoce cuál es el resultado de la gestión económica de la Unidad Popular.

Recibieron un país floreciente, en pleno desarrollo. El cobre, principal producto de exportación, había sido nacionalizado en un 51% y se había hecho una inversión ya terminada que duplicaba su capacidad de producción. Impulso decisivo existía en la agricultura, en la industria y en otras actividades mineras. El país estaba absolutamente al día en sus compromisos internacionales y había podido en los dos últimos años de la administración anterior prescindir de créditos externos, salvo algunos destinados a la instalación de nuevas industrias básicas, celulosa, petroquímica, etcétera, y se había acumulado una reserva que por primera vez el país tenía ascendente a 500 millones de dólares. El único hecho negativo era que la inflación había llegado al 30% en el último año.

En estas condiciones la Unidad Popular aseguró que terminaría con la inflación; que nunca más pedirían créditos externos; que aumentaría la producción, independizarían económicamente al país y mejorarían el nivel de vida de la clase trabajadora.

¿Cuál fue el resultado de su gestión?

El mundo la conoce. El total de las deudas líquidas contraídas por la Democracia Cristiana durante sus seis años de gobierno no llegaron a 400 millones de dólares, después de pagar todos sus compromisos inter-

nacionales y tener su crédito absolutamente limpio. En menos de tres años el gobierno de la Unidad Popular, que afirmó que no endeudaría al país según su programa, elevó esas deudas en cerca de mil millones de dólares, destinadas no a inversión sino exclusivamente a comprar alimentos para paliar su fracaso en la agricultura. Además de eso dejaron de pagar todas las deudas externas y en dos años se consumieron todas las reservas que les había legado el régimen anterior. Por eso en vez de independencia llegaron a la mayor dependencia conocida en Chile.

La inflación en cifras oficiales del Gobierno llegó a 323% en los últimos 12 meses, pero los institutos universitarios, teniendo consideración que prácticamente el país vivía del mercado negro, estimaban que ésta superaba el 600%.

El dólar en el mercado libre se transaba al término del gobierno de la Democracia Cristiana a 20 escudos por dólar. En el mes de agosto recién pasado llegaba a los 2.500 escudos por dólar, o sea, una devaluación de más o menos el 12.000%.

Todos los índices de productividad habían bajado: industrialmente en más de un 7%; en la agricultura cerca del 23% y en la minería aproximadamente en un 30%. Rubros tan fundamentales como el trigo bajó su producción de 14 millones de quintales, término medio en los seis años anteriores, a menos de 8 millones. Muchos institutos de investigación afirman que a menos de 6 millones. La quiebra era total.

Ahora cabe preguntar: ¿era la Democracia Cristiana fascista o golpista por el hecho de haber denunciado esta política económica que llevó al país a la inflación desatada, al envilecimiento de la moneda, a la paralización productiva, al mercado negro, a la escasez y al hambre?

Los que con tanta ligereza hablan sobre Chile deberían venir y recorrer las poblaciones periféricas, los campos y las ciudades, y preguntar cómo era necesario hasta 10 horas de colas para conseguir un cuarto de litro de aceite, cuando se conseguía, o un kilo de pan, cuando se conseguía, o medio kilo de azúcar, cuando se conseguía.

¿Hay alguna democracia que resista estas tasas de inflación, la escasez y el mercado negro?

¿Es fascismo y golpismo denunciarlo?

¿Acaso el deber de un partido político es silenciar estos hechos?

Ellos eran democráticos cuando atacaban sin tregua un gobierno Demócrata Cristiano que jamás cometió tales errores. En cambio, la De-

mocracia Cristiana, ¿era fascista por el solo hecho de defender el derecho a vivir dentro de nuestra patria y antidemocrática porque no se hacía cómplice del descalabro, de la corrupción, de la inmoralidad y del desastre comprobado por quien quisiera venir al país y constatar lo que sucedía?

Sin embargo, con la misma falsedad con que en el exterior se decía que el ensayo político era una vía legal hacia el socialismo, se daban pretextos para justificar este fracaso, que repetían algunos diarios de renombre universal.

Ésos fueron los argumentos principales que se esgrimieron para justificar el fracaso.

El primero, que las compañías norteamericanas expulsadas del país estaban dificultando las ventas del cobre. Efectivamente una compañía cometió la torpeza de iniciar un juicio de embargo respecto a una partida de cobre, que la Democracia Cristiana por supuesto condenó. Pero es necesario ver la realidad. El embargo afectó una partida de cobre cuyo valor era de dos millones de dólares en una venta anual de 600 millones de dólares o más. Por otra parte, el embargo no se llevó a efecto porque los Tribunales franceses no acogieron la demanda de la compañía. ¿Puede decirse que ésta es la razón para explicar el fracaso?

La segunda es el bloqueo económico, cuyas características no se precisaron y que sólo podría traducirse en imposibilidad de vender productos, lo que nunca ocurrió, o la imposibilidad de obtener créditos, lo que tampoco ocurrió, pues con cifras dadas por el propio Gobierno anterior ante el Club de París, el Fondo Monetario y otros organismos se prueba que el gobierno de la Unidad Popular dispuso de más créditos y endeudó al país más que ningún otro en la historia de Chile en tan breve plazo.

El otro argumento es que éste era el costo de la revolución y del avance social.

Esto habría sido verdadero si hubieran recibido un país estancado. No es así. Recibieron un país en pleno proceso de transformación social y en plena marcha las reformas tributarias, educacional, agraria, la nacionalización de las riquezas básicas, al igual que activos planes de salud, construcción de escuelas y viviendas.

La Unidad Popular, con el voto unánime del Congreso, nacionalizó el 49% del cobre, ya que el 51% había sido nacionalizado en el gobierno de la Democracia Cristiana.

Inició un acelerado proceso de estatización de industrias. La Democracia Cristiana no estuvo en contra de este proceso, sólo exigió que se hiciera dentro de la ley, fijando los límites del área social y privada. Nada de eso se obtuvo, pues se siguió el proceso saltándose la ley y muchas veces con atropellos, asaltos y violencia.

Pero lo más grave fue el tremendo fracaso del área estatizada. Se dijo que el Gobierno financiaría el desarrollo económico con las utilidades de las empresas cuyo control tomaría el Estado. En 1973, estas empresas perdieron más de 150.000 millones de escudos. Si se considera que el presupuesto nacional era de una cifra equivalente, se medirá la magnitud del fracaso.

Es también efectivo que aceleraron al extremo la reforma agraria iniciada por la Democracia Cristiana, pero quisieron convertir toda la agricultura en haciendas estatales colectivas, lo que fue resistido por el campesinado. Se eliminó a los técnicos, se desorganizó toda la infraestructura, y en vez de respetar la ley se asaltaron las propiedades y las ocuparon con gente que muchas veces no eran campesinos. Éstas fueron, entre otras, las causas del fracaso agrícola.

Ostensiblemente disminuyó la construcción de viviendas y de escuelas. Baste decir que en tres años no se construyeron ni 300 escuelas mientras el gobierno de la Democracia Cristiana construyó 3.600.

Éstos son hechos.

Un último aspecto que creemos necesario destacar, ya que no podemos referirnos a todo, lo constituye el clima de odio y violencia que reinaba en el país. Toda crítica, toda observación, era contestada con las injurias más violentas para quiénes tenían la audacia de señalar los errores.

El Partido Socialista y el Partido Comunista crearon organizaciones armadas. Los socialistas la llamaron Elmo Catalán y los comunistas constituyeron la tristemente célebre brigada Ramona Parra.

Se constituyeron asimismo los llamados «cordones industriales», que rodeaban las ciudades en forma estratégica; y como consecuencia de la escasez se organizó el racionamiento sobre la base de organismos políticos que empadronaban a los habitantes para ejercer el control sobre la vida de la población.

Como consecuencia de todo esto murieron cerca de 100 personas y hubo innumerables heridos.

Así murió el ex vicepresidente de la República y uno de los fundado-

res del Partido Demócrata Cristiano, Edmundo Pérez Zujovic, vilmente asesinado al salir de su casa por los miembros de una organización extremista. Los tres asesinos habían sido detenidos al final del gobierno de la Democracia Cristiana por haber perpetrado asaltos a mano armada y condenados por los Tribunales de Justicia a varios años de prisión.

El primer acto del gobierno de la Unidad Popular fue dejar en libertad a estos detenidos por actos ilegales y entre ellos los tres que causaron la muerte de ese dirigente demócratacristiano. Al indultarlos el presidente Allende justificó su acto llamándolos «jóvenes idealistas».

También murieron víctimas de esta violencia varios dirigentes juveniles de la Democracia Cristiana y quedaron centenares de heridos.

Cuando los obreros del cobre en huelga buscaron refugio en el local central del partido, fueron atacados y hubo que instalar una posta de auxilios que en el día atendió, según información oficial del Partido Demócrata Cristiano, a más de 700 personas con heridas de toda especie, entre ellas 120 de carácter grave. Ese día el presidente Aylwin y otros dirigentes, entre ellos yo mismo, estábamos en el local del partido y pudimos ser testigos de lo que ocurría.

Éstas son las razones por las cuales el Partido Demócrata Cristiano estuvo en la oposición, oposición que progresivamente se hizo más dura por efecto de los abusos cada vez más graves que se cometían.

La posición del Partido Demócrata Cristiano en esta materia es intachable. Pasando por encima de su interés político inmediato nunca rehusó buscar soluciones para el país. Esto es tan claro que incluso se criticó acerbamente al partido por aceptar el diálogo.

Cada vez que el Presidente de la República deseó conversar con la directiva, a pesar de las reiteradas veces que ésta fue engañada, no se negó a hacerlo para que no se quebrara el régimen democrático. De eso hay constancia en las declaraciones de los dos presidentes del partido, señores Renán Fuentealba y Patricio Aylwin.

Cuando el conjunto de los obispos chilenos hizo un llamado para salvar la paz y evitar el conflicto y pidió un diálogo entre los hombres de buena voluntad, el presidente del Partido Demócrata Cristiano aceptó hacerlo y planteó públicamente algunas bases para ello, que en último término significaban como condición básica volver al respeto de la Constitución y la ley.

Todo esto que afirmo está en documentos públicos aparecidos en la

prensa y difundidos por la radio y la televisión. El Presidente de la República aceptó en principio nuestro planteamiento, para después rechazarlo. A fines de agosto a pesar de que estas conversaciones terminaron por la imposibilidad total de que el Gobierno aceptara los planteamientos del partido –que eran extremadamente moderados vistas las circunstancias– nuevamente hubo una reunión, en la cual el Presidente de la República, como lo ha dejado establecido el señor Aylwin, no presentó una sola base de entendimiento, afirmación nunca rebatida.

La directiva del partido llegó a la convicción de que exclusivamente se estaba ganando tiempo para preparar el control total del poder por parte de la Unidad Popular y acelerar su aparato paramilitar y el reparto de armas.

Nadie puede, pues, decir que la Democracia Cristiana no agotó los procedimientos para llegar a un acuerdo. Jamás se le hizo una proposición seria. Nunca el Presidente ofreció una fórmula de gobierno. Al revés, señaló que sería imposible el ingreso de la Democracia Cristiana al gabinete por la oposición socialista y de los partidos integrantes de la Unidad Popular.

Las Fuerzas Armadas, llamadas por la propia Unidad Popular, aceptaron por tres veces en estos años integrar gabinetes ministeriales. Los partidos de la Unidad Popular, después de hacer profesión durante 40 años de antagonismo hacia las instituciones armadas, fueron precisamente los que trataron de mezclarlas en política, a pesar de su reiterada voluntad de no aceptarlas. Su presencia no logró modificar las líneas de acción gubernativa para evitar la catástrofe que se advertía venir.

Pocos días antes del 11 de septiembre, advirtiendo la directiva de la Democracia Cristiana la gravedad de la situación convocó a los jefes provinciales del partido de todo el país, quienes por unanimidad recomendaron como supremo arbitrio que los senadores y diputados de la Democracia Cristiana presentaran las renunciaciones a sus cargos sobre la base de que el Gobierno llamara a un plebiscito y se sometiera a sus consecuencias para buscar así una salida democrática al poder. Esto fue aceptado por la directiva y los parlamentarios que hicieron pública su decisión de renunciar. La proposición de un plebiscito fue siempre rechazada, pues si obtuvieron el 43% en marzo de 1973, después la situación se degradó con gran rapidez, en especial porque se

hizo ya perceptible el caos económico y político.

Yo pregunto: ¿puede un partido hacer mayor esfuerzo y un mayor sacrificio, siendo mayoritario en ambas ramas del Congreso en una elección reciente en que tuvo que soportar el embate y la violencia del Gobierno, que ofrecer pública y responsablemente la renuncia de sus parlamentarios con el fin de buscar una salida democrática para el país?

Ésta es la realidad. Por eso la Democracia Cristiana chilena puede decir ante el mundo que una vez más dio un ejemplo de honradez democrática y de lealtad con sus principios.

Un análisis objetivo de los hechos revela que la razón fundamental de que esta vieja democracia haya sufrido este embate fue el gobierno de la Unidad Popular, porque llevó al país a una situación que ninguno puede resistir y aún es admirable la solidez de la democracia chilena que resistió tanto.

Surge de todo esto una reflexión básica.

¿Por qué lo ocurrido en Chile ha producido un impacto tan desproporcionado a la importancia del país, su población, ubicación y fuerza? ¿Por qué la reacción de la Unión Soviética ha sido de tal manera violenta y extrema? ¿Por qué el comunismo mundial ha lanzado esta campaña para juzgar lo ocurrido en Chile y para atacar a la Democracia Cristiana?

La razón es muy clara. Su caída ha significado un golpe grave para el comunismo en el mundo. La combinación de Cuba con Chile, con sus 4.500 kilómetros de costa en el Pacífico y con su influencia intelectual y política en América Latina, era un paso decisivo en el control de este hemisferio. Por eso su reacción ha sido tan violenta y desproporcionada.

Este país les servía de base de operación para todo el continente. Pero no es sólo esto. Esta gigantesca campaña publicitaria tiende a esconder un hecho básico: el fracaso de una política que habían presentado como modelo en el mundo.

¿Cómo explicar que esta experiencia que mostraban como camino a otros partidos democráticos y al socialismo europeo, haya conducido a un país organizado y libre a tan terrible catástrofe económica y política, haya producido tal desesperación en las Fuerzas Armadas y en el pueblo chileno —pues éstas jamás podrían haber actuado sin la aquiescencia de la mayoría— hayan quebrado una tradición tan larga y tan honrosa que constituía nuestro orgullo?

Toneladas de propaganda no borrarán un hecho: llevaron a un país

de ejemplar vida democrática al fracaso económico y al derrumbe de sus instituciones. Su esquema doctrinario y práctico era erróneo y su conducción desastrosa.

Tres días antes del 11 de septiembre el Presidente de la República dijo al país: «Nos queda harina para tres días». Se acababa hasta el pan. No había sucedido jamás.

Eso es lo que no se quiere analizar. Mejor dicho, se quiere ocultar.

Los socialistas europeos, democráticos y pluralistas, se sienten obligados a respaldar un partido que proclamaba su desprecio a la legalidad y como objetivo la revolución armada y violenta. Si no quieren ver los hechos ni los documentos, al menos podrían leer con atención las críticas que formulara a ese partido por su extremismo el propio Partido Comunista, que varias veces lo llamó a la cordura.

El otro hecho que la Democracia Cristiana debe analizar es el problema de las comunicaciones. No hay ninguna duda de que el caso chileno es un buen ejemplo de cómo un inmenso aparataje de propaganda es capaz de presentar las mayores falsedades y convertirlas en realidad.

Ya eso venía ocurriendo desde el comienzo del régimen, que como otros similares no se limitaba en cuanto a gastos de propaganda.

Pero lo ocurrido después del 11 de septiembre es algo inverosímil para los chilenos.

Fueron miles los que escucharon decir a la Radio de Moscú que habían muerto 700.000 personas, en dos días. Otros hablaban de 30.000 y que corrían ríos de sangre en Santiago.

Para nosotros una sola vida humana no tiene precio. No decimos esto por disminuir la tragedia a que el país fue llevado, pero según nuestras informaciones los muertos no llegarían a dos mil, lo que es bien diferente a tan burdas mentiras.

Entre las miles de falsedades que se propalaron: murieron 35 parlamentarios. Falso. Ninguno. Fue asesinado Neruda. Falso y ridículo. Todos los órganos de publicidad le rindieron homenaje como a nadie en muchos años y en el edificio del Congreso Nacional la bandera se izó a media asta en señal de duelo.

Se destruyó el hospital Barros Luco, el mayor de Chile. No hay un solo hospital destruido ni dañado en la más mínima parte. En el hospital Barros Luco no hay un vidrio quebrado.

A qué seguir. Son cientos de ejemplos.

No ha faltado un programa de televisión en Europa que presentó como señales del bombardeo vistas del anterior terremoto.

Pedimos una sola cosa: vengan a ver lo que decimos. Tenemos derecho de pedirlo a nuestros amigos. Así lo hizo el señor Bruno Heck, dirigente de la DCU, quien pudo comprobar la verdad.

Que vengan a ver si hay alguna casa bombardeada en alguna población. En todo Chile sólo dos por desgracia: La Moneda y la casa residencial de los presidentes adquirida en el gobierno de la Unidad Popular.

Que vengan a ver si hay una industria o centro minero donde haya caído una sola bomba.

Nosotros no somos parte del actual gobierno. No defendemos los errores que se cometan, inevitables algunos en una situación tan terriblemente difícil.

Pero tampoco podemos aceptar que la mentira se transforme en un sistema, mientras se oculten las causas de una situación para encubrir la responsabilidad de quienes arruinaron y destruyeron la democracia chilena.

Cómo se explica que quienes invadieron Hungría y Checoslovaquia, que ahora mismo silencian o procesan a científicos, poetas y escritores, que no admiten ninguna crítica, ni la sombra de una libertad de información, pretenden dar lección de democracia a Chile y a este partido.

Además de escandaloso es ridículo.

Alaban y mantienen relaciones con Cuba, con miles de muertos, y después de 12 años aún con miles de presos políticos.

¡No son ellos los que pueden enseñarnos a los demócratacristianos y a Chile lo que es la democracia!

Y lo que es aún peor. Sectores, es cierto minoritarios, en la propia Democracia Cristiana o en el mundo democrático se dejan influenciar por esta propaganda o bien le hacen eco para ganar posiciones políticas y recibir el título de «izquierdistas».

Pobre destino el de esos grupos: serán utilizados, primero, o servirán de puente para debilitar nuestros partidos.

La posición popular, de avanzada y de justicia que sustenta la Democracia Cristiana es tan sólida que no puede admitir este verdadero chantaje político. Y nadie puede darnos lecciones de amor a la libertad y la democracia.

Somos realmente pluralistas y estamos dispuestos a concertar accio-

nes con otras fuerzas políticas, pero no podemos hacerlo bajo un signo de permanente debilidad o sometimiento.

Cada partido en esto es soberano. Somos los primeros en respetar sus decisiones y comprender que es imposible juzgar desde fuera los condicionamientos de cada situación.

Creemos, sí, que para poder formular una opinión, lo primero que debe existir es respeto mutuo y solidaridad, y la confianza necesaria en el testimonio de quienes han estado vinculados durante una vida por comunes ideales y la evidencia de haberlo servido con inquebrantable lealtad.

En esto sin duda el comunismo mundial nos da una permanente lección.

Señor presidente, éste es a nuestro juicio el proceso de lo ocurrido en Chile.

Naturalmente surge ahora la gran interrogante de cuál es el porvenir. A este respecto, es la directiva oficial del partido la que dará una opinión autorizada.

Sin embargo, no puedo dejar de dar la mía propia, que he confrontado con un gran número de democratacristianos. A mi entender, Chile afronta un período en extremo difícil y duro. Yo diría tal vez el más difícil de su historia. El desastre económico no se conocía en su verdadera magnitud. Reorganizar desde sus bases todo el aparato productivo, hacer renacer la agricultura, renovar la maquinaria, detener la hiperinflación, etcétera, será una tarea que exigirá enormes sacrificios.

Por otra parte, más de la mitad de las armas no se encuentra aún, hecho cuya trascendencia es fácil de apreciar.

Desde luego nuestro partido no integra el gobierno, como ya lo he dicho. El gobierno está formado enteramente por las Fuerzas Armadas y era difícil, por no decir imposible, que así no fuera.

Todos los chilenos, o al menos la inmensa mayoría, estamos vitalmente interesados en que se restablezca rápidamente la democracia en Chile. Y para esto es necesario que el país salga del caos y, en consecuencia, que el gobierno actual tenga éxito.

Las Fuerzas Armadas –estamos convencidos– no actuaron por ambición. Más aún, se resistieron largamente a hacerlo. Su fracaso ahora sería el fracaso del país y nos precipitaría en un callejón sin salida. Por eso los chilenos, en su inmensa mayoría, más allá de toda consideración partidista, quieren ayudar porque creen que ésta es la condición para que se restablezca la paz y la libertad en Chile. Cuanto más pronto

se destierre el odio y se recupere económicamente el país, más rápida será la salida.

La Democracia Cristiana está haciendo, a mi juicio, lo que está en su mano en esta perspectiva, sin renunciar a ninguno de sus valores y principios, siendo en este instante sus objetivos más fundamentales:

- pleno respeto a los derechos humanos;
- pleno respeto a las legítimas conquistas de los trabajadores y campesinos;
- vuelta a la plenitud democrática.

Sabemos que esto no es fácil. La situación entera no es fácil. Y por eso mismo debemos actuar con la mayor responsabilidad.

Señor presidente: excúseme usted lo extenso de esta comunicación, pero ello se justifica por la importancia del problema que trata y por la forma cómo se ha distorsionado la verdad.

Por desgracia los innumerables documentos y actuaciones de la Democracia Cristiana durante estos tres años no fueron dados a conocer en Europa. Esto justifica la extensión de mi carta.

Quiero terminar diciéndole en esta ocasión que recuerdo dos hechos de mi viaje a Europa de 1971. En esa oportunidad un gobernante europeo me dijo que nuestro país estaba perdido; y agregó textualmente: «Cuando el comunismo agarra, nunca suelta». Poco después un alto representante de la Democracia Cristiana en el gobierno de su país manifestó que el caso chileno era un caso perdido.

A ambos les dije que estaban equivocados, porque si bien Chile quería un avanzado proceso de transformación social, jamás aceptaría un régimen totalitario. Los dos me miraron con esa benevolencia con la que se trata a un visitante ingenuo.

Con la misma seguridad con que afirmé en ese entonces que Chile saldría adelante, puedo afirmar hoy que, a pesar de lo duro y doloroso que pueda ser el esfuerzo, nuestro país se levantará y volverá a dar una lección de democracia y de libertad.

Y en esa tarea está empeñado este país, y la Democracia Cristiana una vez más desempeñará un papel conforme a lo que ha sido su historia y es su porvenir.

Saluda con la mayor atención al señor presidente,

Eduardo Frei Montalva

DE LUIS CORVALÁN (1916)

A LILY CASTILLO DE CORVALÁN (1926)

Isla Dawson, 24 de noviembre de 1973

«Acuérdate del dicho aquél: no importa, al final todo saldrá bien».

El 22 de septiembre de 1973, Luis Corvalán, secretario general del Partido Comunista, aparecía en la prensa como uno de los marxistas prófugos más buscados por el gobierno militar. Ofrecían por él una recompensa de 500 mil escudos. Después de su detención estuvo preso en la Escuela Militar, en la Escuela de Infantería y desterrado en la isla Dawson, Ritoque y Tres Álamos. En total fueron 3 años, 2 meses y 20 días. Tras ellos, su libertad fue canjeada por la de un disidente ruso. En 1989, después de varios intentos frustrados, logró regresar a Chile. Del centenar de cartas que escribió a su señora e hijos cuando estuvo privado de su libertad, todas expuestas a una censura previa, a continuación publicamos la primera carta escrita desde la isla Dawson.

Querida Lily:

Te escribo dos días después de haber llegado a esta isla. Viajamos el mismo día que fuiste a verme con las hijas y mi hermana.

Ha sido muy grato para mí encontrarme aquí con tantos y estimados amigos, poder conversar con ellos y leer diarios, así como escuchar radio después de los 50 días de incomunicación en la Escuela Militar.

Aquí llueve todos los días o casi todos los días y de repente también sale el sol. El día que llegamos había un fuerte viento. Pero tú sabes como a mí me gusta el temporal. En este tiempo el clima es perfectamente soportable. Con lo que me llevaste no tengo problema de abrigo para el día ni para la noche. Por ahora no me mandes ropa, ni tampoco libros ni nada en especial. Los demás tienen libros como para leer un buen tiempo.

El día que nos vinimos no fue mucho lo que conversamos. Pero aquí

he sabido que las esposas de los confinados de la isla Dawson actúan todas en Santiago en equipo. Supongo que tú ya estás incorporada a lo que se llaman el «Clan Dawson» o el «Dawson Girls». Cecilia, la señora de Hugo Miranda, es la que hace cabeza en esto. Si no lo has hecho, habla con ella porque es preferible que las cosas que puedan mandar –golosinas, omo, papel confort, etcétera– lo traigan en un solo despacho para todos y aquí se reparten las cosas de acuerdo con las necesidades de cada cual. Esto no desaloja la posibilidad de que en el despacho en común o aparte venga algo particular para cualesquiera de los confinados. Pero te repito que por ahora yo no necesito nada en especial.

Con Hugo Miranda, Sule y Aniceto (más yo) enviaremos a Pelayo Figueroa una carta sobre nuestras jubilaciones. En consecuencia, por ahora tampoco te preocupes de esto.

Como tú comprenderás fue para mí muy emocionante verlas a ustedes después de tantos días. La entrevista fue corta y, para ser franco, quedé un tanto preocupado por las hijas menores, Viviana y María, que casi no hablaron, estuvieron muy calladas y mirándome a cada rato. Parece que ellas estuvieran muy golpeadas. Ojala no sea así. Si así lo fuere, díles que yo espero que hagan todo lo posible por sacarse de la cabeza cualquier idea terrorífica acerca de mi situación. ¡Acuérdate del dicho aquél: «No importa, al final todo saldrá bien». De ello estoy convencido, aunque nada sea fácil para mí ni para ustedes, sobre todo para ustedes.

Sigo, por cierto, preocupado por los estados de Viviana. Dime si ya su liceo funciona y cómo va la reorganización de su facultad. No sé qué piensas tú, pero yo creo prematuro resolver el cambio del cual me hablaste respecto al estudio de las niñas. Digo «prematuro» por no decir innecesario.

¿Qué has sabido de Alberto? Cuando le escribas dile que su padre le manda otra vez muchos cariños, lo mismo a mi nuera y a nuestro primer nieto.

¿Recuperaste mi sombrero, los lentes y todas las demás pequeñas cosas, que se me quedaron en el lugar donde me detuvieron? De todo eso sólo me interesan los lentes, pero no los mandes todavía porque los que traje han empezado a aflojar; ya no me aprietan tanto. Con el uso el marco ha empezado a aflojar.

Tal vez tú y las niñas me encontraron más delgado. Eso es natural,

pero estoy bien de salud. En este tiempo el clima de aquí es desde luego saludable, de modo que por este lado no hay nada que temer. Entre los confinados hay dos médicos, hay un dentista y, por otra parte, un enfermero de la Marina.

Puedes escribirme a la siguiente dirección por correo aéreo.

Luis Corvalán S-37
Tercera Zona Naval
Isla Dawson
Punta Arenas

El S-37 es el número que me corresponde entre los confinados. Como siempre, cariños y besos para cada una de las hijas, para toda tu parentela y también la mía, para mi nuera y mi nieto. Un gran abrazo a mi cuñada Irma y a mi suegro.

Y para ti, los recuerdos y el imperecedero cariño de tu esposo que tanto te quiere. Siempre tuyo,

Luis Corvalán

Nota: ¿Recibiste el telegrama que te envié?

¿Qué sabes de mi proceso?

Otra nota: por ahora no te preocupes tampoco de botas para agua ni de parka ni nada parecido. Sule me prestó una. Él traía dos.

DE JULIO SILVA SOLAR (1926) A ALBERTO JEREZ (1926)

Roma, 15 de julio de 1974

«Me quedó la impresión de que están con un poco de miedo de que la tortilla pudiera volverse... ».

Recién llegado al exilio en Roma, después de haber estado cerca de cien días asilado en la sede de la Nunciatura en Chile, Julio Silva Solar creía –o quería creer– que el gobierno militar estaba debilitado. Como ello no fue así, este antiguo demócrata cristiano que a fines de la década del sesenta había emigrado al Mapu y, más adelante, a la Izquierda Cristiana debió permanecer ocho años con una letra L en el pasaporte que le impedía volver a Chile. Durante todo este tiempo, al igual que la gran mayoría de los exiliados, escribió muchas cartas. Con una razonable cuota de humor, no exenta de nostalgia y una buena dosis de autocrítica, en ésta cuenta a su compañero de partido y ex senador de los avatares y los sueños de la vida diaria de un exiliado chileno en Italia. Uno de estos sueños, la creación de la revista Chile-América, se convirtió en el material escrito más serio de la izquierda en el destierro.

Queridos Mireya y Alberto:

Hace pocos días recibimos la simpática y entretenida carta de ustedes de fecha 25 de junio. La carta me levantó el ánimo, pues estaba muy deprimido debido a que había perdido un pantalón. Un chileno desaprensivo que pasó aquí en la casa unos días parece que se lo llevó no sé si de recuerdo o porque creyó que era de él. Para mí que es insoportable perder algo que me gusta, caí en un hondo abatimiento, y entonces llegó la carta de ustedes que era capaz de reanimar un muerto. Las cartas se han convertido en algo muy importante y cuando llega una tan viva y noticiosa como la de ustedes, viniendo además de amigos tan queridos y de los cuales tanto queremos saber, es una verdadera fiesta.

Supe que habías estado en el funeral de Tohá. También yo he recordado aquel viaje inolvidable de 1951 a Berlín, en que además de Tohá y tú venían Lucho Figueroa, Pavez (me dicen que lo ha pasado muy mal),

Martín Cerda y Enrique Edwards, *el guatón* Reyes, la Yolanda (muerta), Fernando Ortiz, Dodds, la Rebeca, Bárbara, y que estuvimos aquí en Roma en una pensión más que modesta y nos sacamos una foto en el Coliseo, y fuimos a ver a Pío XII y después en Berlín jugamos pimpón con Pavez contra unos inmensos alemanes, en el Festival, y cantamos el «rio río». De eso hace 23 años, te das cuenta.

Te encuentro toda la razón de cumplir en Chile con obligaciones tan nobles como las que me cuentas. Creo que haces muy bien y cuando yo te decía lo que te llamó la atención en mi carta no sabía que cumplías esos deberes. Te imaginaba más solitario y sin poder hacer nada. Tú eres uno de los pocos, o poquísimos, que están allá y es lógico que recurran humanamente a ti.

Chonchol y Rafa están en París, como sabes. Rafa vino por dos días acá y tuve el gusto de abrazarlo. Hubo una reunión I.C. estos días en París pero no pude ir, primero porque aún no tengo papeles para viajar y segundo porque no tengo plata y tercero porque no teniendo ninguna de las dos cosas tampoco tengo reunión ni ganas. Así que no he visto a Chonchol. Le escribí con el «hermano» Bernardo que anda allá. Aquí he visto a Badilla y Juan Enrique. Pero me veo más con José Antonio y Esteban Tomic. Estamos trabajando, junto a Bernardo, en una iniciativa interesante pero aún sin financiamiento. Se trata de un centro de documentación que hemos formado y que está publicando una revista, *Chile-América*, que me toma todo el tiempo, hay que informarse, escribir, despachar en el correo, etcétera. Somos muy pocos y no podemos hacer división del trabajo, sino que todo entre todos. Esto, por ahora, significa un trabajo intenso, cosa muy importante en el exilio, pero aún no un ingreso, cosa también indispensable. Ya hemos sacado dos números de la revista y se ha incorporado Fernando Murillo (premio Nacional de Periodismo, como tú bien sabes), quien llegó desde Corea donde era encargado de Negocios. Es un trabajo apasionante para mí. Nuestra preocupación es darle el mayor nivel posible y mantener su autonomía de los partidos.

Si nosotros aquí podemos hablar debemos hacerlo. Como no hay receso político aquí se puede opinar, se puede analizar. Tú comprendes que no es posible abanicarse y olvidarse de todo lo ocurrido. Habría que ser muy mal nacido para eso y nadie de los exiliados está en ese predicamento. Este es un exilio activo. Cada cual hace lo que puede y se

siente solidario de quienes están sufriendo la peor parte de la represión. La lucha continúa. Era una ilusión pensar que no sería así. Estoy cierto que, dentro o fuera, cada uno la sigue de algún modo.

Los sucesos de Chile han tenido la virtud de impactar a mucha gente en todas partes. Algo parecido a lo de Vietnam. ¿Por qué ha sido así? No es simplemente porque Moscú apretó un botón o dio una orden. Es un fenómeno muchísimo más amplio y espontáneo de lo que puede lograr una orden de Moscú. No es tampoco por el golpe militar como tal, ya que se han dado muchos golpes y no han tenido tal repercusión. Se trata de un conjunto de elementos que se combinó en el caso chileno, unido al dramatismo del desenlace en La Moneda, a una amenaza que también afecta a otros pueblos, a una sensación de que el fascismo puede volver y hay que cerrarle el paso frontalmente, etcétera. Algo que habría que analizar más.

El mundo parece un gran país, cada vez más interconectado. El retroceso en un lugar puede transformarse en avance en otros. Lo importante es no quedarse en lamentos, sino convertirlos en trabajo positivo.

La gente de las otras carpas no son de los más amigos, salvo uno que otro. Sólo buenas relaciones. El más amigo es H. Rodríguez, clarinete. Con Bernardo nos vemos mucho. También con Vasallo y Uribe, que es como un cometa, que entra y sale y nunca se sabe dónde está. Pero ha escrito un muy buen libro. También vi, cuando pasaron por aquí, a Volodia y Tencha. Muy bien, muy amables, cada cual en lo suyo y en su estilo.

Yo también creo por supuesto en esos valores humanistas de que tú hablas, pese a que la realidad los golpea duro y parejo, pero uno los tiene metidos en la sangre. Creo que en nuestro proceso político hubo mucha confusión y me parece que ahora el sentido autocrítico brilla por su ausencia. Los mismos personajes no comprenden su fracaso. Lo mejor que he leído es un documento de la Unidad Popular de allá, con mucha lucidez en el análisis de los errores. Pero eso aquí no gusta, al menos a algunos, los de siempre. No se ha avanzado nada en este sentido. No veo claro hacia adelante. En la Democracia Cristiana tampoco veo claro. Se portaron muy mal, claro que unos peor que otros. El peor de todos ya sabes quién. Es interesante lo que dices de que la cofradía no saldrá entera. Yo creo que eso sería lo lógico. Cuando escucho a B no sé cómo pueden seguir juntos. Ahora, si eso se rompe, tal vez por ahí podría venir la luz.

Pero en todo caso creo que es fundamental una seria y franca autocrítica que todos, ellos y nosotros, debemos hacer no sólo en cuanto a la responsabilidad individual, sino también del respectivo partido de cuyo compromiso, sea como mayoría o minoría dentro de él, no cabe sustraerse. Si no se empieza por eso no se restablecerá un ambiente sano y todo será la misma mierda.

Sé muy bien que hay gente idealista en posiciones extremas. Algunos han planteado otra vez que en definitiva la lucha se decidirá con las armas en la mano. Hay quienes piensan en la revolución continental. No les faltan razones para sostener sus posiciones, pero yo no me siento en esa línea, nunca me he sentido, aunque uno a veces, desde lejos, simpatice con ella. Y lo que es evidente es que esa línea no se puede confundir con la otra, con la de la Unidad Popular. El más grave error del gobierno UP fue no haber comprendido que la delimitación de ambas líneas debía ser neta y rotunda, pues se trata de dos caminos con su propia coherencia, con su propio sistema de medios, fines y ritmos, con su propio estilo y modalidades, con sus propios aliados actuales o eventuales, y que si no se hace esta demarcación definitoria se termina por confundir y desorientar al pueblo y por paralizar al propio gobierno que al fin es incapaz de ponerse de acuerdo en nada.

Muy impresionantes tus resabios religiosos que afloran otra vez y tus contactos en ese campo. Conozco bastante a Carlos Camus y espero escribirle una carta de recuerdo y saludo con motivo de su nombramiento. Me había olvidado que llevaste sotana en un tiempo ya lejano y que ahora podrías ser obispo, si en lugar de dejarte seducir por los placeres de la carne hubieras optado por los del espíritu, cuyo fruto además es eterno y no está sujeto a la polilla y al orín. Pero ya es tarde, estamos cerca de los 50, y en el mejor de los casos sólo podrás pasar tus últimos días arrimado a un convento que te dé su paz y sosiego.

Entre paréntesis, la Nunciatura en Santiago tenía mucho de conventual, con monjas de servicio y espacioso jardín. Había una gran placidez hasta que en las noches venían las balas como un hostigamiento. Podría idearse tal vez una mezcla de vida conyugal y vida conventual, en la ciudad colectivista, igualitaria y no matrimonial del futuro. Me alegro de lo que cuentas del cardenal y de la popularidad de la Iglesia. Aquí lo vi cuando estuvo y me pareció muy bien todo lo que le oí. También se rumoreó, según decían desde el Vaticano, que lo sacarían, pero

luego dijeron que no. Debes recordar que en el Vaticano también hay alas y sectores y que el Papa sólo es la cúspide de una burocracia amplia, pero aquí el Vaticano no se ve tan grande como desde allá.

En Roma hay mucho que ver, es claro, pero nosotros, sin empleada, con muy poca plata, en un departamento con bastante luz pero casi sin muebles, haciendo todo el trabajo doméstico de una casa con niños y que no es muy chica, por desgracia, lo que esclaviza mucho a Gloria especialmente y a mí mismo que debo hacer aseos y a veces refregar las partes más ruines y tortuosas. Y para colmo hay también marmol (estamos en Italia) y para eso se requiere de un paño mórbido que aún no distingo bien. En todo caso tratamos de ir por lo menos el domingo en la mañana a conocer algo concreto, pero no siempre es posible desde luego por las enfermedades, que nos han azotado con rigor. Todos hemos estado enfermos y a mí me duelen los pies y la columna.

Sin embargo, estamos contentos. A Gloria le gusta mucho Roma, y hemos tenido algunos éxitos: en el plano doméstico hemos dado con un magnífico sistema para retirar la basura. En cada pieza hay bolsas plásticas para echar cualquier mugre. Cuando se llenan se bota todo, incluso la bolsa. Te evitas el tarro o el envase. Ha sido un acierto. Subiendo de nivel tuvimos éxito en poner a los niños en un colegio español, del que el Nuncio, don Sotero, fue rector por largos años. A los 15 días de haber llegado los niños ya iban al colegio. No han tenido mayores problemas de adaptación. Ahora están de vacaciones, ya que aquí es verano. El tercer éxito es que el libro que escribí en la Nunciatura sobre mi viaje a China se editará aquí y en Argentina dentro de este año. También trataremos que circule en Chile, no contiene alusiones directas a la política chilena. La edición ya está contratada con la editorial Cinco Lune (DC) y aunque yo creo que el libro es bueno y lleva un prólogo de Armando Uribe, quien viene de ser embajador en China, lo hizo con muy buena voluntad. No te imaginas cuán difícil fue lograr la edición y no habría sido posible sin el apoyo de una mujer que nos ha ayudado mucho y que es influyente, Marcela Glisenti, que está a cargo de la librería Paesi Nuovi, al parecer DC, en plaza Montecitorio.

A propósito de vacaciones, los niños fueron a una colonia infantil en la URSS por un mes. Estuvieron en Moscú algunos días, pero el grueso del tiempo en el mar Negro, en la playa. Había niños de todos los paí-

ses, cinco mil en total, unos 25 chilenos y unos 30 italianos. Yo tuve mis reservas al viaje, pero por cosas triviales, como temor el avión (Aeroflot), a que alguien conocido nuestro los esperara en Moscú. Piensa que se embarcaron solos en el avión aquí en Roma, no conocían a nadie de los pasajeros. A la vuelta se vinieron con un hijo de Vicente Sota, un poco mayor, 14 años, que había ido desde París. Otros de mis temores eran que se enfermaran o accidentaran o se sintieran afligidos al verse lejos y sin nosotros, ya que nunca habían viajado solos. Afortunadamente nada de eso pasó y salvo algunas lágrimas las dos primeras noches, todo salió bien y llegaron muy contentos. El programa era muy organizado y disciplinado al más puro estilo soviético. Además a cargo de niñas chilenas parvularias. El Julito era el de menos edad en el lote, por lo que siguió siendo regaloneado.

He viajado más que en Chile: Florencia, Modena, Reggio, Emilia, etcétera. La solidaridad con Chile es muy grande y hay muchos actos en distintas partes. Lo mejor de Italia parece que son las italianas, se ven muchas lindas y atrayentes, pero muy puras e inocentes. El erotismo está sólo en el cine. Aquí estamos con más chilenos que en Chile. Es increíble la cantidad de chilenos que pasan, son muchos los que vienen a Roma. Hemos conocido aquí a muchos que allá en tantos años no habíamos conocido. Hay un gran tránsito. Vi el Mundial por televisión. Dentro de lo pobre no fue mala la actuación de Chile. ¿Lo vieron ustedes? Me pareció que Holanda y Polonia eran los mejores, también Alemania. Pienso que si vienes para acá debes traer algún material con el ánimo de ver la posibilidad de publicar algunos escritos e intervenciones nuestras, también de Rafa o Jacques. Tú puedes hacer mucho. En estos días, Bernardo fue a París y al regresar se alojará en nuestra casa por unos días hasta que encuentren su nueva residencia. Supe que la reunión de París fue muy buena. La gente de izquierda y de centro se une en torno a lo de Chile.

Me encontré un día junto al Panteón con Jaime Celedón y su mujer. Mi primer impulso fue no toparlos, pero no pude y luego me pareció tonto no saludarlos. Estaba muy a la defensiva, glorificando a Allende y aceptando todas las críticas. Lo interesante es que contó muchísimo y me quedó la impresión de que si los asesores publicitarios piensan así, quiere decir que la Junta no está bien y que están con un poco de miedo de que la tortilla pudiera volverse.

Tu noticia de que en cuatro o cinco meses los veremos por aquí es gratísima. Les reiteramos que pueden llegar a nuestro departamento con toda confianza. Tu presencia en Roma será importante y habrá más de algo por hacer. Conozco tu dinamismo y por eso te lo digo. Saludos cariñosos para Mireya. Te abraza afectuosamente,

Julio Silva

DE CARLOS PRATS (1915-1974)

A MOY DE TOHÁ (1936)

Buenos Aires, 29 de agosto de 1974

«... la conducta de Pinochet... no tiene parangón en la historia de Chile».

«El señor Tohá se encontraba internado en tratamiento en el Hospital Militar, afectado de una fuerte depresión nerviosa con trastornos psicossomáticos, que lo impulsó a poner fin a su vida, colgándose del cuello en el clóset de su habitación». Éste fue el comunicado del 16 de marzo de 1974 que anunciaba la muerte del ex ministro de Defensa e Interior de Allende, José Tohá González, quien estuvo detenido desde el 11 de septiembre de 1973. Otra fue la versión que sostuvo su viuda, familiares y amigos, entre los cuales se encontraba Carlos Prats.

Querida Moy:

Escuché tu triste mensaje y creo poder dar respuesta a las dudas que tanto te atormentan y que –lo comprendo muy bien– hacen más dolorosa la herida incicatrizable que, para ti y tus hijos, constituye la pérdida de José.

¿Por qué ellos se ensañaron con José? Porque a cada uno de los cómitres de hoy les torturaba la evidencia de que, dentro de la Unidad Popular, José era quien mejor los conocía. Los observó humildes y obsesivos, los vio hacer genuflexiones y supo de sus miserias íntimas, de sus celos interarmas, de su concupiscencia y frivolidad, de sus limitaciones intelectuales y culturales y de la farsa de su lealtad.

José Tohá tenía mucho que decir y cada palabra suya, avalada por su incuestionable autoridad moral, habría tenido la fuerza suficiente para derribar de su autoerigido pedestal a estos apóstatas del profesionalismo militar.

¿Y cómo podrían contraatacar a José? ¿Cómo podrían vituperarlo si hasta la mención de sus convicciones ideológicas iba a serles contraproducente, porque no les resultaba tolerable ni compatible exhibir como marxista a un ser de tanta sensibilidad social, de tanta nobleza y dignidad personal y de tanta misericordia humana?

Ten la certeza de que si hubieran encontrado el más mínimo cargo afrentoso contra él, les habría convenido dejarlo vivir.

En cuanto a la conducta de Pinochet, puedo decirte que su traición no tiene parangón en la historia de Chile. ¿Cómo puede entenderse su trayectoria bonachona y dúctil, entre marzo y septiembre de 1973 si él mismo ha reconocido su compromiso bajo firma para derrocar a Allende desde aquel mes? La explicación está en que en su personalidad —como en el caso de un Duvalier— se conjugan admirablemente una gran pequeñez mental con una gran dosis de perversidad espiritual, como lo ha estado demostrando con sus inauditas declaraciones recientes.

Finalmente, quiero referirme a tus acotaciones de que yo podría hacer muchas cosas «sin quemarme o dar la cara» y de que «trate de entender el problema de la gente que lucha contra las armas».

Recojo el cargo que tan sutilmente me formulas. Mi silencio no se debe a que no quiera «quemarme». Un político no quiere quemarse cuando espera cosechar los frutos que otros siembran. Tú sabes que no soy político. Ni quiero serlo. Sin embargo, tal vez no entiendas que, ante el futuro, sólo siento un gran anhelo: que llegue cuanto antes el día en que la masa de mis ex compañeros de armas se convenzan, por sí mismos, de que han sido engañados y que han incurrido en la equivocación histórica más tremenda, al convertirse en los verdugos del pueblo de su patria; porque, sólo en ese momento, se puede empezar a recorrer el camino de la liberación.

Toda acción perturbadora mía sería contraproducente para tal propósito porque daría buenos dividendos a la Junta. No te imaginas los esfuerzos que han desplegado para procurar enlodar mi imagen profesional y, especialmente desde enero, ha sido persistente la campaña solapada en mi contra, dentro y fuera de las filas. Incluso, procuraron, sin resultado, involucrarme en el juicio contra Lazo y Schnacke.

Por otra parte, recuerda que cuando clamé por una solución política —que pudo evitar todo lo ocurrido— no fui escuchado por la Unidad Popular ni por la oposición. Si se me hubiera creído, no tendríamos que

lamentar el martirologio del Presidente ni el calvario de José. De modo que me considero liberado de compromisos políticos, lo que, a la vez, me obliga a concentrarme en trabajar muy duramente para vivir.

Mis compromisos, Moy, son los del afecto personal por personas como tú y la prueba la tienes en esta respuesta que, por su franqueza, te demostrará la confianza que deposito en tu amistad.

No pierdo la esperanza de volver a verte. Entretanto, te deseo de todo corazón la mayor paz espiritual. Sofía me encarga transmitirte sus más cariñosos recuerdos y de mi parte recibe un fuerte abrazo de tu amigo,

Carlos Prats

DE JAIME CASTILLO VELASCO (1913) A KURT WALDHEIM (1918)

Caracas, 3 de noviembre de 1977

«... numerosos chilenos vivimos hoy fuera de nuestra patria...».

Eran cerca de las siete de la tarde cuando un grupo de sujetos sin identificación ingresó a las oficinas de Jaime Castillo Velasco. Este antiguo miembro del Partido Demócrata Cristiano e incansable luchador de los derechos humanos no se sorprendió al verlos encima de su escritorio. Le habían anunciado que podía ser amonestado por el gobierno militar. Lo que no sospechó jamás fue la forma. En el suelo con las manos atadas y sin sus gruesísimos y, por ende, indispensables anteojos, fue trasladado directamente al aeropuerto. Las patadas que profirió a diestra y siniestra no le sirvieron a la hora del exilio. Dos años –durante los cuales no dejó pasar un día sin reclamar su derecho a volver a Chile– debió vivir en Caracas desde donde envió esta carta al entonces secretario general de las Naciones Unidas. En ella anuncia que iniciará un ayuno para llamar la atención por su causa.

Señor secretario general:

El gobierno militar chileno niega el derecho de todo hombre a vivir en su patria.

En efecto, el decreto ley 81, de 6 de noviembre de 1973, faculta al Poder Ejecutivo para expulsar del territorio nacional a un chileno mediante un simple decreto supremo. A su vez, otro decreto lo autoriza para impedir el regreso y cancelar los pasaportes de un ciudadano chileno que se encuentre en el extranjero. En ambos casos, el Gobierno entiende que no está obligado a suministrar las razones de seguridad que le sirven de base. El Poder Judicial, por su parte, ha aceptado esta doctrina.

Como consecuencia de tal interpretación, numerosos chilenos vivimos hoy fuera de nuestra patria.

Las expulsiones referidas se prolongan ya por bastante tiempo. La

medida subsiste automáticamente por la renovación, cada seis meses, del estado de sitio, con abierta infracción de los propios decretos que establecen dicha emergencia. La expulsión se hace pues indefinida.

Hasta el momento, el Gobierno omite mencionar las expulsiones cuando informa a los gobiernos extranjeros y a la opinión pública internacional sobre los progresos alcanzados en materia de cumplimiento de los derechos humanos.

Tales hechos han sido representados al Gobierno por las Comisiones de Derechos Humanos de la NU y la OEA, pero ello no ha influido ante éste ni ante los Tribunales de Justicia.

En mi caso particular, he formulado tres presentaciones al ministro del Interior y deducidos dos recursos de amparo ante las cortes. Un tercero está siendo presentado en estos días. Hasta ahora no he logrado que el Ministerio suministre los fundamentos de hecho en que basa su orden de expulsión ni que los tribunales expongan razonamientos jurídicos para desvirtuar las causales de ilegalidad sostenidas por mi parte.

Al desechar esos recursos y presentaciones, tanto los tribunales como el ministro del Interior han desconocido, negado u omitido la vigencia en Chile, desde el 23 de marzo de 1976, del Pacto de Derechos Civiles y Políticos, ratificado por mi país y de cuyo cumplimiento ha alardeado la representación chilena ante las Naciones Unidas.

Consciente de tener la razón en el orden moral y jurídico; colocado, además, frente a una sistemática denegación de justicia por parte de los tribunales y a una arbitrariedad por parte del Ministerio del Interior, me veo en la necesidad de elevar una protesta moral acorde con la gravedad de estas flagrantes violaciones a mis derechos de hombre y de chileno.

Ella consistirá en que, desde el día 10 de noviembre próximo, a las seis de la tarde hasta el día 14 del mismo mes y hora, inclusive, dejaré de tomar alimentos, sometiénome a los cuidados de un médico de la ciudad de Caracas.

Con ello me propongo llamar la atención hacia lo siguiente:

–que los organismos internacionales encargados de velar por el cumplimiento de los derechos humanos, en particular la Asamblea de las Naciones Unidas actualmente en desarrollo, se preocupen de exigir el respeto por el derecho a vivir en la patria;

–que el Gobierno de Chile adecue su legislación al tenor de los

artículos 12 del Pacto de Derechos Civiles y Políticos, dejando sin efecto los decretos leyes citados que vulneran un compromiso de honor del país ante las demás naciones;

–que el Gobierno deje sin efecto las órdenes de expulsión decretadas contra ciudadanos chilenos que no han sido condenados por delito que merezca pena de extrañamiento y a quienes se mantiene fuera de la patria sólo por haber ejercitado su libertad de conciencia y de expresión;

–que el Gobierno suministre los fundamentos de hecho en que se basa su resolución en mi caso personal;

–que el Poder Judicial, al conocer el recurso de amparo pendiente, examine de acuerdo con la ley los antecedentes que dice tener el Gobierno para mantener mi expulsión y responda, derechamente, de conformidad con los deberes de todo magistrado, las diversas causas de ilegalidad en que he basado mi demanda.

He querido poner en su conocimiento este hecho por la alta dignidad que usted inviste y como prueba de la sinceridad y buena fe que me anima a pesar de esta injusta situación.

Saluda a usted atentamente,

Jaime Castillo Velasco

DE ANDRÉS AYLWIN (1926)

A SU FAMILIA

Domingo, 15 de enero de 1978

«En la historia larga, los crueles, los mediocres, los grandes intereses, los torturadores, los fanáticos, no prevalecerán».

El año 1978 fue difícil para Andrés Aylwin y su familia. Este abogado demócratacristiano, ex diputado y hermano del ex presidente Patricio Aylwin, fue tomado preso en Santiago el 13 de enero en una oficina del edificio de calle Huérfanos N° 1313, junto con otros 12 demócratacristianos, entre ellos, Tomás Reyes, Belisario Velasco e Ignacio Balbontín. Al día siguiente, se le relegó a Guallatire, en la frontera con Bolivia. Dos horas después de pasar por Putre rumbo al lugar de relegación perdió el conocimiento a raíz de un apunamiento grave. Debí ser internado en la Posta Militar de Putre. Desde allí, y en medio de su sufrimiento y profundo dolor, le escribió una carta a su familia.

Querida Mónica e hijos:

Aquí estoy cumpliendo mi «castigo»; nuestro castigo. Nuestra parte tal vez de necesario sufrimiento en estos años de dolor y desesperación.

Digo «nuestros», pues desde que la policía política dejó caer sus garras sobre nosotros sólo he pensado en ustedes, en el sufrimiento de ustedes, en las mil privaciones que ustedes han sufrido –y ahora más que nunca– a raíz de mis actos, por causa de mis ideas. Tal vez nunca había sabido que los quería tanto.

¡Perdón por todo lo que los he hecho sufrir! Por los cientos de malos ratos que habrán pasado en estos días. Por las privaciones de todo orden que serán el signo de los días futuros. Por la desesperación de escuchar la mentira oficializada –me imagino la televisión, los diarios– y la impotencia de constatar que en nuestra patria no existe ninguna posibilidad para expresar la verdad.

Sí, aquí estoy en Putre, lugar solitario en plena cordillera que ya conocimos, yo personalmente y ustedes por referencias, a raíz de la relegación de Belisario Velasco hace dos años.

Ahora les escribo sentado en una piedra al lado de una iglesia solitaria. La pequeña iglesia, cerrada, hermosa, me acompaña enormemente.

Mi destino final sería Guallatire, dos o tres horas más al interior, a 4.600 metros de altura, muy cerca del límite con Bolivia. Ayer en la noche trataron de dejarme en mi lugar de destierro, pero me apuné en tal forma que los soldados que me transportaban se asustaron y gracias a un rasgo inicial de humanidad me han bajado de urgencia a la Posta Militar de Putre.

Aquí alojé anoche; estoy repuesto y me siento más acostumbrado a la altura. No sé exactamente si me dejarán aquí o si insistirán en llevarme a Guallatire u otro lugar en el altiplano.

Me preocupa no saber de la mayor parte de los otros relegados y especialmente de Tomás Reyes, por su salud y edad.

Vuelvo a mi caso.

Llevar a una persona de 52 años, no acostumbrada a la vida en el altiplano, a Guallatire, a casi 5.000 metros de altura, constituye un evidente acto de crueldad que muy claramente aprecian y condenan aquí los seres humanos sencillos, pero que no es extraño que sean capaces de decretar en sus oficinas funcionarios deshumanizados y llenos de odio.

Estoy bien y sepañ ustedes que estoy en condiciones de afrontarlo todo.

En realidad no me quejo de nada, o, más bien dicho, no me extraña nada. Desde que en octubre o noviembre de 1973 denuncié, hasta la Corte Suprema, arrestos masivos de campesinos en la zona de Paine que después nunca regresaron a su hogar (el tiempo ha probado que seguramente los asesinaron); desde que defendí con calor a muchachitos o niñas de apenas 16 años en San Antonio, vejados, humillados, maltratados y sometidos a absurdos Consejos de Guerra; desde que defendí a personas de ideas distintas a las nuestras y no acepté ningún tipo de tolerancia o silencio frente a la tortura o vejamen de «cualquier ser humano»; desde que escribimos a la OEA, junto a otros cuatro colegas, denunciando la gravedad de lo que estábamos viendo en Chile; desde que tomé la defensa de los comunistas desaparecidos a fines de 1976; desde que las circunstancias me llevaron a asumir éstas y otras

actitudes y obligaciones morales, intuía perfectamente que también, en algún momento, debería llegar mi turno, nuestro turno. ¡Ha llegado!

Perdóneme que les recuerde estas cosas. Pero dado que hemos sido arrestados como vulgares delincuentes quiero que mis hijos sepan (especialmente Verónica, que está tan chica) que su padre no ha hecho nada de que pueda avergonzarse. ¡Son tiempos tan terribles para la verdad!

Vuelvo a preguntarme: ¿de qué puedo quejarme yo porque me envíen relegado a Guallatire, cuando antes he visto las huellas del verdugo en la carne de tantos hermanos?, ¿cuándo he sabido de torturas indecibles, corrientes eléctricas aplicadas en las partes más sensibles del cuerpo, huesos fracturados y cuerpos despedazados física y anímicamente?, ¿cuándo he conocido de cerca el problema de las personas «desaparecidas» y he sabido del tremendo dolor de las familias de ellos, dolor muchas veces mayor que la muerte misma?. No, de nada puedo quejarme como algo personal. Y tal vez si no fuera por ustedes recibiría todo esto con la humilde satisfacción de estar aportando una pequeña cuota en el necesario dolor que despertará y sumará nuevas conciencias.

Hay algo que me duele y escandaliza. Es ver que frente al tremendo padecimiento de muchas personas –cercanas a nosotros, pero de distintas ideas a las nuestras– a veces ese padecimiento aparece ante millares de seres «humanos» como un dolor tan extraño y distante como el que pudiera sufrir un habitante del Congo. No, pareciera que el dolor tiene que llegar también a nosotros mismos, a los profesionales, a los no marxistas para que todos entiendan que cualquier ser humano vejado en su dignidad es nuestro hermano. Y que frente a su sufrimiento no es posible callar. Y tampoco es posible dejar de ser solidario en su dolor.

Sé que mis compañeros de relegación –hoy dispersados en el altiplano– no se dejaron abatir. Si Dios nos ayuda, algo meditaremos –y tal vez podamos escribir– sobre estos tiempos marcados por el sufrimiento, sobre el ayer, y, más que nada, sobre el mañana. Nuestra gran tarea es rescatar el Chile de Bernardo O'Higgins y de los hermanos Carrera, el de nuestra historia. Un pequeño grupo de grandes intereses, con complicidades inexplicables, está consiguiendo que nos sintamos casi extraños en nuestro Chile. Es la peor tragedia para un pueblo. Sí, a veces siento, casi con lágrimas, que nos están robando la patria. La que fue

una comunidad de amigos, de hermanos, quieren transformarla en un gran campo de batalla en que unos somos enemigos de los otros y debemos odiarnos entre sí. Y en que los que tienen el poder se sienten autorizados para injuriar, mentir, exiliar, relegar o asesinar. Tal vez el sufrimiento de estos años sirva para que nos reencontremos con el Chile que fue, superando los muchos errores cometidos en el pasado, que, en todo caso, siempre fueron insignificantes frente a los crímenes horribles que son el signo de estos tiempos.

En estas horas vividas he añorado, más que nunca, ese Chile en el que no existía temor, en el que todos podíamos expresarnos libremente, en el que no era delito pensar. Ese Chile en que un grupo de amigos podíamos juntarnos tranquilamente a convivir, a hacer amistad y a conversar sobre cualquier cosa; sobre el dolor del pueblo, sobre el sufrimiento, sobre nuestras ideologías... y más que nada, sobre la esperanza. ¡Nos quieren arrebatar hasta el derecho de soñar!

Me he acordado insistentemente de ustedes. Otra vez, infinitas gracias y perdón. Nada de lo poco que pueda haber hecho en mi vida, especialmente para defender la dignidad de tantos seres humanos ultrajados, lo habría podido hacer sin ustedes; sin ese apoyo que siempre me han dado, cada uno de acuerdo con su forma de ser.

Sé perfectamente que ellos –la dictadura– pueden disponer en cualquier momento que continúe mi viaje rumbo a Guallatire. Pero me siento anímicamente bien. Pueden trasladarme donde quieran, pero eso pasará y, con el tiempo, sólo será un episodio sin importancia. Lo cierto es, y así lo veo hoy más nítidamente que nunca, que en la historia larga, los crueles, los mediocres, los grandes intereses, los torturadores, los fanáticos, no prevalecerán. Y si nuestro dolor de hoy contribuye en algo a ello, doy gracias a Dios.

Los abraza con todo cariño,

Andrés Aylwin

DE LOS MINISTROS DE ESTADO A GUSTAVO LEIGH (1920)

Santiago, 19 de julio de 1978

«... es nuestro deber, como Consejo de Ministros, manifestar nuestro completo desacuerdo con sus planteamientos...».

La entrevista al miembro de la Junta de Gobierno y comandante en jefe de la Fuerza Aérea, general del aire Gustavo Leigh, al diario italiano Corriere della Sera, de Milán, gatilló su salida de la Junta de Gobierno, el 24 de julio de 1978, y culminó un largo período de tensión entre éste y el general Pinochet. El almirante Merino y el general de Carabineros Mendoza le expresaron a Leigh que sus declaraciones habían puesto en peligro la unidad del país. Dos días antes de su retirada, el Consejo de Ministros manifestaba en una carta al general su discrepancia con las declaraciones por él emitidas. Leigh no dio respuesta al Consejo de Ministros. Lo consideraba un órgano jurídicamente inexistente y carente de representatividad para dirigirse a las más altas autoridades del país.

Señor general:

Los ministros de Estado, al tomar conocimiento de las declaraciones formuladas por usted a la prensa extranjera, nos hemos reunido, libre y espontáneamente, en Consejo de Ministros para analizar, con la mayor serenidad, los alcances de las expresiones políticas vertidas por usted, en dichas declaraciones que han provocado conmoción y desorientación en la opinión pública, particularmente en aquella que, en forma mayoritaria, ha expresado su adhesión al Supremo Gobierno.

Como consecuencia de este análisis el Consejo de Ministros acordó dirigirse a usted para manifestarle su profunda sorpresa y desconcierto ante los conceptos antes referidos.

Sorpresa, porque su oportunidad no puede sino aparecer desafortunada, atendida la circunstancia de que coincide con la visita al país de la Comisión Ad Hoc de las Naciones Unidas cuya proyección es innecesario reiterar.

Desconcierto, porque su contenido no corresponde en absoluto a la realidad chilena; no contribuye a la unidad de la nación ni de las Fuerzas Armadas y de Orden y evidentemente, puede presentarse a toda suerte de distorsiones e interpretaciones maliciosas, tanto en Chile como en el extranjero.

En efecto, resulta sorprendente y desconcertante que usted, en conocimiento de todos los antecedentes previos, coetáneos y posteriores al 11 de septiembre de 1973, sostenga que el comienzo de la mejoría de la imagen de nuestra patria «no debe iniciarse por acciones externas, sino desde el interior del propio Chile».

Nos asiste la convicción más plena de que, precisamente, eso es lo que se está llevando adelante, en forma soberana, sin claudicar, ante la presión internacional, en contra y a pesar de una gigantesca campaña antichilena, que sabrá sacar buen provecho de dichas declaraciones.

En segundo término, es incomprensible que usted desconozca la existencia de un «itinerario político» cuando todo el país está debidamente informado, desde la Declaración de Chacarillas, el 9 de julio de 1977, de cuáles son los lineamientos de ese itinerario, los que fueron detalladamente precisados luego en la carta que su excelencia el Presidente de la República dirigió a la Comisión de Estudios de la Nueva Constitución, con fecha 12 de noviembre de ese mismo año, y en el discurso presidencial del 5 de abril del año en curso, en que establece metas y plazos claramente definidos, y que también son de pleno y absoluto conocimiento público.

No es posible, pues afirmar –como usted lo hace– que el Gobierno carezca de tal itinerario; que no lo haya anunciado o que no lo haya respetado; mucho menos que éste no se encuentre definido.

Por lo tanto, tampoco podemos compartir, en modo alguno, su aseveración en cuanto a que «ya es tarde... para el retorno a la normalidad».

Adicionalmente no entendemos que la normalidad pueda ser concebida como un regreso a las viciosas prácticas que permitieron la destrucción del sistema democrático y el advenimiento del marxismo.

Si así fuera el gobierno de las Fuerzas Armadas y de Orden sólo sería una gestión transitoria, sin significación históricamente duradera.

Por tal razón nos parecen enteramente insuficientes los tres primeros puntos del planteamiento que usted expuso al periodista extranjero. Ellos sólo pueden cobrar sentido en el contexto de una nueva institucionalidad, fundada en una nueva Constitución de la República.

Usted se refiere a ella sólo en el punto cuarto de dicho planteamiento, empleando términos tales, que aparece como si nada se hubiese avanzado al respecto en estos años, en circunstancias que es de su conocimiento que durante la primera quincena de agosto próximo la Comisión de Estudios – integrada totalmente por civiles de especializada calificación en la materia– hará entrega a Su Excelencia el Presidente la República del proyecto correspondiente. Reiterativo sería reproducir aquí el procedimiento que al respecto se seguirá y que deberá culminar con un plebiscito.

Igualmente grave nos parece su aseveración de que los chilenos «no pueden ser tenidos al infinito en la negación de tal libertad», expresiones éstas que no pueden sino interpretarse en el sentido de que, a juicio de usted, el gobierno militar habría conculcado tales libertades.

Como chilenos creemos que el Gobierno que hoy rige los destinos de nuestra patria ha cumplido el propósito expresado al asumir la conducción del país, de rescatar a Chile en forma clara y definida de la opresión marxista, avanzando permanentemente en la reconstrucción nacional.

Tal como lo señaló el Gobierno en junio último, «sería largo reseñar el recuento de nuestra evolución normalizadora. Baste recordar que, si en 1974, ya se puso fin al estado jurídico de guerra interna, posteriormente se fue atenuando el Estado de Sitio. Enseguida, se dictaron normas para dar mayores garantías a los detenidos en virtud de dicho estado de excepción y, algún tiempo después, se procedió a la liberación total de esos detenidos. En fin, durante este año, se levantó el Estado de Sitio y se puso fin al toque de queda. A lo largo de los últimos años se ha autorizado asimismo el reingreso al país de personas expulsadas o que lo habían abandonado irregularmente, en los casos en que su retorno no sea peligroso o contraproducente para la seguridad del Estado. A lo anterior se agrega la reciente amnistía general, que borra tanto los delitos cometidos durante el Estado de Sitio, salvo las excepciones que la propia ley contempla, como aquellos que, en el mismo período, hubieren merecido una sentencia condenatoria de parte de tribunales militares.

Tal determinación constituye un elocuente testimonio del espíritu de reconciliación nacional que inspira al Gobierno, y de que nuestro proceso normalizador se afirma sobre bases tan sólidas que la etapa más aguda de la emergencia interna que vivimos puede ya considerarse felizmente superada».

Tampoco compartimos su aprensión en cuanto a que «el pueblo pueda precipitar la situación, en cuyo caso el desemboque no podría ser otro que la dureza».

El pueblo de Chile se pronunció, en forma libre e inequívoca, el pasado 4 de enero y los resultados de la histórica Consulta Nacional no respaldan la opinión de usted. La serenidad y madurez de que la nación dio muestras en esa ocasión permiten tener fe en el futuro de Chile y en el mandato otorgado a su excelencia el Presidente de la República para encabezar el proceso de institucionalización.

Como ministros de Estado tampoco podríamos permanecer en silencio ante la alusión de usted a su excelencia el Presidente de la República y a los demás miembros de la Honorable Junta de Gobierno, a los que atribuye falta de comprensión de todo esto.

Por el contrario, reconocemos en ellos su plena idoneidad, desprendimiento y patriotismo, así como el que su acción sólo se inspira en aquello que persiga el mayor bien de Chile.

No podríamos nosotros brindarles nuestro irrestricto apoyo y completa lealtad –que hoy reiteramos– ni tampoco colaborar en las tareas de Gobierno, si nouviésemos esa absoluta certeza.

Ante la gravedad de las afirmaciones de usted y atendiendo a los superiores intereses del país, cuyo carácter sagrado se perfila con tanta mayor nitidez cuanto mayor es la amenaza con que pretenden intimidarnos es nuestro deber, como Consejo de Ministros, manifestar a usted el desagrado que ellas nos han provocado, nuestro completo desacuerdo con sus planteamientos y el severo daño que a Chile entero ellas han infligido, muy especialmente por llevar al extranjero asuntos que son propios y exclusivos de nuestra soberanía, y que sólo deben discutirse en nuestro país.

Le saludan atentamente.

Firman:

Ministro del Interior, Sergio Fernández; ministro de Relaciones Exteriores, Hernán Cubillos; ministro de Defensa, general César Raúl Benavides; ministro de Hacienda, Sergio de Castro; ministro de Economía, Pablo Barahona; ministra de Justicia, Mónica Madariaga; ministro de Educación, contralmirante Luis Niemann; ministro de Obras Públicas, Hugo León Puelma; ministro del Trabajo y Previsión Social, Vasco

Costa; ministro de Tierras y Colonización, general de Carabineros Lautaro Recabarren; ministro de la Vivienda, Edmundo Ruiz; ministro de Transportes y Telecomunicaciones, José Luis Federici; ministro secretario general de Gobierno, general René Vidal; ministro jefe del Estado Mayor Presidencial, general Sergio Covarrubias; ministro presidente de la Comisión Nacional para la Reforma Administrativa, general de brigada Julio Canessa; ministro director de la Oficina Nacional de Planificación, capitán de navío (r) Roberto Kelly; ministro jefe del Comité Asesor de la Honorable Junta de Gobierno, general de brigada Patricio Torres; y viceministro de Relaciones Exteriores, general de brigada Enrique Valdés Puga.

DE MONSEÑOR ENRIQUE ALVEAR (1916-1982) A ISRAEL BÓRQUEZ (1905-1989)

Santiago, 1 de diciembre de 1978

«... hemos comprobado la existencia de restos humanos...».

El 1 de diciembre de 1978, en una mina de cal ubicada en la localidad de Lonquén, se comprobó la existencia de dos hornos, de aproximadamente nueve metros de altura, en uno de los cuales se encontró restos humanos. Considerando la gravedad de los hechos, el obispo auxiliar de Santiago, Enrique Alvear; el vicario episcopal, Cristián Precht, y los abogados Máximo Pacheco y Alejandro Gómez –todos de la Vicaría de la Solidaridad– enviaron esta carta a Israel Bórquez, presidente de la Corte Suprema para denunciar el trágico descubrimiento. La Corte Suprema nombró al magistrado Adolfo Bañados como ministro en visita. La investigación determinó que los restos pertenecían a 14 campesinos de Isla de Maipo secuestrados el 7 de octubre de 1973 por carabineros. El 2 de julio de 1979, el fiscal militar dictó encargatoria de reo en contra de los autores. Éstos fueron amnistiados en virtud del Decreto de Amnistía de 1978.

Señor presidente:

Hace algunos días una persona comunicó a un sacerdote, bajo secreto profesional, la circunstancia de tener conocimiento y haber comprobado la existencia de varios cadáveres que se encontraban en un lugar de cuya ubicación le proporcionó información precisa; ese sacerdote, autorizado por quien le informaba, puso los antecedentes en conocimiento de la autoridad eclesiástica.

Con el objeto de verificar la seriedad de la información, en la tarde de ayer una comisión integrada por los suscritos y los señores Jaime Martínez y Abraham Santibáñez, directores de las revistas Qué Pasa y Hoy, respectivamente, alcanzamos hasta el lugar señalado por el informante. Se trata de dos antiguos hornos para el tratamiento de minerales construidos en los faldeos de los cerros de Lonquén, en el Departamento de Talagante.

Llegados al lugar, después de remover material árido que tapaba la boca inferior de uno de los hornos, hemos comprobado la existencia de restos humanos que corresponderían a lo menos a una persona; verificada esta circunstancia hemos interrumpido nuestra inspección del lugar, pues nuestro objetivo consistía solamente en apreciar la seriedad de la información recibida y consideramos que no nos correspondía avanzar en una tarea propia de la investigación judicial.

Sin embargo, estimamos que las características del lugar y la ubicación de los restos cuya existencia hemos constatado hacen verosímil la afirmación del informante sobre la eventual existencia del número superior que dice haber comprobado.

La alarma pública que eventualmente puede provocar la trascendencia de estos antecedentes nos ha inducido a ponerlos directamente en conocimiento de la más alta autoridad judicial, a fin de que el excelentísimo Tribunal adopte las medidas que aseguren una rápida y exhaustiva investigación.

Saludan atentamente al señor presidente,

Enrique Alvear Urrutia
Obispo Auxiliar de Santiago

Cristián Precht Bañados
Vicario Episcopal

Máximo Pacheco Gómez
Abogado

Alejandro González Poblete
Abogado

DE VOLODIA TEITELBOIM (1916) A ROBERTO PARADA (1909-1996)

Moscú, 21 de noviembre de 1986

«Tú te erguiste con la frase que define un deber del actor: el público no espera».

A estos dos hombres, compañeros y amigos no sólo los unió haber sido comunistas férreos, sólidos y disciplinarios. También tienen en común el haber puesto toda su pasión y fuerza en cada obra emprendida. Uno en las tablas y el otro, aunque por desgracia tardíamente, en las letras. Volodia con sentimiento profundo y prodigiosa pluma, la misma que ha derramado a través de sus obras, en esta carta despide con maestría a su amigo que murió en Moscú. En sus palabras evoca la personalidad de Roberto Parada, recordándonos su vida, obra y dolores. Memorable resulta la templanza y fortaleza con que Parada recibió la noticia de que su hijo había aparecido degollado. Representando, en marzo de 1985, en el teatro ICTUS Primavera con una esquina rota, no suspendió la función.

Ahora te vuelves volando. Mejor dicho estás a punto de tomar el avión. Quiero que lleves contigo esta comunicación aérea, que no podrás leer. Todavía estás aquí de cuerpo presente. Hace una semana en el hospital podías oírme y yo no podía decirte lo que ahora te digo. Tal vez estas cosas sólo se dicen a los muertos.

La música encantó tus últimos momentos. Sí. Le mostraste tres dedos a tu mujer. Tu voz, insinuante voz de actor, ya no te salía. Pero ella entendió que querías escuchar la Tercera Sinfonía de Beethoven. Pusieron el casete. Cerraste los ojos para oír mejor. ¿Sólo para ello? No. Se trataba de algo más. Te despedías envuelto por esa melodía preciosa que no tiene palabras. Llamémosla adiós de los dioses.

Así, a las ocho de la mañana del 19 de noviembre de 1986, tú, Roberto Parada –memorable actor chileno de la segunda mitad del siglo XX–, partiste para juntarte con todos los grandes comediantes de este mun-

do, hacia los escenarios del cielo de Shakespeare, Chejov y Brecht, en las constelaciones que siguen brillando tras el telón de la muerte. Volador después de tu último suspiro, emprendes el viaje por el firmamento. ¿Qué son para ti más de quince mil kilómetros hasta llegar a casa? Nunca quisiste ser un exiliado en vida. Menos lo serás en la muerte. Si en Chile naciste y viviste, allá dormirás el prolongado sueño.

Cuando tenías 20 años, siendo presidente del Centro de Alumnos del Instituto Pedagógico y dirigente de la Federación de Estudiantes de Chile, te expulsaron de la universidad por oponerte a la dictadura militar de Ibáñez. Para no morirte de hambre y, tal vez por gusto, cantaste –porque tu voz era potente y melodiosa– en la Compañía de Zarzuela y Operetas de Pietro Maresco. Así llegaste al escenario.

Te divisó joven, alto, gallardo, como hace 50 años. Estás parado en la puerta de la Universidad de Chile. Eres un profesor de inglés recién graduado. Tienes una cara seria; pero das vía libre al histrión en la desafortunada Orquesta Afónica.

Cuando te pregunté dónde habías nacido, me dijiste: «En Concepción, accidentalmente. Mi madre buscaba las ciudades para dar a luz. Porque no te engañes. Mis raíces están en el campo, en tierras de Linares, allá por Longaví».

Pero también tú buscabas las ciudades a fin de procrear algo. En Santiago fundando –junto a Pedro de la Barra y a tanta muchachada precursora– te avizoro en el Teatro Experimental, columna inaugural de la revolución escénica. El día en que los nazis invadieron la Unión Soviética daban la función de estreno en el Imperio. Tú, Roberto, que nunca simpatizaste con la policía, representabas ese día al sargento de *La guardia cuidadosa*, de Ramón del Valle Inclán. El pequeño gran manco barbudo se hubiera reído viéndote.

No puedo olvidar que en los años de la II Guerra estuviste con María Maluenda trabajando en la BBC. Hacías lo que no eras, a Sancho Panza en la radioteatralización del *Quijote* –tan afín a tu espíritu–, que se transmitió desde Londres y escuchamos por largos meses. Sacaste chispas a la sabiduría con los pies en la tierra de ese hombre de pueblo. Al rechoncho escudero del hidalgo de la Mancha tú lo enriquecías con tus rurales vivencias linarenses y tus conocimientos de huaso ladino. El físico no correspondía. Pero la radio –como todo el mundo lo sabe– no transmite la imagen. La civilización audiovisual se impondría algo más

tarde. Y tú también la enfrentaste con éxito.

Fuiste hasta el fin un joven imponente y majestuoso. Cubriste la escena nacional de punta a cabo con autores clásicos y modernos. Quien te vio en *El círculo de tiza caucasiano* tomó contacto con un mensaje hondo. Donde se aclara el misterio. Y qué oficio y alma contrapuesta mostraste en *Herr Puntilla y su criado Matti*.

Fuiste un solemne y fascinante maestro de ceremonias en los caupolicanazos de otros tiempos. En cada recital de Neruda se veía y oía la famosa troika, compuesta por el poeta, Roberto y María, desentrañando poesía hasta la médula, como si hubieran inventado el poder revelador de la palabra. Cuando Pablo, en La Chascona, su casa en el faldeo del cerro San Cristóbal, por unas horas teatralizó *La espada encendida*, la troika lectora se transformó en cuarteto. Se sumó José Manuel Parada Maluenda, que tenía mucho de su padre y madre. Era un joven fuerte y delicado al cual mataron por su amor a la libertad.

La gente decía que te parecías físicamente a Neruda. Cuando Antonio Skarmeta filmó aquella primera versión cinematográfica en Portugal de *Ardiente paciencia* (que recomendara Rimbaud y Neruda evocó, como virtud capital, en su discurso de aceptación del Nobel, en Estocolmo) no vaciló en confiarte la tarea de encarnar al poeta.

Aunque te costara la vida dirías el discurso de la libertad. María escarbó en la historia más antigua de la dignidad humana. Del proceso a Sócrates, hace más de dos mil años, de su apología ante los jueces atenienses, extrajo con fidelidad estricta la defensa del derecho del hombre en un Chile ensombrecido, cercano al umbral del 2000. A través de ti tomó la palabra y pronunció su último alegato el viejo filósofo a punto de beber la cicuta. Lo hiciste con fuerza y coraje para defender puntos de vista, expresar principios, reivindicando el derecho al libre examen, a discrepar. En esas representaciones, tú, actor-ciudadano, asumías la peligrosa causa de la verdad y la justicia. Hablabas en profundidad, por los que estaban oprimidos y por los que ya no estaban. Nunca te lo perdonarían.

Ninguno de los asistentes olvidará jamás tu actuación en *Primavera con una esquina rota*, de Mario Benedetti. Fue entonces... En medio de la función te comunicaron que tu hijo José Manuel había aparecido degollado, junto a Manuel Guerrero y Santiago Nattino. Con el corazón deshecho todos te propusieron suspender el espectáculo. Tú te erguiste

respondiendo con la frase que define un deber del acto: «El público no espera». Los concurrentes enterados del hecho te escuchan dedicar el último acto al hijo inmolado. No te descubren un trémolo en la voz. Pero algo se te ha quebrado adentro. Un resorte, entonces invisible, estaba roto.

Cuando se publica el libro de poemas del hijo asesinado, con el título *Pido respeto*, tú subrayas en uno de los prólogos, serenamente, pero en verdad con el alma sangrante, que José Manuel «estaba recién llegando a su plena madurez cuando *malas manos* pusieron fin a su vida física». Esas malas manos las subrayas con cursiva, para esclarecer que corresponden a una expresión de Gabriela Mistral, otro de tus grandes amores literarios y éticos. Aquel crimen de marzo de 1984 fue un desquite contra la noble y riesgosa tarea cumplida por José Manuel en la Vicaría de la Solidaridad. Pero de algún modo constituyó también una especie de venganza contra la familia entera, que luchaba noche y día por la vuelta a un Chile más humano.

Después sobrevino otra noche trágica. Representabas *Algo anda por el aire*. Tu papel era el de un profesor que averigua el paradero y destino de un muchacho secuestrado. Recordaba demasiado tu propio caso. Hacía dos horas que habías abandonado el escenario. Dejó a la vista el quiebre irreparable que andaba por dentro del padre. Un derrame cerebral te dejó parcialmente inmovilizado el 17 de mayo de 1986. Pocos meses después viajaste a Buenos Aires, de allí a Estocolmo y a Moscú en busca de tratamiento.

Monstruo sagrado de los escenarios chilenos, fue un privilegio y un honor para nuestro teatro haberte tenido durante medio siglo agitando los corazones y las conciencias del público.

El artista era un romántico. El hombre que cantaba viejos blues y canciones de la guerra de España e himnos revolucionarios con voz potente, queda para siempre en la historia teatral, con su figura de coloso y su repertorio de hombre completo.

Un lazo de amor te ligó a los espectadores y a tu pueblo, el cual estaba orgulloso que fueras uno de los suyos. Permanecerás como uno de los rostros del arte, de la vida. Dicen que ante los ojos olvidadizos de la historia no existe la gloria eterna. Pero quien te vio y oyó no podrá prescindir del hombre que pasó por la vida como una luz continua.

Un día alguien escribirá tu biografía, porque será un texto necesario.

Contendrá –es de esperar– páginas ilustradas con fotografías que fijen instantes de tus actuaciones. Todo irá componiendo, más allá de las expresiones fugitivas de tu perfil, la imagen perdurable, el retrato definitivo del artista que alcanzó a ratos la grandeza patética propia de una escena del gran drama clásico al seguir actuando cuando le informan que su hijo ha sido degollado. Así fuiste. Desempeñaste cien papeles protagónicos, pero tu primerísimo rol fue ser humano hasta la alegría, el dolor y la muerte.

Pasado mañana recorrerás medio mundo, para volver a casa. Tanta era tu pasión de regreso que, aun después de fallecido, sigues vivo y volando, porque tienes una última cita con la historia, la belleza, la dignidad. Esta carta abierta te llegará tarde. Pero nunca será tarde para recordarte. Tu tiempo no es el pasado. Está esperándote con la palabra futuro.

Adiós, Roberto.

Volodia Teitelboim

DE RICARDO RIVADENEIRA (1930)

A VICEPRESIDENTES DE RENOVACIÓN NACIONAL

Santiago, 10 de agosto de 1987

«El principal objetivo de mi designación está, gracias a Dios, conseguido: la unidad de los tres grupos...».

En enero de 1987, el abogado Ricardo Rivadeneira –que nunca había pertenecido a un partido– incursionó en el mundo político como presidente de Renovación Nacional, partido que fusionó a la Unión Democrática Independiente, a la Unión Nacional y al Frente Nacional del Trabajo, en un solo bloque de derecha. Su cargo no fue muy duradero. En agosto de ese año renunció a los vicepresidentes Andrés Allamand, Jaime Guzmán y Sergio Onofre Jarpa, siendo éste último el nuevo presidente. Los hechos posteriores demostraron cuán equivocado estaba Ricardo Rivadeneira al creer que su renuncia lograría mantener la unidad de la derecha. En menos de un año, el 20 de abril de 1988, Jaime Guzmán fue expulsado de Renovación Nacional.

Estimados vicepresidentes y amigos:

Renovación Nacional debe ir preparándose desde ahora para afrontar la próxima sucesión presidencial dentro de la alternativa más probable, que es la del plebiscito. Debe prepararse también para la posibilidad de que el general Pinochet sea el candidato en ese plebiscito, seguramente en un clima de alta confrontación, anunciado por el lenguaje del voto político del Partido Demócrata Cristiano y por otras muchas manifestaciones poco conciliadoras provenientes de todos los sectores en pugna.

Como la derrota en el plebiscito acarrearía consecuencias muy graves, particularmente si el candidato es el presidente Pinochet, es preciso adoptar al interior del partido todas las medidas necesarias para contribuir a evitarla. Y aun cuando el Presidente terminara por no ser el candidato, asiste razón a quienes piensan que de todos modos convie-

ne dar ahora impulso a su postulación.

Yo aparezco ante la opinión pública demasiado comprometido con una posición contraria al plebiscito, y para el caso de mantenerse éste, con una clara preferencia por un candidato civil, como el descrito por el almirante Merino y los generales Matthei y Stange.

Efectivamente, creí conveniente plantear ante el país la conveniencia de que las Fuerzas Armadas abandonen, mediante la correspondiente reforma constitucional, la responsabilidad que ahora sus comandantes en jefe tienen en la elección del próximo Presidente de la República, de manera que la derrota electoral de la oposición socialista y democratacristiana corra por cuenta exclusiva de los sectores civiles que debe encabezar Renovación Nacional (como en todo caso tendrá que suceder en la próxima elección parlamentaria). Y que seamos nosotros, los civiles, quienes asumamos el riesgo de un eventual fracaso electoral.

Yo he pensado que tan enorme desafío haría crecer a Renovación Nacional, porque terminaría por unir bajo su alero a todas las corrientes, a todos los partidos, a todos los grupos y a todos los independientes que están más acá del socialismo y del Partido Demócrata Cristiano. Sectores que a mi juicio constituyen la mayoría del país y que, como nosotros, creen en el orden, en la preeminencia del derecho, en la propiedad privada, en la economía social de mercado y en las limitaciones de los poderes del Estado en beneficio de la libertad y de los derechos inalienables de las personas.

Para el caso de mantenerse el plebiscito, he expresado mi preferencia por un candidato civil que evite una confrontación tan aguda como la que ya estamos viviendo y que cada día aumentará en virulencia. Para lo cual pienso que debe ser una persona aceptada o aceptable incluso para una parte importante de la actual oposición democrática y, en especial, para amplios sectores de la Iglesia, y cuya elección sea reconocida como legítima al menos por los sectores políticos internacionales afines a nosotros. Nunca he descartado que el general Pinochet pueda llegar a ser ese civil, pero he asignado pocas probabilidades a esta alternativa.

Demás está decir que mi posición no ha envuelto jamás un juicio negativo para la persona del general Pinochet, ni menos para la obra central de su gobierno, que todos deseamos ver proyectada en el futuro, con las correcciones y enriquecimientos del caso. He declarado muchas veces que el Presidente suscita en torno a su persona un gran apo-

yo ciudadano, de manera que es sin duda el candidato con más posibilidades de ganar un plebiscito confrontado. Que seguirá siendo un líder mientras viva y que su regreso al poder será reclamado por la mayoría del país ante el menor fracaso de su sucesor.

En cuanto a las Fuerzas Armadas, a las que tanto debemos, estimo que su alejamiento de todo compromiso político-electoral las reforzaría, en beneficio de su altísima misión propia, en la que debe incluirse la defensa de la nación contra el comunismo, si éste vuelve a amenazar su soberanía o su identidad.

Sigo creyendo que la derrota electoral del socialismo y de la Democracia Cristiana debe ser obra nuestra, de los civiles encabezados por Renovación Nacional. En tanto que la derrota del totalitarismo marxista debe ser tarea que encabecen nuestras Fuerzas Armadas, con el apoyo de todos los partidos verdaderamente democráticos e incluso de la Iglesia. Ésta, creo, debe ser nuestra doctrina.

Como los acontecimientos políticos han evolucionado –y más que probablemente seguirán evolucionando– en un sentido diferente al punto de vista que he creído necesario sustentar ante la opinión pública, me parece evidente que no conviene que yo continúe como presidente de Renovación Nacional. Ello es así porque mi sola permanencia en el cargo transmite una imagen de Renovación Nacional débil frente a la posición que con más seguridad deberá adoptar en el próximo futuro: apoyar decididamente al general Pinochet en un plebiscito confrontado. Y si llega a ser claro que ésta es la única alternativa de derrotar al socialista y al Partido Demócrata Cristiano, no quiero yo, ni puede querer el partido, debilitarla de ninguna manera, menos manteniendo en tal elevada posición a una persona que, sin duda con patriotismo y buena fe, creyó de su deber poner en evidencia los riesgos y las desventajas de ese sistema de elección y de esa postulación. Ahora ha llegado el momento en que la presidencia del partido sea asumida por quien pueda poner de relieve sus ventajas y garantías.

El principal objetivo de mi designación está, a Dios gracias, conseguido: la unidad de los tres grupos que con tanta generosidad se fusionaron. La inmediata tarea pendiente de conseguir las afiliaciones que la ley exige, depende de un esfuerzo de organización para el cual no será difícil encontrar una persona por cierto más competente que yo, que por lo demás no necesitará prestar su concurso sino por los breves me-

ses que faltan para elegir a las autoridades definitivas del partido.

Vengo, pues, en renunciar al cargo de presidente de Renovación, renuncia que les ruego transmitir a la Comisión Política para los efectos reglamentarios del caso.

Aun cuando por mi falta de vocación política y mis deficiencias personales no ha sido fácil la tarea que me ha correspondido cumplir, no quiero que se crea que renuncio por comodidad. Lo hago por las razones estrictamente políticas que he expresado.

Deseo fervientemente que la fórmula del plebiscito, probablemente con el general Pinochet como candidato, sea la mejor para el país. Espero que mi sucesor contribuya a que ella sirva para transitar pacíficamente a la democracia, evitando que se revierta la obra positiva del régimen y que nuestras aspiraciones sean derrotadas. Deseo lo mejor para Renovación Nacional, para todos sus dirigentes y para todos sus militantes, sin distinción alguna.

Agradezco la confianza, amistad y simpatía que todos me dispensaron, especialmente mis compañeros de directiva, los miembros de la Comisión Política y los dirigentes comunales, provinciales y regionales. Les ruego olvidar tantas molestias que causé y que todos supieron dejar pasar con infinita paciencia.

Les saluda con el mayor aprecio, su amigo,

Ricardo Rivadeneira Monreal

DE MONSEÑOR JORGE MEDINA (1927)

A MARIANA AYLWIN (1949)

E IGNACIO WALKER (1956)

Valparaíso, 29 de noviembre de 1995

«Ante Dios no cabe neutralidad».

«En Chile existe el divorcio vincular y es uno de los peores y más fáciles del mundo». Con esta premisa, Mariana Aylwin e Ignacio Walker, en su calidad de católicos, demócratacristianos y legisladores, presentaron al Congreso el proyecto de ley «Sobre matrimonio civil» junto a otros diputados.

Paralelamente hicieron llegar a monseñor Medina el mensaje que acompañó el texto. Al responderles, el entonces obispo de Valparaíso les señala la postura categórica de rechazo de la Iglesia Católica ante cualquier iniciativa que «debilite el vínculo matrimonial y consiguientemente de la familia que en él se funda». En 1997, el proyecto fue aprobado en la Cámara de Diputados y a la fecha se encuentra en el Senado. Mientras tanto, las encuestas señalan que una amplia mayoría de los chilenos aprueba la idea de legislar sobre el divorcio.

De mi consideración,

Acuso recibo de su carta N° 589/95, del 24 de los corrientes, con la que me acompañan el mensaje del proyecto de ley de matrimonio civil, patrocinado por ustedes y otros señores diputados. Desgraciadamente no me han acompañado el articulado del referido proyecto, absolutamente necesario para poder hacer un examen pormenorizado de la iniciativa.

Según informaciones de prensa, que no han sido desmentidas, el proyecto contiene disposiciones que admiten el divorcio vincular, hasta ahora no existente en nuestra legislación.

Como es natural, será bienvenido todo lo que constituya una defensa auténtica de la familia, una defensa de los hijos y un apoyo a la mujer en su calidad de esposa y madre.

Con respecto al divorcio vincular, los obispos de Chile hemos reite-

rado en nuestra reciente Asamblea Plenaria, celebrada en Punta de Tralca, entre el 20 y el 24 de los corrientes, que juzgamos que su introducción es contraria al bien común de la nación. Así lo expresó en términos inequívocos el nuevo presidente de la Conferencia Episcopal Emmo. Sr. cardenal Carlos Oviedo Cavada, arzobispo de Santiago, en la conferencia de prensa ofrecida al término de la Asamblea. Por este motivo considero que en esta materia el proyecto patrocinado por ustedes constituye una iniciativa muy dolorosa para la Iglesia. Ya habrá tiempo para explicar nuestro punto de vista.

Les acompaño el texto de una muy reciente toma de posición del Santo Padre Juan Pablo II sobre el mismo tema, la que fija y explica, una vez más, la posición de la Iglesia Católica.

He leído opiniones según las cuales esta iniciativa es ajena al campo religioso. Para nosotros, católicos, esta afirmación no es aceptable: en la vida del cristiano todo, sin excepción alguna, tiene que estar marcado por su referencia a Dios y a su santa ley. Ante Dios no cabe neutralidad. Por tal motivo ustedes comprenderán fácilmente que seremos muchos los que levantaremos nuestra voz, en comunión con el Papa, para oponernos a algo que será un elemento de debilitamiento del vínculo matrimonial y consiguientemente de la familia que en él se funda.

Con profunda tristeza los saluda S.S.S. y obispo de la ciudad sede del Congreso Nacional,

Jorge Medina Estévez

DE MATILDE LADRÓN DE GUEVARA (1910) A SYBILA ARREDONDO (1933)

Santiago, 26 de diciembre de 1997

«Mis anhelos, mi ansiedad por verte libre yacen en montones de imperturbable ceniza».

A pesar de que Matilde Ladrón de Guevara ha luchado mediante todos los medios posibles –huelga de hambre, cartas al gobierno chileno, movimiento de intelectuales que solidarizan con ella– no ha logrado revocar la pena de su hija condenada en 1994 a doce años de prisión por un tribunal peruano. Un testimonio de lo anterior es el centenar de cartas que ha escrito a su hija Sybila Arredondo, viuda de los escritores Jorge Teillier y José María Arguedas, encarcelada desde 1992 en el penal de máxima seguridad para mujeres del Perú, por supuestas vinculaciones al grupo Sendero Luminoso. Impertérrita, Sybila no ha manifestado mayores deseos de libertad. Aun así la lucha de esta madre y prolífera escritora que bordea los 90 años no ha terminado.

Sybilita tan querida:

No puedes imaginar en las etapas finales de esta vida tan cuajada de emociones, todo lo que vivo y, a la vez, no vivo... Pese a mi estado ruinoso de salud que camina por dentro de este universo que es el cuerpo –y que nadie lo cree–, sé y puedo grabarlo con seguridad: es el derrumbe, la conciencia que predice el fin y aunque eso es tan sabido, hay que probarlo para definirlo. ¡Cómo comprendo que los deseos capaces de saciarse con el ofrecimiento tangible de cada día, están constreñidos a morir dolorosamente en silencio y en la renuncia de todo! ¡Cómo quiero a veces adherirme a la temeraria esperanza hasta extinguir sus invites sobrehumanos! Y tras la ponderación inmortal, desde qué altura se cae al despojamiento de las posibilidades –en este caso– físicas! Permanentemente quiero escribirte, pero me parece ya un heroísmo del vano esfuerzo. ¿Qué decirte? Mis anhelos, mi ansiedad por verte libre yacen en montones de imperturbable ceniza, porque sé que te has adaptado a

algo como el hielo de una voluntad yacente en una serenidad incomprendible para mí y para todos los que me rodean y mantienen comunicaciones escritas desde distintas latitudes del mundo. ¡Nadie acepta ese veredicto de ahora!

¡No es, Sybila, que no comprenda! Yo sé la situación real de ese querido país. Cargo sus trayectorias múltiples. Hago balances. Y se me traduce en el proceso kafkiano. No importa que yo fluctúe engañándome en simulacros de vida. ¡Muerta está la esperanza! Te lo he repetido en cada línea, en tantas líneas lo he escrito en mis desmemorias, pero no es suficiente para siquiera consolarme por segundos. Se me estrecha el lenguaje para decir todo lo que está acumulado en el fondo de mi cerebro, en los resquicios del corazón. Lo hablo a solas. Trato de recrearme en este encierro espacioso –mi casa–, amparado por la visualidad espléndida de sus contornos y allí mis pupilas van a fusionarse a las tuyas y tropiezan con las paredes de tu celda... y se hace obsesivo. Me inundo de lágrimas y estoy hastiada de ellas. Quisiera ser como tú: adaptable a todo lo que has sufrido silenciosamente, a resignarte en situaciones descalificables. Me llaman. El teléfono me vuelve a la realidad: mañana la comida de los escritores en la SECh, con disfraces, tratando de ser felices o porque lo son. Disculpas, explico mi estado de fragilidad, de impotencia y sólo les transmito mi pensamiento y mis flujos emocionales. Apenas recuperada de antenoche, la Navidad. Fue en casa de Teresa y estaban Marcial y los tres nietos chilenos. Disfruté del amor que me entregaron. Hubo regalos, champaña, pero ni te nombramos. Ese recuerdo era de cada uno, escondido en su corazón. Hacerlo presente habría sido mancillarlo. Me fatigué mucho. Llegué acompañada por Sebastián y Marcial a las dos de la madrugada. Algo dañino a mi salud. Ayer descansé sola. Me repuse en cierto modo, por eso te escribo. Tuve que despachar muchos saludos a personas que se han preocupado y se desgastan por ti, sin saber que tal vez es inútil. Estoy sola a las siete de la tarde y me apruebo de verme tecleando. Hago un esfuerzo inaudito, porque empiezo a sentirme debilitada. Mañana continuaré, hija amada. Acaso mañana ostentaré con banderas de amor unas palabras más. Es que aún serpean dentro de mí las copiosas cosechas que nacen de los surcos del pecho materno. Podrá descender de una estrella nocturna una música de luz que vibrará en el fulgor de mi ingenuidad actual. Besos.

Domingo 28, día de los Inocentes

Ayer y hoy, sola. Se rompe mi silencio con algunos llamados telefónicos. He leído mucho, tragándome las memorias de Volodia T. ¡Magníficas! Uno de los mejores libros de los chilenos. Quedé pensando qué océano nos separa y qué tierra nos une. ¡Qué inteligencia masculina y femenina suele arriesgarse en cierta chispa o emociones y enlazarnos en el desnudo del recuerdo. ¡El, gana todas las batallas con su cultura y la bendición de desarrollarla con riqueza de léxico que seduce! Recorre la historia de Chile y el mundo y la amarra con una cuerda invencible. Es largo hablar de su *Un muchacho del siglo XX*, me enseñó mucho. Hay capítulos tan densos y detallados como aquella revolución de 1937 que duró 12 días y me hizo rememorar lo vivido por mí, cuando Marcial era nombrado edecán de Alessandri y, entonces, yo estaba envuelta en un manto de dicha, juventud y rocé –por casualidad– aquello. Ignoraba la política. Sin voto. Lamenté no haberlo estudiado, pero mis desmemorias son tan espontáneas y carecen del rigor del estudioso y memorioso Volodia. Sin embargo, siendo dos seres tan distintos nos une algo misterioso... ¿la época, la edad, la capitulación de lo interior y el anhelo de buscar la alegría del hombre? ¿El acercamiento espiritual y mental de la humanidad? ¿La vigencia del amor?

Corto el tema, porque me costó venir a continuar la carta, por fatiga extrema, porque al leer las dos páginas pensé que eran tan inútiles, carentes de lógica. Sé que «tu» decisión no la comprendemos, no la aceptamos, pero respetamos tu voluntad... ¿de espera? Ahora que he conocido la nueva sentencia, me parece todo irreparable. No debí enfocar, ni debo hacerlo, los hechos consumados. En vez de tantas ansias soterradas en mi mente y corazón ayer debí contarte mis paseos solitarios en este reducto refinado, bello, algo inerte con un estricto orden que presenta una disciplina estética y asegura que no hay seres vivientes entre sus paredes, entre sus árboles tan grandes –nadie se explica cómo pueden sostenerse–, es decir, mi estancia es la magnífica para un fantasma. Soy yo, envuelta en mi cofradía silenciosa, música clásica que resuena como en un grueso mar sin orillas. Y siempre pensando en ti, buscándote en la luz, en las sombras, en los sueños y en mi pecho, rodeada por los regalos tejidos o bordados por las manos prisioneras... Besos y recuerdos a las chicas.

Como ellas no entenderán mis claves íntimas, diles que las recuerdo

y me abrazan las bufandas de lana cuando llega el frío, las canastitas tan prolijas con tres flores que soplo y crecen ante mis imaginaciones permanentes contigo. No quiero que el descontento de cada hora vuele hacia las vertientes de la eternidad y hacia mi fatalismo cósmico, porque llego a creer que levanto, ese universo supremo de la libertad total para todas ustedes y cuya dádiva sólo me es posible imaginarla. Sé que es un salto paradójico sobre el ritmo del tiempo, soñada rotura de las cadenas, desgarramiento de la causalidad, impulsión sobre las leyes implacables que me enfrenan y me hunden a menudo. La desolación mata o crea. Yo me voy extinguiendo, porque no puedo soportar la vida y enlazarla con la tuya, sino corriendo enloquecida desde la pesadumbre y el fracaso del presente a la esperanza (y no la ilusión, como dices). Mientras más se destrozan los deseos bajo lo inexorable del destino, cae más desquite en mis sueños imposibles. Sé que toda superación es más soledad en mi presente. Pero no quiero, hija mía, anonadarte con mis improvisaciones que surgen cuajadas de sombras, del amargo espacio que nos separa y de las ignorancias de tu vivir y el mío.

Espero que esta carta última del año, te la entreguen, es mi abrazo que acá sólo comparto con mi hijo y tres nietos chilenos. Los peruanos que reciban el amor de su abuela y bisabuela.

Al coronel le mando mis augurios para su familia y del año 1998! Y siempre para todos los que te rodean.

No te he dicho lo esencial: le escribí largamente al ministro Insulza, planteándole tu situación jurídica, etcétera. No espero nada de él, pero suelen producirse milagros. Iba a viajar a verte. Espero noticias del Ministerio. A veces pienso irme a vivir allá. Locura, pero los que soñamos, las hacemos. El año nuevo iremos a casa de Paty, si es que estoy viva aún. Te abraza estrechamente,

Matilde

DE HERMÓGENES PÉREZ DE ARCE (1936) A AUGUSTO PINOCHET (1915)

El Mercurio, 11 de marzo de 1998

«... hoy asume, mostrando su pecho a la jauría vociferante...».

Según la Constitución de 1980, los ex presidentes que hayan ejercido el cargo por más de cuatro años tienen el derecho a formar parte del Senado en calidad de senadores vitalicios. Ese derecho lo asumió el general Pinochet el 11 de marzo de 1998, quien el día anterior había renunciado a la Comandancia en Jefe del Ejército, al jurar junto a otros senadores elegidos y designados. Ese día, mientras la presencia de Pinochet en el hemiciclo provocó el repudio abierto de algunos parlamentarios que incluso querían acusarlo constitucionalmente, Hermógenes Pérez de Arce escribió la siguiente carta de gratitud al ex comandante en Jefe del Ejército. Ésta apareció publicada en la página editorial del diario El Mercurio, donde es columnista el autor de estas líneas.

Usted tenía perfecto derecho a retirarse a descansar, pero ha aceptado esta misión adicional que le estaba reservada. Y hoy asume, mostrando su pecho a la jauría vociferante de cuyos designios usted y otros patriotas libraron a Chile en 1973.

Más chilenos de los que nadie imagina, en el seno de sus hogares y en la quietud de sus conciencias, expresan hoy a usted un silencioso agradecimiento. Ellos no han olvidado.

Usted probablemente supo, ese 11 de septiembre de 1973, que emprendía un camino plagado de incomprensiones. Intuía que muchos suelen ser diferentes «antes», cuando el miedo a la amenaza totalitaria arrea y les hace implorar el auxilio de los militares, que «después», cuando aquélla ha sido superada.

«Antes», incluso acerbos adversarios suyos de hoy lo apoyaban con entusiasmo. «Esto sólo lo arreglan los militares», decía uno. «Lo que el mundo no sabe –decía al ABC de Madrid un ex presidente democratacris-

tiano— es que «los marxistas chilenos disponían de armas superiores en número y calidad a las que estaban en manos de las Fuerzas Armadas». Y otro se sinceraba: «Es muy fácil convertirse en juez de otros que están peleando, mientras uno está cómodamente sentado en el escritorio».

«Después», superada la amenaza, se dictamina que ésta fue «mínima». Los militares, se dice, abusaron de civiles inocentes e inermes. Se ha pedido perdón, indultado y liberado a terroristas y se ha expuesto en la picota pública a quienes los combatieron. «El pago de Chile».

«Es que se violaron sistemáticamente los derechos humanos», se argumenta. Pero cuando hubo acusaciones contra la DINA, usted puso término a las funciones de su director y la reemplazó por la CNI. Cuando hubo acusaciones contra ésta, usted le prohibió detener personas, obligándola a ponerlas en el acto a disposición de la justicia. Nada de eso se recuerda hoy.

Debe ser amargo recibir esa clase de retribución. Los uniformados han comprobado cómo algunos políticos suelen requerirlos cuando es preciso hacer tareas ineludibles, pero impopulares. Las llaman «trabajo sucio». Una vez realizado, ellos, con sus manos limpias, los culpan y condenan a ustedes. Quiero que hoy sepa, general, que muchos civiles chilenos jamás nos hemos prestado para eso.

Pero hay hechos históricos que sus adversarios no han podido ni podrán borrar: usted transformó un país arruinado y caótico en uno próspero y estable; usted combatió el delito, en especial el narcotráfico, y la amenaza extremista; usted estimuló la educación libre, que sembró el territorio de colegios y universidades; su política económica sustituyó la penuria y la escasez por la abundancia y la libre elección, y, en fin, su legado de una nueva institucionalidad ha dado a Chile lo que no había tenido hasta 1973: estabilidad política, certidumbre económica y paz social.

Pero así como las grandes personalidades históricas llevan a sus países a sus edades de oro, suelen ser sucedidas por otras que las conducen a su declinación. Acá ahora se procura reeditar esquemas vigentes hasta 1973. Sin embargo, general, su culminación de servicio a Chile, que se inicia hoy, puede todavía contribuir a evitar la recaída. Su misión patriótica, pues, no ha terminado.

Gracias por lo ya hecho; gracias por su coraje para seguir.

Hermógenes Pérez de Arce

BIBLIOGRAFÍA

- Acuña, Manuel y Manuel Cifuentes Arce: *Ciencias Sociales*, Editorial Francisco de Aguirre, Buenos Aires, 1970.
- Amunátegui Solar, Miguel Luis (editor): *Archivo Epistolar de don Miguel Luis Amunátegui Aldunate*, prensa de la Universidad de Chile, 1942.
- Barros Franco, José Miguel: *El desastre de Curalava: un testimonio directo*, en Boletín de la Academia Chilena de la Historia N° 97, 1986.
- Boletín Diocesano del Obispado de Valparaíso, Stella Maris, noviembre 1995, edición N°28.
- *Cartas de Ignacio Santa María y su hija Elisa*, Fuentes para la Historia de la República, volumen IV, Centro de Investigación Barros Arana, Editorial Universitaria S.A., Santiago, 1991.
- Castedo, Leopoldo: *Historia de Chile 1891-1925*, Tomo IV, Editorial Zig-Zag, Santiago, 1982.
- Castillo Velasco, Jaime: *Democracia y derechos humanos*, Pehuén Editores Ltda., Santiago, 1986.
- Eltit, Diamela: *Crónica del sufragio femenino en Chile*, Servicio Nacional de la mujer SERNAM, Santiago, 1994.
- Góngora, Mario: *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*, Ediciones la Ciudad, Santiago, 1981.
- González Cruchaga, Carlos: *Historia de una polémica. Monseñor Manuel Larraín y los orígenes de la Democracia Cristiana en Chile*, Fundación Eduardo Frei, 1997.
- Gumucio, Rafael Agustín: *Apuntes de medio siglo*, Ediciones Chile América CESOC, Santiago, 1994.
- Guzmán, Jaime: *Escritos personales*, Editorial Zig-Zag, Santiago, 1992.
- *1891 visto por sus protagonistas*, Universidad Finis Terrae, Editorial Fundación, Santiago, 1991.

- Neruda, Pablo: *Para nacer he vivido*, Editorial Planeta, Barcelona, 1989.
- Prats González, Carlos: *Memorias. Testimonio de un soldado*, Pehuén, Santiago, 4º edición, 1996.
- Pacheco Gómez, Máximo: *Lonquén*, Editorial Aconcagua, Santiago, 2º edición, 1983.
- Retamal Ávila, Julio y Sergio Villalobos: *Bibliografía histórica chilena. Revistas Chilenas 1843-1978*, Dirección de Bibliotecas Archivos y Museos, Santiago, 1993.
- Silva Castro, Raúl: *Cartas Chilenas (siglos XVIII y XIX)*, Academia Chilena de la Historia, Santiago, 1954.
- Tomic, Radomiro; Jorge Donoso (compilador): *Tomic testimonios*, Editorial Emisión, Santiago, 1988.
- Valdivia, Pedro de: *Cartas*, Editorial del Pacífico S.A., Santiago, 1970.
- Vargas Saavedra, Luis y otros: *En batalla de sencillez. Epistolario de Gabriela Mistral a Pedro Prado*, Ediciones Dolmen, Santiago, 1993.
- Vergara Quiroz, Sergio: *Cartas de mujeres en Chile 1630-1885*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1987.
- Vicuña Mackenna, Benjamín: *El ostracismo de O'Higgins*, Biblioteca Nacional Sala Medina.
- Vicuña Mackenna, Benjamín: *El ostracismo de los Carrera*, Biblioteca Nacional Sala Medina.

Instituciones consultadas:

- Archivo y Biblioteca Histórica de la Armada.
- Biblioteca Nacional.
- Centro de Documentación de la Universidad Finis Terrae.
- Centro de Documentación de El Mercurio.
- Centro de Documentación La Tercera.
- Centro de Documentación de Revista Hoy.
- Fundación Eduardo Frei.
- Fundación Salvador Allende.
- Fundación Jaime Guzmán.

Agradecemos la colaboración en este proyecto de:

Andrés Allamand, Miguel Luis Amunátegui, Patricia Arancibia, Horacio Aránguiz, Guillermo Arthur, Andrés Aylwin, Mariana Aylwin, Patricio Aylwin, José Miguel Barros, Edgardo Boeninger, Francisco Bulnes S., Hortensia Bussi de Allende, Elena Castillo, Jaime Castillo Velasco, María Soledad de la Cerda, Guillermo Canales, Luis Corvalán, Marta Cruz Coke, Carlos Cuadrado, Olaya Errázuriz de Tomic, Sergio Fernández, Alvaro Góngora, Matilde Ladrón de Guevara, Amalia Magallanes Moure, María Ester Martínez, Teresita Merino, René Millar, Máximo Pacheco, Hermógenes Pérez de Arce, Oscar Pinochet de la Barra, Padre Renato Poblete, Julio Retamal A., Ricardo Rivadeneira, Rafael Sagredo, Julio Silva Solar, William Thayer, Volodia Teitelboim, Luis Vargas Saavedra, José Antonio Viera Gallo.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	7
DE PEDRO DE VALDIVIA A CARLOS V	9
DE BARTOLOMÉ PÉREZ MERINO AL CORREGIDOR Y VECINOS DE ANGOL	12
DE MANUEL LACUNZA A SU ABUELA	16
DE BERNARDO O'HIGGINS A AMBROSIO O'HIGGINS	19
DE JUAN MARTÍNEZ DE ROZAS A JOSÉ ANTONIO ROJAS	22
DE FRANCISCO DE LA LASTRA A BERNARDO O'HIGGINS	24
DE BERNARDO O'HIGGINS AL PRÍNCIPE REGENTE DE INGLATERRA	26
DE JOSÉ MIGUEL CARRERA A JAVIERA CARRERA	29
DE JOSÉ MIGUEL CARRERA A MERCEDES FONTECILLA DE CARRERA	33
DE DIEGO PORTALES A JOSÉ MANUEL CEA	34
DE ROSA RODRÍGUEZ A BERNARDO O'HIGGINS	36
DE DIEGO PORTALES A MANUEL BLANCO ENCALADA	38
DE JOSÉ ANTONIO ÁLVAREZ A MANUEL MONTT	41
DE MANUEL BULNES A RAMÓN LUIS IRARRÁZAVAL	45
DE MANUEL RENGIFO A MANUEL BULNES	46
DE MANUEL BULNES A EUGENIO NECOCHEA	50
DE MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI A. A ALBERTO BLEST GANA	53
DE MIGUEL GRAU A CARMELA CARVAJAL DE PRAT	63

DE CARMELA CARVAJAL DE PRAT A MIGUEL GRAU	65
DE JOSÉ MANUEL BALMACEDA A CORNELIO SAAVEDRA	67
DE DOMINGO SANTA MARÍA A PEDRO PABLO FIGUEROA	71
DE JOSÉ MANUEL BALMACEDA A EMILIA TORO DE BALMACEDA	75
DE JOSÉ MANUEL BALMACEDA A ENCARNACIÓN FERNÁNDEZ DE BALMACEDA	78
DE IGNACIO SANTA MARÍA A ELISA SANTA MARÍA	79
DE MANUEL MAGALLANES MOURE A INÉS ECHEVERRÍA	81
DE CARLOS IBÁÑEZ DEL CAMPO A ARTURO ALESSANDRI PALMA	83
DE LADISLAO ERRÁZURIZ LAZCANO A ENRIQUE OYARZÚN	85
DE ARTURO ALESSANDRI PALMA A SÓCRATES AGUIRRE	90
DE GABRIELA MISTRAL A PEDRO PRADO	95
DE RAFAEL LUIS GUMUCIO VERGARA A SUS HIJOS	97
DE MONSEÑOR LARRAÍN A EUGENIO CRUZ	100
DE MÁXIMO PACHECO GÓMEZ A EDUARDO FREI MONTALVA	102
DE ELENA CAFFARENA AL CONSERVADOR DE BIENES RAÍCES	110
DE WILLIAM THAYER A JORGE ALESSANDRI	117
DE JORGE ALESSANDRI A WILLIAM THAYER	119
DE PABLO NERUDA A CARLOS IBÁÑEZ DEL CAMPO	122
DE JORGE ALESSANDRI R. A ARTURO ALESSANDRI R.	125
DE HERNÁN DÍAZ ARRIETA A LUIS VARGAS SAAVEDRA	128
DE RADOMIRO TOMIC A SALVADOR ALLENDE	130
DE JAIME GUZMÁN A CARMEN ERRÁZURIZ	136

DE RADOMIRO TOMIC A PATRICIO AYLWIN	146
DE SALVADOR ALLENDE A PATRICIO AYLWIN	149
DE SEÑORAS DE OFICIALES A SOFÍA CUTHBERT DE PRATS	154
DE PABLO NERUDA A CARLOS PRATS	156
DE AUGUSTO PINOCHET A CARLOS PRATS	158
DE JOSÉ TORIBIO MERINO A GUSTAVO LEIGH Y AUGUSTO PINOCHET	160
DEL CARDENAL RAÚL SILVA HENRÍQUEZ A DIOS	162
DE JAIME GUZMÁN A CARMEN ERRÁZURIZ	164
EDUARDO FREI A MARIANO RUMOR	169
DE LUIS CORVALÁN A LILY CASTILLO DE CORVALÁN	188
DE JULIO SILVA SOLAR A ALBERTO JEREZ	191
DE CARLOS PRATS A MOY DE TOHÁ	198
DE JAIME CASTILLO VELASCO A KURT WALDHEIM	201
DE ANDRÉS AYLWIN A SU FAMILIA	204
DE LOS MINISTROS DE ESTADO A GUSTAVO LEIGH	208
DE MONSEÑOR ENRIQUE ALVEAR A ISRAEL BÓRQUEZ	213
DE VOLÓDIA TEITELBOIM A ROBERTO PARADA	215
DE RICARDO RIVADENEIRA A VICEPRESIDENTES DE RENOVACIÓN NACIONAL	220
DE MONSEÑOR JORGE MEDINA A MARIANA AYLWIN E IGNACIO WALKER	224
DE MATILDE LADRÓN DE GUEVARA A SYBILA ARREDONDO	226
DE HERMÓGENES PÉREZ DE ARCE A AUGUSTO PINOCHET	230
BIBLIOGRAFÍA	233

- P. DE VALDIVIA • M. LACUNZA • B. O'HIGGINS
- J. M. CARRERA • D. PORTALES • M. BULNES
- CARMELA CARVAJAL DE PRAT • D. SANTA MARÍA
- J. M. BALMACEDA • M. MAGALLANES MOURE
- C. IBAÑEZ • A. ALESSANDRI • GABRIELA MISTRAL
- MONSEÑOR LARRAÍN • ELENA CAFFARENA
- P. NERUDA • R. TOMIC • J. GUZMÁN
- S. ALLENDE • E. FREI MONTALVA
- CARDENAL SILVA HENRÍQUEZ
- L. CORVALÁN • C. PRATS
- A. PINOCHET • J.T. MERINO • V. TEITELBOIM
- P. AYLWIN • MONSEÑOR MEDINA
- MATILDE LADRÓN DE GUEVARA • H. PÉREZ DE ARCE

HE AQUÍ UNA ANTOLOGÍA DE LAS CARTAS MÁS BELLAS,
 DRAMÁTICAS, AGUDAS Y TRASCENDENTES DE
 LA HISTORIA DE CHILE. LEERLAS CONLLEVA
 UNA DOBLE FASCINACIÓN: RECREAR
 UNA BUENA PARTE DE LOS MOMENTOS MÁS ÁLGIDOS
 DE NUESTRO CAMINAR Y RASTREAR
 LA COMPLICIDAD O EL DESPRECIO ACÉRRIMO
 ENTRE EL FIRMANTE DE LA CARTA
 Y SU DESTINATARIO.

**FUNDACIÓN
 FUTURO**



ISBN 956701408-6



9 789567 014088